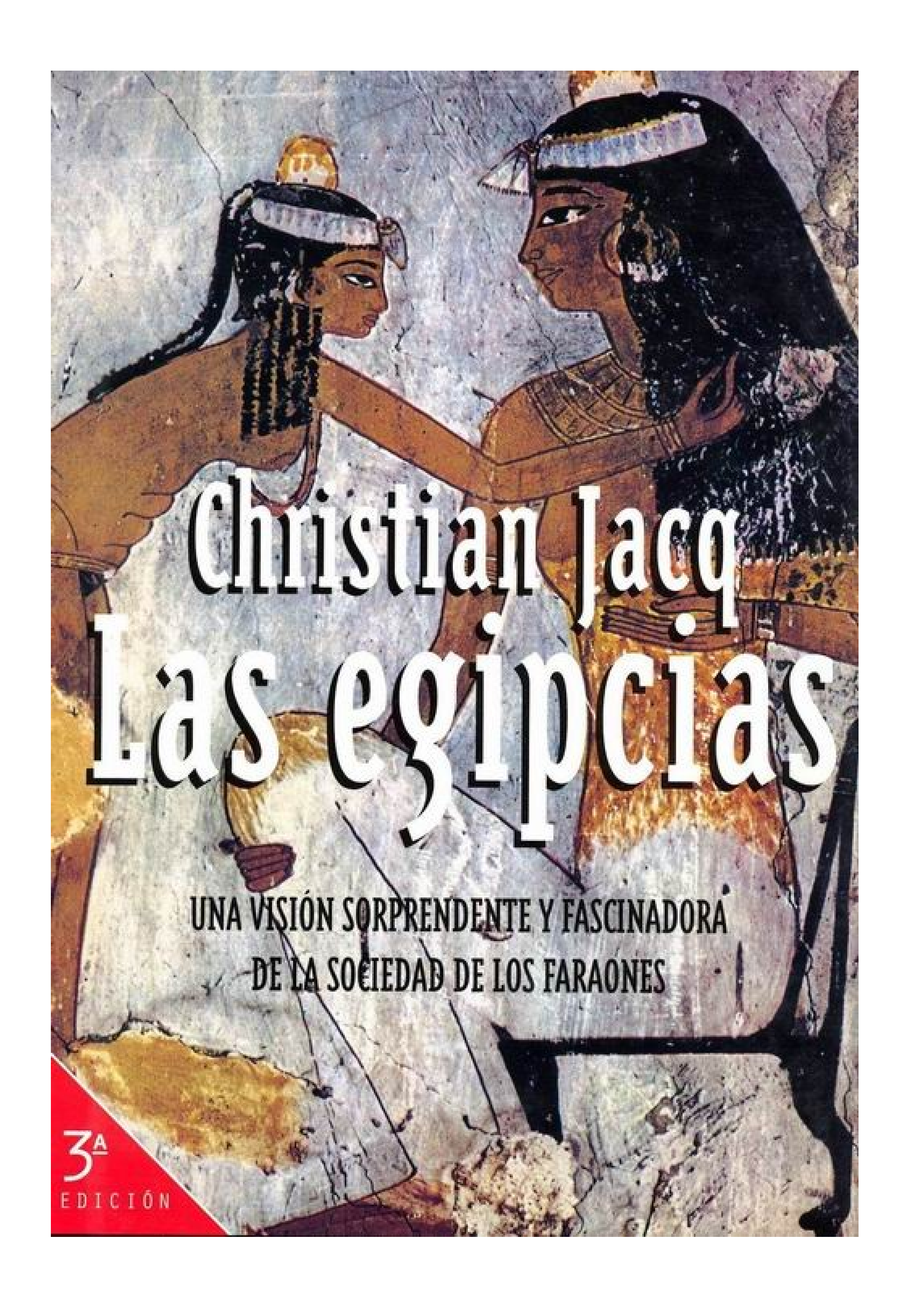

Christian Jacq
Las egipcias
UNA VISIÓN SORPRENDENTE Y FASCINADORA
DE LA SOCIEDAD DE LOS FARAONES
3ª
EDICIÓN

CHRISTIAN JACQ
Doctor en Egiptología Director del Instituto Ramsés

LAS EGIPCIAS

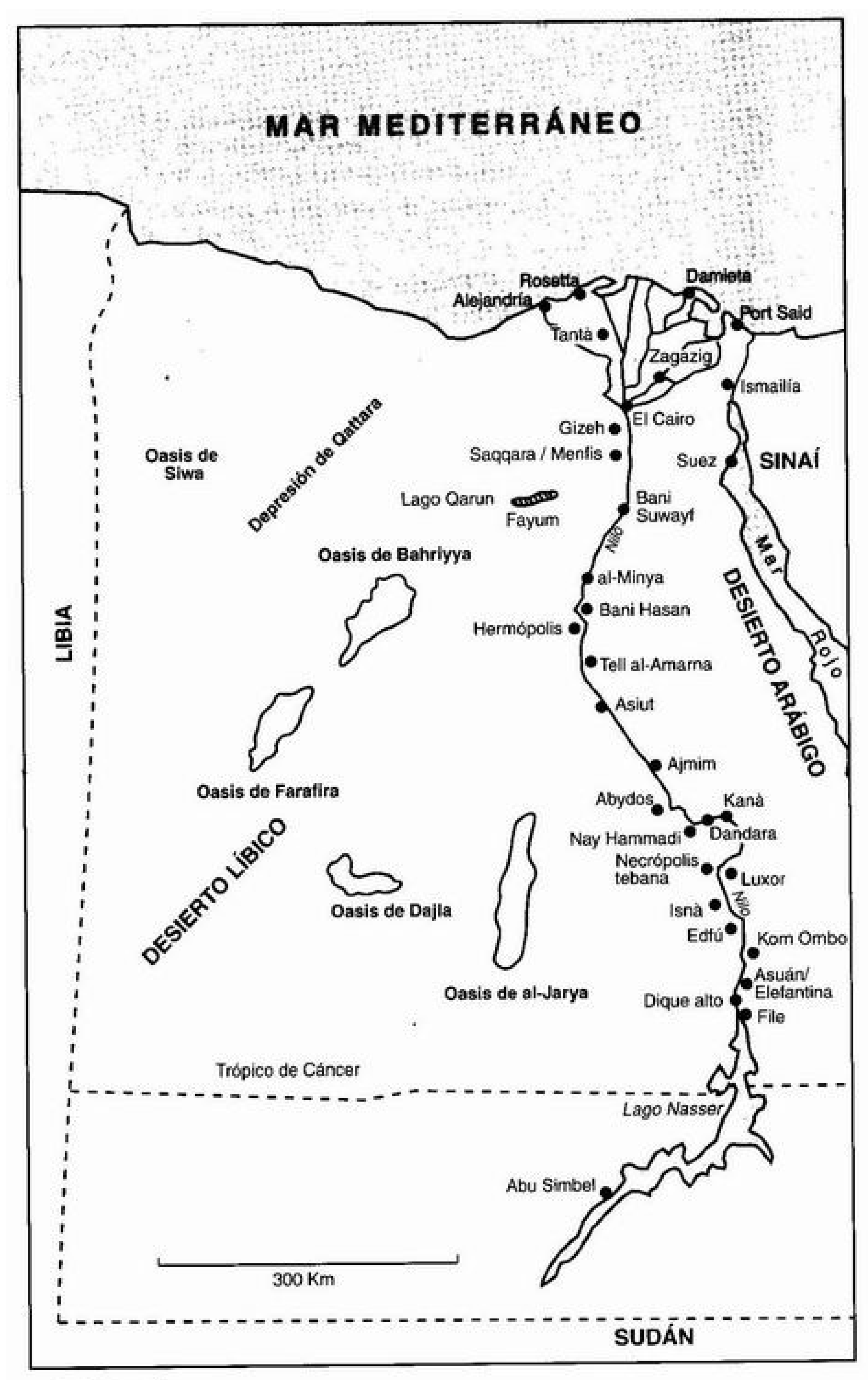
Retratos de mujeres del Egipto faraónico
Traducción de MARÍA JOSÉ FURIÓ

PLANETA

Colección: La Línea del Horizonte Título original: Les egyptiennes

Diseño de la colección: Joan Batallé
Ilustración de sobrecubierta: detalle de una pintura de la tumba de Zoserkareseneb, Tebas, Dinastía XVIII (foto © Jean Vertut)
Ilustraciones del interior: Instituto Ramsés
Primera edición: febrero de 1997
Segunda edición: febrero de 1997
Tercera edición: abril de 1997
Depósito Legal: B. 18.575-1997
ISBN 84-08-01979-1 Composición: Foto Informática, S. A.
Impresión: Liberduplex, S. L.
Encuadernación: Cervantes Encuadernación, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

A Françoise,
Mi Egipcia para siempre



© Christian Jacq

ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS Y EN LA BIBLIOGRAFÍA

ASAE: Annales du Service des Antiquités de l'Égypte, El Cairo.
BES: Bulletin of the Egyptological Seminar, Nueva York.
BIFAO: Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Oriéntale, El Cairo.
BSEG: Bulletin de la Société d'Égyptologie, Ginebra.
BSFE: Bulletin de la Société Français e d'Égyptologie, París. Museo de El Cairo,
CG: Catálogo general. Museo de El Cairo,
DE: Diario de entrada. *DE: Discussions in Egyptology,* Oxford.
GM: Göttinger Miszellen, Gotinga. *JARCE: Journal of the American Research Center in Egypt,* Nueva York.
JEA: The Journal of Egyptian Archaeology, Londres.
JNES: Journal of Near Eastern Studies, Chicago.
JSSEA: The Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities, Toronto.
MDIAK: Mitteilungen des Deutschen Instituts für Ägyptische Altertumskunde in Kairo, Wiesbaden.
LdÄ: Lexikon der Ägyptologie, Wiesbaden.
RdE: Revue d'Égyptologie, París.
SAK: Studien Sur Altägyptischen Kultur, Hamburgo.

INTRODUCCIÓN

Nubia, 17 de enero de 1829.

Jean-François Champollion, el hombre que en 1822 lograra descifrar los jeroglíficos, realiza su único viaje a Egipto. Su proyecto es verlo todo, llegar a entender y admirarlo todo, y no duda en avanzar hacia el sur. Ese día sopla con violencia el viento del norte y el Nilo crece amenazador. El padre de la egiptología se detiene en el emplazamiento de Ibrim, en Nubia, donde visita unos santuarios cavados en la roca y medita ante la representación de la esposa de un príncipe.

De golpe se le hace evidente una sorprendente verdad. La postura, la dignidad de esa mujer «*demuestra* —escribe—*, al igual que otros mil detalles semejantes, qué diferente era la civilización egipcia del resto de Oriente y cómo se parecía a la nuestra, dado que es posible apreciar el grado de civilización de los pueblos según sea más o menos soportable la condición de las mujeres dentro de la organización social*».

Con su habitual intuición, Champollion no deja de observar que en el Egipto de los faraones la mujer ocupaba una posición verdaderamente extraordinaria, no sólo con relación a la cultura grecolatina sino también con relación a la sociedad del siglo XIX.

El faraón Ramsés III afirmaba haber favorecido la libertad de movimientos de las mujeres egipcias para que éstas pudiesen ir libremente a donde desearan, sin que nadie las importunase a su paso;[1] se trataba más de recordar un hábito social establecido desde el origen de la civilización egipcia que de una innovación. En efecto, desde la instauración de la monarquía faraónica, la mujer había disfrutado de completa libertad de movimientos, en lugar de verse recluida en una oscura habitación de la casa bajo la autoridad implacable de un padre o de un marido todopoderoso.

Los primeros griegos que visitaron Egipto se vieron sorprendidos por la autonomía de que disfrutaban las egipcias; el geógrafo Diodoro de Sicilia, conmocionado, pretendió incluso que en Egipto la mujer tenía plenos poderes sobre su marido, lo que indujo a creer erróneamente en la existencia de un matriarcado a orillas del Nilo. Es verdad que la madre del faraón ocupaba una posición central en el proceso del poder; también es cierto que sabemos de numerosas inscripciones en las que el hijo menciona el nombre de su madre pero no el de su padre; incluso que algunos grandes personajes hacían figurar a sus madres en las tumbas o, dicho de otro modo, las recordaban para la eternidad. Pero tales indicios no autorizan en modo alguno a concluir que en el Egipto faraónico uno de los sexos ejerciera su tiranía sobre el otro.

Podemos hacer una constatación esencial: algunas mujeres egipcias ocuparon los más altos escalafones del Estado, hecho poco corriente en la mayoría de las democracias modernas. Como veremos, las mujeres tuvieron un papel político y social determinante

[1] Papiro Harris, I, 79, 8-9 y 13.

a lo largo de la historia de Egipto. Gracias a un excepcional sistema jurídico, la mujer y el hombre eran iguales de hecho y de derecho; a ese estatuto legal, que no fue cuestionado antes del reinado de los Tolomeos, soberanos griegos, se añadía una verdadera autonomía, ya que la mujer egipcia no estaba sometida a ninguna tutela.

Esta igualdad entre hombres y mujeres no sólo se impuso desde el principio como un valor fundamental de la sociedad faraónica sino que perduró mientras el país conservó su independencia. No puede negarse que las egipcias disfrutaron de unas condiciones de vida muy superiores a las que conocen en nuestros días millones de mujeres; en algunos ámbitos, como en el de la espiritualidad, a las ciudadanas de los países llamados desarrollados no se les han concedido las mismas prerrogativas institucionales que a las egipcias en su tiempo. Nos parece en verdad imposible imaginar a una mujer papisa, gran rabino o rector de una mezquita, mientras que un buen número de mujeres egipcias ocuparon la cima de la jerarquía sacerdotal.

Lo que llama la atención del observador interesado en el arte egipcio es el inmenso respeto de que era objeto la mujer. Bella, serena, luminosa, la mujer egipcia contribuyó de forma muy activa a la construcción cotidiana de una civilización que hizo un culto de la belleza, sobre todo de la belleza femenina. Una belleza que turbó a los primeros cristianos: temerosos de la seducción de las egipcias, destruyeron numerosas representaciones de mujeres o las cubrieron con yeso para escapar a su mirada. Por suerte fueron muchas las hijas del Nilo que se salvaron de estas múltiples formas de vandalismo y todavía hoy siguen cautivándonos. ¿Quién podría resistirse al soberano encanto de las grandes damas del tiempo de las pirámides, a la gracia de las elegantes de la Tebas del Imperio nuevo, a su divina sonrisa y al amor a la vida que ellas encarnan?

En las páginas siguientes encontraremos reinas, mujeres desconocidas y otras que ocuparon cargos de poder, mujeres trabajadoras, sacerdotisas, sirvientas, esposas, madres; ninguna de ellas habría podido llamarse «señora de Martínez», lo que implica la supresión de su apellido, de su nombre y un eclipse de su persona detrás de su marido. La mujer egipcia afirmaba su nombre y su personalidad, sin que ello significara entrar en un proceso de competencia con el hombre, ya que tenía la posibilidad de expresar plenamente su capacidad como persona consciente y responsable.

El Egipto faraónico, al que tenemos acceso desde 1822, fecha en que Champollion descifrara la lengua jeroglífica, no ha dejado de sorprendernos; el estudio de la condición femenina forma parte, precisamente, de los ámbitos en que los avances de la sociedad egipcia resultan más admirables. Conocer a la mujer egipcia es una aventura fascinante, sembrada de sorpresas: desde una mujer faraón hasta una superiora de médicos, desde una mujer de negocios hasta una «*cantante de dios*»... rostros que trazaron un camino de una riqueza y un esplendor todavía no igualados.

PRIMERA PARTE: MUJERES EN EL PODER

1. LA REINA ISIS

MADRE Y REINA

El acceso a la tumba del faraón Tutmosis III en el Valle de los Reyes ofrece algunas dificultades; hay que subir una escalera metálica instalada por el Servicio de Antigüedades e introducirse a continuación en un estrecho pasillo que se interna en la roca. Los que sufren de claustrofobia harán bien en renunciar; sin embargo, el esfuerzo obtiene su recompensa ya que, después de ese descenso, el visitante descubre dos salas, una de techo bajo con las paredes decoradas con figuras de divinidades, y otra más amplia, la llamada cámara de resurrección. En sus paredes se encuentran textos y escenas del *Am-Duat,* «*el libro de la estancia escondida*», que revela las etapas de la resurrección del sol en los espacios nocturnos y de la transmutación del alma real en el más allá.

En uno de los pilares descubrimos una escena extraordinaria: una diosa, que sale de un árbol, da el pecho a Tutmosis III. El faraón, amamantado para la eternidad, conoce así una regeneración perpetua. El texto jeroglífico nos revela la identidad de esa diosa de inagotable generosidad: Isis.

Pero Isis es también el nombre de la madre terrestre de este rey, una madre cuyo rostro se ha conservado gracias a una estatua descubierta en el famoso escondrijo del templo de Karnak:[2] de mejillas llenas, serena y elegante, la madre real Isis luce un peinado de largas trenzas y un vestido de tirantes. Aparece sentada con la palma de su mano derecha apoyada sobre su pierna, mientras la mano izquierda sostiene un cetro floral. Nada sabemos acerca de ella, salvo que su hijo la veneraba y que llevaba el nombre de la diosa más célebre del antiguo Egipto.

LA PASIÓN Y LA BÚSQUEDA DE ISIS

La gran Isis reinó en las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto, mucho antes del nacimiento de las dinastías. En compañía de su esposo Osiris gobernaba sabiamente y gozaba de una felicidad perfecta. Un día, Set, hermano de Osiris, invitó a éste a un banquete. Se trataba de una emboscada, pues Set había decidido asesinar al rey para ocupar su lugar. Recurriendo a una original argucia, el asesino pidió a su hermano que se tendiera en un ataúd para comprobar si era del tamaño adecuado. Osiris aceptó imprudentemente. Set y sus acólitos cerraron el sarcófago y lo arrojaron al Nilo.

Conocemos los detalles de esta tragedia gracias a un texto de Plutarco, iniciado en los misterios de Isis y Osiris; las fuentes más antiguas se refieren únicamente a la trágica muerte del rey, cuyas desdichas continuaron, pues su cadáver fue despedazado. De este modo, Set creyó que había acabado para siempre con su hermano.

Isis, la viuda, se negó a aceptar la muerte de Osiris.

---

[2] Estatua conservada en el Museo de El Cairo: CG 42 072.

Sin embargo, ¿qué podía hacer, además de llorar a su martirizado esposo? Su corazón alumbró un proyecto insensato: recuperar cada uno de los trozos del cadáver, reconstituirlo y, ayudándose de las fórmulas mágicas que conocía, devolverle la vida.

Isis inició entonces una búsqueda paciente y obstinada. ¡Y creyó que había conseguido su objetivo! Logró reunir todas las partes del cuerpo de Osiris excepto una, el sexo, que un pez se había tragado. A Isis sólo le quedaba renunciar.

Pero ella perseveró en su empeño: convocó a su hermana Neftis —cuyo nombre significa «la señora del templo»—, y organizó un velatorio.[3] «*Soy tu hermana bienamada* —pronunció ante el cadáver reconstituido de Osiris—*, no te alejes de mí, ¡yo te invoco! ¿No oyes mi voz? ¡Voy hacia ti, ningún espacio debe separarme de ti!*» Durante horas, Isis y Neftis, que habían purificado y depilado por completo sus cuerpos, cubierto sus cabezas con pelucas rizadas y purificado la boca con natrón (carbonato de sodio), pronunciaron hechizos en el interior de una cámara funeraria inmersa en la oscuridad y perfumada con incienso. Isis invocó a todos los templos y a todas las ciudades del país para que se uniesen a su dolor y contribuyesen a que regresara del más allá el alma de Osiris. La viuda tomó el cadáver en sus brazos, mientras su corazón latía de amor por él, y murmuró en su oído: *«Tú que amas la luz, no vayas a buscar las tinieblas".*

Sin embargo, el cadáver permanecía inerte.

Entonces, Isis tomó la forma de un milano hembra y batió sus alas para devolver el aliento vital al difunto, y se posó en el lugar del desaparecido sexo de Osiris, al que hizo reaparecer mágicamente. «*He interpretado el papel de un hombre* —afirmó—*, aunque soy una mujer".* Las puertas de la muerte se abrieron ante ella, Isis traspasó el secreto esencial, la resurrección, y actuó como ninguna diosa lo había hecho hasta entonces. Ella, a la que también se llama «Venerable, surgida de la luz, de la pupila de Atum (el principio creador)», consiguió que regresara y que la fecundara el que parecía haber partido para siempre.

De este modo fue concebido su hijo Horus, nacido de la imposible unión de la vida y la muerte. Acontecimiento de gran importancia, ya que Horus, el niño nacido del misterio supremo, llamado a ocupar el trono de su padre, fue desde entonces monarca del más allá y del mundo subterráneo.

Set no se dio por vencido. No quedaba otra solución que dar muerte a Horus. Consciente del peligro, Isis escondió a su hijo en la espesura de papiros del Delta, donde no escaseaban los peligros: enfermedades, serpientes, escorpiones, el asesino que merodeaba por el lugar..., pero Isis la maga consiguió poner al pequeño Horus a salvo de cualquier desgracia.

Set no admitió su fracaso. En vez de ceder, impugnó la legitimidad sobrenatural de Horus y provocó la reunión del tribunal de divinidades con objeto de que condenara al heredero de Osiris. El tribunal tenía su sede en una isla, lo cual incitó a Set a actuar

---

[3] Véase H. Junker, *Die Stundenwachen in den Osirismysterium,* Viena, 1910.

astutamente para que se tomara una decisión inicua: que el barquero se negase a transportar en su barca a ninguna mujer. De este modo, Isis no podría defender su causa.

Pero ¿cómo iba a renunciar la viuda después de haber sufrido tantas adversidades? Logró convencer al barquero entregándole un anillo de oro; se presentó ante el tribunal, derrotó la mala fe y los falsos argumentos y consiguió que Horus fuese aclamado como legítimo faraón.

Esposa perfecta, madre ejemplar... Isis se convirtió también en garante de la transmisión del poder real. ¿Acaso su nombre no significa «*trono*»? De ello se desprende que, según el pensamiento simbólico egipcio, el trono o, dicho de otro modo, la gran madre y reina Isis engendra al faraón.

ISIS, MAGA Y SABIA

Isis es la mujer-serpiente[4] que se convierte en el uraeus, la cobra hembra erguida en la frente del rey para destruir a los enemigos de la luz: sólo una evolución desastrosa y el desconocimiento del símbolo original explican que la buena diosa-serpiente llegara a convertirse en el reptil tentador del Génesis, causante de la perdición de la primera pareja. Contrariamente a esta creencia, Isis y Osiris afirman la vivencia de un conocimiento luminoso gracias al amor y más allá de la muerte.

Bajo la forma de la estrella Sotis, Isis anuncia y desencadena la crecida de las aguas del Nilo; sus lágrimas derramadas sobre el cuerpo de Osiris provocan la crecida del agua benéfica que al depositar el limo en las orillas del río asegura la prosperidad del país. ¿Y acaso no son las matas de papiros que emergen de las aguas los cabellos de Isis?

La magia cósmica de Isis procede de su facultad para penetrar los misterios del universo y, entre éstos, el del nombre secreto de Ra, encarnación de la luz divina. El corazón de Isis era más hábil que el de los bienaventurados, y no había nada que ella ignorase del cielo y de la tierra... salvo el famoso nombre secreto de Ra, que éste nunca había confiado a nadie, ni siquiera a las otras divinidades. Isis decidió asaltar ese bastión. Recogió un esputo de Ra, lo mezcló con tierra y moldeó una serpiente. Ocultó el mágico reptil en un matorral situado en el camino del dios; cuando éste pasó, el reptil le mordió, provocando ardores en el corazón de Ra, temblor en el cuerpo y el enfriamiento de sus miembros. Aunque no se hallaba en peligro de muerte, el veneno le estaba infligiendo un penoso sufrimiento, y nadie conseguía curar al dios.

Intervino Isis. ¿Devolverle la salud? Sí, ella podía hacerlo... Pero a condición de que Ra le confiase su nombre secreto. El sol divino intentó engañarla dándole varios nombres sin descubrirle el auténtico. La intuitiva Isis no cayó en la trampa. Ra, agotado, se vio forzado a confesarle su verdadero nombre; Isis le curó... y guardó

[4] Véase, por ejemplo, M.-O. Jentel, «De la "Bonne Dése" *a* la "Mauvaise Femme": Quelques avatars du motif de la femme-serpent», en *Échos du monde classique. Classical Views,* Calgary 28, núm. 2, 1984, pp. 283-289.

para siempre el secreto.

LOS LUGARES DE ISIS

Cada una de las partes del cuerpo de Osiris dio nacimiento a una provincia. Egipto entero quedó asimilado al esposo resucitado de Isis, que animó la totalidad del país, de modo que en todas partes se encontró en casa.

No obstante, al atravesar Egipto de norte a sur se descubren tres zonas especialmente ligadas a Isis: Behbeit al-Hagar, Dandara y File.

Behbeit al-Hagar, en el Delta, es un paraje desconocido para los turistas. Al llegar, después de dejar atrás un dédalo de callejuelas, se experimenta una fuerte decepción. ¿Qué queda del gran templo de Isis sino una montaña de enormes bloques de granito adornados con escenas rituales? Aquí se veneraba a Isis, pero su templo fue desmantelado y utilizado como cantera, sin ningún respeto por el carácter sagrado del sitio. Paseando entre las malas hierbas, ¿cómo no recordar la época en que allí se levantaba un colosal santuario dedicado a la señora del cielo?

En Dandara, en el Alto Egipto, está localizado simbólicamente el nacimiento de Isis. El santuario de la diosa Hator se conserva sólo parcialmente, aunque permanecen el templo cubierto y el mammisi (templo del nacimiento de Horus), al igual que un pequeño santuario donde, según los textos, la hermosa Isis, de piel rosada y negro cabello, vino al mundo. Fue alumbrada por la diosa del cielo, mientras Amón, el principio escondido, y Shu, el aire luminoso, le concedían el aliento de vida.

En la frontera sur del antiguo Egipto se alza File, la isla-templo de Isis. Aquí vivió la última comunidad iniciática egipcia, que fue aniquilada por cristianos fanáticos. Amenazados por la liberación de las aguas del «dique alto», la gran presa de Asuán, los templos de File fueron desmontados piedra a piedra y reconstruidos en un islote próximo. La «perla de Egipto» pudo así ser salvada de las aguas. Una visita al lugar, aun por pocas horas, procura una experiencia inolvidable. Conforme a la voluntad de los egipcios, los ritos siguen celebrándose gracias a los jeroglíficos grabados en la piedra; la presencia de Isis es un hecho palpable y se pueden oír las palabras pronunciadas durante las ceremonias por las sacerdotisas de la gran diosa: *«Isis, creadora del universo, soberana del cielo y de las estrellas, señora de la vida, regente de las divinidades, maga de excelentes consejos, sol femenino que sella todas las cosas con su impronta; los hombres viven conforme a tu orden, nada se hace sin tu conformidad".*[5]

LA ETERNIDAD DE ISIS

Victoriosa sobre la muerte, Isis sobrevivió a la extinción de la civilización egipcia. En el mundo helenístico, hasta el siglo V d. J.C., tuvo un papel dominante: su culto se extendió por todos los países de

[5] Véase L. V. Zabkar, *Hymns to Isis in Her Temple at Philae,* Hannover-Londres, 1988.

la cuenca mediterránea e incluso más allá de esa frontera.

Se convirtió en la protectora de numerosas cofradías iniciáticas, más o menos hostiles al cristianismo, que la consideraban símbolo de la omnisciencia, depositaría del secreto de la vida y de la muerte, y capaz de asegurar la salvación de sus fieles.[6]

Pero Isis no exigía una simple devoción; para conocerla, sus adeptos debían respetar la ascesis; la creencia no era suficiente: había que ascender por la escalera del conocimiento y superar los distintos grados de los misterios.

Isis, encarnación del pasado, el presente y el futuro, madre celeste de amor infinito, fue durante mucho tiempo una temible competidora del cristianismo. Ni siquiera el dogma triunfante logró eliminar a la antigua diosa; en el hermetismo, que tuvo una gran presencia en la Edad Media, ella seguía siendo «la pupila del ojo del mundo», la mirada sin la cual no podría percibirse la verdadera realidad de la vida. ¿No se oculta Isis bajo los hábitos de la Virgen María? ¿No tomó ésta el nombre de «Nuestra Señora», a la que se han consagrado tantas iglesias y catedrales?

ISIS, MODELO DE LA MUJER EGIPCIA

Una civilización se modela sobre un mito o un conjunto de mitos. Mientras que en el mundo judeocristiano la figura de Eva es cuando menos sospechosa, hecho que explica el innegable y dramático déficit espiritual de las mujeres modernas, regidas por este tipo de creencia, en el universo egipcio las cosas tenían otro cariz. La mujer no era la fuente de ningún mal ni de una desnaturalización del conocimiento, sino todo lo contrario; era ella, a través de la grandiosa figura de Isis, quien había superado los peores obstáculos y descubierto el secreto de la resurrección.

Isis fue modelo de reinas, pero también de las esposas y madres, así como de las mujeres más humildes. A su fidelidad sumaba un valor indestructible ante la adversidad, una intuición fuera de lo común y la capacidad de penetrar el misterio. ¿Acaso no podemos afirmar que su búsqueda es un ejemplo para todas las mujeres que han intentado vivir la eternidad?

[6] Véase F. Junge, «Isis und die ägyptischen Mysterien», en *Aspekte der spätägyptischen Religión,* Wiesbaden, 1979, pp. 93-115.

2. MERIT-NEITH, ¿PRIMERA FARAÓN DE EGIPTO?

LA LEY AFIRMA QUE UNA MUJER PUEDE SER FARAÓN.

Manetón, sacerdote de la época tardía, clasificó a los faraones egipcios en treinta dinastías; también fue él quien se hizo eco de una tradición que aseguraba que existía una ley, promulgada durante la II dinastía, por la que una mujer podía ejercer la función real. Sin gran riesgo de error, podemos situar dicha legislación en los orígenes de la civilización faraónica.

Hacia el 3150 a. J.C. nació la I dinastía, fundada por Menes, cuyo nombre alude a la idea de estabilidad; es posible que Menes también signifique «fulano de tal», lo que indicaría que Menes, el rey «fulano de tal», es el modelo y fundamento sobre el que se apoyarían los soberanos posteriores.

Disponemos de escasa información sobre los orígenes de la civilización egipcia, pero sabemos que la lengua jeroglífica ya se utilizaba en la I dinastía; el estudio de las escasas inscripciones conservadas permite constatar que ya estaban presentes los valores fundamentales del Egipto faraónico, particularmente a través de la persona simbólica del monarca, que debe unir las Dos Tierras y asegurar su prosperidad mediante la celebración de los cultos.

A los faraones de la I dinastía se les atribuían dos sepulturas, una en Saqqara, lugar próximo a El Cairo, y la otra en Abydos, en el Egipto Medio. Es decir, una tumba en el norte y otra en el sur, con objeto de recordar que el faraón debía comunicar esos dos polos complementarios. Una de las dos moradas para la eternidad favorecía la perennidad del cuerpo luminoso e invisible del monarca, la otra el reposo de su cuerpo momificado.

Ahora bien, se nos presenta un enigma: a una mujer, Merit-Neith, «la amada de la diosa Neith», se le atribuye la tumba Y en Abydos y la tumba 3.503 en Saqqara,[7] y sin embargo sólo un faraón podía disfrutar de ese privilegio. Además, esas dos sepulturas son comparables a las de los otros soberanos de la dinastía. La tumba de Merit-Neith en Abydos (19 X 16 m), construida en la profundidad de un pozo con paredes recubiertas de ladrillos, es incluso una de las mayores y mejor construidas del grupo de sepulturas reales de esta época. Entre las paredes de ladrillos se habilitaron ocho capillas de forma alargada, donde se depositaban objetos rituales, vasos y jarras. El suelo de la cámara funeraria estaba cubierto por una especie de entarimado, y un techo de madera protegía la estancia. No faltaban tampoco las estelas erigidas a la memoria de un faraón.

Tanto en Saqqara como en Abydos, la última morada de Merit-Neith está rodeada de las tumbas de los funcionarios y artesanos que formaban su corte, sin olvidar los 77 sirvientes, si podemos fiarnos de los datos aportados por las excavaciones.

Conclusión: Merit-Neith fue el tercer faraón de la I dinastía y la primera mujer faraón.

---

[7] Véase W. B. Emery, *Archaic Egypt,* 1967, pp. 65 ss.

Con todo, cabe hacer una objeción: en las estelas de Merit-Neith falta la representación del halcón Horus, protector del faraón. Efectivamente, cada monarca recibía el nombre de «Horus-tal». A nuestro entender, la presencia de la diosa Neith en el nombre de Merit-Neith puede paliar esta ausencia; intentemos comprender el porqué.

LA PRIMERA REINA DE EGIPTO Y LA DIOSA NEITH

Si dejamos a un lado a Menes, el antepasado fundador, el primer faraón de la I dinastía fue Aha, «el guerrero». Su esposa, la primera reina de Egipto, se llamaba Neith-hotep, «la diosa Neith está en paz». Una faraón guerrero, una reina pacífica: se trata, sin duda, de la expresión de una voluntad de equilibrio.

Lo importante es que encontramos a la enigmática diosa Neith, que presidió el destino de la primera reina de Egipto y de la primera mujer faraón. Los textos nos explican la razón de esta elección. Neith, viento e inundación al mismo tiempo, es la inmensa extensión de agua que hizo lo que existe, creó las divinidades y los seres, es la gran madre que hizo fecundas las simientes; todo lo que nace procede de ella. Es el gran antepasado del origen, llegó al mundo por sus propios medios; ella es la primera madre, dios y diosa a la vez.[8] Ser andrógino, hombre en dos tercios de su persona y hembra en el tercio restante; varón capaz de desempeñar el papel de una hembra y al contrario, Neith creó el mundo con sólo siete palabras. Se dio a luz a sí misma,[9] recibió los calificativos de «padre de los padres» y de «madre de las madres».

Bajo la protección de Neith, una mujer con un cargo de poder poseía una personalidad autónoma, con mayor razón cuando al faraón se le define como «potencia divina cuyas orientaciones vivimos, padre y madre, único y sin igual».[10]

EL FARAÓN ES UNA PAREJA REAL

La naturaleza del faraón lo define como padre y madre. En el orden humano se expresa a través de la pareja formada por el rey y la reina. Atum, el principio creador, afirma: *«Soy Él-Ella»*;[11] por otra parte se vincula a su propia expresión femenina, Atumet, simbolizada por una serpiente.

Esta constatación es relevante: una pareja gobierna Egipto, análoga a la primera pareja divina formada por Shu y Tefnut, simbolizada en ocasiones por una pareja de leones. No existe ningún ejemplo de faraón varón célibe, ya que la presencia de una gran esposa real es indispensable para la celebración de los ritos y para mantener los vínculos entre el cielo y la tierra. En cambio, como veremos más adelante, un faraón mujer no necesita de un marido

8 *Esna, V,* pp. 107 y 281.

9 La diosa se encarna en un coleóptero, el *Agrynus notodanta,* que puede ser luminoso y crea su descendencia mediante autogénesis.

10 Texto de la tumba de Rejmira *(Urkunden,* IV, 1077 1.6-8).

11 *Textos de los sarcófagos,* II, 161a; literalmente: «Soy éste *(pen)* y ésta *(ten)”.*

humano; ella es portadora del principio masculino, del mismo modo que Isis llevaba a Horus, aunque sigue siendo faraón, «padre y madre».

Las reinas participaron de manera efectiva en el gobierno del país; lejos de ser «primeras damas» sin perfil ni consistencia, debían desempeñar la función de mujeres de Estado y se las elegía en función de su aptitud para satisfacer dicho cometido. Por esta razón, los textos alaban por igual la autoridad y la belleza de las reinas.

En cualquier caso, no se trata de una forma de feminismo, pues lo que se ponía de relieve era el papel espiritual de la mujer, su participación activa en la creación. Con la desaparición de la institución faraónica se perdió también esta idea, por lo que podemos hablar de regresión y no de progreso.

UNA REINA AL TIMÓN DEL ESTADO

Las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz varias sepulturas de mujeres de las primeras dinastías, reinas, madres de reyes o personalidades de la corte; estos hallazgos prueban tanto el respeto reservado a la mujer como su eminente posición en las altas esferas del Estado.

Una de esas reinas, esposa del último faraón de la II dinastía (hacia 2700 a. J.C.), merece una mención especial: a Ny-hepet-Maat, «el timón en manos de Maat», se la considera la precursora de la III dinastía. Su nombre resulta revelador, aunque lo ignoramos todo sobre ella.

Así como nosotros hablamos de «las riendas del Estado», los egipcios preferían hablar de la «nave del Estado», en referencia al Nilo, la gran vía de circulación que procura la subsistencia del país. El que a una reina se la considere «el timón» demuestra que era capaz de orientar correctamente el barco. De manera fundamental se la asimila a la diosa Maat, base de la civilización egipcia.[12] Podemos traducir la palabra Maat por «regla», a condición de incluir en esta palabra las ideas de orden universal, armonía cósmica, equilibrio eterno del universo, justicia celeste inspiradora de la justicia humana, rectitud, solidaridad entre los seres vivos, verdad, justo reparto de los deberes, cohesión social y sabiduría. Maat luce en la cabeza una pluma, la timonera, que permite al pájaro dirigir su vuelo; es también la que inspira la acción cotidiana del faraón. Su función principal es imponer a Maat en lugar del desorden y de la injusticia, luchando contra los defectos inherentes al ser humano: la distracción, la pereza, la sordera respecto al prójimo, la ciega obstinación y la codicia. El faraón debe hacer y decir Maat, de manera que el Estado sea el justo reflejo de la armonía cósmica. Por este motivo, como ha demostrado Assmann, el faraón, súbdito de Maat y servidor de su pueblo, no puede ser un tirano; a él le corresponde proteger al débil contra el fuerte y combatir las tinieblas; es el lazo que asegura la cohesión entre los seres humanos y el vínculo entre la comunidad de

[12] Véase el libro fundamental de J. Assmann, *Maat, l'Égypte pharaonique et l'idée de justice saciale,* 1989.

los hombres y las potencias creadoras. ¿No fue esta concepción grandiosa al tiempo que eficaz la que permitió a la institución faraónica perdurar durante tres milenios? Desde el punto de vista del historiador, la reina Ny-hepet-Maat, al igual que Merit-Neith, no es más que una sombra inasible; pero estas mujeres encarnan, sólo con sus nombres, la grandeza de la aventura egipcia y nos ofrecen sus claves. Que Maat sea una diosa y que las reinas de Egipto sean sus encarnaciones terrestres, ¿acaso no significa confiar a la mujer la más vital de las responsabilidades?

3. HETEP-HERES, MADRE DE KEOPS

UN HALLAZGO INESPERADO

El 2 de febrero de 1925, el equipo del arqueólogo americano Reisner trabajaba en la llanura de Gizeh, en el gran cementerio real situado al este de la fenomenal pirámide de Keops (hacia 2589-2566 a. J.C.), llamada también «la gran pirámide». Allí se encuentran tres pequeñas pirámides de reinas cuyas capillas dedicadas al culto, abiertas en su cara oriental, dan a un camino. Aquel día, el fotógrafo de la expedición decidió tomar algunas fotografías desde el extremo norte de ese camino. Como buen técnico, preparó su material con esmero e instaló el trípode para darle estabilidad. Una operación mil veces repetida, un gesto rutinario.

En esta ocasión surgió un pequeño obstáculo: uno de sus pies se hundió en un hueco. El técnico se agachó, advirtiendo entonces la presencia de una capa de yeso. Resultaba evidente que allí había intervenido una mano humana, fabricando una especie de trampantojo destinado a imitar el suelo rocoso.

Los arqueólogos despejaron una zanja rectangular llena de pequeños bloques de piedra caliza. Una vez retirados quedó al descubierto una escalera que daba acceso a un túnel. Éste llevaba a un pozo, también cegado por un bloque de piedra. La excitación iba en aumento: ¿se encontraban ante una tumba inviolada? ¿A quién pertenecería?

Después de liberar el pozo, los arqueólogos accedieron a un nicho que contenía algunas jarras, el cráneo y las patas de un toro envueltas con esteras: una ofrenda que libraba de la sed al propietario de la tumba y le permitía disponer de la potencia creadora del toro.

El 8 de marzo de 1925 consiguieron llegar a la cámara funeraria, una pequeña sala tallada en la roca. Una sala... ¡inviolada!

EL TESORO DE LA REINA, «MADRE DEL REY»

A veinticinco metros de profundidad se hallaba una sepultura secreta a la que ningún saqueador había tenido acceso hasta la fecha. La presencia de un sarcófago permitía esperar el descubrimiento de una momia, pero el sarcófago apareció vacío. Digerida la decepción, los arqueólogos dirigieron su mirada a los numerosos objetos que albergaba la tumba; su examen requirió no menos de 1.500 páginas y 1.700 fotografías.

Se descubrió la identidad de la legítima ocupante del lugar: Hetep-Heres, cuyo nombre probablemente significa «faraón es plenitud gracias a ella».[13]

Una gran personalidad, pues era la esposa del faraón Snefru y la madre del constructor de la gran pirámide. Su equipo para el más

[13] A propósito de este descubrimiento y el estudio arqueológico de la tumba, véase G. A. Reisner, *A History of the Giza Necrópolis,* vol. II, completada y revisada por W. Stevenson Smith, *The Tomb of Hetep-Heres, the Mother of Cheops,* Cambridge (Massachusetts), 1955; M. Lehner, *The Pyramid Tomb of Hetep-Heres and the Satellite Pyramid of Khufu,* Main, 1985.

allá es algo digno de destacar: vajilla de oro, un dosel de madera y sillones chapados en oro, una cama con su cabecera, collares, cofres, vasos de cobre y de piedra, brazaletes incrustados de cornalina, lapislázuli y turquesa, un cofre de madera dorado y en su interior dos cartuchos destinados a guardar en orden las joyas. Había obras maestras, como platos y copas de oro y un aguamanil de cobre, que demostraban el talento de los artesanos del Imperio Antiguo. La pieza más extraordinaria era, sin duda, la silla de manos que encontraron en piezas sueltas y que fue reconstruida y trasladada para su exposición al Museo de El Cairo, junto a otros elementos de este tesoro de pasmosa perfección. La silla demuestra, por sí sola, el refinamiento de la corte de Snefru y Keops, su gusto por la sobriedad y la pureza de líneas.

Un detalle importante: esas maravillas, creadas para la eternidad y no para el mundo efímero de los humanos, estaban destinadas al paraíso del más allá donde habita el alma de Hetep-Heres. Gracias a los aderezos, su belleza se mantendrá inalterable; gracias a la preciosa vajilla podrá celebrar un banquete perpetuo.

La magnífica silla de manos de la madre de Keops es un símbolo relacionado con su función. La reina de Egipto, en efecto, llevaba los sorprendentes títulos de «silla de manos de Horus» y de «silla de manos de Set»; también recibía el nombre de «la grande, que es también una silla de manos». Se la presentaba como el apoyo, en movimiento, de los dioses Horus y Set, los hermanos enemigos que se reúnen y apaciguan en la persona del faraón. Al igual que Isis es el trono del que nace el rey de Egipto, asimismo la reina es la silla de manos que permite al monarca desplazarse, es decir, estar en acción.[14]

La titularidad de la gran dama nos informa de cuáles eran sus funciones rituales: *«Madre del rey del Alto y del Bajo Egipto, compañera de Horus, superiora de los carniceros de la morada de la acacia, gracias a la cual se cumple todo lo que ella formula, hija del dios, de su cuerpo, Hetep-Heres".*

La morada de la acacia está vinculada al misterio de la resurrección, al que estuvieron asociadas todas las reinas; más adelante nos referiremos a esta institución. Detengámonos un instante en el título de «madre del rey», utilizado hasta la última dinastía. Decimos «título» con razón, pues lo cierto es que la expresión no designa obligatoriamente a la madre carnal de un faraón.[15] Se proclama la filiación espiritual, pero resulta imposible afirmar la existencia de vínculos familiares más concretos.

Al ser escogida como faraón, la «madre del rey» tenía el deber de transmitir la energía incesantemente producida por el universo divino; por este motivo aparece a menudo junto al monarca durante

---

[14] Una de las palabras para designar la silla de manos, *hetes,* es también el nombre de uno de los cetros que utiliza la reina y que le permite, principalmente, consagrar un edificio transformándolo en «centro de producción» de energía sagrada.

[15] «Hija del rey» también es un título: véase M. A. Nur El Din, *Orientalia Lovaniensia Periódica,*11, 1980, pp. 91-98. Véase también S.-A. Naguib, *Studies Kákosy,* 1992, pp. 437-447.

los ritos principales encarnando la continuidad dinástica. Como fuente espiritual de la monarquía, la «madre del rey» es objeto de culto. El lecho de resurrección de Hetep-Heres, de una factura admirable, no servía únicamente para el reposo eterno de la gran reina, sino también para su perpetua unión con el principio creador para que ella diese a luz al rey.

UN ARQUEÓLOGO ESCRIBE UNA NOVELA POLICÍACA

La arqueología pretende ser una disciplina rigurosa y científica, pero son hombres y mujeres quienes la practican e, inevitablemente, éstos interpretan los hechos en función de sus conocimientos y de su grado de conciencia. Al principio del siglo XX, reconocidos expertos, como el alemán Erman, consideraban la religión egipcia como una sarta de estupideces; recientemente, Jan Assmann, otro egiptólogo alemán, ha demostrado que el pensamiento egipcio, más atento al conocimiento que a la creencia, entraña una dimensión espiritual insustituible y no sustituida.

Reisner, pese a ser arqueólogo, no se contentó con el estudio «objetivo» de la tumba de la reina Hetep-Heres. No había duda de que la ausencia de una superestructura y la deliberada ocultación de la sepultura permitían concluir el carácter secreto de la tumba; ahora bien, ¿a qué se debía ese secreto?

Y Reisner dejó volar la imaginación. Hetep-Heres, esposa de Snefru, el constructor de las dos grandes pirámides en Dahsur, *habría sido* sepultada allí, junto a su marido. Desdichadamente para ella, su tumba habría sido saqueada por los ladrones, hecho que *habría sumido* a Snefru en una profunda desesperación. Snefru habría decidido entonces recuperar el cuerpo de su difunta esposa de la tumba de Dahsur para ocultarlo definitivamente en la tumba secreta de Gizeh; pero la momia *habría resultado* destruida durante el traslado, y nadie se *habría atrevido* a comunicárselo al rey. ¡Ahí tenemos la razón que explica por qué la sepultura secreta de Gizeh está vacía!

Hemos subrayado el modo condicional porque esta trágica historia sólo ha existido en la imaginación de Reisner. Desgraciadamente ha sido repetida varias veces como verdad histórica...

Mientras que la extraña tumba de Hetep-Heres, una especie de relicario que recordaba la tumba de Tutankamón, albergaba los vasos llamados «canopes», cuyo objeto era recoger las visceras de la reina, ignoramos por qué motivo la momia fue trasladada, suponiendo que haya ocupado alguna vez el sarcófago cubierto con la tapa correspondiente. ¿Fue un cambio de proyecto arquitectónico que obligó a los constructores a cavar otro sepulcro para la reina? ¿Se consideraba a Hetep-Heres como un faraón, y por ese motivo disponía de una tumba para su cuerpo momificado y de otra para su ser luminoso? Nuevas excavaciones realizadas en Dahsur y en Gizeh quizá nos aportarán respuestas; ojalá un fotógrafo apoye su pie en el lugar adecuado...

4. LA ENIGMÁTICA MERESANJ

UN GRAN LINAJE

Los nombres de Keops, Kefrén y Mikerinos son célebres gracias a sus tres pirámides, erigidas en la llanura de Gizeh. Prodigiosa fue la IV dinastía (hacia 2613-2498 a. J.C.) que vio nacer esos gigantes de piedra, verdaderas centrales de energía espiritual, rayos de luz petrificados que permitían al alma real ascender al cielo para reunirse con las divinidades y guiar a los seres humanos bajo la forma de una estrella.

Los bajorrelieves de las tumbas de la época nos muestran un Egipto próspero, que funda su riqueza en una administración rigurosa y eficaz, una agricultura diversificada, una ganadería desarrollada y un artesanado de una calidad excepcional.

Entre las altas personalidades de la corte descubrimos a tres mujeres con el mismo nombre, Meresanj, que parecen formar una estirpe. Existen dos traducciones posibles para ese nombre; o bien «ella ama la vida» o «amada por la Viviente (una diosa, probablemente Hator)».[16] Sea cual sea la solución, la relación directa de un linaje femenino con el concepto esencial de «vida» subraya, una vez más, el papel predominante que se concedía a la mujer en la civilización del antiguo Egipto.

De la primera Meresanj no sabemos nada; quizá fue la madre del faraón Snefru, fundador de la IV dinastía y constructor de las dos pirámides colosales de Dahsur. La segunda Meresanj fue, al parecer, la hija de Keops. La tercera nos reserva una magnífica sorpresa.

DIEZ MUJERES EN UNA MORADA PARA LA ETERNIDAD

En una de las «calles de tumbas» de la llanura de Gizeh, al este de la pirámide de Keops, se abre la estrecha puerta de una hermosa y gran morada para la eternidad cavada en la roca para Meresanj III.[17] Estaba destinada a una reina llamada Hetep-Heres, como la madre de Keops, a la que no debemos confundir con ella; como vemos, resulta extremadamente difícil establecer las genealogías egipcias. Esta Hetep-Heres II era la hija de Keops, llevaba por lo tanto el nombre de su madre y profesaba un gran afecto a su hija Meresanj, la esposa del rey Kefrén y tercera con ese nombre.

Al entrar en la tumba de esta tercera Meresanj el visitante se ve sorprendido por una visión singular: un conjunto esculpido que, según nuestros datos, se encuentra únicamente en esta morada para la eternidad. De la piedra emerge una cofradía formada por diez mujeres, todas ellas de pie, de distintas edades, desde la adolescente hasta la mujer madura.[18]

Al entrar por primera vez en este lugar fascinante se tiene la

[16] Tercera posibilidad: «amada por el Viviente (un dios no especificado)».

[17] Véase D. Dunham y W. Simpson, *The Mastaba of Queen Mersyankh III, G 7530-7540, Giza Mastabas I,* Boston, 1974.

[18] Dos grupos distintos: el primero formado por tres mujeres (con la mayor a la cabeza del grupo), el segundo, de talla decreciente, compuesto por siete mujeres, cuatro adultas y tres más jóvenes.

impresión de que las mujeres están vivas, que sus ojos nos contemplan, sin dejar por ello de pronunciar sus frases rituales, indispensables para la buena marcha del mundo. Conforme se suceden las visitas a este lugar, dotado de un extraño poder, la impresión se confirma, íntimamente ligadas a la roca, las estatuas parecen mágicamente animadas y todavía conservan el *ka,* la potencia inmortal que hace de ellas seres de luz.

Dado que Meresanj tenía acceso a la «morada de la acacia», podemos suponer que aparece representada en compañía de las «hermanas» de la cofradía, y que la transmisión se efectúa desde la más veterana hasta la más joven, pasando por los estadios intermedios. Por otra parte, también está representado el gesto del espaldarazo entre dos mujeres; la mayor pasa su brazo izquierdo por encima de los hombros de su discípula, que rodea con su brazo la cintura de su iniciadora.

De este grupo de diez mujeres unidas por los lazos de una común experiencia de eternidad se desprende un profundo sentimiento de comunión; al contemplarlas, en el silencio de la capilla, captamos la verdadera dimensión de las mujeres egipcias.

La «madre», Hetep-Heres, también aparece representada en compañía de su «hija», Meresanj, en distintos episodios de carácter ritual en los cuales la más veterana transmite su sabiduría a la más joven; así, las dos mujeres exploran a bordo de una barca las marismas para recoger flores de loto. No sólo se consagran al culto a las divinidades, sino que también preservan el perfume de la primera aurora, cuando la vida nació de la luz. Durante este paseo en barca, la madre revela a la hija el secreto del loto sobre el cual se desplegó la creación.

MERESANJ, GUARDIANA DE LOS TEXTOS SAGRADOS

Entre los personajes representados en la tumba figuran algunos escribas. Meresanj lleva un título digno de mención: sacerdotisa del dios Thot, creador de la lengua sagrada y maestro de las «palabras de dios», es decir, de los jeroglíficos. Ello significa que está vinculada directamente al dios del conocimiento. Éste será, por otra parte, el caso de otras reinas de Egipto, como Bentanta, a la que podemos ver conducida por Thot hacia el otro mundo en una escena de su tumba (71) del Valle de las Reinas.

El detalle tiene su importancia, ya que prueba que Meresanj tenía acceso a la ciencia sagrada y a los archivos de los templos llamados «la manifestación de la luz divina *(bau Ra)».* Fue también una diosa, Sechat, la soberana de la Casa de la Vida, donde se componían los rituales y donde se iniciaba a los faraones en los secretos de su función. Como guardiana de las bibliotecas y de los textos fundamentales, usaba a la perfección el pincel tanto para escribir las palabras de vida como para ejercer el refinado arte del maquillaje. Cubierta con una piel de pantera y la cabeza coronada por una estrella de siete puntas (en ocasiones de cinco o de nueve), Sechat redacta los anales reales y apunta los nombres de los faraones en las hojas del árbol sagrado de Heliópolis. De esta diosa

conocedora de los secretos de la construcción del templo, secretos que comparte con el rey, dependía la secretaría del palacio.[19] En el templo de Seti I, en Abydos, Sechat, «encargada de los archivos de los rollos divinos», escribe el destino del faraón y afirma: «*Mi mano escribe su larga vida, es decir, lo que sale de la boca de la luz divina* (Ra); *mi pincel traza la eternidad, mi tinta el tiempo, mi tintero las innumerables fiestas de regeneración".*

Meresanj, iniciada en los misterios de Thot y en el conocimiento de los escritos rituales, fue instruida en toda la ciencia sagrada del Imperio antiguo; más de tres mil años después de su desaparición, podemos verla, en compañía de su «madre» y de sus «hermanas», en una de las tumbas más sorprendentes de Gizeh. La misteriosa y fascinante Meresanj nos ha permitido descubrir que el universo del conocimiento estaba enteramente abierto a la mujer egipcia.

---

[19] Véase G. A. Wainwright, «Seshat and the Pharaon», en *JEA,* 26, 1941, pp. 30-40.

5. LA REINA JENET-KAUS, ¿UNA FARAÓN OLVIDADA?

UN GIGANTESCO SARCÓFAGO.

Durante el invierno de 1931-1932, el egiptólogo egipcio Selim Hassan exploró una parte del inmenso emplazamiento de Gizeh, a unos cuatrocientos metros al sudeste de la pirámide de Kefrén. Allí, en aquella llanura desgastada por la acción del hombre, se encuentra un número impresionante de obras maestras: además de las tres famosas pirámides, una gran cantidad de tumbas decoradas. Se necesitan largas jornadas para recorrer estas «calles de tumbas» que nada tienen de fúnebres; todo lo contrario, esta ciudad para la eternidad, donde las piedras infunden sosiego, es un remanso de paz y de serenidad.

Selim Hassan sacó a la luz un extraordinario monumento, un inmenso sarcófago cuya base medía cuarenta metros de lado. Sorprendido, tuvo que rendirse a la evidencia: aquello era, a todas luces, un sarcófago rectangular; tenía el techo abombado y reposaba sobre un pedestal cuadrado cuyo macizo interior estaba en parte compuesto por la roca.

Desconcertado a la vez que deslumbrado, el egiptólogo se preguntó qué monumento podría compararse a aquél: la tumba del rey Sepseskaf (hacia 2504-2500), sucesor de Mikerinos y último rey de la IV dinastía. Su morada para la eternidad, en forma de gigantesco sarcófago, fue construida al sur de Saqqara, lejos de la actual zona turística. Sin embargo nada sabemos de aquel faraón que reinó tan poco tiempo.

¿QUIÉN ERA JENET-KAUS?

En el ángulo sudeste de la tumba-sarcófago de Gizeh, sobre los montantes de granito de una capilla exterior y de una «falsa puerta» que comunicaba lo visible con lo invisible, Selim Hassan descifró el nombre y los títulos de su propietaria: Jenet-kaus, «la que preside en sus potencias creadoras madre del rey del Alto y Bajo Egipto, hija de dios, por quien se cumplen todas las buenas cosas que ella formula». Y una duda aún más importante: ¿cabe pensar, a partir de esta inscripción, que esta madre de un rey al que no se nombra fuese también faraón?[20]

Desde el descubrimiento de su tumba, la información que hemos podido reunir sobre esta reina es escasa, aunque, con todo, nos permite concluir que tuvo un papel preeminente. No cabe duda de que fue hija de Mikerinos, el constructor de la más pequeña de las tres pirámides de Gizeh, y que recibió educación e instrucción en la escuela del palacio. ¿Fue su madre la sublime Jamerer-Nebti, la esposa de Mikerinos, cuyo admirable rostro conocemos gracias a una estatua conservada en el Museo de Boston? Esta magnífica obra, ubicada en el templo del valle del conjunto funerario de Mikerinos, muestra a su esposa de pie, en ademán de caminar, a su lado,

[20] Véase M. Verner, *SAK,* 8, 1980, pp. 243 ss.

rodeando con su brazo derecho la cintura del monarca al tiempo que apoya la mano izquierda en el brazo izquierdo de su esposo en actitud protectora.

Sepseskaf, último rey de la IV dinastía, y Jenet-kaus, considerada como la «madre» de los dos primeros faraones de la V dinastía, se hicieron construir una tumba del mismo tipo excepcional. Sepseskaf abandonó el símbolo de la pirámide visible de lejos y Jenet-kaus hizo otro tanto; los primeros monarcas de la V dinastía volvieron a erigir pirámides en el emplazamiento de Abusir, próximo a Saqqara.

Avancemos una arriesgada suposición: teniendo en cuenta la existencia de su tumba-sarcófago, de un templo funerario, de su posición como fundadora de una nueva dinastía, del culto de que fue objeto después de su muerte, ¿ocupó Jenet-kaus la función suprema al principio de la V dinastía, entre la desaparición de Sepseskaf y la subida al trono de Userkaf (hacia 2500-2491)? Las «potencias creadoras» sobre las que reinó esta mujer tal vez eran sus sucesores, a los que ella preparó para reinar, como madre espiritual o carnal, o ambas cosas.

Imposible saber más; pero, en cualquier caso, los expertos están de acuerdo actualmente en admitir que Jenet-kaus, gran dama del Imperio antiguo, fue una de sus figuras destacadas.

6. LAS MUJERES DE PEPI II

¿OTRA REINA FARAÓN?

El faraón Pepi II (hacia 2278-2184 a. J.C.) fue la figura central de la VI dinastía: durante noventa y cuatro años estuvo a la cabeza de Egipto, lo que supone el reinado más largo de la historia. Si bien es cierto que no erigió ninguna pirámide tan colosal como la de Keops, sí lo es que durante su reinado el país disfrutó de riqueza y bienestar.

Cuando fue designado para reinar, Pepi II contaba sólo seis años, edad a la que, obviamente, no estaba capacitado para gobernar. Su función le fue encomendada a una mujer, Meryre-Anjenes, «la amada de la luz divina, que le sea concedida la vida», viuda del faraón Pepi I. Que se la considerara sólo como regente no cambia en nada los hechos: ella tomó en sus manos el timón del Estado hasta el momento en que Pepi II pudo asumir el cargo.

Una estatua de alabastro, conservada en el Museo de Brooklyn, nos la muestra sentada, tocada con una gran peluca, sosteniendo en sus rodillas al faraón niño, al que magnetiza con su mano izquierda. Pepi II es un niño por su tamaño, pero su rostro es el de un adulto. Según la concepción egipcia, el señor de las Dos Tierras es faraón «desde el huevo»; el papel de la «madre del rey» consiste en hacer que crezca mágicamente, «ampliar su corazón» y hacerlo plenamente consciente de sus deberes.

TRES REINAS PARA UN FARAÓN Y PIRÁMIDES QUE HABLAN

Pepi II alcanzó una edad centenaria y tuvo tres esposas sucesivamente, Neit, Ipuit y Udjebten. Todas ellas fueron sucesivamente encarnación de la diosa Hator, cuyo nombre significa «templo de Horus», esto es, el propio faraón; en su condición de señora de las estrellas, traían al mundo al «Horus de oro», la obra maestra de la creación, el rey capaz de cumplir en la tierra la misión de naturaleza cósmica que ella le había confiado. La reina se llama «la que ve a Horus y a Set» en el mismo ser, el faraón, que consigue conciliar lo inconciliable, restableciendo la paz entre los dos hermanos enemigos. Ella es también «la que reúne a los dos señores», esos mismos Horus y Set que reinan en el norte y el sur del país y cuya alianza resulta indispensable.

En esta época es cierto que el título de «amiga *(semeref)* de Horus»[21] ya no estaba reservado a las esposas reales, sino que también podía atribuírsele a una «hija del rey», es decir, a una mujer dignataria; no fue ésta la única innovación introducida durante el reinado de Pepi II.

Desde hacía tiempo se construían pirámides para las «madres del rey» y las grandes esposas reales, que compartían de este modo el destino estelar del faraón; los príncipes, en cambio, no reposaban en sepulturas tan monumentales. Las tres esposas de Pepi II, Neit, Ipuit y Udjebten, vivieron su eternidad en tres pirámides próximas a la del rey, las dos primeras situadas en el noroeste y la tercera al

[21] Véase J. Malek, *JSSEA,* 10, 1979-1980, pp. 229-241.

sudeste. Cada una de ellas contaba con un templo, donde los ritualistas celebraban el culto al *ka* de la reina difunta.

La reina Neit, cuyo nombre hace referencia a la diosa, fue la primera gran esposa real de Pepi II, y en su condición de «esposa de la pirámide del rey», fue venerada por todos los dignatarios de la corte. Su propia pirámide estaba rodeada por un muro con una sola puerta precedida por dos pequeños obeliscos. En la primera sala, la llamada «sala de los leones», se celebraban ritos de resurrección. A continuación se llegaba a un patio, a unas habitaciones en las que se conservaban objetos rituales y estatuas, y al santuario propiamente dicho, pegado a la pared de la pirámide. Un estrecho pasillo conducía a un panteón que albergaba un sarcófago de granito rosa, similar al de Pepi II. La pirámide de Ipuit y su templo, en mal estado de conservación, comprenden elementos similares con una disposición diferente. En el dintel de la puerta de granito consta que el faraón había mandado construir este monumento para su esposa, que también se halla representada en los montantes. La pirámide de Udjebten, que a diferencia de las dos primeras esposas no era de origen real, tenía una importancia similar.[22]

Aunque estos tres monumentos en la actualidad sólo son ruinas, contienen un tesoro excepcional, parcialmente sacado a la luz debido a la dificultad de las excavaciones: unas columnas de textos jeroglíficos consagrados a las múltiples maneras de resurrección del alma real y a su perpetuo viaje al más allá. Estos *Textos de las pirámides,* concebidos en la ciudad santa de Heliópolis, fueron revelados por primera vez en el interior de la pirámide de Unas, último faraón de la V dinastía; las tres mujeres de Pepi II recibieron autorización para grabar en las paredes de sus panteones estas fórmulas de magia y conocimiento. Al igual que Pepi II, reposan en el interior de un libro de la vida, cuya fuerza tiene su expresión en cada uno de los jeroglíficos.

Por primera vez, salvo que aún quede por descubrir alguna pirámide femenina que contenga textos, la identificación de una reina con Osiris quedó grabada en la piedra; los textos de las pirámides de las tres mujeres de Pepi II ofrecen a la vez capítulos comunes al conjunto de monumentos de iguales características y pasajes originales. Dicho de otro modo, estas tres grandes damas hacen oír su voz, única e insustituible; figuras lejanas cuya historia personal nos es desconocida y que forman una trinidad jeroglífica en la que queda plasmado uno de los principales ideales del antiguo Egipto: la victoria sobre la muerte.

[22] Véase G. Jéquier, *Fouilles á Saqqarah. La pyramide d'Oudjebten,* El Cairo, 1928; *Les pyramides des reines Neit et Apouit,* 1933.

7. NITOKRIS, LA PRIMERA MUJER OFICIALMENTE FARAÓN

EL REINADO DE NITOKRIS

A la muerte del centenario Pepi II accedió al trono Merenra, cuyo reinado duró apenas un año. Entró entonces en escena Nitokris, la primera mujer considerada oficialmente faraón reinante, pues su nombre figura en una de las listas reales confeccionadas por los propios egipcios y conocida como «Canon de Turín». Hubo otras listas que fueron probablemente destruidas y tenemos constancia de que, antes de Nitokris, otras mujeres ejercieron el poder supremo. No obstante, según el estado actual de la documentación, ella fue la primera mujer formalmente portadora del título de «rey del Alto y Bajo Egipto».

Nitokris subió al trono hacia el 2184 a. J.C. y, según los archivos de la época ramésida, reinó durante dos años, un mes y un día, si bien algunos estudiosos se inclinan por señalar un período más largo, de seis a doce años.[23] Desdichadamente no nos ha llegado ningún documento arqueológico con su nombre, por lo cual nos encontramos en una situación paradójica: a otras reinas, como Jenet-kaus, que carecían de un título explícito se les dedicó un monumento colosal, faraónico; Nitokris, por el contrario, poseía el título pero ningún monumento. Es éste un enigma todavía por resolver y, salvo que haya sido destruida, aún existiría una tumba excepcional por descubrir.

El nombre de Nitokris, nos dice el griego Eratóstenes, significa «Atenea victoriosa»; una traducción no muy alejada de la verdad, pues Nitokris, en egipcio *Neit-iqeret,* puede traducirse por «Neith (el modelo egipcio de la Atenea griega) es excelente». Una vez más, la diosa Neith aparece como protectora de una mujer de primer rango.

HERMOSA Y VALIENTE

La historia de las dinastías redactada por el sacerdote egipcio Manetón se ha perdido, pero subsisten algunos fragmentos citados por autores de la antigüedad. Uno de ellos, conservado en un texto de Eusebio, habla en estos términos de la faraón Nitokris: *«Reinó una mujer, Nitokris; poseía más valor que los hombres de su época y era la más bella de todas las mujeres; era rubia, de mejillas sonrosadas. Se dice que construyó la tercera pirámide".* Según una tradición tardía fue amortajada y enterrada en un sarcófago de basalto azul.

La «tercera pirámide» mencionada podría ser la de Mikerinos, en la llanura de Gizeh, aunque no se ha descubierto en ella huella alguna de Nitokris. Sin embargo, algunos arqueólogos creen que el monumento fue restaurado en la época de la mujer faraón y que la atención que ella dedicó a este grandioso monumento explicaría el nacimiento de la leyenda.

La belleza de Nitokris nos lleva a pensar en los títulos que ostentaban las reinas del Imperio antiguo: *«grande en amor, de bello rostro, encantadora, soberana de encanto, que satisface a la*

[23] Sobre el caso de Nitokris véase *LdÄ,* IV, 513-514.

divinidad por su belleza, de voz cautivadora cuando canta, que impregna el palacio con el aroma de su perfume, la soberana de todas las mujeres, la señora de las Dos Tierras y de la tierra hasta sus confines». Se trata, por lo tanto, de una belleza ritual, de un encanto consustancial a la función de reina de Egipto y, a fortiori, a la reina faraón.

Otra leyenda tardía, de la que no han quedado huellas en los documentos egipcios, pretende que Nitokris era la esposa de un rey al que dieron muerte unos traidores. Sin embargo, este odioso acto no les permitió reinar; pidieron entonces a la desdichada Nitokris que gobernara, para que no se interrumpiera la línea sucesoria legítima. Ella aceptó, pero se dedicó a preparar en secreto su venganza. Hizo construir una gran sala subterránea e invitó a los traidores a celebrar en ella un banquete en honor de su victoria; durante la celebración, Nitokris ordenó que se abriera el conducto que inundaría el lugar. Los traidores murieron ahogados. Nitokris se suicidó luego, encerrándose en una cámara llena de cenizas que le provocarían la asfixia. Pese a lo atractivo de la explicación debemos aceptar que en realidad no es sino el argumento de un dramático cuento oriental sin fundamento histórico.

EL FIN DEL IMPERIO ANTIGUO

El glorioso tiempo de las pirámides llegó a su fin con el reinado de Nitokris. Siguió un confuso período acerca del cual apenas disponemos de información. Se inició entonces una grave crisis que, sin poner en cuestión la institución faraónica, se tradujo, al parecer, en alteraciones sociales y económicas. ¿Fue el resultado de malas crecidas, de un cambio brutal del clima? ¿Se produjo una invasión de tribus beduinas? ¿Se debilitó el poder central, aumentó el poder de los jefes de provincias en detrimento del interés general? Se han barajado numerosas explicaciones sin obtener ninguna certeza al respecto. Ni siquiera se conoce la duración exacta de lo que los egiptólogos han llamado «el primer período intermedio», intermedio entre el final del Imperio antiguo y el inicio del Imperio medio; de una duración de unos cien a ciento noventa años, durante los cuales Egipto se fue debilitando.

El reinado de Nitokris fue, por lo tanto, el último del Imperio antiguo, la edad de oro del antiguo Egipto; durante casi cinco siglos, unos faraones constructores de pirámides erigieron un mundo de un poder y una belleza sin par. Si es verdad, como se afirma, que un pueblo feliz carece de historia, esta máxima casa de maravilla con el Imperio antiguo; reyes y reinas nos hablan de su función, de su papel de enlace entre lo divino y lo humano, de la práctica de unos rituales concebidos como una ciencia de la vida, pero en vano buscaremos detalles relativos a su vida privada o a su historia personal. Las filiaciones y las genealogías todavía hoy resultan imprecisas.

Con todo, los bajorrelieves de las tumbas escenifican la vida cotidiana y la felicidad en que transcurrían los meses y los días durante aquellos tiempos en que la historia se había ritualizado y era concebida como una fiesta.

Sería injusto atribuir a Nitokris la responsabilidad de la fractura que se produjo; en realidad, la VI dinastía se debilitó paulatinamente y, a lo largo del reinado de Pepi II, tuvo lugar una evolución de signo negativo, difícil de percibir debido a la escasez de documentación, que condujo a Egipto a una situación de crisis.

RODOPIS Y CENICIENTA

La hermosa Nitokris no dejó de ser objeto de conjeturas que rebasaban los hechos históricos. Se la confundió con cierta Rodopis, «la dama de la tez rosada»;[24] pero hubo varias Rodopis, que han quedado un poco confundidas en la memoria de los narradores orientales. Pensemos en la cortesana griega nacida en Naucratis, una ciudad del Delta, a la que, pese a sus costumbres disolutas, los griegos atribuían la construcción de la pirámide de Mikerinos. ¿Es ella la muy seductora Rodopis de la que se enamoró el rey Psamético, quien tuvo una hija llamada Nitokris, luego gran sacerdotisa del dios Amón en Tebas, donde llevó una vida austera? Como vemos, hechos y figuras se confunden, aunque parece que los antiguos se sentían fascinados por los rubios cabellos de Nitokris y Rodopis.

Nitokris-Rodopis protagonizó una leyenda conocida de todos, al menos en forma de dibujos animados; ésta es la versión egipcia. En una ocasión, mientras la joven se bañaba en el Nilo, un halcón (el pájaro Horus, protector de la realeza) se apoderó de una de sus sandalias, voló hasta la ciudad de Menfis, donde residía el faraón, y dejó caer la sandalia sobre las rodillas del monarca. Imaginando cómo sería la delicadeza del pie a tenor de las dimensiones y factura exquisita del objeto, mandó buscar a su propietaria por todo el país.

La empresa se vio coronada por el éxito y los emisarios del rey condujeron a la hermosa muchacha hasta la corte; el monarca cayó enamorado de ella tan pronto la vio y la tomó por esposa. A su muerte, el modelo de la Cenicienta tuvo el insigne privilegio de ser inhumada en una pirámide.

EL FANTASMA DE NITOKRIS

En los últimos años, la llanura de Gizeh ha sufrido profundamente la agresión de la ciudad moderna con su contaminación y las aberrantes construcciones que amenazan con desfigurar el paraje. El marco mágico y la serenidad de otras épocas parecen ser cosa del pasado.

Sin embargo, quien tenga la ocasión de pasear por las inmediaciones de la pirámide de Mikerinos a la hora del crepúsculo en un día tranquilo, podrá distinguir, en el oro de los últimos rayos de sol, una mujer desnuda de gran hermosura.

Es Nitokris o, más exactamente, el fantasma de Nitokris, el alma de la pirámide encargada de guardar el monumento. La tradición asegura que el hombre que cede a sus encantos enloquece; pero si conoce su nombre, si sabe hablarle de la edad de oro, ¿no

---

[24] Véase B. Van de Walle, «La "Quatrième pyramide" de Gizeh et la légende de Rhodopis», en *L'Antiquité classique,* III, 1934, pp. 303-312; C. Coche-Zivie, «Nitocris, Rodopis et la troisième pyramide de Giza», en *BIFAO,* 72, pp. 115 ss.

quedará sencillamente hechizado por la mujer faraón de cabellos rubios y mejillas sonrosadas?

8. SOBEK-NEFERU, MUJER FARAÓN ANTES DE LA TORMENTA

DICHAS DEL IMPERIO MEDIO

Hacia el 2060 a. J.C. Egipto salió de una larga crisis. Durante dos dinastías, la XI y la XII, de 2133 a 1785, tres linajes faraónicos, los Montuhotep los Amenemhat y los Sesostris,[25] gobernaron un país otra vez próspero cuya obra arquitectónica, desgraciadamente, ha desaparecido casi por completo. Algunos monumentos, desmontados con sumo cuidado, fueron usados como cimientos de sus propios edificios por los reyes del Imperio nuevo. Sin embargo, es posible admirar la «capilla blanca» de Sesostris I, reconstruida por el arquitecto francés Chevrier y expuesta en Karnak, en el «museo al aire libre». La elegancia de la geometría, la belleza de la piedra caliza y la delicadeza de los jeroglíficos, así como la perfección de las escenas esculpidas, son aspectos que evocan la «edad clásica» del Imperio medio, semillero de grandes obras literarias como *La historia de Sinuhé,* una auténtica novela de espionaje que relata la misión de un dignatario egipcio en el extranjero y su regreso a casa.

Si bien dejaron de construirse pirámides gigantes de piedra tallada como las de la llanura de Gizeh, no por eso se abandonó el símbolo. Los faraones de la época se contentaban con pirámides más modestas, algunas casi enteramente de ladrillo. No obstante, un lugar como List, al sur de El Cairo, da fe de una grandeza todavía perceptible, pese a los ataques infligidos a los conjuntos funerarios de Sesostris.

En los últimos años se ha intentado demostrar que el estatus social y legal de la mujer egipcia se degradó durante el Imperio medio; pero el estudio de la documentación existente prueba que conservó su libertad y autonomía, de acuerdo con los principios civilizadores enunciados desde la I dinastía.

El Imperio medio conoció tres siglos y medio de paz que terminaron con el reinado de una mujer faraón, Sobek-Neferu.

SOBEK-NEFERU: UN REINADO, NOMBRES, MONUMENTOS

De 1790 a 1785 a. J.C. una mujer reinó como faraón. Su presencia histórica ha sido confirmada por sus nombres reales y diversos monumentos. Quizá era la hija de Amenemhat III y la hermana, o la esposa, de Amenemhat IV, su sucesor. Se desconoce la duración exacta de su reinado: cinco años según unos; tres años, diez meses y veinticuatro días según otros, que se guían por el papiro de Turín.

La llegada al poder de Sobek-Neferu, faraón legítima y reconocida como tal, no estuvo precedida por ninguna situación de crisis. Un documento excepcional, desafortunadamente mutilado, la estatua del Louvre E 27 135, era una representación de Sobek-Neferu, mujer y rey a la vez. De esta imponente estatua de gres rojo

[25] Montuhotep: «[el halcón guerrero] Montu está en paz»; Amenemhat: «[el dios escondido] Amón se manifiesta [literalmente: está en primer plano]»; Sesostris: «el hombre de la [diosa] poderosa».

sólo se ha conservado el torso; la cabeza, los brazos y las piernas han desaparecido. ¿Qué vemos? Los senos de una mujer cubiertos en parte por el largo vestido tradicional y, sobre éste, el delantal de faraón. Ese tipo de hábito es único en la estatuaria faraónica conservada. ¿Cómo sabemos que realmente se trata de Sobek-Neferu? Por su nombre, escrito en jeroglíficos sobre la cintura. Por encima de su ropa femenina se puso el traje masculino del rey, aliando de este modo ambas naturalezas y convirtiéndose en un Horus femenino.

Su nombre también fue grabado en un arquitrabe de un templo de la ciudad de Heracleópolis, sobre unas piedras del templo funerario de Amenemhat III, así como sobre otras estatuas procedentes del Delta que la representan; esos vestigios dejan suponer la existencia de otras obras, hoy destruidas o enterradas en la arena, o bien encerradas en colecciones particulares.

¿Sobek-Neferu hizo construir una pirámide, tal como habían hecho sus predecesores? Es más que probable, y se supone que se encontraba en Mazghuna, al sur de Menfis; las excavaciones todavía no han ofrecido un elemento de identificación decisivo.

Conforme a las reglas de la titularidad en uso desde la V dinastía, la faraón Sobek-Neferu llevaba cinco nombres: nombre de Horus: «la amada de la luz divina (Ra)»; nombre de las dos soberanas:[26] «la hija del cetro potencia (o: de la potencia), la señora de las Dos Tierras»; nombre de Horus de oro: «estable de apariciones en realeza (o: aquella cuyas coronas son estables)»; nombre del rey del Alto y Bajo Egipto: «Sobek es la potencia *(ka)* de la luz divina (Ra)»; nombre de la hija de la luz divina (Ra): «belleza perfecta *(neferu)* de Sobek».

Los nombres de la mujer faraón definían su programa de gobierno y su actuación espiritual. Observemos cómo insiste en su relación con la luz divina, en su fuerza, estabilidad y, sobre todo, en un hecho algo sorprendente: ella encarna la «belleza perfecta» del dios cocodrilo Sobek, que es la potencia de la luz.

«Belleza» no es la primera palabra que acude a nuestra mente cuando contemplamos de cerca un cocodrilo; sin embargo, los egipcios consideraban a Sobek, la encarnación del principio creador simbolizado por el cocodrilo, como un gran seductor o un ladrón de mujeres, capaz al mismo tiempo de castigar el adulterio. Este príncipe encantador sólo hacía un bocado de las gentiles damas y, sin duda para conjurar el peligro, Sobek-Neferu transformaba en belleza la agresividad del saurio. Ella misma se convertía en cocodrilo y, tal como precisa su título, en «Sobek del Fayum».

El Fayum es un pequeño paraíso situado a unos cien kilómetros al sudoeste de El Cairo. Los faraones del Imperio medio dedicaron gran empeño a favorecer esta región, sobre todo mediante importantes obras de irrigación que la convirtieron en un inmenso jardín, enriquecido por una reserva de pesca y caza. El dios de la principal ciudad del Fayum, Sedit (la Crocodilopolis de los griegos y la

[26] Es decir, la cobra y el buitre, correspondientes al Alto y al Bajo Egipto.

actual Madinet al-Fayyum), era precisamente Sobek, una de cuyas funciones principales consistía en hacer que el sol emergiera del fondo de las aguas para que la luz se derramara sobre la tierra y desencadenara de ese modo el proceso de fertilización. Considerado como el «gran pez», el amo de los ríos y marismas, Sobek era especialmente la «potencia de la luz divina», capaz de extraer la vida del tenebroso océano del origen y convertir el país en un oasis de verdor.[27] Ésas eran las tareas que Sobek-Neferu, la faraón cocodrilo, se adjudicaba a sí misma.

LA TORMENTA: UNA INVASIÓN PROCEDENTE DEL NORTE

Al nordeste del Delta, la frontera de Egipto presentaba fisuras. Allí se presentaba una vía de invasión natural, revelándose bastante tentadora para las poblaciones nómadas, los hicsos,[28] formadas por clanes de pastores dedicados al pillaje. Hacía tiempo que codiciaban las ricas tierras cultivadas de los egipcios.

¿Por qué se desencadenó la oleada invasora hacia el año 1785 a. J.C.? Sin duda porque unas tribus asiáticas se unieron a esos clanes con la decidida intención de apoderarse de Egipto. El dispositivo de seguridad de los faraones se reveló insuficiente y el ataque de los hicsos fue un éxito. El ejército de Sobek-Neferu no pudo repeler a los invasores, que se instalaron en el norte del país y llegaron hasta controlar Menfis.

Horus hembra, Sobek-Neferu,[29] fue un auténtico faraón, considerada como tal en las antiguas listas reales. Afirmó el vínculo de las mujeres *de poder* con el dios cocodrilo Sobek, cuya primera sacerdotisa fue Jhenemet-Nefer-Hedjet, la esposa de Sesostris II. Otras tres grandes damas subrayarían este vínculo simbólico: Ahmés-Nefertari, Hatsepsut y Tiy.[30]

¿Cómo transcurrieron los últimos días del reinado de Sobek-Neferu, cuando el país se hallaba dividido en una zona libre y otra zona ocupada? Lo ignoramos. Ignoramos también la fecha exacta de la invasión de los hicsos, y no es del todo seguro que Sobek-Neferu tuviera que hacerles frente directamente.

---

[27] Véase C. Dolzani, *Il Dio Sobk,* Roma, 1961, y *LdÄ,* 39, 1984, pp. 995-1032.

[28] En egipcio, *hekau-jasut,* «los jefes de los países extranjeros». Véase J. Van Seters, *The Hyksos,* New Haven y Londres, 1966. El origen y la identificación de los hicsos continúan siendo objeto de controversia.

[29] Perdura la incertidumbre sobre la lectura de su nombre; para algunos egipcios, se trata de Neferu-Sobek.

[30] Sobre este punto, véase C. Vandersleyen, *L'Égypte el la vallée du Nil,* t. 2, p. 117, n. 2.

9. IAH-HOTEP, LIBERADORA DE EGIPTO

LA OCUPACIÓN DE LOS HICSOS

Durante más de dos siglos, de 1785 a 1570 a. J.C., los hicsos ocuparon el norte de Egipto. Los egiptólogos bautizaron esta época como «segundo período intermedio»; su estudio se reveló arduo, debido a la escasez de documentación. El proceso dinástico no se interrumpió, pero ningún monarca importante llegó a imponerse; los hicsos aceptaron la titularidad faraónica, como si desearan verse admitidos por la población. Fueron muchos los «monarcas» y breves los reinados, pues era frecuente la expulsión de un jefe de clan por otro.

Algunos jefes de provincia, sin embargo, mantuvieron su independencia; el Alto Egipto conservó su libertad sin que los hicsos consiguieran arrebatársela. Desde la XIII dinastía hasta finales de la XVII, el país estuvo dividido en dos.

Algunos colaboraron con el ocupante, mientras otros rechazaron obstinadamente su presencia. De cualquier modo, resulta difícil definir la naturaleza de esta ocupación. Según unos, los hicsos fueron bárbaros crueles y destructores; según otros se plegaron a la forma de vida egipcia, con la esperanza de imponerse a largo plazo. En cualquier caso no llegaron a ser populares.

Poco antes de 1570 la situación cambió. Una mujer excepcional, Iah-Hotep, se negó a tolerar el dominio extranjero que estaba arruinando a Egipto y decidió emplear todos los recursos para liberar el país.

UNA GUERRA INSPIRADA POR EL DIOS-LUNA

Iah-Hotep, hija del rey Taa I y de la reina Tetisheri, tal vez la primera en preconizar la reconquista, llevaba un nombre significativo: «el dios-luna (lab.) está en paz». La palabra «luna», en antiguo egipcio, es masculina; y el «sol de la noche», lleno de magia y a menudo comparado a un toro, es un temible guerrero. El nombre de la reina anuncia su programa político: primero, la guerra *(Iah),* luego la paz *(hotep),* después de obtener la victoria.

Iah-Hotep era tebana. Tebas, pequeña ciudad del sur de Egipto, federó a los resistentes; y fue el marido de la reina, el rey Seqenenre, «el que ve aumentado su valor por la luz divina», quien se puso a la cabeza del ejército de liberación y se lanzó al ataque de los hicsos.

No conocemos ni el número de soldados comprometidos en la acción ni los episodios del conflicto, pero sí que éste terminó con la muerte de Seqenenre. Efectivamente, su momia presentaba huellas de varias heridas mortales.

Iah-Hotep quedó viuda, a cargo de dos hijos, Kamosis y Ahmosis. Al nombre de Kamosis, «ha nacido la potencia», le sigue un guerrero sosteniendo un bastón; eso significa que la reina le insufló la voluntad de proseguir la obra de su padre y continuar la guerra. De hecho, el impulso no se interrumpió, pero surgió un nuevo problema cuando, conscientes de la determinación de las tropas tebanas, los

hicsos intentaron provocar una revuelta en Nubia; si los nubios se convertían en sus aliados, Tebas quedaría entre dos fuegos: los hicsos al norte, los nubios al sur.

No quedaba otra solución: atacar. Mientras Kamosis se lanzaba hacia el norte, arrebatándoles a los hicsos una ciudad tras otra, Iah-Hotep se ocupaba de fortificar la frontera sur, en Elefantina. Los nubios no consiguieron pasar y el proyecto de alianza con los hicsos fracasó.

Kamosis obtuvo varias victorias, pero no logró hacerse con la capital fortificada de los hicsos, Avaris, donde los últimos asiáticos habían encontrado refugio. Volvió a Tebas y allí le recibió Iah-Hotep, que gobernaba en su ausencia. ¿Por qué Kamosis no continuó el asedio?

Quizá estaba herido. Cuando desapareció de la escena, el segundo hijo de Iah-Hotep sólo contaba diez años. La reina asumió la carga del poder sobre un territorio cada vez más vasto, sin perder de vista el objetivo final: la liberación total de Egipto. Los nombres de este segundo hijo son elocuentes: «el de las grandes transformaciones, el toro en Tebas, el que reúne las Dos Tierras, la luz divina (Ra) es el señor de la fuerza». Como Ahmosis, «el que nació del dios-luna»,[31] asumió la continuidad de la acción guerrera de la reina.

EGIPTO, LIBERADO

En cuanto tuvo edad de gobernar y de entrar en combate, Ahmosis se dirigió al norte con la firme intención de apoderarse de Avaris y de expulsar definitivamente a los hicsos. Una estela, erigida por el rey en el interior del templo de Karnak, pone de relieve el difícil papel que jugó Iah-Hotep antes de vislumbrar la victoria. Por supuesto no todos los cortesanos estaban de acuerdo en continuar la lucha, y la reina tuvo que dar muestras de valor y autoridad para reanimar las energías cuando flaqueaban. Según el texto de la estela, está claro que Iah-Hotep se comportó como un verdadero faraón, ella misma tomaba las decisiones y gobernaba Egipto con firmeza: *«Haced llegar vuestras alabanzas a la dama de las orillas de las regiones lejanas*[32] *cuyo nombre se exalta en todos los países extranjeros; ella, la que gobierna multitudes y se ocupa de Egipto con sabiduría; ella, la que se ha preocupado de su ejército, la que ha velado por él, la que ha conseguido el retorno de los fugitivos y reunido a los disidentes, la que ha pacificado el Alto Egipto y sometido a los rebeldes".*[33]

¿Puede deducirse de estas líneas que Iah-Hotep terminó con una revuelta militar en el sur, a la que opuso una especie de golpe militar? Las opiniones difieren, pero parece que ella fue un auténtico

---

31 Debería transcribirse este nombre Iah-Mosis, ya que se trata de la misma palabra Iah, «dios-luna», que aparece en el nombre de la reina; pero ha quedado establecida la costumbre de transcribir Ahmosis, y a menudo suele encontrarse el nombre de la reina escrito Ah-Hotep, Ahhotep.

32 Traducción aproximada; los *hau-nebut,* en ese contexto, parecen designar «los islotes del norte», es decir, las zonas acuáticas del Delta reconquistadas gracias a la acción de Iah-Hotep.

33 *Urkunden,* IV, 21. 3-17.

jefe militar a cuyo ejército dedicó su interés e infundió ánimos. Ella galvanizó a los que dudaban, aportó cohesión a sus tropas y rehabilitó a los soldados que habían desertado.

Podemos imaginar la alegría de Iah-Hotep cuando tuvo noticia de la caída de Avaris. Su marido había muerto en el combate; su hijo mayor, Kamosis, había entregado el alma antes de la victoria final; su segundo hijo, Ahmosis, acababa de liberar la totalidad del territorio egipcio y de reunificar las Dos Tierras. Se convirtió entonces en el primer faraón de una nueva dinastía, la decimoctava.

Iah-Hotep y Ahmosis no se contentaron con la caída de la odiada ciudadela; el rey persiguió a los vencidos que huían hacia el norte, quizá hasta el mismo Eufrates. Y no olvidó la temible tentativa de alianza que había estado a punto de comprometer el éxito: después de la expulsión de los hicsos, Ahmosis echó del trono a un reyezuelo nubio convicto de colaboración con el enemigo.

Desde el extremo del Delta hasta Nubia reinaba un solo faraón.

NACIMIENTO DE UNA CAPITAL

Hasta ese momento, la gran ciudad del Egipto de los faraones era Menfis, «el equilibrio de las Dos Tierras», ubicada en la confluencia del Delta y del valle del Nilo. Menfis había sido fundada por el ilustre Zoser y no tenía rival.

Sin embargo, los artífices de la liberación de Tebas pertenecían a un linaje de soberanos originarios de Tebas. Iah-Hotep aprovechó la oportunidad y supo ponderar los méritos de Wasit, «la ciudad del cetro *uas* (el que portan las diosas)», nombre sagrado de Tebas. La «ciudad de las cien puertas», que maravilló a Homero, está simbolizada en una mujer y también gracias a una mujer conoció la gloria. Inspirada por Iah-Hotep, Tebas se convirtió en la capital de un Egipto libre, de nuevo dueño de su destino.

UNA REINA CONDECORADA COMO UN GENERAL

Iah-Hotep, mujer enérgica y vigorosa, murió octogenaria, reconfortada por la veneración de su pueblo y de la corte, que manifestaba así su reconocimiento a la liberadora, a la heroína indomable que había sabido transmitir al ejército el valor necesario para expulsar al ocupante.

Su hijo, Ahmosis, presidió las ceremonias fúnebres; la reina fue inhumada en una tumba de Dra Abu el-Naga, un sector de la necrópolis de Tebas-oeste.[34] El egiptólogo francés Auguste Mariette dirigió las excavaciones que en 1859 sacaron a la luz la sepultura, con la fortuna de descubrir un tesoro compuesto de joyas de hermosa factura, como un brazalete de oro macizo cubierto de lapislázuli en el que se proclamaba el reconocimiento de Ahmosis como faraón. Otra maravilla era el brazalete de perlas ensartadas en hilo de oro y compuesto por tiras de oro, lapislázuli, cornalina y turquesa. Al abrocharlo, la reina reunía unos jeroglíficos que afirmaban las cualidades de Ahmosis como «todo un dios, amado de Amón», es

[34] Véase M. Eaton-Krauss, «The coffins of Queen Ahhotep, Consort of Seqeni-en-Rê and mother of Ahmose», en *Chronique d'Égypte,* XLV/130, 1990, pp. 195-205.

decir, el dios de Tebas. No olvidemos la diadema que representaba a la diosa-buitre Nejbet, que encarna a la vez la función materna y la capacidad de otorgar una titularidad y sus nombres a un faraón: la reina, precisamente, había dado a Egipto dos reyes, Kamosis y Ahmosis.

Tres objetos sorprendentes subrayan la actividad guerrera de la gran reina. Un puñal de hoja de oro, un hacha cuyo mango de cedro está recubierto de oro y en el que se ve al rey, como esfinge y grifo, derrotando a sus enemigos, y tres moscas de oro, que habitualmente se ofrecían como recompensa a los generales y soldados destacados por su valor en el combate.

Según nuestros datos, ninguna otra reina de Egipto recibió esta condecoración militar, la más alta distinción concedida por el faraón a sus valientes. Ahmosis reconocía así que la inspiradora de la guerra de liberación había sido Iah-Hotep. La reina había llevado a buen término su proyecto: desplegar la fuerza del dios-luna en su lucha victoriosa contra los hicsos y restaurar la paz. Se había hecho merecedora de esas tres moscas de oro, símbolo de su valor indomable y de su tenacidad frente al conflicto.

10. AHMÉS-NEFERTARI, ESPOSA DEL DIOS

DE LUNA EN LUNA, DE REINA EN REINA

A tenor de lo visto, es fácil deducir por el carácter de Iah-Hotep que no era una mujer que abandonara el destino de Egipto en manos incompetentes. Es cierto que podía confiar en su hijo, el faraón Ahmosis, que reinó entre 1570 y 1546 a. J.C., pero la elección de una gran esposa real no era menos determinante. Ahmosis eligió a una mujer de personalidad tan excepcional como la de Iah-Hotep, Ahmés-Nefertari, es decir, «nacida del dios-luna, la más bella de las mujeres».[35]

Soberana de las Dos Tierras y «madre real», Ahmés-Nefertari fue también, en cierto sentido, faraón. Sobrevivió a su marido después de participar junto a él en todos los actos principales de su reinado; fue regente del reino durante la infancia de Amenhotep I (1551-1524), y murió, a edad avanzada, al inicio del reinado de Tutmosis I (1524-1518), después de haber asistido a su coronación. Con ella nos encontramos de nuevo en presencia de una de esas reinas extraordinarias características de Egipto.

No sabemos con certeza si había nacido en un medio modesto, como daría a entender la inscripción a la que nos referiremos más tarde. No es imposible, ya que la fortuna y la «nobleza» no eran en el antiguo Egipto criterios imperativos para elegir a una reina. Lo más probable es que Ahmés-Nefertari hubiese nacido en Tebas, donde también se habría educado, según demuestra el desarrollo religioso que, como prueba de su amor, promovió en la región.

Al igual que hicieran un cierto número de reinas, ejerció el poder durante varios años, mientras Amenhotep I, el primero de los faraones que incluía en su nombre el de Amón, era aún demasiado joven para asumir su función. Ahmés-Nefertari fue también la autora de innovaciones notables cuyas consecuencias seguían siendo perceptibles siglos después de su muerte, cuando la dinastía de las divinas adoradoras reinó en Tebas. Nos referiremos primero a su apego al culto a los antepasados.

UNA ABUELA VENERADA

Una estela descubierta en la capilla de la reina Tetisheri, en Abydos, nos permite asistir a un diálogo entre el faraón Ahmosis y su gran esposa real, Ahmés-Nefertari. El rey sentía gran admiración por su abuela Tetisheri, una tebana que había vivido bajo la ocupación de los hicsos y suscitado el primer impulso de revuelta. Ahmosis deseaba que se honrase dignamente su memoria y le pidió a Ahmés-Nefertari que se ocupara de ello.

¿En qué consistía honrar a Tetisheri? En el mantenimiento de la capilla de Abydos, del estanque en el que los ritualistas recogerían el agua fresca para las libaciones cotidianas, de su jardín y de los árboles; había que «reverdecer» las mesas destinadas a sus ofrendas,

---

[35] Podría transcribirse también como Iah-Mose, pero el uso ha consagrado «Ahmés»; la segunda parte del nombre, Nefertari, la recogería la primera gran esposa real de Ramsés II.

es decir, proveerlas cada día de alimentos, y también había que asociar su alma a las grandes fiestas. Para que estas tareas se ejecutasen correctamente, era necesario nombrar al personal adecuado y asignarle campos y ganado.

La pareja real rindió culto a Tetisheri y proclamó su importancia como precursora de una nueva dinastía que debía devolver a Egipto su pasado esplendor. El respeto a los antepasados se consideraba el cimiento sólido sobre el cual era posible construir.

LA ESPOSA DEL DIOS

En el tercer pilón del templo de Karnak, lleno de piedras antiguas, se descubrieron los fragmentos de una estela que pudo ser reconstruida. El esfuerzo dio buenos frutos, pues el texto reveló una extraña historia que constituyó el gran asunto del reinado de Ahmés-Nefertari.

Así llegamos a saber que ésta llevaba el título de «segundo servidor del dios» en la jerarquía del templo de Karnak. Sin embargo no se vanaglorió de este honor, sino que renunció a él. ¿A qué obedeció tan sorprendente decisión? A que el rey le ofreció a cambio los recursos materiales necesarios para crear una nueva institución religiosa y económica, la de «esposa de dios», de la cual sería su fundadora.

¿De qué medios disponía? De bienes muebles e inmuebles destinados a formar la hacienda de la esposa del dios: tierras, oro, plata, bronce, ropas, trigo y ungüentos. El texto de la estela nos proporciona una sorprendente información: la reina, que hasta entonces había sido pobre, se enriqueció. ¿Es éste un hecho simbólico o se trata de una alusión al pasado de la soberana?

El rey ordenó construir una residencia para la esposa del dios y, con este fin, se selló un acta de propiedad a su favor. Por su función, Ahmés-Nefertari llevaba un vestido que le llegaba hasta los tobillos, ceñido a la cintura y con unos tirantes que le cubrían en parte el pecho; era un hábito clásico, propio de las sacerdotisas del Imperio antiguo. A la cabeza se ceñía una peluca corta, ajustada por un turbante. Dos largas plumas completaban el tocado tradicional de las reinas; eran los llamados «restos del buitre», símbolo de la función materna en su aspecto espiritual. Las dos altas plumas simbolizaban la pareja primordial, Shu y Tefnut,[36] los dos ojos del creador, las dos diosas de la resurrección, Isis y Neftis; gracias a ellas, la mirada de la esposa de dios alcanzaba la cima del cielo y poseía la facultad de conocer a Maat, la regla eterna del universo. Ahmés-Nefertari se puso al frente de un colegio de sacerdotisas y de sacerdotes que debían ayudarla a ejercer su función principal: sostener, mediante su amor, la energía del dios Amón, para que el amor divino alimentase a Egipto. Desde el punto de vista del Estado, este acto mágico era esencial. Efectivamente, la energía de las divinidades se consideraba una realidad vital sin la cual el país no podría vivir en armonía con lo invisible.

---

[36] Shu es la vida; Tefnut la regla.

AHMÉS-NEFERTARI, SANTA PATRONA DE LA NECRÓPOLIS TEBANA

La muerte de la gran reina, que tuvo lugar al inicio del reinado de Tutmosis I, hacia 1524 a. J.C., fue un acontecimiento digno de ese nombre. Su figura había marcado de tal modo su tiempo y a las personas que su recuerdo no llegó a borrarse. Setenta escarabajos a su nombre, estelas fijas en las que aparece representada, estatuillas con su efigie, un buen número de objetos rituales como sistros dedicados a ella, además de la presencia de la reina en una cincuentena de escenas pintadas en diversas tumbas tebanas... Este cúmulo de homenajes prueba la existencia de un auténtico culto en honor de Ahmés-Nefertari. Después de que su momia fuese introducida en un enorme sarcófago, que fue a su vez sepultado en una tumba de Tebas-oeste, en Dra Abu el-Naga, la reina inició otra vida en la tierra y en el cielo a la vez.

Ahmés-Nefertari fue considerada la santa patrona de la necrópolis de Tebas y, durante varios decenios, fue objeto de gran popularidad. Este fervor venía a reconocer su preocupación por el mantenimiento de las tumbas y su idea, que Tutmosis I hiciera realidad, de crear una cofradía encargada de la construcción y la restauración de las moradas para la eternidad. Los artesanos, instalados en el pueblo de Dayr al-Madina, manifestaron su inmenso reconocimiento a la reina elevándola al rango de divinidad protectora.

No lejos de la tumba de Ahmés-Nefertari se erigió su templo, «el de emplazamiento estable *(mensef)»,* en el linde de las tierras cultivadas. Este tipo de edificio solía reservarse a los faraones, y se conocen pocas excepciones a esta costumbre, hecho que pone de relieve la estima en que se tenía a esta gran reina. Su santuario aparecía como una región del otro mundo, revelada y encarnada en la tierra, una región por la que resultaba placentero pasear. Ahmés-Nefertari, navegando en una barca de luz, vivía en el paraíso reservado a los justos. Durante una fiesta de verano, la barca de la reina, tirada por un trineo, recorría la necrópolis tebana recibiendo el homenaje de todos, notables y humildes.

AHMÉS-NEFERTARI, ¿AUTORA DE RITUALES?

Un texto conocido con el título de «ritual de Amenhotep I» inspiró la decoración de los templos tebanos; la reina no sólo está representada, sino que también es probable que ella participase en su concepción e incluso en su redacción.

Lo mismo puede decirse de un texto fundamental, «el ritual del culto divino diario», del que se conserva una versión más completa en el templo de Abydos. El texto revela los ritos que el faraón debía ejecutar cada día al despertar la divinidad en el naos del templo, la parte más secreta del mismo, donde sólo él podía penetrar.

Los rituales eran redactados por los adeptos de las Casas de la Vida; en su condición de esposa de dios, Ahmés-Nefertari podía acceder a ellos y hacer uso de los jeroglíficos, esos signos preñados de poder que recogían las palabras de las divinidades. A lo largo de la historia de Egipto algunas mujeres participaron en la redacción de los textos usados en las liturgias, y Ahmés-Nefertari fue, sin ninguna

duda, una de esas autoras sagradas.

¿FUE AHMÉS-NEFERTARI UNA REINA DE RAZA NEGRA?

Existen varias representaciones de la gran reina que pueden sorprender al observador, pues a partir de ellas no cabe duda sobre el color negro de la piel de Ahmés-Nefertari. ¿Acaso era de origen nubio? El descubrimiento de su momia, que fue retirada de su tumba en Dra Abu el-Naga y puesta a resguardo en el escondrijo de Dayr al-Bahari después de una oleada de pillajes de tumbas reales durante el reinado de los últimos ramésidas, nos ha proporcionado una certidumbre: Ahmés-Nefertari murió a una edad avanzada y tenía la piel blanca. Por desgracia, al contacto con el aire y debido a la falta de precauciones, el cuerpo se descompuso.

¿Por qué algunas estatuas de la reina son de madera bituminosa, esto es, de color negro? ¿Por qué se escogió este color para algunas escenas pintadas? En la simbología egipcia,[37] el negro encarna la idea de regeneración, del proceso alquímico por el que debe pasar el alma para revivir en el más allá. ¿Pues no nace la vida de la tierra negra, limosa, depositada por la crecida de las aguas en las orillas del Nilo? El negro es el color del dios Anubis, el de la cabeza de chacal, encargado de conducir a los resucitados por los hermosos caminos del más allá; no evoca ni la muerte ni la destrucción, sino un medio fértil, rico en potencia creadora, donde se organiza una nueva forma de existencia.

Ahmés-Nefertari prefigura de este modo a las vírgenes negras, en otro tiempo muy numerosas en las catedrales e iglesias de Occidente; las figuras lejanas de Isis llevando a Horus, el niño-dios, también eran descendientes de una reina de Egipto convertida en diosa de la resurrección.

[37] Véase, por ejemplo, L. Manniche, *Acta Orientalia,* 40, 1979, pp. 11-19.

11. LA REINA HATSEPSUT

LOS INCONVENIENTES DEL PROTAGONISMO

Hatsepsut es una de las estrellas de primera magnitud de la historia egipcia. Aunque su nombre suena extraño a nuestros oídos, su historia se consideró tan extraordinaria que la imaginación novelesca (y a veces... egiptológica) se apoderó de ella para convertirla en una intrigante corroída por la ambición, una devoradora de hombres, una Maquiavelo semidesnuda que andaba persiguiendo al débil Tutmosis III antes de verse ella misma perseguida por el vengativo faraón; de ella se dice que ordenó acabar con la vida de algunos cortesanos para, de ese modo, imponer con mayor comodidad su dominio sobre el reino. En resumen, una sarta de horrores dentro del mejor estilo de una Catalina de Medicis. Egipto, sin embargo, vivía conforme a otros valores y es un error lamentable proyectar en él nuestras bajezas.

El «expediente Hatsepsut» contiene una cierta cantidad de documentos[38] que permiten seguir algunos de los episodios de la aventura de la que fuera la gran esposa real, regente y luego faraón. Contrariamente a la idea establecida, Hatsepsut no fue ni la primera ni la única mujer faraón; su figura se inscribe en un linaje de mujeres que ocuparon el poder, cuya estatura política no sorprendía en absoluto a sus coetáneos egipcios. Si la fama de Hatsepsut ha eclipsado la de las regentes y reinas faraones que la precedieron, ello es debido a la larga duración de su reinado y a la relativa abundancia de documentación arqueológica sobre ella.

Si estudiamos atentamente el rostro de Hatsepsut, advertiremos que es en todo conforme al ideal faraónico, bastante alejado, debemos confesarlo, de una visión romántica o picara.

EL LINAJE DE LOS TUTMOSIS

La gran reina Ahmés-Nefertari murió, como ya hemos señalado, al principio del reinado del primero de los Tutmosis (1524-1518 a. J.C.). Se pasaba de esta manera del dios-luna combatiente, Iah, al dios-luna Thot, considerado como intérprete del sol, Ra. Thot entraba en la composición del nombre de los cuatro Tutmosis, «los nacidos de Thot».

Se da por hecho que Tutmosis I fue el padre de Hatsepsut; dirigió una campaña militar en Asia, sin duda para disuadir a los agitadores de tomar el Delta. Ésa fue, por otra parte, una de las obsesiones de los soberanos del Imperio nuevo: fortificar la frontera nordeste, controlar la zona sirio-palestina, mantener una barrera de protección entre los márgenes septentrionales de Egipto y los potenciales invasores.

Con todo, fue una época pacífica. Gracias al genio de un maestro de obras excepcional, Ineni, Tutmosis I favoreció el

---

[38] Véase principalmente S. Ratié, *La Reine Hatchepsout. Sources et problémes,* Leiden, 1979; «Hatchepsout, Femme-Pharaon», en *Les Dossiers d'Archéologie,* núm. 187, noviembre de 1993.

desarrollo de Karnak, un templo todavía modesto, que iría convirtiéndose paulatinamente en una inmensa ciudad santa donde Amón, el principio escondido, acogería los santuarios de otras divinidades. Era un proyecto de envergadura pues se trataba de dar a Tebas, la ciudad victoriosa sobre los bárbaros hicsos y responsable de la reunificación de las Dos Tierras, una dimensión digna de la antigua Menfis.

Cuando Tutmosis I abandonó el mundo de los hombres para reunirse con sus hermanos los dioses, Hatsepsut era una joven de quince años según unos, de veinte según otros. Se convirtió en la gran esposa real de Tutmosis II, cuyo reinado todavía hoy es un enigma: la duración de dicho reinado varía, según los historiadores, entre tres[39] y catorce años.

Entra entonces en escena un muchacho, Tutmosis III, continuador del linaje de los «hijos de Thot». No tenemos certeza alguna sobre sus orígenes. Se pretende que era hijo de Tutmosis II y de una «concubina», lo que no es sino una proyección de nuestros fantasmas occidentales, fruto de la fascinación ante los harenes otomanos y que suele aplicarse, con frecuencia de manera equivocada, al antiguo Egipto. A la muerte de Tutmosis II, el joven Tutmosis III, designado faraón, debía de contar entre cinco y diez años, edad que le incapacitaba para hacerse cargo del gobierno.

HATSEPSUT, REGENTE DEL REINO

¿Qué ocurrió durante este período: intrigas de palacio, sórdidos complots, conspiraciones soterradas? Nada de todo eso. Conforme a la tradición, la esposa real, Hatsepsut, recibió el encargo de ejercer la regencia. «Su hijo,[40] que ocupaba el lugar del rey difunto como faraón de las Dos Tierras, reinó en el trono del que le había engendrado —dice un texto— mientras su hermana, la esposa del dios Hatsepsut, se ocupaba de los asuntos del país, con las Dos Tierras bajo su gobierno. Se aceptó su autoridad, el valle se le sometió”.[41]

El maestro de obras Ineni precisa que «Hatsepsut conducía los asuntos de Egipto según sus propios planes. El país inclinó la cabeza ante ella, la perfecta expresión divina nacida de Dios. Ella era el cable que sirve para jalar el norte, y el poste al que se amarra el sur; ella era el guardín perfecto del timón, la soberana que da las órdenes, aquella cuyos excelentes puntos de vista pacifican las Dos Tierras cuando habla».

No olvidemos las funciones rituales de Hatsepsut: era esposa de dios, divina adoradora de Amón, «mano de dios»,[42] y «la que ve a

---

[39] C. Vandersleyen afirma que la documentación existente no permite atribuirle un reinado de más de tres años.

[40] Es decir, el hijo de la potencia divina que le ha hecho rey, y no obligatoriamente el hijo carnal del monarca difunto.

[41] *Urkunden,* IV, 59, 16-60, 4.

[42] En una de las versiones egipcias de la creación, Atum engendra a la primera pareja divina masturbándose; dicho de otro modo, dando forma al universo con su propia sustancia, de forma que la unidad habite todo tipo de manifestaciones. La «mano de dios», Atum, que da a luz, fue considerada su esposa. Al atribuirles este título, se asociaba a las reinas al proceso de autogénesis en su aspecto primordial.

Horus y a Set».

LA TUMBA DE LA REINA HATSEPSUT

La regente hizo cavar su morada para la eternidad en un sitio original: un *uadi* de difícil acceso y un acantilado donde se acondicionó un estrecho pasillo cuya entrada, una vez taponada, sería imposible distinguir. Hatsepsut no podía imaginar el encarnizamiento de los modernos saqueadores que, a base de contorsiones y escaladas, terminaron por descubrir su sepultura.

En la tumba de la regente se descubrió un sarcófago con el nombre de Hatsepsut, «soberana de todos los países, hija de rey, hermana de rey, esposa del dios, gran esposa real, señora de las Dos Tierras». La reina le pedía a Nut, la diosa del cielo, que comulgara con ella y le concediera un lugar entre las estrellas imperecederas.

El destino de la viuda de Tutmosis II parecía completamente definido: asumir la regencia para luego eclipsarse detrás de Tutmosis III tan pronto éste adquiriera las competencias necesarias para reinar como faraón.

EL ROSTRO DE HATSEPSUT

Por naturaleza, un faraón de Egipto es eternamente joven y, en general, resulta vano estudiar los retratos de la estatuaria sagrada y, todavía más, deducir a continuación características de tipo psicológico en función de nuestros propios criterios. Como era costumbre, los escultores crearon la imagen simbólica de una Hatsepsut divinamente hermosa y eternamente joven. Un retrato tipo de la reina presentaba estas características:[43] ojos almendrados, nariz larga, recta y fina, mejillas casi lisas, boca pequeña, labios delgados, barbilla menuda. Una mujer muy bonita, felina, de fina sonrisa. Ahora bien, una Hatsepsut ideal cuya feminidad no se ve oscurecida por su alto rango. Por otro lado, no es la Hatsepsut humana la figura encarnada en la piedra, sino su *ka,* el aspecto inmortal del ser que ha derrotado al envejecimiento y la muerte.

CUANDO UN ORÁCULO CONVIERTE A UNA REINA EN FARAÓN

El vigésimo noveno día del segundo mes de la estación invernal, en el año segundo del reinado de Tutmosis III, tuvo lugar un acontecimiento extraordinario: el oráculo del dios Amón, en el gran patio del templo de Luxor, prometió a Hatsepsut que en el futuro sería reina, sin señalar las fechas precisas.[44] Es probable que la estatua del dios, llevada en procesión, se inclinara ante la reina y que un sacerdote pronunciara las palabras que expresaran la voluntad del señor divino.

¿A qué obedeció esta decisión? Lo ignoramos. Resulta tanto más sorprendente cuanto que Hatsepsut no empezó a reinar en esas fechas sino que fue coronada cinco años después, en el séptimo año de Tutmosis III. Aunque su nombre no figura en las listas de los

---

[43] Sobre todo a partir de la estatua conservada en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, Inventario, núm. 29.3.2.

[44] Véase J. Yoyotte, *Kêmi,* XVIIII, 1968, pp. 85-91.

faraones descubiertas hasta la fecha, Hatsepsut es conocida por otras fuentes, y su condición de faraón reinante no ofrece ninguna duda.

¿Qué ocurrió? ¿Acaso la terrible Hatsepsut redujo al silencio al desdichado Tutmosis III, lo encerró en un calabozo? Desde luego que no. Por una parte era contemporánea del reinado de Tutmosis III, sin decretar un «*año 1*» propio, motivo por el cual la tradición le atribuye veintiún años y nueve meses de reinado, cuando, al parecer, sólo gobernó durante quince años (1498-1483 a. J.C.); por otra parte, Hatsepsut asoció a Tutmosis III a varios actos oficiales, como la explotación de canteras o la inauguración de los santuarios. En los años 12, 16 y 20, Hatsepsut y Tutmosis III aparecen juntos, presentándose uno y otro como faraón. Forman, por lo tanto, una pareja, compuesta no por un marido y su mujer sino por dos soberanos; veremos que Hatsepsut, la mujer faraón, reunía en sí misma las polaridades femenina y masculina.

Resulta claro que se superpusieron dos reinados, el de Tutmosis III y el de Hatsepsut; situación que se repetiría en varias ocasiones a lo largo de la historia de Egipto. Pero esta vez el período de reinado en común fue especialmente largo. No cabe duda que debemos renunciar a la teoría de un conflicto entre Hatsepsut y Tutmosis III.

Desde el año 2 hasta el año 7 no se produjo ningún hecho sobresaliente. Y después, en el año 7 de Tutmosis III, lo que había anunciado el oráculo de Amón se cumplió: la reina Hatsepsut se convirtió en faraón.

12. HATSEPSUT, FARAÓN

EL NUEVO NACIMIENTO DEL REY HATSEPSUT

Un faraón no es un oportunista ni un banal personaje político; no lo eligen los hombres sino que son los dioses quienes lo forman y esto, según la expresión egipcia, «desde el huevo». En el ser de un rey de Egipto se superponen un individuo humano, perecedero, acerca del cual nada dicen los textos, y una persona simbólica, inmortal, de la que se nos habla profusamente.

Por esa razón, al convertirse en faraón en el año 7 del reinado de Tutmosis III, se proclama el nuevo nacimiento de Hatsepsut como monarca, un nacimiento relatado en el escenario del templo; el relato va destinado a las divinidades y no a los hombres, para que aquéllas reconozcan al nuevo faraón digno de reinar.

Para describir este episodio, tan desconcertante a nuestros ojos, los eruditos inventaron la expresión «teogamia», es decir, el matrimonio con un dios. Esto es lo que nos revelan los bajorrelieves del templo de Dayr al-Bahari, la gran obra de Hatsepsut.

Ahmose, la gran esposa real de Tutmosis I, se hallaba en su palacio; al verla, el dios Thot se llenó de gozo. El maestro de las ciencias sagradas se dirigió a Amón para anunciarle que acababa de descubrir a la que estaba buscando. Amón, el dios oculto, es también Ra, la luz revelada; el nombre de Amón-Ra sintetiza la potencia divina que expresa a la vez el secreto de la vida y su manifestación más deslumbrante. Después de haber consultado a su consejo, formado por doce divinidades, Amón-Ra decidió el nacimiento de un nuevo faraón. El dios adoptó la apariencia física de Tutmosis I y se introdujo en la cámara donde la reina se encontraba descansando. Ésta despertó al percibir el maravilloso perfume que su real y divino esposo esparció a su alrededor. En el palacio quedó el aroma del país de Puní, la lejana comarca donde crecen los árboles de incienso.

Abrasado de amor por la visión de la reina, Amón-Ra se dirigió a ella haciéndole ofrenda de su amor y su deseo. Ella se sintió feliz al contemplar su belleza; el amor divino recorría sus miembros, extendiéndose por todo su cuerpo. El dios y la reina se unen en un abrazo.

Amón-Ra declara: «*La que está unida a Amón, Hatsepsut, ése será el nombre de la hija que he depositado en tu cuerpo... Ella ejercerá la función de faraón, resplandeciente y bienhechora en todo el país”.* El dios concedió a su hija las cualidades necesarias para gobernar, la fuerza creadora, la facultad de juzgar con ecuanimidad y la de conducir a su pueblo hacia la plenitud.

Cuando llega el momento del nacimiento, el dios rey está presente al lado de la gran esposa real; le presenta la llave de la vida y ordena al alfarero divino, el dios Jnum con cabeza de carnero, que modele en su torno a Hatsepsut «junto a su *ka*» o, dicho de otro modo, que una en el mismo ser lo mortal y lo inmortal, la energía indestructible y la individualidad encargada de encarnarla. El alfarero utilizó la carne de Amón-Ra, un material abstracto y luminoso, para

modelar dos niños, el rey humano y su *ka;* al nuevo ser se le concedieron vida, fuerza, estabilidad y alegría. Hatsepsut esparcirá la prosperidad en torno a ella, reinará sobre Egipto y sobre los países extranjeros, no le faltarán ofrendas, hará gala de un pensamiento justo, se verá elevada por encima de todas las divinidades y aparecerá como Horus en el trono de luz.

Asistido por las divinidades, las fuerzas universales y los genios protectores del nacimiento, Jnum llevó su obra a buen término. Thot pudo entonces anunciarle a la reina la dicha de Amón-Ra, y que había llegado el momento del parto. Asistido por Heket, la diosa de la cabeza de rana, fiadora de las mutaciones y transformaciones, Jnum condujo a la reina a una sala especial donde se había instalado un gran lecho.

Se tomaron todas las disposiciones mágicas para que la llegada al mundo de Hatsepsut se produjera sin incidentes. Mesjenet, que encarna a la vez el «lugar de nacimiento» y el destino del niño, pronunció un hechizo destinado a alejar penas y desgracias del recién nacido.

Cuando Amón-Ra vio a su hija se dirigió hasta ella con el corazón henchido de felicidad. La diosa Hator le presenta a Hatsepsut, nacida de la luz divina. Amón-Ra la estrecha entre sus brazos y la besa. Es la vaca celeste la que amamantará al bebé, transmitiéndole la energía que mantendrá su juventud inalterable. Las divinidades, como hadas buenas, hacen sus votos de felicidad, colmando a la futura reina de las cualidades necesarias.

¿Y quién sino Hator podría ser la nodriza de Hatsepsut? Su olor es más suave que el de las otras divinidades, ella será una madre celeste que hará renacer cada día a la reina-faraón como a un nuevo sol. Purificada por Amón y por Ra, la reina-faraón conocerá innumerables fiestas de regeneración.

Amón presenta su hija a las divinidades del Alto y Bajo Egipto, que admiran su belleza; «Amadla —les dijo—, confiad en ella», pues ella es el símbolo viviente de Amón, su representante en la tierra, nacida de la carne del mismo dios.

CORONACIÓN DEL FARAÓN HATSEPSUT

Según los bajorrelieves del templo de Dayr al-Bahari, al nacimiento de la reina-faraón le siguió inmediatamente su coronación. El oráculo de Amón, formulado en el año 2 del reinado de Tutmosis III, se hizo realidad en el año 7.

El ritual, probablemente, tuvo lugar en la ciudad santa más antigua del país, Heliópolis, donde Hatsepsut fue reconocida como faraón legítimo por Atum, el creador que engloba en su persona todas las formas del ser. Amón fue el garante de la coronación, celebrada mágicamente en todos los templos para que ninguna fuerza divina le faltara a Hatsepsut. Horus y Set impusieron la corona al nuevo rey del Alto y Bajo Egipto; Thot y Sechat registraron su nombre en los anales y en el árbol de la vida.

Provista de un remo y de un timón, Hatsepsut realizó el recorrido ritual que señalaba su toma de posesión de la totalidad del

territorio egipcio y, más allá de él, del espacio delimitado por el circuito del sol. A continuación recibió «los símbolos de la luz divina», es decir, sus cetros, sus coronas y el vestuario de su función.

Luego Hatsepsut inició una verdadera *gira* por Egipto, que la llevó a cada una de sus ciudades, donde debía ser reconocida por la divinidad propia de cada lugar, comulgar con ella y convertirse de ese modo en vínculo de unión entre las múltiples expresiones de lo sagrado.

Todavía le quedaba comparecer ante la corte que, según era costumbre, aprobó por aclamación el ascenso al «trono de los vivos» de una mujer faraón.

LOS NOMBRES DE HATSEPSUT

Nunca se insistirá bastante en los nombres asignados a un faraón al inicio de su reinado: éstos definían a la vez su ser y su particular manera de enfrentarse a su función.

Ya hemos visto que desde la V dinastía el faraón llevaba cinco nombres.

En su condición de Horus femenino, Hatsepsut es «la rica en potencia creadora *(useret kau)»;* en tanto que rey protegido por «las dos señoras» (el buitre y la cobra) es «la que reverdece los años *(uadjet renpuf)»;* en tanto que Horus de oro, «la de las apariciones divinas *(neteret khau)»;* en tanto que rey del Alto y Bajo Egipto, «la regla es la potencia de la luz divina *(Maat-ka-Ra)»;* en tanto que hija de la luz divina (Ra), «la que se unió a Amón *(jenemet Imen),* la primera de las venerables *(hat sepsut)».*

Este último nombre, Hatsepsut, es el más conocido; también se traduce como «la más noble de las damas». La palabra *sepsut,* «venerable, noble», sirve para formar el nombre de una diosa que encarna el destino, concebido como un buen genio femenino, protector, que ahuyenta el mal.

LA PAZ REINA EN EGIPTO

Algunos analistas se refieren al inicio del reinado de Hatsepsut como una especie de revolución provocada por «la usurpadora», e imaginan sombrías conspiraciones que dieron como resultado la usurpación a Tutmosis III. La documentación prueba que estas fantasías, enteramente románticas, carecen de fundamento.

Nunca hubo una revolución ni purga ni guerra civil ni usurpación... Sólo una mujer reconocida como faraón y capaz, según el voto de Amón, de «ejercer la beneficiosa función real en todo el país». Tutmosis III estuvo asociado a algunos ritos y a ciertos actos oficiales; a la sombra de Hatsepsut aprendió su oficio de rey.

13. HATSEPSUT, SOL FEMENINO

HATSEPSUT, HOMBRE Y MUJER

En su condición de gran esposa real, la reina Hatsepsut estaba casada con Tutmosis I; en su condición de faraón debía reconstituir una pareja real. Sin embargo, Hatsepsut no llegó a casarse; ¿significa eso que traicionó la regla principal de la institución faraónica, según la cual ésta debía encarnarse en un monarca y una gran esposa real?

De ninguna manera. Lo que ocurre es que todos los faraones masculinos reinaron en compañía de una esposa ritual, mientras que las mujeres faraones permanecieron «solteras». Al ascender al rango de reyes, adquirían la condición de hombre, siendo ellas mismas su propia esposa y constituyendo en sí mismas la pareja real.

Hatsepsut es una «mujer de oro», una «mujer perfecta de rostro de oro», «el sol femenino (Rayt)»;[45] los textos que se refieren a ella nos informan de que se la identificaba con Maat, la regla universal, que brilla con su padre, el creador. Ahora bien, Maat está incluido en el nombre de Hatsepsut, Maat-ka-Ra. Cuando Ra, la luz divina, salió del caos primordial, abrió los ojos en el interior de un loto; una emanación líquida se derramó por el suelo, metamorfoseándose en una hermosa mujer a la que se le dio el nombre de «oro de los dioses», la gran Hator, con la que se identifica a Hatsepsut. Ésta se convierte en el Horus femenino venerable, el sol femenino, la deslumbrante que ilumina la oscuridad, la que brilla como el oro, la que ilumina con su mirada.

DOS MINISTROS FIELES: HAPUSENEB Y SENENMUT

¿Cómo era la corte cuando Hatsepsut asumió el poder? Estaba formada por antiguos servidores de Tutmosis I, a los que ella mantuvo a su lado, expertos escribas, personas ricas y otras humildes, extranjeros y militares. Fuese cual fuese su rango, desempeñaban funciones civiles y sagradas a la vez; dicho de otro modo, residían en el templo durante períodos más o menos largos con objeto de apartarse a intervalos regulares de las preocupaciones materiales y poder reintegrarse luego a sus tareas cotidianas con más lucidez y exigencia.

Entre ellos se encontraba Hapuseneb, gran sacerdote de Amón, visir e iniciado en los misterios de la Enéada; los textos señalan que practicó Maat sobre la tierra.

Al inicio del reinado, Hapuseneb ejerció un papel determinante en el terreno económico; él fue quien supervisó las distintas obras de construcción, sobre todo en Tebas; también fue él quien dirigió el equipo de artesanos que cavó en el Valle de los Reyes la morada para la eternidad de la reina faraón.

Si nos fiamos de la cantidad de vestigios arqueológicos que llevan su nombre y hacen referencia a su carrera, Senenmut fue un personaje próximo a Hatsepsut.[46] En muchas obras se le representa

---

[45] Acerca de esta mujer solar véase *BIFAO,* 90, 1990, pp. 85 y 88.

[46] Véase P. F. Dormán, *The Monuments of Senenmut,* Londres-Nueva York, 1988; *The Tombs of*

como amante de Hatsepsut y padre de su hija, Neferure. Pero ¿qué sabemos en realidad de este asunto?

Parece que Senenmut, cuyo nombre significa «el hermano de la madre», era de origen modesto; fue oficial en el ejército, un puesto que no implicaba actividad sobre el terreno. Hatsepsut lo eligió como preceptor y «padre putativo» de su hija Neferure; en varias ocasiones aparece representado con la niña, sobre todo en las esculturas con forma de estatua-cubo, esto es, un bloque cúbico de piedra del que emergen las cabezas del preceptor y su alumna. Al menos en veinticuatro ocasiones, y tal vez más, los escultores recibieron el encargo de representar a Senenmut en sus estatuas que luego serían instaladas en los templos.

Eran muchos los títulos de los que era portador; único amigo, servidor de Maat, el que conoce los secretos de Amón y del santuario, gobernador de la casa del faraón, el que conoce los misterios de la casa de la mañana, maestro de obras de todas las construcciones del faraón, encargado de graneros, campos, rebaños y jardines de Amón. De este gran personaje de múltiples responsabilidades se dice que pronunciaba palabras beneficiosas para el rey, que poseía la facultad de expresarse con rectitud, sabía guardar silencio cuando convenía y que le hicieran partícipe de los secretos de Estado.

No cabe ninguna duda que Senenmut fue el confidente de Hatsepsut y uno de sus principales ministros. Disfrutó de importantes privilegios: dos tumbas, un magnífico sarcófago en cuarcita y numerosas estatuas. Un hecho digno de mención es que Senenmut está presente también en el interior del templo de Dayr al-Bahari; una presencia discreta, en cualquier caso, ya que su cara, someramente dibujada, quedaba oculta cuando se abría la puerta del santuario. Cuando esa puerta estaba cerrada, Senenmut veneraba en silencio el alma de su soberana.

Senenmut dirigió las canteras de Karnak, Luxor y Hermontis, aunque su mayor título de gloria es el templo de Dayr al-Bahari, el «sublime de los sublimes», al que nos referiremos más tarde. Todavía queda un enigma por resolver: ¿por qué se le atribuyeron dos tumbas, una en Sheik Abd el-Gurnah (núm. 71) y otra en Dayr al-Bahari (núm. 353)?[47] Esta última contiene mapas del cielo y representaciones astronómicas. Además de su significado simbólico, que implica el ascenso del alma de Senenmut al círculo inmortal de las estrellas, ¿podemos afirmar que evocan los conocimientos científicos del maestro de obras?

Ignoramos las circunstancias de la muerte de Senenmut y su fecha, pues no se ha encontrado su momia. La imaginación ha colmado este vacío avanzando la posibilidad de que hubiese sido víctima de una desgracia que lo apartara del poder. Ningún documento nos permite afirmar un hecho semejante. No existe indicio alguno de disensiones entre Hatsepsut y Senenmut; su desaparición de la vida pública se explica sencillamente por su fallecimiento.

Senenmut, San Antonio.

[47] Dormán cree que la tumba 71 servía de capilla y la tumba 353 de panteón.

NEFERURE, HIJA ÚNICA

Según algunos historiadores, Hatsepsut sólo tuvo una hija, Neferure, «la perfección de la luz divina»; quizá su madre deseaba que accediese al rango de gran esposa real y, todavía más, que se instruyese en el oficio de rey,[48] gracias a la enseñanza dispensada por Senenmut.

Cuando se convirtió en faraón, Hatsepsut transmitió el cargo de «esposa divina» a su hija, portadora también de los títulos de «hija real» y de «regente del sur y del norte». Neferure desempeñó funciones religiosas y no parece que interviniera activamente en las decisiones políticas.

Después del año 16 no hay rastro de Neferure, lo que lleva a suponer que murió joven. El personaje de la hija de Hatsepsut permanece como una sombra ligera apenas inscrita en la historia.

[48] Véanse, por ejemplo, las hipótesis de S. Ratié, «Attributs et destinée de la princesse Nééfrourê», en *BSEG,* 4, 1980, pp. 77-82.

14. HATSEPSUT, JEFE DE OBRAS

UNA POLÍTICA DE GRANDES OBRAS

Uno de los principales deberes de un faraón consistía en erigir los templos, moradas de los dioses; de este modo podían residir en la tierra y favorecer el pleno desarrollo espiritual y social de la comunidad humana. Hatsepsut no derogó esta regla; a lo largo de todo su reinado hizo construir o restaurar edificios sagrados en varios lugares, sobre todo en Tebas, en Hermontis, en Kom Ombo, en el-Kab, en Cusae y en Hermópolis, la ciudad de Thot. En Elefantina proclamó: «*He construido este gran templo de piedra caliza de Tura, sus puertas son de alabastro de Hatnub, y los montantes de las puertas de cobre de Asia".*

Entre Karnak y Luxor mandó instalar pequeños lugares de descanso que servían de estaciones a la barca sagrada durante las procesiones; en el interior del templo de Karnak hizo erigir algunos obeliscos, lo que constituyó un episodio importante al que nos referiremos más adelante.

EL SANTUARIO DE UNA DIOSA LEONA Y LA LUCHA CONTRA EL MAL

Existe un lugar poco conocido al que Hatsepsut dedicó especial atención, el espeo Artemidos, cerca de Bani Hasan, en el Egipto Medio. Allí se levantaba un pequeño santuario rupestre consagrado a una diosa leona llamada Pajet. Sin embargo, según la tradición, el espeo Artemidos había sido destruido por los bárbaros y profanadores ocupantes hicsos.

Alterando los años y la historia, Hatsepsut afirmaba haber sido ella misma la que expulsara al ocupante para liberar aquel lugar excepcional, una montaña desde la que hablaban los dioses. De este modo habría sido ella quien restableció la paz y la armonía en todo el país, erigiéndose en garante de la libertad recuperada; con el fin de conservarla, se preocupó del buen estado moral y material de su ejército, que debía hallarse en condiciones de luchar contra las fuerzas de las tinieblas.

Precisamente, la diosa leona Pajet, cuando su peligrosa fuerza llegaba a ser domada y puesta al servicio de la luz, era capaz de ahuyentar a los temibles demonios del desierto del este y, aún más, transformarlos en genios protectores. En su santuario, donde se hallaba concentrada la energía divina, Hatsepsut practicó esa gran magia de Estado consistente en identificar las potencias destructivas, osando manipularlas e invertirlas para que se convirtieran en constructivas.

Si los ritos no conseguían apaciguar a la leona Pajet, sobre la región se abatirían violentas lluvias que habrían formado torrentes y arrastrado barro y grava, devastándolo todo a su paso; en el corazón de los hombres, las pasiones negativas habrían engendrado el odio, la violencia y la codicia.

Hatsepsut restauró el templo de la diosa leona, restableció los rituales, aseguró la «circulación de ofrendas», llenó el santuario de

oro, plata, telas, vajilla preciosa, hizo erigir estatuas y lo cerró con puertas de acacia revestidas de bronce. La «morada divina del valle» quedaba desde entonces a salvo de invasiones como la de los hicsos, aquellos «tenebrosos ignorantes de la luz».

Un texto del espeo Artemidos nos descubre una de las principales preocupaciones de Hatsepsut: «*Mi conciencia piensa en el futuro* —confiesa—; *el corazón del faraón debe pensar en la eternidad. He glorificado a Maat, Dios vive en ella*”.

DAYR AL-BAHARI, EL TEMPLO DE LA ETERNIDAD DE HATSEPSUT

Desde el año 8 de su reinado, poco después de su coronación, Hatsepsut inició la que sería su gran obra, el templo de Dayr al-Bahari, en la orilla oeste de Tebas. Decidió adosar el monumento a un acantilado coronado por la «cima», el punto culminante de la montaña de esta orilla de Occidente y lugar de residencia de la diosa del silencio. Esta pirámide natural, tallada en parte por la mano del hombre, domina el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas.

Dayr al-Bahari es «el templo de los millones de años» de Hatsepsut, el lugar donde se rinde culto a su *ka,* asociado al de su padre, Tutmosis I, y también la residencia de Amón, el dios oculto, y de Hator, la diosa del amor divino. En este santuario, el alma de Hatsepsut, protegida por las divinidades, conoce una regeneración perpetua.

Los vestigios que podemos contemplar en la actualidad han conservado su carácter sublime, que no escapa a ningún visitante, por más que algunas de las restauraciones realizadas deberían rectificarse. En otros tiempos, el lugar poseía un esplendor hoy día desaparecido; ante el templo se desplegaban jardines llenos de árboles y estanques que aportaban frescor al lugar. Verdaderamente, era aquélla la puerta de un paraíso, indicado por la presencia de dos leones de piedra, encarnación del «ayer» y el «mañana».

En aquel lugar existía un edificio construido durante el Imperio medio por los Montuhotep; Hatsepsut se vinculaba de este modo a una tradición que había captado el carácter sagrado del lugar. El acantilado también servía de pared de fondo al último santuario, ofreciendo una formidable sensación de verticalidad y de ascenso a lo divino.

Se ha conservado el texto de la dedicatoria que fuera pronunciada por la misma Hatsepsut: «*He construido un monumento para mi padre Amón, señor del trono de las Dos Tierras, he erigido este vasto templo de millones de años cuyo nombre es el "*sagrado de los sagrados*", de bella y perfecta piedra blanca de Tura, en este lugar consagrado a él desde el origen*”.

Hatsepsut dirigió el gran ritual de fundación del templo; en una pequeña fosa depositó los objetos que constituían el llamado «depósito de fundación»: mazos, tijeras, moldes de ladrillos, cedazos para la arena, cordel, etc. Una vez cubiertos de arena, los instrumentos de los talladores de piedra quedaban juntos para siempre en aquel lugar secreto y continuaban siendo útiles en el mundo invisible. Hatsepsut plantó los piquetes simbólicos que

delimitaban el emplazamiento del templo, y luego tensó el cordel, poniendo así de manifiesto el plan concebido en su corazón-conciencia.

La reina-faraón debió de conocer una de las mayores alegrías de su reinado al recorrer la avenida bordeada de árboles que llevaba al santuario; en el aire flotaban perfumes de incienso. En el agua de los estanques con forma de T navegarían pequeñas barcas durante la celebración de los ritos destinados a alejar las potencias nocivas.

Más allá de este oasis de verdor se revelaba el rasgo principal de la arquitectura de Dayr al-Bahari, su disposición en terrazas puntuadas rítmicamente por varios pórticos. La mirada se orientaba entonces hacia lo alto, hacia la terraza superior donde se hallaba el santuario.

En él se celebraban varios cultos: el de Amón, el señor del templo; el de Ra, la luz divina; el de Anubis, guía de los justos por los caminos del más allá, y el de Hator. En la capilla consagrada a la diosa la vemos con la forma de una vaca, lamiendo la punta de los dedos de Hatsepsut, a la que de este modo transmite la energía celeste y la facultad de resucitar. También con la apariencia de una vaca, Hator amamanta a la reina-faraón que, al absorber la leche de las estrellas, conoce una eterna juventud.

En la terraza superior, Hatsepsut aparece representada como Osiris, cruzando las puertas de la muerte para renacer y convertirse en un nuevo sol, venerado en el santuario de Ra. El templo de Dayr al-Bahari es asimismo el lugar donde se conserva la memoria de los acontecimientos principales del reino. En el pórtico inferior asistimos al transporte de los obeliscos destinados al templo de Karnak, a los rituales de la recolección de papiros y de caza en las marismas; en el pórtico mediano se desarrollan los episodios de la expedición al país de Punt, los del misterio del nacimiento divino y de la coronación. Y también vemos a Hatsepsut y a Tutmosis III rindiendo culto a Tutmosis I, a Tutmosis II y a la reina Amosis. Todo un linaje reunido para la eternidad.

Un templo egipcio es un ser vivo al que se le da un nombre. Dayr al-Bahari se llamaba *zoser zoseru,* que nosotros traducimos como «el sagrado de los sagrados»; también podemos entenderlo como «el sublime de los sublimes», «el espléndido de los espléndidos». El significado fundamental de la palabra *zoser,* con la que se formaba el nombre de Zoser, es «sagrado», con la idea implícita de que un lugar sagrado está separado de lo profano y protegido del mundo exterior.

Mucho tiempo después de la muerte de Hatsepsut, Dayr al-Bahari fue reconocido como un lugar donde se expresaba lo sagrado. En el santuario cavado en el corazón de la roca se celebraba la memoria de dos grandes sabios, Amenhotep, hijo de Hapu, e Imhotep, primer ministro de Zoser, arquitecto, mago y médico al que los enfermos acudían para pedirle que les sanara el alma y el cuerpo. Algunos de esos enfermos residían en el templo durante el tiempo necesario para recobrar la salud. ¿Acaso en nuestros días no acudimos a él en busca de la armonía que supo crear Hatsepsut?

15. HATSEPSUT Y EL PAÍS DE PUNT

POLÍTICA EXTERIOR

El reinado de Hatsepsut fue uno de los más pacíficos. Es posible que interviniera en Nubia al principio de su reinado en la que fue sin duda una operación de orden dirigida contra una tribu revoltosa a la que pronto se hizo entrar en razón. Nubia estaba en calma y Hatsepsut reinaba sobre un Egipto unificado y tranquilo, así como sobre los territorios que su padre Tutmosis I había conseguido mantener bajo control. En el norte no se presentaba conflicto alguno ni rebelión en el sur.

Sin embargo, ella se afirmó de manera simbólica como un jefe de guerra que luchó victoriosamente contra Libia y contra Siria, los enemigos hereditarios de Egipto; en su condición de representante de la luz divina, debía, como cualquier faraón, repeler las tinieblas encarnadas por los pueblos que no vivían según Maat. Por ese motivo, en Dayr al-Bahari la soberana aparece representada bajo la forma de un león y un grifo, y derrota a nueve enemigos que simbolizan el conjunto de las fuerzas del mal. Nubios, libios, asiáticos y beduinos resultan mágicamente sometidos.

La política exterior de Hatsepsut se resumió, según parece, en fascinar a través de la palabra y el rito a sus potenciales adversarios.

Hatsepsut mantuvo la tradición de enviar al Sinaí a especialistas encargados de recoger turquesas, quienes, protegidos por un destacamento militar y la policía del desierto, no temían los asaltos de los nómadas.

UN VIAJE AL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

El dios Amón se dirigió al corazón de su hija ordenándole que aumentara la cantidad de ungüentos destinados a las carnes de las divinidades e ir a buscarlos muy lejos, en «la tierra de dios», el país de Punt. Amón formuló claramente su exigencia: «*Instalar Punt en el interior de su templo, plantar los árboles del país de dios a ambos lados de su santuario, en el interior de su jardín*".

Hatsepsut no se desplazó físicamente sino que fue su espíritu el guía de la expedición. ¿Dónde se encuentra Punt? Al cabo de largos debates egiptológico-geográficos, que sin duda continuarán, se desprende que este Eldorado africano estaría situado en los parajes de la costa de los Somalíes. Ahora bien, Punt pertenece básicamente a la geografía simbólica del antiguo Egipto; las expediciones hacia esta región, de las que existen testimonios en todas las dinastías, tenían por objeto aportar a los templos sustancias olorosas, indispensables para las prácticas rituales. El viaje a Punt es una búsqueda de perfumes y esencias sutiles.

La expedición revestía tal importancia que Hatsepsut hizo grabar los episodios en su templo de Dayr al-Bahari. Senenmut se ocupó de la intendencia; Thuty, superior de la casa del oro y de la plata, proporcionó el aval y los medios materiales; Nehesi, portador del sello real, se hizo cargo de dirigir el cuerpo expedicionario, que

contaba con doscientos diez hombres. Los cinco barcos necesarios, concentrados en el puerto de Kosseir, zarparon hacia la costa occidental del mar Rojo.

Amón actuó de guía, salvándolos de perderse. Los textos no nos describen el itinerario sino que se limitan a hacernos saber que los marinos llegaron a Punt al término de un feliz viaje, pues no en vano habían llevado consigo un grupo escultórico que representaba a Amón y a Hatsepsut, gracias al cual quedaba conjurado todo peligro.

El descubrimiento del país de Punt fascinó a Nehesi. El paisaje era soberbio: palmeras datileras, cocoteros y árboles de incienso. Los nativos, que vivían en chozas sobre pilotes a las que accedían mediante escaleras, parecían pacíficos. No obstante, Nehesi tomó algunas precauciones elementales: se presentó acompañado de una pequeña escolta, escasamente amenazante de todos modos, ya que los soldados egipcios llevaban consigo algunos regalos en forma de collares, brazaletes, perlas y vituallas.

El recibimiento fue de lo más caluroso. La familia reinante de Punt y los dignatarios se inclinaron ante los enviados de Hatsepsut. Vacas, borricos y monos asistían al espectáculo. Pa-Rahu, el rey de Punt, no llevaba más vestido que un taparrabos; su porte era de lo más digno. Al igual que la mayoría de sus compatriotas, lucía una barba puntiaguda. Sin embargo, ¿qué podemos decir de su desdichada esposa, Ity? Gorda, obesa, todo su cuerpo estaba hinchado, exhibiendo una figura deforme; sin duda debía de sufrir alguna enfermedad, que sin embargo no le había impedido tener dos hijos y una hija.[49]

Los «dignatarios de Punt» no ocultaron su sorpresa: ¿cómo habían hecho los egipcios para llegar a esta región cuyo emplazamiento ignoraba el resto de los mortales? ¿Habían recorrido los caminos celestes, habían llegado por agua o por tierra? El relato nada dice de las explicaciones geográficas.

Se levantó un pabellón en el que se celebró un banquete; en el menú no faltaron ni carnes ni verduras ni frutas, y también se ofrecieron vino y cerveza. Un detalle importante: los habitantes de Punt veneraban a Amón y éste acudía a visitar a Hator, la soberana del maravilloso país. Las ofrendas de los marinos egipcios iban destinadas a la diosa. Se trataba, por lo tanto, de un encuentro entre dos grandes divinidades en una tierra lejana.

Después de los festejos se hizo necesario pensar en el regreso. Los hombres de Nehesi cargaron mirra, marfil, maderas preciosas, antimonio, pieles de pantera, sacos llenos de gomas aromáticas, sacos de oro, bumerangs y árboles de incienso cuyas raíces envolvieron cuidadosamente con esteras húmedas. También embarcaron monos y perros, a los que, no nos cabe duda, no les faltaron buenos amos en Egipto.

En el centro de Punt se erigió una estatua que representaba a Hatsepsut y a Amón; de este modo, el gran dios de Tebas siempre estaría presente junto a Hator, soberana de la región de los árboles

[49] Puede que se considerase la obesidad como un signo de riqueza y de abundancia.

de incienso.

Durante el cargamento, un porteador se volvió hacia un camarada para protestar: *«¡La carga que me das es muy pesada!»*, pero el altercado no duró más y el viaje de regreso se desarrolló de manera tan agradable como a la ida.

A su llegada a Tebas fueron recibidos con una fiesta; la población se había congregado en gran número en los muelles y dio la bienvenida a los expedicionarios con cantos y bailes. Nehesi recibió una condecoración compuesta por cuatro collares de oro, en pago a la calidad y lealtad de sus servicios.

Pero lo esencial eran los árboles de incienso y las riquezas de Punt. En presencia del dios Thot y de la diosa Sechat, que registraron por escrito la lista de los productos, Hatsepsut en persona midió el olíbano fresco con un celemín de oro fino. Tomó un poco de bálsamo y lo aplicó sobre su piel; el maravilloso aroma se expandió por el cuerpo de la reina-faraón, su piel dorada parecía oro puro y resplandecía como una estrella. Luego se pesó el electro, la plata, el lapislázuli y la malaquita, riquezas que fueron ofrendadas a Amón.

Hatsepsut plantó con sus propias manos los árboles de incienso cuyo aroma perfumaría las salas del templo de Dayr al-Bahari. La orden de Amón se había cumplido y, desde ese momento, el fabuloso país de Punt tendría un lugar en el santuario de los millones de años de Hatsepsut.

16. DE LA FIESTA AL MÁS ALLÁ: EL DESTINO DE HATSEPSUT

LAS FIESTAS DE HATSEPSUT

El nacimiento de un nuevo año era motivo de una gran fiesta; ese día, el faraón recibía numerosos regalos. En la tumba tebana número 73 aparece representada Hatsepsut, sentada bajo su baldaquín, en el momento de recibir espléndidos regalos en forma de collares, una silla de manos, mesas, carros, jarrones, un flabelo, un naos, una cama y estatuas que la inmortalizan en compañía de algunas divinidades. Con este acto de reverencia al faraón, los dignatarios contribuían mágicamente a la prosperidad de Egipto.

Durante la «bella fiesta del valle», el dios Amón abandonaba su templo de Karnak para trasladarse a la orilla oeste, donde residía en los templos de los millones de años. En Dayr al-Bahari realizaba un prolongado alto en su viaje para ser recibido por Hatsepsut. Ésta le ofrecía soberbios ramos montados que encarnaban a la vez la belleza de la creación y la exuberancia de una vida victoriosa sobre la muerte. A la hora del crepúsculo, Hatsepsut encendía cuatro antorchas; como portadora de la luz, iluminaba las tinieblas, seguida de una procesión. Unos barreños llenos de leche e iluminados por esas mismas antorchas simbolizaban los puntales de la bóveda celeste. Algunos iniciados asistían a la navegación ritual de la barca divina sobre un lago luminoso. Al alba se apagaban las antorchas en la leche de los barreños.

Durante esta fiesta, los seres vivos comulgaban con los muertos; en la capilla de las tumbas se hacían ofrendas a los antepasados y se organizaban banquetes en los que participaban las almas de los difuntos. Todos los años, a lo largo de su reinado, Hatsepsut presidió estos festejos en los que se mezclaban sentimientos de alegría y compostura.

La «capilla roja» de Hatsepsut, construida con bloques de cuarcita roja, expuestos actualmente en el «museo al aire libre» del templo de Karnak, estaba decorada con escenas conmemorativas de los acontecimientos señalados del reinado; entre ellos, la fiesta de la diosa Opet, la diosa de la fecundidad espiritual. En ese momento privilegiado, el *ka* del faraón se regeneraba y propiciaba que la energía divina circulara por el cuerpo de Egipto. La «capilla roja» se llamaba en realidad el «lugar del corazón de Amón», con el que comulgaba el corazón de Hatsepsut.

LOS OBELISCOS DE HATSEPSUT

Los textos subrayan los estrechos vínculos que unían a Hatsepsut y a su padre Amón; en varias ocasiones, Amón le habló directamente y le dictó cuál debía ser su conducta. La palabra divina alcanzaba directamente el centro vital del ser, el corazón-conciencia, representado en la escritura jeroglífica por un vaso. Cuando comprendió cuál era la voluntad de su padre celeste, Hatsepsut la concretó ordenando que se le erigiesen varios obeliscos.[50] Su

[50] Dos obeliscos al principio de su reinado, dos más durante los años 15-16; dos de ellos han

actuación copiaba la de su padre terrestre, Tutmosis I.

Llevar a buen término semejante proyecto no era tarea sencilla pues había que tallar en las canteras de granito de Asuán un gigantesco monolito de más de trescientas toneladas, transportarlo a continuación hasta Karnak y ponerlo en pie. Se necesitaron siete meses de trabajo para erigir dos obeliscos.

Senenmut supervisó el trabajo y supervisó las operaciones de transporte, que exigieron la construcción de dos enormes barcos con una eslora de noventa metros. Cada chalana era tirada por tres grupos de diez barcas; un especialista situado en la parte delantera de la comitiva iba sondeando el Nilo con una pértiga para evitar los bancos de arena. Desde la confortable cabina del buque insignia, Senenmut observaba la maniobra que, gracias a la habilidad de los marinos egipcios, fue un éxito rotundo.

Tal y como indican los relieves pintados en el templo de Dayr al-Bahari, «hubo fiesta en el cielo» cuando los obeliscos llegaron a Tebas; «Egipto se llenó de alegría a la vista del monumento». Cuando acercaron, en medio del alborozo popular, se celebraron ritos de ofrenda: un trompetero hizo sonar su instrumento, seguido por una cuadrilla de arqueros formada por jóvenes reclutas del norte y del sur. Para no quedar a la zaga, los marineros tocaban las panderetas. Y así se encaminó la comitiva, alegre y algo indisciplinada, hacia el templo de Amón.

En el interior del santuario estaban prohibidos el ruido y el desorden. Marineros y soldados cedieron su sitio al maestro de obras, a los ritualistas y a los técnicos encargados de levantar los obeliscos. Hatsepsut recibió las dos agujas de piedra y constató la perfección de sus formas.

La presencia de los obeliscos disipaba las fuerzas negativas, protegía el templo y ahuyentaba las ondas negativas, atrayendo hasta él la luz creadora. Eran también recuerdos de la piedra primordial que, desde el alba de los tiempos, había servido de fundamento a la creación.

Por orden de la soberana, Thuty, el ministro de Economía extrajo del Tesoro doce celemines de electro, mezclado con oro y plata, conque se cubrió la punta de los obeliscos. Como rayos de sol petrificados, las grandes agujas atravesaron el cielo e iluminaron las Dos Tierras, semejantes a montañas de oro para admiración de las futuras generaciones.

Hatsepsut hizo grabar en el granito rosa del obelisco estas admirables palabras:[51] «*He realizado esta obra con el corazón lleno de amor a mi padre Amón; iniciada en su secreto del origen, instruida gracias a su benéfica potencia, no he olvidado lo que él ordenó. Mi majestad conoce su divinidad. He actuado a sus órdenes, él me guió, yo no me he apartado de su acción para concebir el plan de la obra, él ha sido quien me ha orientado. No me desinteresé, pues me he*

desaparecido por completo, solamente uno sigue en su sitio en Karnak; la punta del cuarto yace en el ángulo noroeste del lago sagrado.

[51] Hatsepsut se expresa en masculino y en femenino indistintamente, señalando de este modo que es hombre-mujer y que es la encarnación en solitario de la pareja real.

preocupado de su templo; y no me aparté de lo que él había ordenado. Mi corazón era intuición [sic] ante mi padre; entré en la intimidad de los planes de su corazón. No he dado la espalda a la ciudad del señor de la totalidad, sino que he vuelto mi cara hacia él. Sé que Karnak es la luz sobre la tierra, el venerable túmulo del origen, el ojo sagrado del señor de la totalidad, su lugar favorito y el portador de su perfección".

SOMBRAS DEL FINAL DE UN REINADO

En el año 20 del reinado de Hatsepsut se erigió una estela en el templo de Hator, en el Sinaí. El propio Tutmosis III condujo la expedición encargada de traer turquesas a Egipto; aparece representado en compañía de Hatsepsut, quien, si hemos interpretado bien la inscripción, aún vivía.

No hay ningún testimonio conocido del nombre de Hatsepsut en el año 21. En el año 22 de su propio reinado, que no se había interrumpido bajo el gobierno de la reina-faraón, Tutmosis III reinaba en solitario. No cabe duda de que Hatsepsut había muerto, pero ningún documento menciona este hecho, lo que no era extraño en el Egipto antiguo. Es raro que los textos hagan referencia al nacimiento y a la muerte del faraón, y, cuando lo hacen, suele ser de manera simbólica.

Tras la desaparición de Hatsepsut no se produjo ninguna alteración del orden. Después de una prolongada espera y de una preparación excepcional en el ejercicio del poder, Tutmosis III se reveló como uno de los más grandes monarcas de la historia egipcia.

LAS TUMBAS DE HATSEPSUT

La tumba de la reina Hatsepsut había sido cavada en el acantilado que dominaba el valle del Oeste, entre el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas; en ese valle del Oeste fueron inhumados los faraones Amenhotep III y Ay, el sucesor de Tutankamón.

Situada a sesenta y siete metros por encima del suelo y a cuarenta metros de la cima del acantilado, la primera tumba de Hatsepsut ofrecía una imagen espectacular. La segunda, que lleva el nombre del faraón Hatsepsut, la número 20 de la lista de las moradas para la eternidad del Valle de los Reyes, la superaba con creces:[52] está situada cerca de la tumba de su padre, Tutmosis I; su profundidad alcanza los 97 metros y sigue un recorrido semicircular sobre una extensión aproximada de 124 metros. ¿Es posible considerar ese recorrido como el esbozo de una espiral, símbolo de una vida nueva? Este extraordinario camino del más allá, el más largo del Valle de los Reyes, conduce a un panteón que alberga dos sarcófagos. El primero, previsto por Hatsepsut para sí misma, alberga la momia de su padre Tutmosis I, que abandonó su última morada para reposar en la de su hija. El segundo sarcófago del faraón Hatsepsut era de gres rojo. Actualmente se conserva en el Museo de

[52] Según algunos estudios recientes, Hatsepsut fue la «creadora» del Valle de los Reyes, y su tumba habría sido la primera cavada en el valle.

El Cairo, la tapa tiene forma de cartucho y en él aparece escrito el nombre real; en su interior, Nut, la diosa del cielo, se une a la reina para hacer que renazca entre las estrellas. La técnica de ejecución es extraordinaria: cada uno de los lados es perfectamente liso, igual y paralelo al lado opuesto, casi al milímetro. Uno de los textos grabados sobre el gres relata que el rostro de Hatsepsut ha recibido la luz y que sus ojos se han abierto para la eternidad.

¿SE PERSIGUIÓ LA MEMORIA DE HATSEPSUT?

En muchas obras, debidas algunas de ellas a autores considerados serios, podemos leer que Tutmosis III, vengativo y fanático, ordenó borrar a golpe de martillo el nombre y las representaciones de Hatsepsut para suprimir de la historia la memoria de esta soberana que le había tenido apartado del poder durante largos años. En resumen, un oscuro ajuste de cuentas político... sin ninguna relación con la realidad egipcia. Tutmosis III no dirigió ningún partido de oposición contra el partido mayoritario de Hatsepsut ni tenía motivos para urdir ningún golpe bajo. Recordemos que intervino en varios actos oficiales, que Hatsepsut no lo «eliminó» y que lo vemos oficiando como faraón en Dayr al-Bahari, el santuario mayor de Hatsepsut.

Cuando Tutmosis III se vio reinando en solitario no emprendió ninguna operación de purga; los altos funcionarios que habían servido a Hatsepsut continuaron en sus puestos. A decir verdad no existe ninguna prueba cierta del «odio» que supuestamente sintió Tutmosis III. ¿Los ataques a las representaciones de su antecesora? Es verdad que existen, pero las representaciones y los nombres de la reina faraón fueron martilleados en lugares oscuros o poco accesibles, mientras permanecen intactos los que se hallan en lugares visibles y de fácil acceso. Tutmosis III no atacó las imágenes más relevantes de Hatsepsut; el *ka* de la reina-faraón que se halla bajo el pórtico de Dayr al-Bahari, consagrado al viaje de Punt, está intacto. Con su sola presencia convierte a Hatsepsut en inmortal. Además, si Tutmosis III ocultó el nombre y la imagen de Hatsepsut, de manera muy parcial además, esto no ocurrió antes del año 42, es decir, más de veinte años después de la desaparición de la soberana.

La intención de Tutmosis III fue, a nuestro parecer, vincular su reinado al de los dos primeros Tutmosis para formar un linaje de «hijos de Thot». Y no olvidemos que su gran esposa real se llamaba Meritre-Hatsepsut, como si la memoria de la reina-faraón se perpetuara en el seno mismo de la pareja real.

De hecho, es a Ramsés II a quien cabe atribuir la mayoría de los ataques a golpe de martillo. Al «renovar» el templo de Dayr al-Bahari, según la expresión egipcia, los restauradores del gran Ramsés borraron algunas representaciones de Hatsepsut, si bien procuraron conservar visibles los jeroglíficos y el perfil de las figuras.

Hoy día podemos afirmar que la «venganza» de Tutmosis III no existió sino en la imaginación de algunos egiptólogos. Ataques a martillazos, ocultación, borrado parcial de las figuras, todo ello corresponde a estrategias mágicas que todavía no nos es posible

explicar de manera enteramente satisfactoria.

UNA REENCARNACIÓN INESPERADA

El rey Salomón admiraba a Egipto. Y era tal su admiración que se inspiró en la monarquía faraónica para gobernar el Estado de Israel.[53] En los «proverbios» y en los textos de sabiduría que escribió, en el *Cantar de los Cantares,* que se le atribuye, es perceptible la influencia de la cultura egipcia. No en vano la tradición afirma que el seductor Salomón se había desposado con la hija de un faraón.

Una sola mujer se mostró tan brillante como Salomón y sometió la inteligencia de éste a ruda prueba: la célebre reina de Saba, originaria de un remoto y maravilloso país. Ella lo sedujo, quedó encinta de sus obras, abandonó Israel y dio a luz un niño que sería el fundador de una dinastía de la que los etíopes afirman ser sus descendientes.

Se ha sugerido que Hatsepsut fue el modelo de la reina de Saba.[54] Belleza, inteligencia, sabiduría, encanto, poderes mágicos... ¿No eran ésas las cualidades de la reina-faraón que le proporcionaron la facultad de reinar en Egipto? La fascinante reina de Saba fue tal vez el último sueño de Hatsepsut.

---

53 Véase C. Jacq, *Maitre Hiram et le Roí Salomón.*

54 Véase E. Danielus, *Kronos,* Glassboro, N. I. 1, núm 3, 1976, pp. 3-18, y núm. 4, pp. 9-24.

17. TIY, REINA LUMINOSA

UNA PROVINCIANA EN EL TRONO EGIPCIO

El reinado de Tutmosis III duró 54 años, desde 1504 hasta 1450 a. J.C. Le sucedieron el segundo de los Amenhotep (1453-1419), el cuarto y último representante del linaje de los Tutmosis (1419-1386) y Amenhotep III, quien durante 37 años, de 1386 a 1349, gobernó sobre un Egipto rico, luminoso y feliz. Junto al monarca hallamos un hombre sabio, Amenhotep, hijo de Hapu, de tan alta reputación que el faraón mandó construir un templo donde se veneraría su *ka:* hasta los últimos días de la civilización egipcia, la memoria de Amenhotep, hijo de Hapu, fue venerada en el santuario de Dayr al-Bahari, donde tiene su sitio al lado de Imhotep.

Entre las numerosas obras maestras de la época de Amenhotep III el templo de Luxor es, sin duda, el más representativo: por la delicadeza de los bajorrelieves, la pureza de las columnas y la milagrosa síntesis de fuerza y gracia. La luz del reino resplandece en cada una de sus piedras.

El faraón, conviene repetirlo, se encarna en una pareja real. Amenhotep III supo elegir una esposa excepcional, Tiy.

La joven no pertenecía a la familia real. Probablemente nació en Jammin (la Panópolis de los griegos actual Ajmin), en el Egipto Medio; la ciudad se hallaba bajo la protección del dios Min, garante de la fecundidad y de la regeneración perpetua de la naturaleza. Su padre, Yuya, era sacerdote de Min, estaba al mando de los carros de guerra y era intendente de las caballerizas. Se ocupaba con esmero de los caballos, reservados al cuerpo de élite del ejército egipcio. Tal vez fue Yuya quien enseñó al rey a montar a caballo. Según su momia, admirablemente conservada, el padre de la futura reina era un hombre muy alto, de una fuerza física evidente, que debió de parecerse al actor americano Charlton Heston, el inolvidable Ben-Hur. Su esposa, Tuya, era la superiora del harén de Min; dirigía, por tanto, una institución que era al mismo tiempo religiosa y económica.[55] El muy antiguo título de «adorno real» le daba acceso a la corte, y participaba en las fiestas y rituales en los que también intervenían el faraón y su sucesor.

¿Cuándo conoció el futuro Amenhotep III a la joven Tiy? Lo ignoramos. Su matrimonio con una mujer ajena al círculo de las altas personalidades de la corte no supuso, de cualquier modo, ningún problema. Con motivo de la boda se fabricaron escarabajos de cerámica, de unos diez centímetros de largo, en los que se grabó el siguiente texto: *«¡Faraón y la gran esposa real Tiy, larga sea su vida! Su padre se llama Yuya y su madre Tuya. Tiy es la esposa de un poderoso soberano cuya frontera sur llega a Karoy (*en Sudán*) y la frontera norte hasta Naharina (Asia)".*

Se enviaron escarabajos a todas las provincias de Egipto, e incluso al extranjero, anunciando el reinado de la nueva pareja real.

[55] Acerca del harén véase el capítulo 49.

Gracias al buen funcionamiento del correo egipcio, la noticia no tardó en propagarse.

Tiy no olvidó mencionar a sus padres, por quienes sentía un gran afecto. Pasaron el resto de sus días junto a la reina, que no olvidó tampoco a su hermano Anen. Éste llegó a desempeñar altos cargos en el clero de Amón y de Ra-Atum, y se convirtió en uno de los allegados del faraón.

DOS RETRATOS DE TIY

Siempre resulta delicado utilizar el término «retrato» en referencia al arte egipcio, ya que los escultores, «los que dan la vida», se interesaban en representar el *ka* de un ser, su energía física imperecedera, y no su individualidad física. En algunos casos, sin embargo, cuando se trata de estudios preliminares, esbozos u obras desprovistas de carácter oficial, nos es posible adivinar los rasgos de tal o cual gran personaje.

En el caso de la reina Tiy existen dos cabezas minúsculas que posiblemente tienen valor de retrato. La más célebre fue descubierta en un santuario de Serabit al-Jadim, en el Sinaí; mide siete centímetros de alto por cinco de ancho y está tallada en esteatita, una piedra pizarrosa verde.[56] Digámoslo de entrada: Tiy no tenía una cara fácil: los ojos son estrechos, los pómulos pronunciados, el dibujo de los labios es severo y su barbilla pequeña y puntiaguda. Todo deja adivinar una voluntad afirmada y un carácter altivo y dominador.

El segundo «retrato» fue descubierto en el paraje de Madinat al-Gurob, en el Fayum; se trata de una pequeña cabeza de madera de tejo, de once centímetros, actualmente conservada en el Museo de Berlín.[57] Nos encontramos ante la misma intensidad, la misma determinación, la misma fuerza interior que observábamos en la otra pieza. Tiy fue, no cabe duda, una mujer poderosa.

EL GOBIERNO DE TIY: LA CASA DE LA REINA

En la morada para la eternidad de Jeruef (tumba tebana núm. 192), cuyos relieves se cuentan entre las obras maestras más depuradas del arte egipcio, la reina Tiy desempeña el papel de diosa de oro, Hator, y participa en la regeneración ritual del rey. Ella le ofrece su protección mágica y le asegura millones de años de reinado, mientras unas sacerdotisas celebran los festejos con danzas y cantos. La vemos en compañía de su hijo Amenhotep IV, que todavía no se había convertido en Aj-natón, realizando ofrendas a las divinidades, especialmente a Atum, el creador. El futuro faraón venera además a Ra, el dios de Heliópolis, y a sus propios padres, Amenhotep III y Tiy, no sólo como personas sino también como pareja inmortal.

Durante el ritual de regeneración del faraón, Tiy actúa como

[56] Museo de El Cairo, Diario de entrada, 38 257.

[57] Véase D. Wildung, *BSFE,* 125, 1992, pp. 15-28. La radiografía ha demostrado que bajo el tocado, una especie de gorro de perlas azules, se ocultaban un uraeus y unos pendientes. Al principio, la reina lucía una corona con dos plumas, enmarcando un sol y unos cuernos de vaca, detalles que la señalaban como la encarnación de Hator.

gran sacerdotisa iniciada en los misterios de Hator; lleva el collar de la resurrección, luce una corona de uraeus rematada por dos plumas y un disco solar. Tiy está presente durante el punto culminante del ritual, la erección del pilar «estabilidad *(djed)»,* símbolo de la resurrección de Osiris.

La reina Tiy estuvo asociada a todos los acontecimientos destacables del reinado y «presidió el Alto y Bajo Egipto». Muchos actos oficiales llevan una mención explícita: «*bajo la majestad del rey Amenhotep III y de la gran esposa real Tiy*». Un texto de la tumba de Jeruef hace una precisión fundamental: «*Ella es semejante a Maat* (la regla universal*) que sigue a Ra* (la luz divina*) y se encuentra de este modo en el séquito de tu majestad* (el faraón*)".* Al encarnar a Maat en la tierra, la reina es a la vez la armonía indestructible del cosmos y el cimiento intangible sobre el cual se construye la sociedad egipcia. En el lejano Sudán, la pareja real hizo edificar dos templos, uno en Soleb para la regeneración permanente del *ka* real, y otro en Sedeinga, donde la magia de la reina perpetúa el ser del faraón. Los dos santuarios, indisociables, componen la imagen de la pareja real, prefigurando el dispositivo simbólico de Abu Simbel para Ramsés y Nefertari.

Se ha escrito mucho sobre el carácter lascivo de Amenhotep III, sobre sus innumerables mujeres, su pereza de déspota oriental, proyectando sobre Egipto fantasmas y crueldades sin ninguna relación con la realidad egipcia. Tomemos un ejemplo concreto: en el año 10 de su reinado, Amenhotep III toma por esposa a Gilukhipa, hija del rey de Mitanni, región de Asia con la que Egipto había tenido problemas. Ese «matrimonio» diplomático tenía por objetivo sellar la paz y evitar cualquier conflicto. Se fabricaron escarabajos con los nombres de Amenhotep III y de Tiy, quienes de este modo proclamaban la necesidad de este acto político. Tiy no tuvo que luchar contra una extranjera, pues Gilukhipa, a semejanza de las otras «esposas diplomáticas» del Imperio nuevo, adoptó un nombre egipcio y se instaló en la corte.

Tiy tenía su residencia habitual en la maravillosa ciudad de Tebas, la ciudad victoriosa simbolizada por una mujer sosteniendo un arco, flechas y una maza blanca. La Tebas de los verdes jardines, los incontables estanques y lagunas, la de las grandes villas rodeadas de árboles y templos magníficos donde residían las divinidades. Tebas, la reina de las ciudades y la matriz del mundo. Tebas, donde las invitadas a los banquetes rivalizaban en elegancia y donde los días transcurrían felices.

Tiy disponía de una administración eficaz, la «casa de la reina», integrada en la «casa del faraón». Lo que nosotros llamamos hoy día «palacio» se presentaba como un conjunto sagrado y profano a la vez, donde convivían sacerdotes y funcionarios. En la «casa de la reina» había talleres poblados de artesanos, panaderos, cerveceros, carpinteros y orfebres; contaba con almacenes, un erario, servicios médicos y laboratorios. La soberana reunía a sus mayordomos y jefes de equipo, velaba por la buena gestión de sus bienes y actuaba como una auténtica directora de empresa.

EL LAGO DE TIY

En el año 11 del reinado, el primer día del tercer mes de la primera estación, es decir, hacia finales de setiembre, el rey ordenó construir un lago en honor de la gran esposa real Tiy. El emplazamiento escogido fue Yaruja, al norte de la ciudad de Jammin, de donde eran originarios los padres de la reina.

Las dimensiones del lago eran bastante impresionantes: 3.700 codos de largo por 700 de ancho, es decir, cerca de dos kilómetros por 365 metros. Una vez más, la «emisión de escarabajos» nos pone al corriente del acontecimiento. Los ingenieros egipcios y su personal fueron tan hábiles que la fiesta de inauguración del lago tuvo lugar... quince días después, lo que parece imposible.

En esta ocasión, la barca real, sin duda chapada en oro, navegó por el lago brillando con mil luces. El nombre de la barca era de lo más significativo: «Atón resplandece". Atón, el nombre egipcio del disco solar. Atón, el dios que el faraón Ajnatón incluiría en su nombre unos años después y en honor del cual erigiría una nueva capital.

¿Se trataba realmente de un lago de placer sólo para la distracción de la reina? De ninguna manera. Como ha demostrado Jean Yoyotte, el rey quería construir un depósito de irrigación para mejorar los cultivos. Al cerrar los canales que cruzaban los diques, los técnicos habían creado un «lago» artificial cuya masa de agua bastaría para empapar el suelo y facilitar su fertilización. La verdadera apertura del depósito consistió en abrir canales para permitir que el agua fluyese. Previamente, la navegación ritual de la barca «Atón resplandece» había consagrado el estanque y hecho fecunda la tierra. La reina, una vez más, había desempeñado su función divina.

LA REINA VIUDA

Al cabo de muchos años de felicidad, una terrible prueba se le presentó a Tiy: la muerte de Amenhotep III. La reina hizo grabar en un escarabajo conmemorativo esta conmovedora inscripción: *«La gran esposa real, Tiy, ha redactado este documento, que es suyo, para su hermano bienamado, el faraón".* El hermano bienamado, junto al que había reinado sabiamente, había partido hacia el Hermoso Occidente dejándola sola a la cabeza del Estado.

Tenían dos herederos aptos para reinar: una hija, Satamón, la «hija de Amón», y un hijo, llamado a convertirse en el cuarto del linaje de los Amenhotep. Pero eran jóvenes y, tanto uno como el otro, carecían de experiencia.

Tiy tuvo que sobrellevar la prueba y reinar. En una carta, el rey de Mitanni, Tusratta, escribía a la reina lo que sigue: *«Conoces todo lo que he hablado con tu marido, el faraón. Sólo tú conoces esas palabras".* Tiy, efectivamente, era la única que conocía todos los secretos de Estado y podía conducir la nave de Egipto, una ciencia que transmitió a sus hijos. El joven Amenhotep IV y su esposa, Nefertiti, fueron sus atentos discípulos.

TIY Y LA «REVOLUCIÓN» DE AJNATÓN

Satamón, la hija de la reina, no llegó a tener ningún protagonismo. Por supuesto, dispuso de importantes propiedades y disfrutó de una posición preeminente en la corte; pero desapareció de los documentos oficiales, ya fuera debido a una muerte prematura, ya porque renunciara al peso del poder.

Una nueva pareja real, formada por Amenhotep IV y por Nefertiti, pasó a ocupar entonces el primer plano de la escena, no sin realizar antes un llamativo gesto. Después de un inicio de reinado «tradicional», Amenhotep IV cambió de nombre, es decir, de programa espiritual y político, y se convirtió en Ajnatón, «el que es útil a Atón»; el nombre de *aj,* que significa a la vez «ser útil» y «ser luminoso» incluye un juego de sentido. Como Atón era una forma divina sin punto de anclaje particular en el territorio egipcio, Ajnatón creó para él una ciudad, Ajtatón, «el lugar de luz de Atón», en la zona de Tell al-Amarna, en el Egipto Medio. La corte se trasladó hasta allí y Tebas se vio reducida al rango de una ciudad de segundo orden. No sólo no hubo una guerra civil, sino que además el propio Ajnatón fijó los límites de su experiencia en el espacio y en el tiempo. En el espacio, sus hitos, en forma de estelas, delimitaron el territorio del dios Atón; en el tiempo, la supremacía de Atón llegaría a su fin con la muerte del rey. ¿Qué papel jugó exactamente Tiy en esta mal llamada «revolución»? Considerarla su inspiradora es, sin duda, excesivo, pero ella no se opuso. ¿Cómo habría podido ella, viuda del faraón, contestar la voluntad del rey? Tiy, según parece, se mantuvo al lado de su hijo y actuó de vínculo entre Tebas y la capital del dios Atón, donde habitaba en un palacio que su hijo había hecho construir para ella. Tebas no había muerto como ciudad, y Tiy tuvo que realizar un buen número de viajes para mantener los lazos entre las ciudades de Amón y de Atón. Durante la estancia de Tiy en la nueva capital se organizaron banquetes en su honor. Nefertiti le hizo el honor de un cálido recibimiento y Ajnatón la llevó al templo de Atón. En el gran patio, bañado por los vivificantes rayos del sol, el rey sostuvo la mano de su madre; ambos se recogieron con expresión de dignidad y serenidad. Más allá de la ternura y del respeto mutuo, este gesto prueba que Ajnatón se situaba en una continuidad dinástica avalada por la reina madre y que no era su intención introducir ningún cambio en la institución faraónica.

Muy buena conocedora de la política internacional, tal vez Tiy alertara a Ajnatón cuando llegó el día en que el prestigio de Egipto empezó a decaer. Más preocupado por la puesta en práctica de su mística solar, el rey desdeñó los informes inquietantes procedentes del extranjero. Cuando su madre murió, en el año 8 de su reinado, nadie colmó el vacío que ella dejó.

¿TIY EN EL VALLE DE LOS REYES?

¿Dónde fue enterrada Tiy? Existen importantes indicios que nos orientan hacia la tumba número 55 del Valle de los Reyes, una modesta sepultura carente de decoración esculpida, como era regla común para las personas que no eran faraones pero que disfrutaron

del insigne privilegio de reposar en este excepcional lugar.

La tumba 55 contenía objetos con el nombre de Amenhotep III y de Tiy. Según uno de los arqueólogos, contenía un trineo para la momia, un féretro, amuletos, frascos de perfumes y varias piezas raras... que desgraciadamente resultaron destruidas al sacarlas del panteón. Notas no publicadas e informes de excavación poco fiables nos han condenado a permanecer en la ignorancia. La tumba 55 tal vez tenía como función albergar la momia de Tiy y luego sirvió de escondrijo a Ajnatón, antes de cambiar de destino en la época ramésida. Son hipótesis plausibles, pero nada más que hipótesis.

La reina dejó un recuerdo duradero; varias fundaciones funerarias, en Tebas y en el Egipto Medio, celebran su memoria y fue objeto de culto. Tiy, gran esposa real de un monarca sabio y benefactor, una reina de transición entre la época luminosa de Amenhotep III y la experiencia religiosa de Ajnatón, marcó su tiempo con una huella indeleble.

18. NEFERTITI, LA ESPOSA DEL SOL

UN ROSTRO SUBLIME

¿Quién no ha tenido la ocasión de contemplar, en un libro o en una revista, el maravilloso rostro de Nefertiti,[58] y quién no ha quedado maravillado por tanta gracia, belleza y majestad? Nos faltan las palabras para describir a esta mujer de resplandeciente nobleza, cuya sonrisa parece animada por una luz interior que ha conseguido atravesar miles de años y conmovernos. «De rostro claro —dice de ella el texto de una estela-frontera de la ciudad de Atón—, felizmente adornada con la doble pluma, soberana de dicha, dotada de todas las virtudes, su voz nos alegra, dama de gracia, grande de amor, aquella cuyos sentimientos alegran al señor de los dos países». Se han conservado dos retratos de Nefertiti. El primero, exhibido en el Museo de El Cairo, fue descubierto por el inglés Pendlebury durante la campaña de excavaciones de 1932-1933 en la zona de Amarna; es una cabeza esculpida, de ojos no incrustados, que debía de estar colocada sobre una estatua. La intensidad espiritual de la obra es admirable. Podemos adivinar que nos hallamos ante una persona fiel a la luz que contempla la divinidad, más allá del mundo aparente. Ninguna inscripción nos permite identificar formalmente a Nefertiti, aunque los historiadores de arte están de acuerdo en reconocerla como la esposa de Ajnatón.

El célebre busto conservado en el Museo de Berlín es una pequeña escultura de unos cincuenta centímetros de altura. Fue encontrada en Amarna, el 6 de diciembre de 1912, por un equipo alemán que dirigía Ludwig Borchardt. El lugar donde se produjo el descubrimiento es digno de mención: el taller del escultor Tutmosis. Esta obra maestra no es, en realidad, más que un modelo que quedó inacabado, abandonado en el taller cuando el artesano tuvo que trasladarse a Tebas. La corona, muy especial, que lleva Nefertiti en los bajorrelieves amarnianos permite identificarla con seguridad. La delicadeza del cuello, la pureza del rostro, la dulzura de su expresión, sumadas a la serenidad del gesto, ponen de manifiesto el genio del escultor y la belleza de la reina.

LOS ORÍGENES DE NEFERTITI

El nombre de Nefertiti significa «la hermosa ha llegado». Algunos egiptólogos imaginaron que la reina era de origen extranjero, pero esto no es cierto. Su nombre es típicamente egipcio y se refiere, como veremos, a su función divina.

¿Era Nefertiti hija de Amenhotep III y de Tiy? No hay nada que permita confirmar esta hipótesis. Ningún texto nos proporciona el nombre de los padres de la gran esposa real de Ajnatón, por lo que resulta más sensato convenir que era una dama de la corte, quizá la hija de un gran dignatario como Ay, el que se convertiría en faraón a la muerte de Tutankamón. Y nada nos impide pensar que Ajnatón

[58] Sobre Nefertiti y su papel histórico véase C. Jacq, *Nefertiti et Akhenaton, le couple solaire,* 1990.

decidió desposar a una joven muy hermosa pero carente de fortuna.

Entre el conjunto de estas informaciones sólo tenemos una certeza: el ama nodriza de Nefertiti se llamaba Tiy, como la gran esposa real de Amenhotep III. Esta Tiy se casó con Ay.

LA DIOSA NEFERTITI

La palabra «Nefertiti» se lee, de manera técnica, *Neferet-ity,* «la hermosa ha llegado». Esta «hermosa» es la diosa lejana que, después de abandonar el sol creador, se dirige hacia el desierto de Nubia. Sin ella, las Dos Tierras están condenadas a la esterilidad y a la desolación. Gracias a la intervención de las divinidades, sobre todo de Thot y de Shu, la diosa lejana regresará a Egipto y la naturaleza y todos los seres vivos volverán a ser dichosos.

Nefertiti es la encarnación de esta diosa que llega o, mejor dicho, que regresa para prodigar su amor al faraón, para que resplandezca como un sol. Ella es, a la vez, Hator, amor celeste, y Maat, la regla eterna, por eso recrea la luz y protege al rey encargado de hacerla brillar sobre la tierra.[59] Éste era, por otra parte, el papel principal de todas las reinas de Egipto. Dado que el culto del momento se hallaba centrado en Atón, Nefertiti recibía también el nombre de «perfecta es la perfección de Atón», y para ella se levantaba el disco solar. En el crepúsculo crecía su amor por ella. En el gran templo de Atón había varias estatuas de la diosa Nefertiti a las que se dirigían oraciones para que continuase fertilizando las Dos Tierras.

Con la intención de afirmar la potencia de la luz de Atón, Ajnatón ocultó los misterios osirios. Sin embargo era necesario cumplir con los ritos de resurrección y, sobre todo, que las cuatro diosas colocadas en los cuatro ángulos del sarcófago real (entre ellas Isis y Neftis) recitasen las letanías mágicas. Fue Nefertiti quien las sustituyó.

La escena de adoración de la tumba de Ipy reúne, conforme al ritual amarniano, al rey, a la reina y a su hija venerando al sol divino cuyos rayos terminan en unas manos que transmiten la vida. Un detalle nos sorprende: Nefertiti eleva hasta Atón un platillo donde aparecen grabados en un cartucho los nombres del dios, y una estatuilla que representa a una reina sentada elevando una oración a esos nombres divinos, esa reina no es otra que... la propia Nefertiti. Está claro que la Nefertiti así representada es una Nefertiti divinizada. Ella es el sol femenino que da la vida.

NEFERTITI, ¿REINA-FARAÓN?

En algunas inscripciones, el nombre del rey no va seguido de su nombre propio sino del de la reina, como si ambos formasen un solo nombre, una sola entidad real cuyos dos elementos fuesen indisociables.

Ninguna actividad sagrada podía llevarse a cabo sin la presencia de Nefertiti. La pareja real la formaban dos personalidades

[59] Véase C. Traunecker, *BSFE,* 107, 1986, pp. 17-44.

de igual importancia ante el dios Atón; el rey y la reina le dirigían las mismas oraciones, le consagraban las mismas ofrendas, hacían que se elevase hasta él el mismo humo de incienso. Este tipo de escenas de adoración, muy repetitivas, que adornaban profusamente las paredes de los templos y las tumbas constituían el «programa» simbólico del reino.

Habitualmente, el faraón aparecía solo en su carro. En su nueva capital de Amarna vemos cómo Ajnatón, a la vista de todos, abraza tiernamente a su bella esposa, iluminados ambos por los rayos del sol. En el carro hay otra ocupante: una de las hijas de la pareja solar que, mientras sus padres se besan, sólo tiene ojos para los caballos, cuya cabeza se ve adornada con grandes plumas multicolores.

Con motivo de la investidura del visir Ramose, cuando la pareja real todavía vivía en Tebas, Nefertiti participó en la ceremonia y se dejó ver en la «ventana de las apariciones» para felicitar al gran dignatario. En la ciudad de Atón, Nefertiti recibió en compañía del monarca a los embajadores de Asia y de Nubia, llegados para presentar sus tributos al faraón.

¿Es posible afirmar que Nefertiti fue más que una reina y que llegó a reinar en solitario? La singular corona que ella luce, bastante parecida a la corona roja del Bajo Egipto, parece apoyar esta idea. Como gran sacerdotisa del culto de Atón, Nefertiti disponía de un espacio sagrado específico, «la sombra de Ra». Es probable que el rey dirigiese el culto de la mañana y la reina el de la noche. Nefertiti tenía la facultad de dirigir los rituales y presentar ofrendas a Atón en solitario.

Otro privilegio destacable, la reina podía desplazarse sobre su propio carro, equipado, al igual que el del rey, con un arco y flechas. Un bloque, conservado actualmente en el Museum of Fine Arts de Boston, registra un detalle todavía más sorprendente: a bordo de una barca real vemos a Nefertiti, coronada, sujetando a un adversario por el pelo y golpeándolo con una maza. De este modo se ha pretendido simbolizar la victoria del orden sobre el caos. Generalmente sólo el faraón reinante ejecutaba este gesto ritual, que volvemos a encontrar en un bloque de Karnak.

Según algunos egiptólogos, este conjunto de indicios autoriza a concluir que Nefertiti, igual que Hatsepsut, fue una reina-faraón. La hipótesis se convertiría en certeza de demostrarse que la reina sobrevivió a Ajnatón y que cambió de nombre para reinar en solitario con el nombre de Semenjara; pero la documentación es escasa y demasiado confusa para formular, en el día de hoy, una conclusión definitiva.

CUANDO NEFERTITI CONDECORABA A UNA MUJER

A la pareja real le complacía recompensar a sus fieles. Los personajes así distinguidos debían acudir ante el palacio real, a una de cuyas ventanas se asomaban, coronados, Nefertiti y Ajnatón. Nefertiti podía celebrar en solitario esta festividad y, lo que es más, tenía la facultad de hacerlo en favor de una mujer. Éste fue el caso de Meretre, que acudió sin la compañía de su marido. Para la

circunstancia, la dama Meretre, «la amada de la luz divina», cuidó con esmero su apariencia: destacaba la gran peluca larga, con un cono de perfume en su extremo superior, el cuidado maquillaje y el largo vestido transparente que dejaba adivinar sus encantadoras formas. La asistían varias sirvientas y servidores que llevaban vasos, flores e instrumentos musicales. El lugar donde se desarrolló la escena estaba lleno de encanto, pues el palacio de la reina se encontraba en el corazón de un jardín plantado de árboles y viñas. Mientras sus compañeras se prosternaban ante Nefertiti, vemos a una de las sirvientas aprovechando la pantalla que aquéllas forman para beber a escondidas de una copa de vino. Unos niños, a los que un guardián amonesta con un bastón, han conseguido introducirse en esta ceremonia que, pese a su carácter protocolario, no es en absoluto fría. Después de recibir la distinción, consistente en un collar de oro, Meretre regresó a su casa seguida por sus amigas y acompañada por un allegado que sostenía su mano. En su casa se celebraría un alegre banquete para festejar el acontecimiento.

LAS HIJAS DE NEFERTITI Y AJNATÓN

El punto culminante del culto a Atón era la celebración de la luz por la familia real. En el inmenso patio del gran templo de Atón, el rey y la reina consagraban en su honor ofrendas de alimentos sobre un gran altar al que se accedía por una rampa. Ajnatón y Nefertiti estaban sobre una especie de estrado, rodeados por sus hijas, altos dignatarios, expertos en rituales y damas de la corte. Todos muestran expresión de recogimiento, recibiendo en su corazón la iluminación del sol.

Constituyen un hecho infrecuente en el arte egipcio las escenas que nos permiten introducirnos en la intimidad de la familia real. Así vemos a Nefertiti dando el pecho a una de sus hijas, dejándose acariciar la barbilla por otra, sostener en su regazo a las niñas e, incluso, a ella misma sentada sobre las rodillas de Ajnatón. Asistimos también a una comida de la familia real, que no se deja estorbar por un exceso de ropa.

Ajnatón y Nefertiti quieren hacer patente que forman una familia feliz, alegre y radiante gracias a la energía que les proporciona cada día el dios Atón. Ellos proponen un modelo ideal, fundado en esta veneración de la luz; ésta es también la razón por la cual las niñas aparecen asociadas a actos de culto.

La pareja tuvo seis hijas: tres antes del año 6 del reinado, y las tres últimas entre los años 6 y 9. Se insiste en precisar que todas son hijas de la gran esposa real, Nefertiti. Poco después del año 12 del reinado, la pareja real sufrió un duro golpe: la muerte de Meketatón, la segunda de sus hijas. El hecho produjo una honda herida en esta familia que fundaba en su cohesión el ejemplo de los favores otorgados por Atón. Se celebraron los ritos fúnebres y la inhumación en la tumba familiar; una escena nos muestra a Ajnatón y a Nefertiti llorando ante el lecho fúnebre de la pequeña.

La muerte de Meketatón resquebrajó de manera irremediable el

hermoso edificio que la pareja solar había construido; Nefertiti quedó profundamente afectada por la desaparición de la pequeña. Ignoramos si murió poco después.

Al interpretar de manera realista las representaciones de las niñas, algunos egiptólogos creyeron que su cráneo alargado era la traducción estética de una enfermedad. «Estética» es la palabra clave: en algunas escenas, *todos* los personajes están representados con esa misma deformación. Otras esculturas, descubiertas en Amarna, muestran, por el contrario, los rostros «clásicos». Resulta del todo vano, en consecuencia, pensar en algún tipo de patología.

Seis hijas... ¿y ningún hijo? A algunos eruditos les gustaría convertir a Tutankamón, de padres desconocidos, en el hijo de Ajnatón y de Nefertiti. Pero no existe ningún indicio decisivo que corrobore esta hipótesis.

LA DESAPARICIÓN DE NEFERTITI

Sobre la muerte de Nefertiti se han escrito auténticas novelas, en ocasiones so capa de una supuesta seriedad egiptológica. Se ha hablado, por ejemplo, de desavenencias entre Ajnatón y Nefertiti, del aislamiento de esta última en un palacio de la ciudad del sol, de su liderazgo en un partido de oposición, etcétera. Ignoramos la fecha de la muerte de Nefertiti y sus circunstancias. Como mucho, podemos admitir que murió antes que Ajnatón.

Una de las hijas de la pareja solar, Meritatón, se casó simbólicamente con su padre, pero ¿basta este hecho para demostrar que Nefertiti había muerto? Es verdad que, en vida de su madre, Meritatón, «la amada de Atón», era considerada como el tercer término de la trinidad sagrada formada por el padre, la madre y el hijo. Meritatón está presente en muchas ceremonias, caminando por detrás de su madre mientras toca un sistro con el que repele las influencias nocivas. Ocupando una morada personal en la ciudad del sol, Meritatón parecía destinada a las más altas funciones y ostentó el título de «gran esposa real». Sin embargo, desapareció muy pronto de la escena pública sin que sepamos si murió joven o si decidió retirarse de la vida política.

Otro enigma: volvemos a encontrar el nombre de Nefertiti en la composición del de Semenjara, la efímera monarca que Ajnatón asoció al trono poco antes de su muerte. ¿Se trata de Nefertiti convertida en faraón con otro nombre, o se trata de Ajnatón, en un desdoblamiento simbólico, o bien se trata de un dignatario de la ciudad del sol elegido como sucesor?

¿Dónde fue inhumada Nefertiti? Probablemente en la gran tumba reservada a la familia real, en una zona desértica bastante lejos de la capital, que los arqueólogos encontraron devastada luego de haber sido objeto de pillajes.

¿La momia que yace en la tumba 55 del Valle de los Reyes es la de Nefertiti? Los nombres han sido destruidos y el rostro borrado a martillazos. No sabemos si se trata de Ajnatón, de Semenjara, de la reina Tiy o de Nefertiti. Son éstas otras tantas preguntas todavía carentes de respuesta.

Nefertiti, la esposa del sol, continúa fascinándonos. Al admirar sus retratos, ¿cómo no pensar en su voz melodiosa cantando la omnipotencia de la luz?[60]

[60] Ajnatón tuvo, al parecer, una esposa «secundaria», llamada Kiya, para la cual el rey mandó construir unas capillas en el dominio sagrado de Atón. Su nombre no fue grabado en ningún cartucho ni llevó corona alguna. Después del año 12, el reinado de Ajnatón queda sumido en la oscuridad. Quizá el rey escogió como su sucesora una mujer faraón cuyo nombre era Anj-Jeperu-Ra Neferneferu-Atón, que habría reinado durante más de dos años. Este faraón (si se trata de una mujer) no pudo ser Meritatón, la hija de Ajnatón.

19. LA GRAN ESPOSA REAL DE TUTANKAMÓN

UNA PAREJA SIN PROBLEMAS

En el palacio norte de la ciudad del sol vivía una joven pareja, formada por una de las hijas de Nefertiti, Anjes-en-pa-Atón, «ella vive para Atón», y el príncipe Tout-anj-Atón, «símbolo viviente de Atón». Disfrutaban del lujo de la corte y sus pensamientos raramente se detenían en los asuntos del poder. Ajnatón y Nefertiti llevaban el timón del reino; en ese caso, ¿por qué preocuparse del futuro?

Los acontecimientos se precipitaron. A la muerte de Ajnatón, la joven Anjes-en-pa-Atón se convirtió en garante de la legitimidad del trono, y su marido, todavía adolescente, fue llamado a convertirse en faraón. El tiempo de la despreocupación y de los placeres terminó bruscamente. Concluida la experiencia «atoniana», abandonaron la ciudad del sol y regresaron a Tebas. En poco tiempo, la capital de Ajnatón quedó abandonada y convertida en una ciudad muerta.

Una señal determinante de esta mutación fue el cambio de nombre de la pareja real. Tout-anj-Atón se convirtió en Tout-anj*-Amón* y Anjes-en-pa-Atón pasó a llamarse Anjes-en-*Amón.* Dicho de otro modo, el reino de Atón había acabado; el rey y la reina veneraban de nuevo a Amón, el señor de Tebas. El cambio fue programado desde el primer año del reinado: una estela conservada en Berlín nos muestra a Tout-anj-Atón adorando a Amón.

Todo lo que Ajnatón había realizado mágicamente al cambiar su nombre, Tutankamón lo deshizo de la misma manera; en lugar de limitarse a ser un «reyezuelo», inauguró un nuevo período de la historia egipcia.

El regreso a Tebas se efectuó tranquilamente. No hubo ni guerra civil ni matanza de los partidarios de Atón ni destrucción de la ciudad del sol, que sería arrasada mucho después (durante el reinado de Ramsés II). Sencillamente se produjo el paso de un reino a otro, el retorno a Amón después de un rodeo por Atón, en un país que no conoció ni dogmatismos ni verdades reveladas e impuestas por la fuerza.

Tutankamón y su gran esposa real no tuvieron tiempo de ser jóvenes. Se vieron obligados a reinar y a asumir los deberes de su cargo.

UNA GRAN MAGA

Ningún incidente dramático vino a enturbiar los nueve años del reinado de Tutankamón (1334-1325 a. J.C.). Sabemos que su morada para la eternidad, la única tumba real inviolada del Valle de los Reyes, fue descubierta en 1922 por Howard Carter, al cabo de una larga exploración financiada por lord Carnarvon. De esta tumba, cuidadosamente oculta, se extrajo una cantidad increíble de obras maestras; entre ellas, una capillita dorada cuyas escenas nos revelan qué papel desempeñó la gran esposa real.[61]

[61] Véase K. Bosse-Griffiths, «The Great Enchantress in the Little Golden Shrine of Tutankhamun», en *JEA,* 59, 1973, pp. 100-108.

Anjesenamón era extremadamente bella: la vemos tocada con una delicada y complicada peluca, la serpiente uraeus en la frente, los ojos pintados y la cara maquillada con gran destreza; luce también unos pendientes, además de un ancho collar de varias vueltas, y un largo vestido blanco que le llega hasta las sandalias. La gran esposa real era la imagen misma de la seducción.

No obstante, las escenas en las que aparece no son meras demostraciones de encanto femenino; los textos jeroglíficos la designan, en efecto, como «la gran maga» que, mediante sus actos rituales, comunicaba al rey la energía necesaria para reinar. En las paredes del naos de oro, Anjesenamón renovaba para la eternidad los ritos de la coronación que la pareja real celebrará durante millones de años.

La gran esposa real toca el sistro en honor de Tutankamón, le ofrece ramos montados, llena de vino su copa, pasa alrededor de su cuello un collar de resurrección, unta su piel con un ungüento de regeneración, le asiste cuando caza o pesca criaturas del más allá que adquieren la forma de pájaros y de peces. Todo pone de manifiesto la gran actividad de la reina; ahora bien, otra escena nos la muestra sentada sobre un cojín, a los pies del rey, el codo izquierdo apoyado en las rodillas de su esposo, volviéndose hacia él para recibir, en su mano derecha, el líquido de un frasco que inclina hacia ella el monarca.

Son Shu y Tefnut, la pareja primordial, transmisores de la vida y la luz. Cada gesto de la reina es la expresión de un acto de magia de Estado, activo desde las primeras dinastías.

¿UNA REINA CULPABLE DE ALTA TRAICIÓN?

Tutankamón murió joven, sin duda antes de cumplir veinticinco años. Su viuda quedó desamparada. ¿Iba a asumir en solitario todo el poder convirtiéndose en reina-faraón, o tomaría por esposo a un nuevo monarca?

La reina realizó entonces un acto insólito que cabría considerar como una traición. En lugar de elegir como faraón a uno de los nobles de la corte, escribió una sorprendente carta al rey hitita Subbiluliuma, cuyo máximo afán era conquistar las Dos Tierras y apoderarse de sus riquezas. El pasaje principal del documento, conservado por los archivos hititas, reza así: *«Mi marido ha muerto* —escribe la reina—*. No tengo hijos. Se dice que tú tienes varios hijos. Si me envías a uno de ellos, se convertirá en mi marido. Nunca escogeré a uno de mis servidores como marido".*

El soberano hitita dudó de la autenticidad de la misiva. Creyendo que se trataba de una trampa, envió a Tebas un emisario para que examinase la situación. Anjesenamón, impaciente, escribió una segunda carta y defendió su buena fe: *«De haber tenido un hijo propio, ¿me habría dirigido, en mi propio deshonor y en el de mi país, a un reino extranjero?»*

El soberano hitita empezó a soñar. ¡Conquistar las Dos Tierras mediante un simple matrimonio! Decidió intentar la aventura y envió

a Egipto uno de sus hijos, el futuro faraón.[62]

En la corte no habían pasado desapercibidas las gestiones de la joven reina. Dos hombres vigilaban sus actos: el general Horemheb, jefe de los ejércitos, y el viejo sabio Ay, que ya había conocido tres reinados y era la eminencia gris de la administración. Mientras este oscuro asunto se limitaba al intercambio de misivas no intervinieron. Pero cuando la escolta del príncipe hitita se puso en camino tomaron una decisión.

El principe hitita no llegó a cruzar la frontera; no cabe duda de que acabaron con su vida. La advertencia era clara y brutal: ningún hitita subiría nunca al trono de Egipto.

Anjesenamón se casó con Ay, quien, después de servir a varios faraones, se convirtió él mismo en faraón con el apoyo de Horemheb. El mismo Ay había dirigido los funerales de Tutankamón. Su unión con la joven viuda fue puramente teológica.

¿Qué fue de la esposa de Tutankamón tras su matrimonio con Ay? Lo ignoramos. Para nosotros, ella sigue siendo la gran maga del rey máscara de oro, la reina eternamente joven que le transmite ininterrumpidamente la vida.

---

[62] En mi novela *La Reine Soleil* he propuesto una explicación al insólito comportamiento de la viuda de Tutankamón, que habría intentado, mediante una especie de provocación razonada, despertar a las autoridades egipcias contra las intrigas hititas.

LAMINAS - 1



Tumba de Setnajt y de Tausert, Valle de los Reyes. Isis y Neftis.

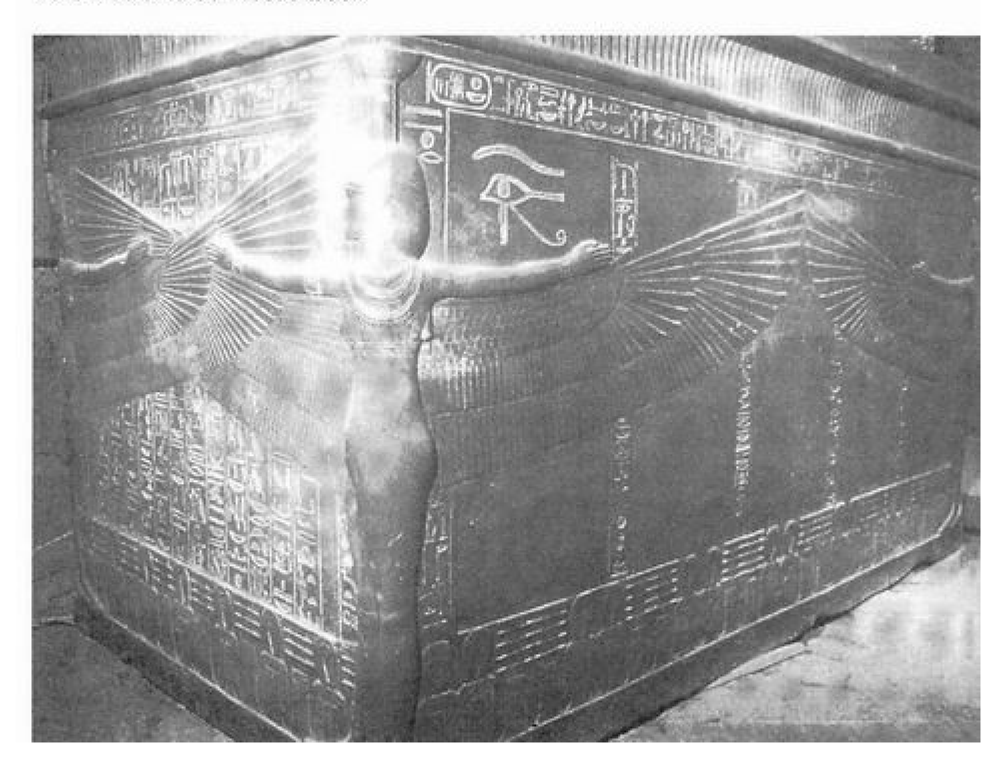


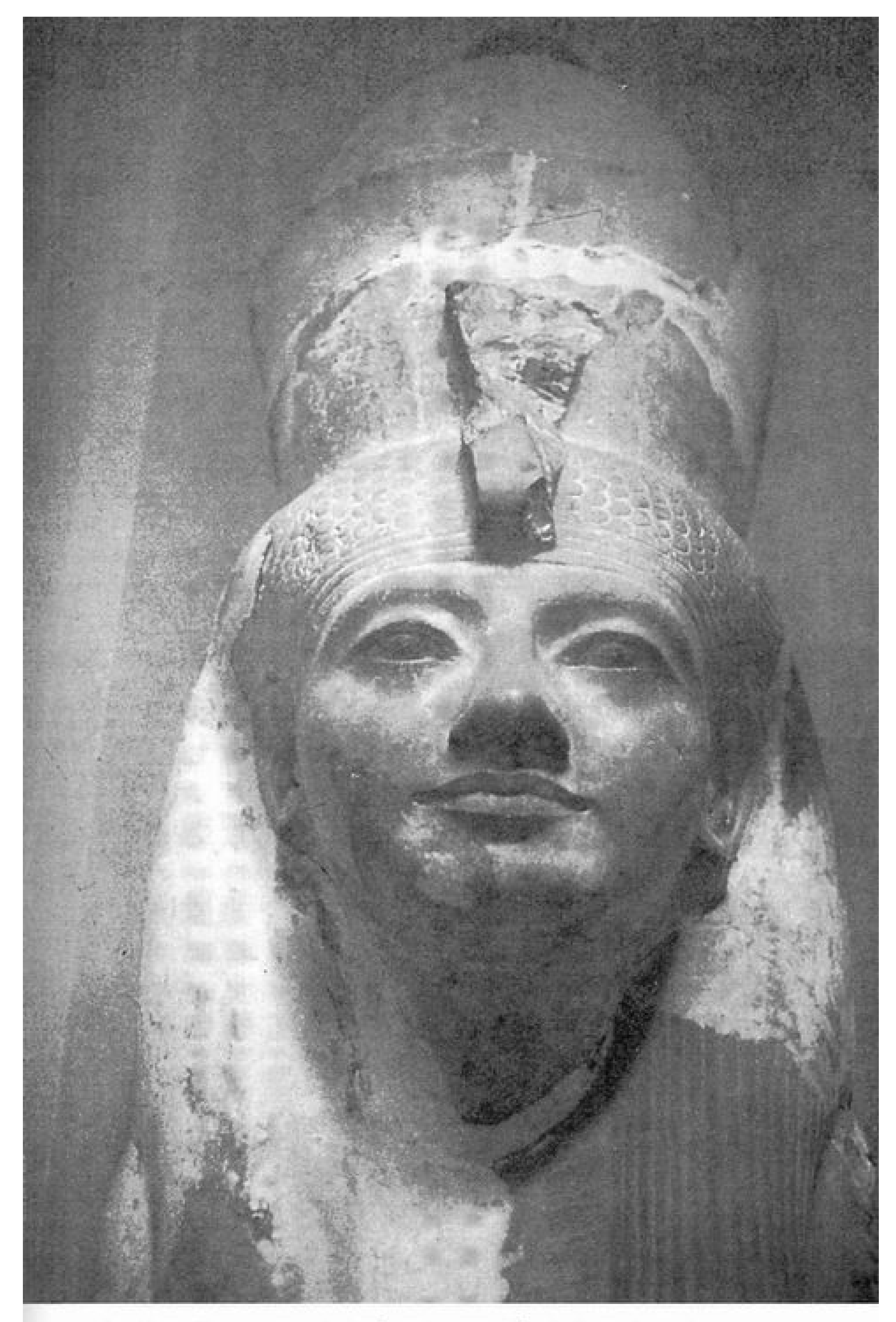
Tanis. La diosa Maat, encarnación de la regla del orden del universo, de la verdad y la justicia.



Nefertiti.

Sarcófago de Tutankamón. Diosas aladas protegen el sarcófago y proporcionan el aire de la vida al faraón resucitado.





La diosa Mut, esposa de Amón y encarnación de la madre celeste.



Tumba de Nefertari, Valle de las Reinas. Nefertari ofrece vasijas.



Tumba de Nefertari, Valle de las Reinas. La gran esposa real de Ramsés II es conducida por Horus en los caminos del más allá.

Tumba de Roy. Una tebana elegante con un cono perfumado en la cabeza.





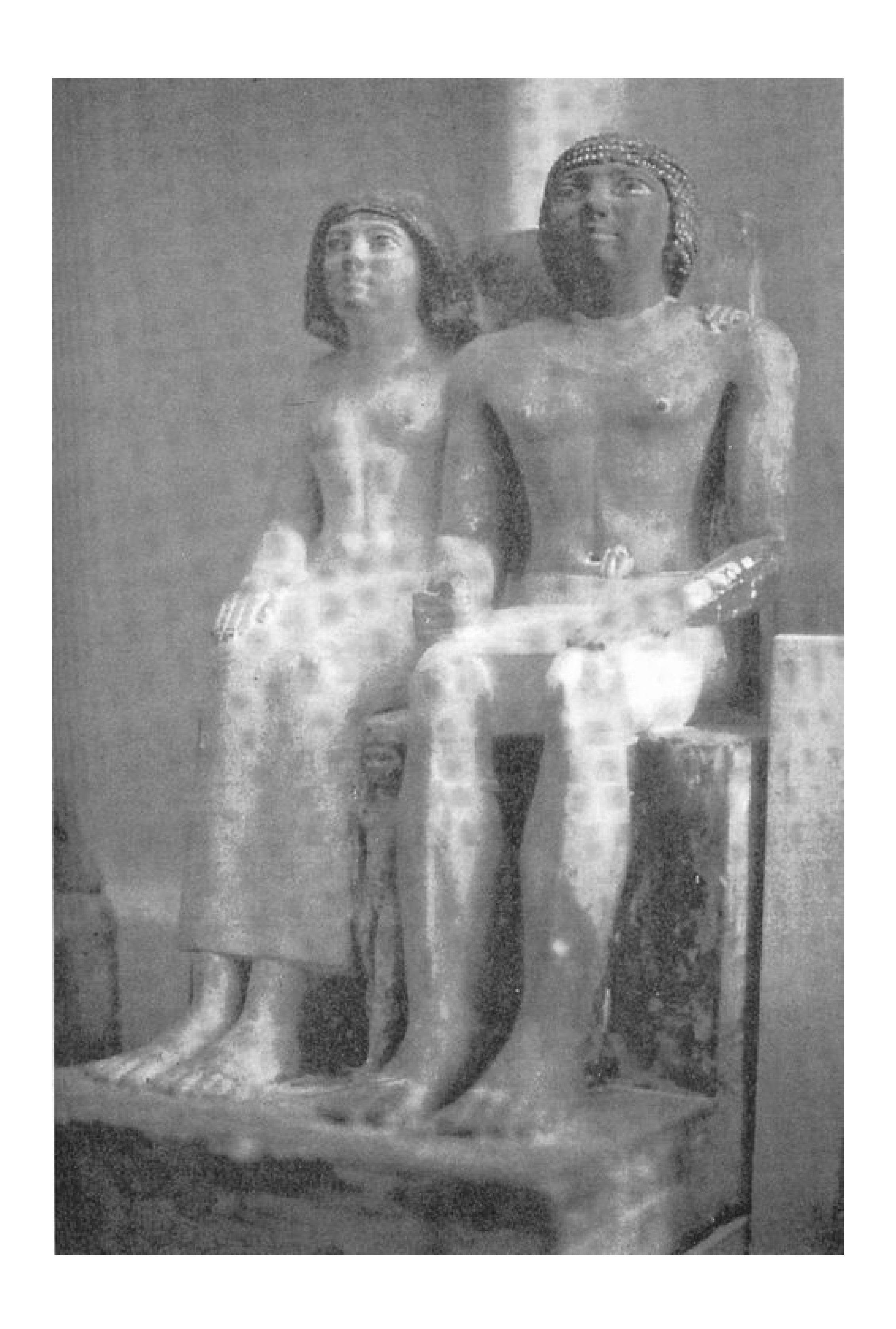
Tumba de Ramsés III, Valle de los Reyes. Un rostro sublime de diosa.



Tumba de Ramose. Rostro de mujer del Imperio nuevo.



Parejas del Imperio antiguo, tiernamente unidas.





Mastaba de Mereruka. Elegantes del Imperio antiguo con vestidos blancos.



Mastaba de Ti. La esposa del dueño de la tierra.



20. LA DULCE REINA MUTNEYEMET

LA HERMANA DE NEFERTITI

La dama Mutneyemet, hermana de la reina Nefertiti, vivió días felices y tranquilos en la ciudad del sol. Se casó con el general Horemheb, cuya personalidad poco tenía que ver con la de un soldadote grosero o la de un guerrero ávido de pelear con el enemigo. Horemheb, escriba real, fino hombre de letras y especialista en derecho, era uno de los responsables de la seguridad exterior de Egipto.

Horemheb se hizo construir una magnífica morada para la eternidad en Saqqara cuyos bajorrelieves ensalzan su actividad militar y su habilidad en el mantenimiento del orden. Ajnatón y Nefertiti depositaron su confianza en el escriba general, que supo mostrarse digno de ella. La carrera de Horemheb parecía ya trazada; su esposa, Mutneyemet, sería una gran dama de la corte y disfrutaría de una existencia lujosa.

La muerte de Ajnatón puso fin a la experiencia «atoniana» y alteró la situación establecida. La corte se instaló de nuevo en Tebas, Tutankamón se convirtió en el nuevo faraón, Horemheb se mantuvo como uno de los hombres fuertes del régimen y la hermana de Nefertiti pasó a convertirse en una personalidad pública. Sin embargo, a la muerte de Tutankamón no fue el general quien subió al trono, sino un viejo funcionario, Ay, cuyo reinado iba a ser breve (1325-1321 a. J.C.). Llegó entonces la hora de Horemheb, cuyo nombre significa «Horus está de fiesta». Durante veintiocho años presidió los destinos del país: fue el autor de una importante reforma jurídica; suprimió los derechos abusivos, con lo que se restableció la justicia y logró su consagración como un faraón de gran talla. ¿Qué papel jugó Mutneyemet?

MUTNEYEMET, ¿REGENTE DEL REINO?

¿Ocupó Mutneyemet la función de regente del reino[63] a la muerte del rey Ay? Si esta hipótesis es exacta, habría reinado en solitario antes de la designación de Horemheb como faraón. En cualquier caso llevó los títulos de «gran princesa hereditaria *(repatet uret)» y* de «soberana del Alto y Bajo Egipto», y participó en los ritos de coronación de su marido.

Hay un detalle insólito: en un documento de la época de Tutankamón, bautizado como «estela de la restauración» porque señalaba el regreso del gobierno a Tebas, el nombre de Mutneyemet sustituye al de la esposa de Tutankamón. ¿Se trataba de un acto mágico destinado a borrar la memoria de una reina que había pretendido casarse con un príncipe hitita?

En el grupo estatuario de la coronación, conservado en el Museo de Turín, Mutneyemet aparece representada de la misma talla que su esposo. Por poderosa que fuese la personalidad de Horemheb, no podía reinar sin una gran esposa real que justificara

[63] Véase R. Hari, *Horemheb y la reina Moutnedjemet,* Ginebra, 1964.

simbólicamente su función.[64]

MUT, LA GRAN MADRE

Mutneyemet significa «Mut la dulce, la graciosa, la agradable *(neyemet)».* El jeroglífico que resume estos conceptos es una vaina de algarrobo, un fruto dulce para el paladar de los antiguos egipcios. Con el nombre de Mut, en su aspecto positivo y benéfico, la reina encarnaba a la gran madre, la anciana que rigió las Dos Tierras.[65]

La palabra *Mut* significa «madre», esposa de Amón. Mut es, por excelencia, la madre del faraón, y su papel es esencial durante el verdadero nacimiento de éste, es decir, durante su coronación. La diosa puede, por lo demás, llevar la doble corona para hacer que nazca la luz de la que el rey es representante en la tierra.

Tal como señala el papiro Insinger, fechado en el siglo I d. J.C., «la obra de Mut y de Hator actúa entre las mujeres». Símbolo de la feminidad creadora, Mut era la protectora de los nacimientos felices.

Conviene no olvidar la otra cara de la diosa, cuyo nombre se escribe con la imagen de un buitre. Es verdad que los egipcios consideraban que el buitre hembra era una madre ejemplar; pero no dejaba de ser un animal carroñero y, como verdadera alquimista, se alimentaba de la carne muerta que le permitía vivir. No por casualidad la palabra *Mut* es sinónimo de otra palabra que significa «la muerte». La gran madre, efectivamente, podía aparecer bajo la forma de una terrible leona o de una cobra erguida sobre la frente del faraón para exterminar a sus enemigos. En el rostro de Mut flamea una llama cuando debe intervenir para disipar las tinieblas, esto es, aniquilarlas.

En Karnak, Mut era la soberana de un vasto espacio sagrado que comprendía el lago de Icheru, adonde acudía a beber la peligrosa leona Sejmet, a la que había que apaciguar con ciertos ritos para transformar su furor en energía positiva.

Allí estaba ubicada la matriz del mundo, gracias a la cual Mut hacía aparecer las formas de vida en armonía con Maat, la regla universal. El objetivo del «ritual de Mut» era precisamente salvaguardar el orden de Maat, que la humanidad, por ignorancia, pereza y violencia, continuamente intenta destruir.

La reina Mutneyemet tenía por lo tanto una responsabilidad considerable; al encarnar el aspecto dulce y maternal de Mut, su misión era ofrecer al mundo un nuevo Horus, un nuevo faraón que llevaría la alegría a Egipto, Horemheb.

MUERTE DE UNA MADRE

Después de su coronación, el faraón Horemheb se hizo cavar una morada para la eternidad en el Valle de los Reyes. Su magnífica tumba de Menfis sirvió quizá de sepultura a su gran esposa real, que

---

[64] Un grupo estatuario de Turín muestra una esfinge hembra adorando el nombre de la reina Mutneyemet escrito en un cartucho; ¿tenemos que deducir que llegó a reinar? Véase E. Strouhal y G. Callender, *The Bulletin of the Australian Center for Egyptology,* 3, 1992, pp. 67-75.

[65] Sobre Mut véase H. Te Velde, *JEOL,* 26, 1979-1980, pp. 3-9.

tal vez murió prematuramente. Al lado de su momia, correspondiente a una mujer de unos cuarenta años, se hallan los restos de un embrión mal formado. ¿Era el testimonio trágico de un aborto natural, causante de la muerte de la reina, que se produjo hacia el año 13 del reinado de Horemheb?

La anécdota es conmovedora, pero conviene ser prudentes. La edad de la momia —¡e incluso su identificación!— es dudosa. Suponiendo que se trate de Mutneyemet, es probable que la presencia del embrión posea un valor simbólico y haga referencia a su función como diosa Mut en la tierra, como gran madre que da eternamente a luz en este mundo y en el otro.

A veces se considera, y no sin razón, que Horemheb fue el verdadero fundador de la XIX dinastía, la que proporcionó faraones excepcionales como Seti I y Ramsés II. Tal vez Mutneyemet, cumpliendo el deber que implica su nombre, fue la fuente de esa dinastía.

21. LA REINA TUY, ESPOSA DE SETI I Y MADRE DE RAMSÉS II

ESPOSA Y MADRE EN LA CIMA DEL PODER

A la muerte de Horemheb, un consejo de sabios escogió a un viejo visir, al que arrancaron de su apacible retiro, para gobernar Egipto. El visir tomó un nombre que se haría célebre: Ramsés. El primer monarca de un extenso linaje que comprendió once Ramsés solamente reinó durante un par de años (1293-1291 a. J.C.). Le sucedió un faraón de una talla extraordinaria, Seti I.

Sus trece años de reinado fueron una auténtica edad de oro. Contuvo la amenaza hitita, obligando a los temibles guerreros de las altas llanuras de Anatolia a plantarse en sus posiciones, e impuso la calma en el turbulento protectorado sirio-palestino. En cuanto a su obra arquitectónica, nos deja estupefactos de admiración: el gran templo de Osiris en Abydos, cuyos bajorrelieves se mantienen en un maravilloso estado de conservación; la mayor tumba del Valle de los Reyes, donde están grabados los «libros» principales referidos al alma real; el «templo de los millones de años» de Gurnah, en la orilla occidental de Tebas, y una gran parte de la gigantesca sala hipóstila de Karnak son sus creaciones más destacables.

Seti I estaba animado por la energía del dios Set, una fuerza comparable a la del relámpago y la tormenta. Su momia, bien conservada, impone respeto; autoridad y gravedad son las características dominantes de un rostro cuya grandeza no han conseguido alterar ni la muerte ni los siglos.

Para vivir junto a un faraón de su talla era necesaria una gran esposa real dotada de fuerte personalidad; éste fue el caso de Tuy, también llamada Mut-Tuy para subrayar, como en el caso de Mutneyemet, su papel de «gran madre». Mutneyemet había forjado un nuevo Horus, su marido Horemheb; Tuy engendró un «hijo de la luz», Ramsés II, que reinó durante sesenta y siete años.[66]

Tuy, la guardiana del espíritu de la monarquía egipcia, vivió el último apogeo del poderío egipcio. A la muerte de Ramsés II siguió una larga decadencia que los faraones, salvo algunos brillantes paréntesis, sólo pudieron retrasar.

Tuy sobrevivió al menos veintidós años a su marido y, durante los veinte primeros años del reinado de su hijo, Ramsés II, ejerció una influencia considerable en la corte. Una estatua de cerca de tres metros de alto, conservada actualmente en el Vaticano, la representa con el aspecto de una mujer colosal y altiva. La estatuaria de enormes dimensiones no estaba reservada a los hombres, y se conocen varios ejemplos de gigantes de piedra femeninos, como Nefertari en Abu Simbel o Merit-Amón, hija de Ramsés II, de la que recientemente se ha descubierto en Ajmin una efigie de ocho metros y un peso de unas cuarenta toneladas.

Ramsés II sentía auténtica adoración por su madre; numerosas estatuas y bajorrelieves celebran su memoria. Tuy aparece

[66] Acerca de Tuy véase L. Habachi, *RdE,* 21, 1969, pp. 27-47.

frecuentemente asociada al faraón, a su esposa y a sus hijos. En Tebas, en el lado norte de su «templo de los millones de años», el Ramesseum, Ramsés II hizo construir un pequeño santuario de gres cuyos pilares se veían coronados por capiteles que representaban el rostro de la diosa Hator; el edificio magnificaba a la reina madre y su función teológica.

En este templo femenino, al que estaba asociada Nefertari, la gran esposa real de Ramsés II, se habían grabado una serie de escenas a las que el rey atribuía especial importancia. Sentada sobre una cama, se veía a la madre real Tuy y al dios Amón-Ra, fascinado por la bella mujer de bonita figura y rostro elegante. «Cuan gozoso es mi rocío —dice el dios—, mi perfume es el de la tierra del dios, mi olor el del país de Punt. De mi hijo voy a hacer un faraón". Podemos reconocer aquí el tema del nacimiento divino del faraón, ya utilizado por otros soberanos, como Hatsepsut o Tutmosis III.

Venerada en todo el país, Tuy simboliza plenamente a la reina madre, discreta al tiempo que activa, manteniendo en su persona la tradición de las mujeres de Estado ligada a la grandeza de Egipto. Una estatua conservada en el Museo de El Cairo,[67] de una altura de un metro y medio, merece un comentario. Fue descubierta en la zona de Tanis, en el Delta, y procede con toda probabilidad del palacio de la ciudad de Pi-Ramsés, también en el Delta, una de las más bellas obras arquitectónicas del reinado de Ramsés II. No es una obra «original», sino una estatua del Imperio medio que los escultores de Ramsés «reutilizaron» y remodelaron; así como el volumen del cuerpo, el cabello y otros detalles fueron modificados, el rostro de la lejana reina de la XII dinastía no sufrió ningún cambio, aunque la inscripción atribuye a la estatua el nombre de Tuy.

No se trata, como se ha escrito a menudo sin comprender la simbología egipcia, de una «usurpación», sino de una incorporación simbólica del pasado, que revive y se reactualiza. Tuy es a la vez ella misma y todas las reinas que la precedieron. De este modo personifica la continuidad de la función de gran esposa real a través de los tiempos y de las dinastías.

UNA REINA PARA LA PAZ

Uno de los momentos clave del reinado de Ramsés II fue el de la guerra contra los hititas. Este pueblo guerrero de Anatolia quería apoderarse de los protectorados egipcios, destruir la línea de defensa levantada por los faraones del Imperio nuevo y conquistar las Dos Tierras, tan pródigas en tentadoras riquezas. El conflicto era inevitable y su punto culminante fue la batalla de Qades, en el año 5 del reinado. El joven rey estuvo a punto de perder la vida pero, gracias a la intervención sobrenatural de su padre Amón, que respondió a su llamada en medio de la refriega y no abandonó a su hijo, Ramsés logró expulsar a los hititas y a las fuerzas del mal.

¿Una victoria? Mejor será que hablemos de un «combate nulo». Los ejércitos egipcio e hitita, de potencia similar, se plantaron en sus

[67] Diario de entrada, 37 484.

posiciones mientras los respectivos servicios de espionaje ponían en práctica diversas maniobras de desestabilización.

Por inverosímil que pudiera parecer, se imponía como única solución buscar la paz. Dentro de esta perspectiva, la influencia de Tuy fue probablemente decisiva. En el año 21 del reinado de su hijo tuvo la alegría de asistir a la proclamación del tratado de no-beligerancia y de asistencia mutua entre egipcios e hititas, bajo la mirada de las divinidades de ambos países. La fuerza de la palabra dada era tal que el tratado nunca se rompió. Más de treinta años de conflictos más o menos abiertos dieron paso a una era de paz en el Próximo Oriente.

De su puño y letra, Tuy escribió una carta de felicitación a la reina hitita quien, por su lado, había militado en favor del fin de las hostilidades. Hubo, por supuesto, un intercambio de regalos.

UNA MORADA PARA LA ETERNIDAD EN EL VALLE DE LAS REINAS

Es probable que Tuy muriese, rebasada ya la sesentena, poco tiempo después de haber saboreado la dicha de esta paz, tan difícil de alcanzar. Recibió sepultura en una tumba del Valle de las Reinas (núm. 80), que debió de estar fabulosamente decorada y contener un abundante y lujoso mobiliario fúnebre. Desgraciadamente, esta morada para la eternidad sufrió el pillaje y quedó devastada. Una de las tapas de los vasos canopes, que contenían las vísceras de la reina, se ha conservado milagrosamente; representa la cara de Tuy tocada con una pesada peluca. Su fina sonrisa cautiva el alma. De esta modesta escultura emana una extraordinaria juventud que, atravesando las sombras de la muerte, ha conservado el recuerdo de una gran reina del Imperio nuevo.

22. EL VALLE DE LAS REINAS

UNA NECRÓPOLIS OLVIDADA

Si el Valle de los Reyes goza de un merecido renombre, el Valle de las Reinas, por el contrario, atrae a un menor número de visitantes. Situado a 1.500 km al sudoeste del Valle de los Reyes, en el pequeño valle más meridional de la montaña de Tebas-oeste, este «valle» constituye también una zona desértica a la que los árabes dieron el nombre de Biban al-Harim, «las puertas de las mujeres».[68]

Champollion visitó algunas tumbas, pero hubo que esperar a 1903 para que la primera excavación de conjunto, dirigida por el italiano Ernesto Schiaparelli, registrase la existencia de 79 tumbas. Un conjunto impresionante pero, desgraciadamente, muy deteriorado. Los pillajes habían empezado a finales de la época ramésida, cuando las bandas de ladrones lograron introducirse en algunas tumbas; durante la XXI dinastía, y hasta la época saíta, las sepulturas de las reinas fueron reutilizadas y, en la época romana, allí se acumularon muchas momias, a menudo mal preparadas.

Cuando los cristianos se instalaron en las tumbas destruyeron las figuras de las reinas y de las princesas por considerarlas temibles tentadoras, o las cubrieron con una capa de pintura para no verlas. En cuanto a los ocupantes árabes, éstos quemaron las momias, el mobiliario fúnebre y la decoración de las paredes, lo que explica el color negro de algunas paredes.

Desde hace unos años se han reanudado las excavaciones con la intención de rescatar todo lo que se pueda. Del conjunto ha sobrevivido una obra maestra: la tumba de Nefertari, la gran esposa real de Ramsés II, recientemente restaurada.

SAT-RA INAUGURA EL VALLE DE LAS REINAS

Durante la XVIII dinastía, príncipes, princesas y sus instructores eran enterrados en un sitio que no era todavía el Valle de las Reinas; tradicionalmente se enterraba allí, en simples pozos funerarios, a los personajes de la corte.

Al inicio de la era ramésida tuvo lugar una innovación fundamental: la reina Sat-Ra, «la hija de la luz divina», gran esposa real de Ramsés I, madre de Seti I y abuela de Ramsés II, decidió que se cavase su morada para la eternidad en aquel lugar, al que se dio el nombre de «lugar de la regeneración espiritual».[69]

La tumba de Sat-Ra es pequeña, pero sus paredes están cubiertas de una decoración simbólica que la convierte en un equivalente de una morada para la eternidad del Valle de los Reyes. Las figuras de los genios y las divinidades están dibujadas con trazo elegante y aunque la pintura sólo es un esbozo, la intención resulta

---

[68] Sobre el Valle de las Reinas véase C. Leblanc, *Ta Set Neferou. Une nécropole de Thébes-ouest et son histoire,* I, El Cairo, 1989; *La Vallée de les Reines,* Dossiers de l'Archéologie, Dijon, 1992.

[69] En egipcio, *ta set neferu.* Otras traducciones: «lugar de la perfección», «lugar de la belleza», «lugar de los hijos reales». No son acepciones excluyentes.

clara: la reina se encuentra con las criaturas del más allá, cuyos nombres debe conocer a fin de dominarlas. Sigue un auténtico camino iniciático que la conduce a una perpetua resurrección. Gracias a los textos del *Libro para salir a la luz,* que componen su viático, la reina conseguirá vencer a la muerte.

REINAS Y PRÍNCIPES

En este valle se cavaron las tumbas de las reinas de la XIX y XX dinastías; el lugar, desafortunadamente, tenía un defecto: era roca desmenuzable, una piedra calcárea escasamente apropiada para el arte del relieve. Los artesanos pudieron, con todo, soslayar la dificultad cubriendo las paredes de una capa de arcilla, pero la decoración continuó siendo frágil. Pese a los daños irremediables infligidos a la mayoría de las tumbas, algunas, como la de la reina Titi, todavía conservan hermosas escenas: la vemos reuniéndose con Hator, la divina protectora del valle, que le ofrece el agua de la regeneración. En 1984 se dio fin al desescombro de la tumba, ya visitada por Champollion, de Henut-Tauy, «hija» de Nefertari; se ve a la princesa venerando a la divinidad del silencio, la del amor y del océano primordial, de donde procede la energía de la creación. En la capilla de la princesa Henut-Tauy, la «soberana de las Dos Tierras», hay un relieve que llama nuestra atención. Nos muestra a la joven, tocada con una corona formada por un sol entre dos grandes plumas, realizando el gesto de extender los brazos por encima de un altar cargado de ofrendas. El cetro que sostiene en su mano le permite consagrar las ofrendas, purificarlas y hacer real su esencia inmaterial, que se elevará hacia los dioses y satisfará a los señores de la tierra del silencio, es decir, de la necrópolis. Este acto ritual solía ejecutarlo el faraón.

Durante el reinado de Ramsés III se recuperó la tradición de la XVIII dinastía; cinco príncipes, uno de los cuales era sacerdote de Ptah, recibieron la eterna hospitalidad del valle. Reunidos en el norte de aquel paraje, sus tumbas todavía conservan colores muy vivos y se hallan en un magnífico estado de conservación. No nos esforcemos en buscar información de carácter histórico en el soberbio decorado pintado: los príncipes, adolescentes ya para siempre, cruzan las puertas del más allá guardadas por peligrosos demonios, escuchan las voces de las divinidades y entran en el paraíso.

El Valle de las Reinas aún no ha entregado todos sus secretos. El estudio de la documentación prueba que todavía quedan algunas tumbas por descubrir; sabemos que fueron cavadas en ese lugar, por ejemplo, la de Iset-Nofret, esposa de Ramsés II, o las seis sepulturas construidas allí por orden de Ramsés VI. Y podemos suponer que las momias de algunas reinas yacen ocultas en algún lugar, donde fueron puestas a salvo después de los pillajes de la era ramésida.

Los tesoros del Valle de las Reinas... Sí, todavía es posible soñar.

23. NEFERTARI, LA GRAN ESPOSA REAL DE RAMSÉS II

EL GRAN AMOR DE RAMSÉS

Resulta difícil, cuando no imposible, discernir a través de las inscripciones oficiales qué sentimientos albergaba un faraón hacia su esposa. Incluso en el caso de Ajnatón y de Nefertiti, que parecen mostrarnos escenas de intimidad familiar, éstas poseen un considerable componente simbólico.

En lo que se refiere a Ramsés II y a Nefertari no advertimos ni familiaridad ni confidencia romántica: vemos a una pareja real en toda su gloria y majestad. Sin embargo, Ramsés honró a Nefertari de manera bastante excepcional. Aunque vivió mucho más tiempo que ella, aunque otras esposas reales sucedieron a Nefertari, ella continuó siendo la reina más estrechamente ligada al reinado de Ramsés.

No sabemos quiénes fueron los padres de Nefertari; era, quizá, de origen modesto. Su nombre significa «la más hermosa», «la más cumplida» y a menudo iba seguido del epíteto «la amada de Muí». Dos referencias importantes: una, a una gran antepasada, la reina Ahmés-Nefertari; la otra, a la diosa Mut, esposa de Amón, señor de Tebas.

Nefertari se casó con Ramsés antes de que éste sucediera a su padre, Seti I. Ella llevó los títulos que subrayaban el papel esencial de la gran esposa real: «soberana del doble país», «la que preside el Alto y Bajo Egipto», «la señora de todas las tierras», «la que satisface a los dioses». Los textos precisan que su rostro era bello y su voz dulce.[70]

Su presencia en una fiesta en Luxor fue recordada en estos términos: *«La princesa que merece ricas alabanzas, soberana de gracia, dulce en el amor, señora de las Dos Tierras, la perfecta, aquella cuyas manos sostienen los sistros, la que alegra a su padre Amón; la más amada, la que luce la corona, la cantante del bello rostro, aquella cuya palabra aporta la plenitud. Sus deseos son cabales, todos los hechos responden a su deseo de conocimiento, todas sus palabras alumbran la alegría en las caras, escuchar su voz permite vivir".*

Portadora de amor y de creación, la palabra de la reina procuraba la felicidad a los dioses y a los seres humanos. Su formulación dulcificaba el corazón de Horus, es decir, el rey, llevándole la paz.

Si interpretamos literalmente las inscripciones, Nefertari dio cuatro hijos y dos hijas a Ramsés; ahora bien, la noción de «hijo» e «hija», como hemos comprobado, corresponde a menudo a un título. Durante su largo reinado, Ramsés adoptó un número considerable de «hijos reales» y de «hijas reales», lo que hizo creer a algunos egiptólogos que había sido poco menos que un procreador desatado.

EL PAPEL POLÍTICO DE NEFERTARI

Desde el primer año del reinado, la gran esposa real estuvo

[70] Véase H. Schmidt y J. Willeitner, *Nefertari,* Mainz, 1994.

asociada a sus actos principales; después de participar en los ritos de la coronación, Nefertari estuvo presente junto a Ramsés en Abydos con motivo de la ceremonia en la cual el rey nombró a Nebunenef gran sacerdote de Amón, asegurándose así la fidelidad del rico y poderoso clero tebano. Nefertari desempeñó un papel activo en los grandes rituales de Estado, indispensables para perpetuar la prosperidad de las Dos Tierras, como la fiesta de Min; en ella vemos a la reina caminar siete veces alrededor del rey recitando fórmulas mágicas.

Como ya hicieran otras reinas, Nefertari ejerció una fuerte influencia en política extranjera. Mientras tenían lugar las largas negociaciones, necesarias para alcanzar la paz con los hititas, ella mantenía comunicación con su homologa, la reina del Hatti. Intercambiaron joyas y tapices, y es probable que de tales intercambios derivara una amistad entre las dos soberanas. «*Conmigo, tu hermana —*escribe*—, todo va bien; con mi país todo va bien; conmigo, mi hermana, todo va bien".* La egipcia y la hitita desearon que las divinidades trajeran la paz y la fraternidad a ambos pueblos, y su voto se vio coronado por el éxito.

Debido al origen de su dinastía, Ramsés II sentía una pronunciada inclinación por los lugares del Delta, convertido en una zona estratégica en el marco de las relaciones con Asia. El rey creó en el Delta una nueva capital, Pi-Ramsés, «la ciudad de Ramsés», ciudad de turquesa donde hizo edificar templos y palacios. Allí se veneraba a las divinidades egipcias, sobre todo a Amón, aunque también a divinidades asiáticas. Esta convivencia manifestaba de manera clamorosa una voluntad de paz a la que Nefertari no debía de ser ajena. Una carta redactada por un escriba ensalza la belleza fabulosa de esta capital, donde Nefertari presidió numerosas ceremonias. Fue el propio Ra, afirma el escriba, quien creó el lugar. Los campos que rodeaban la ciudad eran de una riqueza deslumbrante. Cada día, la capital recibía la provisión de excelentes alimentos. Los canales estaban llenos de peces, los estanques cubiertos de pájaros. En los graneros había abundantes reservas de cebada y de escanda común. Maravillosas flores alegraban los jardines. Nada faltaba en las mesas: higos, uvas, manzanas, granadas, olivas, cebollas, peras, vino tinto de inigualable sabor.

La pareja real vivía en un suntuoso palacio. En el centro, una sala con floridas columnas, una sala de audiencia y la sala del trono. La decoración abundaba en escenas campestres y representaciones de la fauna y la flora. Remaba un gran confort en los apartamentos privados de la soberana, provistos entre otros detalles de un cuarto de baño. Era agradable salir al atardecer a la terraza y contemplar la puesta de sol, disfrutando de la fresca brisa del norte. Alrededor del palacio, los jardines y estanques ofrecían calma y tranquilidad. Acacias, palmeras, sicómoros y granados alegraban la vista.

LOS DOS TEMPLOS DE ABU SIMBEL O LA SUBLIMACIÓN DE LA PAREJA REAL

En 1813, el suizo Burckhardt redescubrió Abu Simbel, un paraje extraordinario en el corazón de Nubia. Allí, más abajo de la segunda catarata del Nilo, se habían cavado dos templos en el acantilado, a orillas del río, a unos 1.300 km al sur de Pi-Ramsés, la capital de Ramsés II. La diosa Hator reinaba en aquel mágico lugar, que no había sido escogido por casualidad. Bajo la protección de la soberana del amor celeste, el faraón había decidido magnificar monumentalmente a la pareja real encarnándola en dos templos próximos uno al otro.

Fueron inaugurados por Ramsés y Nefertari en el invierno del año 24 del reinado; quien haya tenido la ocasión de visitar Abu Simbel antes del traslado de los templos —forzado por la desastrosa creación del lago Nasser y la destrucción de Nubia— habrá experimentado la intensa emoción vivida por la pareja real. El sol teñía de oro la arcilla nubia; los colosos sentados de Ramsés, exhibiendo una fina sonrisa, contemplaban la eternidad; los colosos que representaban al rey y la reina, en pie y en ademán de caminar, se adentraban para siempre por senderos de luz.

Ramsés y Nefertari entraron en el gran templo consagrado a la regeneración perpetua del *ka* del faraón, avanzaron por el camino bordeado de pilares que representaban al rey como Osiris, cruzaron las puertas que daban acceso a las salas secretas y llegaron al extremo del santuario dominado por las cuatro divinidades, Ra, Amón, Ptah y el *ka* de Ramsés.

Nefertari está presente en este templo, donde actúa como gran maga que insufla al rey la energía necesaria para derrotar a las tinieblas. Pero a ella también se la honraba de forma monumental en el templo vecino; según las inscripciones jeroglíficas, Ramsés II decidió su construcción «como obra de eternidad para la gran esposa real Nefertari, la amada de Mut, para siempre jamás, Nefertari por cuyo resplandor brilla el sol».

Este «pequeño templo» es una maravilla. El rey y la reina están representados a igual tamaño; a ella se la ve tocando el sistro en honor de Hator; ofreciendo lotos y papiros a Mut y a Hator; quemando incienso para las diosas; haciendo una ofrenda a Isis, madre de dios, dama del cielo y soberana de las divinidades; rindiendo homenaje a Ta-Uret, «la grande», diosa-hipopótamo que concede al mundo la fecundidad y alumbra las fuerzas de la creación. Al igual que Hatsepsut, en su santuario de Dayr al-Bahari, encontraba a Hator bajo la forma de la vaca celeste, Nefertari, al fondo de su sagrada gruta cavada en una lejana montaña de Nubia, está representada explorando una maleza de papiros, para descubrir a la vaca, símbolo del cosmos.

Descubrimos luego una escena extraordinaria: la coronación de Nefertari. La reina, de una elegancia suprema, de cuerpo fino y esbelto, sostiene en su mano derecha la «llave de la vida» y, en la izquierda, un cetro floral. Su corona está compuesta por un sol entre

dos cuernos y dos altas plumas, que la convierten en la encarnación de todas las diosas creadoras. En su frente, el uraeus, la cobra hembra que quema a los enemigos y disipa las fuerzas enemigas. A cada lado de Nefertari se hallan las diosas Isis y Hator, que después de coronar a la reina la magnetizan.

Ramsés es el esposo de Egipto que tiene a Nefertari como madre. En el naos de su templo Nefertari se identifica con Hator e Isis crea la crecida del río y de este modo llena de vida el país entero.

LA MORADA PARA LA ETERNIDAD DE NEFERTARI

Cuando Ramsés celebró su primera *fiesta-sed,* con el fin de regenerar la potencia real que se consideraba agotada después de treinta años de reinado, Nefertari no figuraba entre las personalidades presentes en la ceremonia, que duraba varios días y reunía a todas las divinidades del Alto y Bajo Egipto con objeto de ofrecer al monarca un nuevo dinamismo.

Se impone una conclusión: Nefertari se había trasladado al más allá, aunque ningún documento nos informa de la fecha exacta de su muerte. Una hipótesis novelesca pretende que la reina entregó su alma en Abu Simbel, delante del templo que la inmortaliza. Agotada, habría confiado a su hija mayor la tarea de inaugurar junto a Ramsés los santuarios.

Y aún otro monumento canta la gloria de Nefertari: su morada para la eternidad en el Valle de las Reinas.[71] Fue descubierta en 1904 por Schiaparelli y no cabe sino considerarla como una gran obra maestra del arte egipcio, que ha podido ser restaurada recientemente gracias a los fondos privados asignados por la Fundación Getty de Los Ángeles. Pintores y dibujantes llevaron al extremo la perfección de su arte con la descripción del camino iniciático hacia el otro mundo de la gran esposa real.

Persisten, sin embargo, algunos enigmas. ¿Por qué la tumba de Nefertari es la única en todo el Valle de las Reinas que ha escapado de los ataques y el deterioro? El mobiliario fúnebre ¿fue robado o simplemente trasladado a otro lugar? No es del todo imposible que los propios egipcios cerrasen cuidadosamente la tumba después de trasladar la momia de Nefertari a un escondrijo todavía no encontrado.

Esta morada para la eternidad es amplia y comprende varias piezas que llevan hasta la «sala del oro», donde el cuerpo de luz de la reina debió de ser animado por los ritos, con objeto de servir de soporte a los elementos espirituales del ser, como el *ba,* el alma-pájaro. Aquí, en este «lugar de Maat», el corazón de la reina conoció la alegría de la resurrección y se unió a la gran Enéada, la cofradía de las nueve divinidades que crean y organizan incesantemente el universo.

Nefertari juega al *senet,* remoto antecedente de las damas y el ajedrez. Su adversario no es otro que lo invisible, y la reina tiene que

---

[71] Véase G. Thausing y H. Goedicke, *Nofretari. A Documentation of the Tomb and its Decoration,* Graz, 1971; *In the Tomb of Nefertari.* Conservation of the Wall Paintings, Santa Ménica, The J. Paul Getty Trust, 1992.

ganar esta partida. Ella hace ofrenda a Ptah de tapices tejidos por ella misma, y pronuncia las palabras justas para obtener de Thot la paleta de escriba y el material de escritura. *Soy escriba,* puede afirmar, *yo practico Maat, yo traigo Maat.* Estas escenas constituyen una verdadera ilustración de las pruebas iniciáticas que retaban la capacidad de conocimiento de la reina. Así puede reunirse con las divinidades, dejarse guiar por Hator, hacer frente con éxito a los guardianes de las puertas y ver aparecer al pájaro *benu,* el fénix egipcio. Un hecho esencial es que Nefertari se inicia simultáneamente en los misterios de Osiris, señor del mundo subterráneo y del reino de los muertos, y en los de Ra, luz divina y señor del cielo. Isis, la esposa de Osiris, sosteniendo la mano de la reina, le ofrece la vida eterna y le permite ocupar el trono del dios muerto y resucitado. Una Nefertari purificada participa además en las mutaciones del sol, transita por el camino de los dos horizontes, aparece como su padre Ra y se convierte en una estrella imperecedera.

La morada para la eternidad de Nefertari es un auténtico libro de sabiduría que describe las etapas de una iniciación femenina. Más allá de su existencia terrestre, la gran esposa real de Ramsés II nos ha legado con ello un testimonio inestimable.

24. LA ESPOSA HITITA DE RAMSÉS II

UN MATRIMONIO PARA LA PAZ

El tratado de paz con los hititas puso fin a un largo período de conflictos armados, pero convenía normalizar las relaciones y hacerlas más cálidas. Hubo intercambios de cartas y regalos, las familias reales se interesaron por el respectivo estado de salud de sus miembros y, por último, se convino la necesidad de llegar a un compromiso mayor, ya practicado durante el Imperio nuevo, es decir, un matrimonio entre una princesa extranjera y el faraón.[72]

Tutmosis III había contraído «matrimonio» con tres extranjeras, sin duda hijas de jefes sirios, con la intención de calmar los ánimos de esta belicosa región. Para ratificar un importante tratado de paz con el reino de Mitanni, Tutmosis IV había celebrado un matrimonio diplomático con la hija del monarca de este Estado de Asia. En el año 10 del reinado de Amenhotep III, la hija del rey Naharina viajó a Egipto, acompañada por un nutrido séquito, para unir su destino al del faraón, que organizó otros «matrimonios» con mujeres extranjeras, y anunció tan felices acontecimientos mediante la emisión de escarabajos.

Tan pronto llegaron a Egipto, estas mujeres recibieron un nombre egipcio, lo que explica que hayamos perdido su rastro. Sin duda se convirtieron en damas de la corte, donde sus años transcurrieron felices si no sufrían en exceso de nostalgia de su país. Conviene señalar que esta diplomacia de los matrimonios sólo se efectuó en un sentido, desde el extranjero hacia Egipto; el rey de Babilonia, que había «casado» a su hija con Amenhotep III y solicitó al faraón que le enviara una princesa egipcia, recibió esta categórica respuesta: *«Nunca, desde los tiempos de nuestros antepasados, hemos dado a cualquiera una hija de faraón".*

Inspirándose en estos famosos ejemplos, Ramsés II estableció la paz en el Próximo Oriente «casándose» al parecer con una babilonia, una siria y dos hititas. El acontecimiento, pues, tendía a banalizarse; sin embargo, el gran Ramsés dio un gran lustre a su matrimonio, celebrado en el año 34, y esto sin duda por la personalidad de la mujer que iba a abandonar el rudo clima de la llanura de Anatolia para instalarse en Egipto: la hija de Hattusil, «el gran jefe» hitita y principal adversario del faraón.

Ambas partes habían respetado correctamente el tratado de paz del año 21, pero los dos monarcas convinieron en concretarlo de forma definitiva y clamorosa.

Desde el lado egipcio, la situación no presentaba demasiadas ventajas para los hititas. La fuerza de Ramsés infundía el terror entre todos los jefes de los países extranjeros, y sobre todo el del Hatti, un país desolado y arruinado que sufría la ira del dios Set. ¿Cómo apaciguar su cólera sino ofreciendo su hija mayor al faraón? Ésta viajaría, por lo tanto, hacia Egipto llevando consigo numerosos

[72] Véase A. R. Schulman, «Diplomatic Marriage in the Egyptian New Kingdom», en *JNES,* 38, 1979, pp. 177-193.

presentes: oro, caballos y decenas de miles de cabezas de vacuno, cabras y corderos.

¿Quién habría podido oponerse a Ramsés, el muro de piedra protector de su país, el sabio de las palabras justas, el valeroso y vigilante que llevaba la luz a su pueblo, al que colmaba de alimentos? Su cuerpo era de oro, su osamenta de plata; el faraón era padre y madre del país entero y conocía todos los secretos del cielo y de la tierra.

Al gran jefe hitita, por lo tanto, no le quedaba sino inclinarse ante el faraón de Egipto: *«He venido hasta ti para adorar tu perfección* —declaró—*, pues tú unes los países extranjeros, tú, el hijo de Set. Me he desprendido de todos mis bienes, mi hija está ante ti para ofrecértelos. Todo cuanto tú ordenas es perfecto. Me someto a ti, como todo mi país".*

Aunque la realidad fue para el faraón menos favorable, no es menos cierto que el rey hitita, al cabo de una prolongada negociación, aceptó enviar a su hija a Ramsés en prenda de paz. El viaje no se anunciaba fácil: era invierno, había que atravesar zonas montañosas, pasar por desfiladeros y caminar por pistas de trazado caótico antes de llegar a la frontera. Además, la comitiva hitita tropezó con el mal tiempo, que dificultó su avance. La intervención de Ramsés, que realizó una ofrenda a Set, restableció las condiciones climáticas normales.[73]

El faraón envió un cuerpo del ejército a dar la bienvenida a su futura esposa. Cuando egipcios e hititas se encontraron se estrecharon en un abrazo, bebieron y comieron juntos y se mezclaron como hermanos, evitando cualquier conflicto. Los habitantes de los lugares por los que pasó la insólita comitiva no daban crédito a lo que veían: ¡menudo milagro ver juntos y alegres a soldados hititas y egipcios! Un dignatario exclamó: *«¡Qué grande es lo que hoy constatamos! El Hatti pertenece al faraón, al igual que Egipto. También el cielo está sometido bajo su sello".*

Después de cruzar Canaán y de bordear la costa del Sinaí, la princesa hitita llegó por fin a Pi-Ramsés, la magnífica capital de Ramsés II. El faraón en persona acudió a recibirla, juzgó bella su cara y la amó. Le dio el nombre de Mat-Hor-Neferu-Ra, «la que ve a Horus y la belleza de Ra», y le concedió el extraordinario honor de convertirse en gran esposa real. Así quedó sellada de manera clamorosa la paz entre Egipto y el Hatti.

La formidable noticia fue proclamada por los textos jeroglíficos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros: los de Amara-Oeste y de Aksha en Nubia, el de Elefantina, el de Karnak (en la cara sur del malecón este del IX pilón) y, sobre todo, la famosa «estela de matrimonio» encastrada en el muro exterior sur del gran templo de Abu Simbel. En ella vemos a Ramsés, inspirado por Set y Ptah, mientras es objeto de la veneración del rey hitita y su hija.

[73] Las interpretaciones sobre la naturaleza del tiempo alterado difieren. A menudo se ha escrito que Ramsés hizo que cesaran la lluvia y la nieve; pero también se ha observado que la sequía y el calor eran, en realidad, condiciones climáticas anormales para un invierno en Anatolia. Es probable que, para restablecer la armonía, Ramsés provocase la lluvia.

LA PRINCESA DE BAJTAN

La estela C 284 del Louvre, descubierta en Karnak, es un curioso documento.[74] Redactado durante la XXI o la XXII dinastía, es un lejano recordatorio del matrimonio de la princesa hitita y de Ramsés II. En ella se evocan los diecisiete meses de viaje de una bella princesa procedente de un remoto país, Bajtan, para descubrir Egipto. El Hatti estaba bastante más cerca, pero el narrador oriental ha optado por recargar los detalles.

La princesa está hondamente preocupada por su hermana, Bentresh, que está enferma. Los médicos de Bajtan no consiguen curarla. La ciencia y la magia de los egipcios debería conseguirlo. Un médico tebano al que consulta formula un diagnóstico inquietante: Bentresh está poseída por un demonio. Sólo un dios podría curarla.

Que por eso no quede: Egipto envía a Bajtan la estatua de un dios sanador, Jonsu, que fija el destino y expulsa a los espíritus errantes. La estatua cumple su función y Bentresh recupera la salud. Pero el príncipe de Bajtan se comporta de manera incorrecta pues se niega a devolver a los egipcios la preciosa estatua.

Sólo un sueño le hace rectificar su censurable decisión. El dios se le aparece y le ordena que devuelva la estatua a Egipto. Temiendo su cólera, el príncipe obedece. En cuanto a la princesa de Bajtan, imagen poética de la hija de un rey hitita, se dejó subyugar por la magia de la tierra de los faraones.

[74] Véase M. Broze, *La Princesse de Bakhtan. Essai d'analyse stylistique,* Bruselas, 1989.

25. TAUSERT, LA ÚLTIMA REINA-FARAÓN

UNA ÉPOCA TURBULENTA Y UN EXPEDIENTE COMPLEJO

Hacia el año 1212, un Meneptah ya maduro sucedió a Ramsés II. Reinó unos diez años, durante los cuales consiguió detener serias tentativas de invasión. A su muerte, su sucesor se atrevió a tomar, por segunda y última vez en la historia de Egipto, el nombre de Seti. Dicho de otro modo, Seti II se define como la encarnación del dios que ostenta la máxima potencia, la de la tormenta, el relámpago, el cielo airado, y que es asimismo *capaz,* desde la parte delantera de la barca solar, de enfrentarse al dragón, firmemente decidido a impedir su avance. Mal dominada, la temible fuerza de Set engendra desorden y confusión. Y según parece, a tenor de la documentación, escasa y difícil de interpretar, Seti II conoció grandes dificultades para asumir su tarea de faraón.

¿Reinó en compañía de un gran dignatario, Amenmose? ¿Intentó este último hacerse con el poder a la muerte de Seti u, en 1196, cuando se designó como sucesor al joven Siptah? Nadie ha podido describir qué ocurrió exactamente.[75] Y no es la tumba de Seti II en el Valle de los Reyes la que puede colmar este vacío pues, al igual que en las otras moradas para la eternidad, falta todo tipo de referencia histórica.

Sin duda ocurrió lo que otras veces: al ser Siptah demasiado inexperto para reinar, se confió provisionalmente el poder a una regente, Tausert, probablemente la gran esposa real de Seti II, pero que no era la madre del nuevo faraón. La «rica en favores, dulce soberana, muy amada, soberana del Doble País», que no era de sangre real, gobernó Egipto como otras mujeres lo habían hecho antes que ella.

El «recorrido» de Siptah es oscuro; ¿por qué cambió su nombre por el de Meneptah-Siptah, afirmando de este modo su fidelidad al dios Ptah y retomando el nombre del rey Meneptah, sucesor de Ramsés II? El examen de su momia revela que el infortunado Siptah tenía la pierna izquierda inútil. Su salud era mala y es más que probable que muriera después de un breve reinado, más teórico que real.

De regente, Tausert pasó a convertirse en faraón, siguiendo el mismo proceso que Hatsepsut; su reinado, el último de la XIX dinastía, duró ocho años (1196-1188).[76]

Pocos monumentos y pocos textos hacen referencia a Tausert, por lo que el historiador se ve aquí reducido a una estricta dieta documental. ¿Debemos por ello colegir la existencia de intrigas palaciegas y querellas intestinas, proyectando nuestras costumbres políticas sobre el pasado faraónico? Del silencio de la documentación no conviene deducir automáticamente espantosas conspiraciones. Sea lo que fuere, la institución faraónica no fue objeto de discusión y

[75] Véase, por ejemplo, H. Altenmüller, *JEA,* 68, 1982, pp. 107-115; del mismo autor, *After Tutankhamun,* Londres-Nueva York, 1992, pp. 141-164.

[76] Algunos eruditos consideran que se superpone al de Siptah.

Tausert fue reconocida como faraón.

EL CANCILLER BAY, ¿AMIGO O ENEMIGO?

Un personaje llamado Bay,[77] al que algunos atribuyen una importante influencia en la corte de Siptah, pretendía haber contribuido en gran manera a mantener el poder real. Pero ¿fue en realidad amigo o enemigo de la regente y luego faraón Tausert? Las opiniones difieren.

Bay era escriba real, copero y jefe del Tesoro; se le reconocía como un excelente consejero ya que disfrutó de un privilegio concedido raras veces: ser inhumado en el Valle de los Reyes. Su tumba lleva el número 13 y, como el resto de sepulturas no reales, no está decorada. Lejos de ser un intrigante o un manipulador, Bay mereció el trato de un fiel servidor del faraón.

A él se debe probablemente la plegaria al dios Amón, en la que expresa el deseo de volver a ver Tebas, la ciudad amada de su corazón, y a las bellas tebanas, a las que profesaba un tierno afecto, pues lejos de ellas se sentía triste y nostálgico.

EL FARAÓN TAUSERT

Tausert recibió varios nombres, como los faraones que la precedieron; ella era «la amada de Maat, la que posee la belleza como rey, como Atum, la fundadora de Egipto, la que doblega a los países extranjeros, la soberana de la tierra amada, la amada de Amón, la poderosa, la amada de Mut, la elegida de Mut».

Como vemos, un «programa» muy completo que hace referencia a Atum, el principio creador, a Amón, el señor de Tebas, a Mut, la gran madre, y sobre todo a Maat, la regla universal. El nuevo faraón afirma su plena y entera soberanía: ella funda y gobierna a Egipto. Su poder resulta generalmente proclamado al señalar que los países extranjeros se inclinaban ante ella. Su nombre más habitual significa precisamente «la poderosa», con la idea implícita de una reina-faraón llena de valor y de fuerza. La noción de «belleza» *(an)* ¿alude a la fisonomía de Tausert o, cosa más probable, a su capacidad de poner en práctica «de manera bella» la regla de Maat?

El nombre de la última reina-faraón no es desconocido para los aficionados a la literatura romántica puesto que ella es, bajo la forma de Taoser, la heroína de *La novela de la momia,* de Théophile Gautier. Es inútil observar que el autor, que tomó este nombre prestado de Champollion, se mantuvo bastante lejos de la realidad del antiguo Egipto.

Del reinado de Tausert no sabemos nada. Sí sabemos que comparte con el faraón Setnajt una gran tumba en el Valle de los Reyes (núm. 14), que incluye sublimes representaciones de diosas. Se ha podido conservar una ínfima parte de sus tesoros gracias a que estuvo oculta en un escondrijo del valle; se encontraron pendientes de oro, un collar también de oro y una corona compuesta por un grueso círculo de oro, perforado por seis agujeros que servían para

[77] Acerca de este personaje véase H. Altenmüller, *SAK,* 19, 1992, pp. 15-36.

colocar flores del mismo metal precioso, de colores amarillo y rojo, alternativamente. No sabemos si esta magnífica diadema, de un diámetro de diecisiete centímetros y con un peso de 104 g,[78] era la «corona de justificación» que la reina-faraón, reconocida «de voz entonada» por el tribunal del otro mundo, llevaría en la eternidad.

El nombre de Tausert aparece en algunos monumentos del Delta, del Sinaí y de Nubia; por otra parte, al sur del Ramesseum se había iniciado la construcción de su «templo de los millones de años»;[79] todo ello no nos proporciona más que pobres indicios de su persona, es cierto, pero nos permite deducir que el reinado de Tausert fue un momento de paz y de relativa prosperidad.

---

[78] Museo de El Cairo, CG, 52 644.

[79] Cada templo tenía uno o varios «depósitos de fundación», enterrados en el suelo y consistentes en miniaturas que garantizaban el crecimiento y la prosperidad del edificio. En el depósito de fundación del templo de Tausert había bloques de gres y briquetas de cerámica azul a su nombre, amuletos florales y con forma de pata de toro (símbolo de fuerza), de cabeza de toro, de peces, instrumentos de cobre, etc. En Bubastis, en el Delta, se descubrió un tesoro, compuesto por vasos de oro y de plata, con el nombre de Tausert.

26. ARSINOE II, REINA DIVINIZADA

En el año 342 a. J.C., los persas invadieron Egipto por segunda vez, poniendo fin de manera definitiva a la independencia política de las Dos Tierras. Hubo que esperar al año 332 y a la conquista de Alejandro Magno para que los persas abandonaran Egipto, gobernado desde entonces por soberanos griegos, los Tolomeos. Éstos se instalaron en Alejandría, una ciudad formada con el espíritu griego y abierta al mundo mediterráneo. La espiritualidad faraónica sobrevivió sobre todo en el sur.

Para hacerse aceptar como faraones, los Tolomeos se hicieron coronar según los antiguos ritos. Una reina, Arsinoe II, esposa de Tolomeo II Filadelfo (285-246), conoció un destino extraordinario.

Tolomeo II accedió al poder a los veinticinco años. Educado en Alejandría por mujeres que lo mimaban, el joven rey poseía al parecer un gran encanto, pero estaba más preocupado de su persona que del bienestar de su país. En los documentos oficiales, sin embargo, clamaba en voz bien alta que había una sobreabundancia de todo lo bueno, que sus graneros llegaban hasta el cielo, que sus soldados eran más numerosos que la arena de las orillas del río, que todos los santuarios estaban en fiesta y que él hacía ofrendas a los dioses. De este modo repetía los viejos textos de la época en que la riqueza de Egipto era auténtica.

Juzgando Alejandría fría y aburrida, Tolomeo II intentó conferir cierto esplendor a su reino, tal vez impresionado por el carácter grandioso de la arquitectura egipcia y el esplendor del pasado de las Dos Tierras.

En el año 278 llegó a Egipto su hermana, Arsinoe II, de treinta y siete años. Tan bella como voluntariosa, era una mujer temible. Muchos creían que había ordenado cometer asesinatos, fomentado conspiraciones e intentado hacerse con el poder de la manera menos recomendable. Su viaje era, de hecho, una huida para escapar de sus enemigos.

Egipto le gustó. Arsinoe concibió un plan para hacerse con las riendas de los asuntos del Estado: debía casarse con su hermano, Tolomeo II, que la admiraba tanto como la temía. Un obstáculo menor: el rey ya estaba casado y su esposa se llamaba precisamente Arsinoe. Arsinoe II consiguió desacreditar a su rival y enviarla al exilio en Coptos donde, roto todo lazo con la corte real, moriría de soledad y de tristeza. El camino quedaba libre y Arsinoe se convirtió en reina de Egipto.

Hizo grabar su nombre en cartuchos, como un faraón, y siempre actuó como una corregente. De carácter débil y fascinado por la poderosa personalidad de su hermana, Tolomeo II aceptó todas sus iniciativas. Sin embargo se planteaba un delicado problema: su matrimonio no era otra cosa que un incesto. Arsinoe encontró una justificación mitológica: ¿acaso Zeus no había desposado a su hermana Hera? La corte dio su aprobación y guardó silencio. Dos dignatarios no cejaron en su protesta: el primero fue enviado al exilio

y el segundo, asesinado.

El matrimonio fue probablemente simbólico. Algunos creen, en efecto, que la unión nunca se consumó. Arsinoe II terminó gobernando en solitario, abandonando a su hermano en brazos de sus amantes y a una lujosa y perezosa existencia. Durante ocho años actuó como un auténtico faraón; a ello se debe que muchas ciudades llevaran su nombre. Una región entera, el Fayum, se convirtió en «el nombre de Arsinoe».

Se decía que era más agradable ver a Arsinoe que contemplar el sol y la luna. Su cuerpo estaba siempre maravillosamente perfumado y era magnífico. Todos la temían, pero la loaban por sus buenas acciones.[80]

Arsinoe II organizó impresionantes procesiones, en el transcurso de las cuales el rey y la reina, sentados sobre tronos de oro, cruzaban Alejandría acompañados por un gran número de sacerdotes que portaban los libros de Thot y las estatuas de las divinidades egipcias. Detrás del carro real seguían los astrólogos, adivinos y escribas.

Con todo, la reina era también una mujer de Estado. Contra la voluntad de su hermano, impuso un programa económico menos costoso que el proyectado por Tolomeo. Además, Arsinoe quiso convertir a Alejandría en la capital económica de Oriente, haciendo que transitaran por ella el mayor número de riquezas. Pensó incluso en extender la zona de influencia de Egipto y dotar al país de un ejército bien equipado. Se cavaron pozos en el camino, que permitían transportar las mercancías desde el mar Rojo hasta el Nilo; se consideró la posibilidad de conquistar Etiopía, y se intentó conseguir los elefantes indispensables para futuros combates.

Por influencia de Arsinoe, el despreocupado Tolomeo cambió de mentalidad. ¿Y si, después de todo, la reina tenía razón? ¿Y si fuese posible devolver a Egipto un estatus de gran potencia? Habría que abrir aquella vía de comunicación a la que, mucho más tarde, se llamaría el canal de Suez e intentar la conquista de Arabia, Siria, Asia Menor, Grecia y Macedonia.

Tolomeo pasó a los hechos, convirtiéndose en jefe militar. La costa sudoeste de Asia Menor quedó sometida a su autoridad. Pero las campañas militares eran caras, tanto más cuanto la corte de Alejandría, poblada de parásitos y minada por una administración tentacular e ineficaz, vivía con todo lujo. Arsinoe intentó reformar la administración y frenar los gastos, favoreciendo el desarrollo de la producción agrícola, especialmente en la bella provincia del Fayum. El país no carecía de riquezas: minas de oro, campos de trigo, viñedos, pesquerías, fábricas de tejidos, y perfumes, manufacturas de papiros... Una economía saneada propiciaría todo tipo de esperanzas.

Pero la salud de Arsinoe decayó y, al cabo de unos meses de sufrimiento, murió en el 270 a. J.C. El dolor de su hermano fue

[80] Arsinoe no es el único ejemplo de mujer divinizada. En la época tardía, la dama Udjarenes fue considerada como una santa y se le dirigían oraciones como a una divinidad del séptimo nomo del Alto Egipto. (Véase *Revue d'Égyptologie,* 46, pp. 55 ss.) Las mujeres, al igual que los hombres, podían alcanzar el estado de «santidad», y la noción de «santidad femenina» procede sin ninguna duda de Egipto.

inmenso, pues aquella extraña pareja había alcanzado un alto grado de armonía. Esta mujer, con fama de intransigente y ambiciosa, había conseguido dar al rey un ideal y el sentido de sus responsabilidades. Él le haría conocer un extraordinario destino póstumo deificándola.

El mismo año de su muerte, Arsinoe entró en el colegio de las divinidades de la ciudad de Mendes, en el Delta. Calificada de «diosa entre los dioses vivos en la tierra», fue venerada en los principales templos del país, sobre todo en Sais, en Menfis, en el Fayum e incluso en Karnak. Con el fin de conservar su memoria, se erigió en Alejandría un templo especial; otro en la ciudad de Canope, al extremo del cabo de Zephyrion. Arsinoe reinaba allí como diosa que atendía los deseos de los marinos, concedía un buen viaje a los barcos y apaciguaba el mar enfurecido. Los poetas compusieron obras en su honor, el Estado puso en circulación monedas que celebraban el ascenso de Arsinoe al mundo divino y los escultores tallaron numerosas estatuas de la nueva diosa.

Arsinoe, fallecida en el primer mes del verano, fue honrada con la magia de los antiguos ritos egipcios; se le practicó la «abertura de la boca» antes de instaurar su fiesta en Mendes. Luego, en los lugares santos, se erigieron estatuas de la Arsinoe divinizada, algunas de oro y piedras preciosas. La Casa de la Vida se ocupaba de componer himnos en su honor, que debían cantar cada día las sacerdotisas, quienes comían también un pan especial consagrado a la reina. En File se **la** identificaba con la gran Isis.

Los historiadores no se han mostrado indulgentes con Arsinoe II; y, sin embargo, su carácter cambió profundamente al contacto con Egipto, hasta el extremo de querer revitalizar la grandeza del reinado de los faraones.[81]

[81] Véase S. Sauneron, «Un document égyptien relatif *a* la divinisation de la reme Arsinoé II», en *BIFAO,* LX, 1960, pp. 83-109.

27. CLEOPATRA, O EL ÚLTIMO SUEÑO DE UN FARAÓN

EL EGIPTO CREPUSCULAR

Los sabios de Egipto tuvieron conciencia de su muerte programada, que se alargaría varios siglos. Es verdad que la institución faraónica había logrado imponerse ampliamente sobre un gran número de invasores, pero el mundo había acabado inclinándose por un sistema político y económico que ya no tenía en cuenta a Maat ni los antiguos valores. Y las Dos Tierras ya nunca más conocerían la libertad y la independencia.

Entonces, ya que todavía era posible hacerlo, habría que escribir y transmitir lo escrito. En el sur, lejos de la Alejandría griega, las comunidades de iniciados grabaron miles de jeroglíficos en las paredes de los templos de Kom Ombo, Dandara, Edfú y File, que cabe considerar como otros tantos inmensos y reveladores libros de los misterios y rituales.

¿Había que renunciar definitivamente a la grandeza del pasado? Una mujer se negó a someterse a la historia. Nacida en el año 69 a. J.C., Cleopatra, la séptima princesa con ese nombre, que significa «la gloria de su padre», mantuvo vivo el sueño imposible de un imperio resucitado cuyo corazón sería la antigua tierra de los faraones.

¿Es casualidad que Egipto, favorable a las mujeres a lo largo de las dinastías faraónicas, fuera honrado por última vez por una reina que intentó desempeñar el papel de un faraón?[82]

¿QUIÉN ERA CLEOPATRA?

Cleopatra, popularizada por el cine y por los cómics, es célebre por su belleza... que no es sino parte de la leyenda. Si podemos fiarnos de algunos imprecisos retratos de la época, su físico no era extraordinario. Era una intelectual que hablaba varias lenguas, cultivada, ambiciosa, no carecía de encanto y su voz resultaba de lo más persuasiva; parece que era una delicia escuchar aquella voz que sonaba como una lira de varias cuerdas.

En torno a ella se extendía un mundo decadente con una sola potencia: Roma. Tuvo que proceder por etapas y empezó por conquistar Alejandría, aquella ciudad más griega que egipcia que conservaba el recuerdo de Alejandro el Grande, el que derrotara a los persas, el liberador de Egipto. La dinastía de los Tolomeos agonizaba: los hombres de aquella familia carecían de inteligencia, de vigor y de un proyecto político. Se complacían en los pequeños placeres de una corte alejandrina satisfecha con su mediocre poder.

Cleopatra, a quien Roma reprochaba utilizar procedimientos mágicos para cautivar a los hombres, soñaba con otros horizontes. Soñaba con un Egipto poderoso e independiente como en los tiempos antiguos.

Pero Cleopatra no era muy popular y suscitaba desconfianza. Cuando su padre murió, en el año 51 a. J.C., compartían el trono Cleopatra y su hermano Tolomeo XIII, que se convirtió en su esposo

[82] Véase E. Flamarion, *Cléôpatre. Vie et morí d'un pharaon,* París, Gallimard, 1993.

teórico. Ella no toleraba esta situación; se dedicó entonces a acabar con las intrigas que se tramaban en su contra, con la aspiración de reinar en solitario. Pero su hermano triunfó y en el año 48 Cleopatra fue apartada del poder. Algunos creyeron que su carrera política había terminado.

CÉSAR, SEDUCIDO POR EGIPTO Y POR CLEOPATRA

El muy romano, militar y racionalista César, el conquistador, no resistió a los encantos conjugados de Alejandría y de una mujer de veinte años, vivaz, erudita y apasionada. Es verdad que se había visto apartada del poder y que el pueblo no le profesaba demasiado afecto. Pero César intervino en su favor. Los rivales de Cleopatra fueron eliminados de manera brutal, y finalmente accedió al poder en solitario. En solitario... ¿no es una ilusión? No podía prescindir del apoyo de César, un apoyo que, en cualquier caso, no le faltó, ya que se convirtió en la madre de su hijo, Cesarión.

En el año 46, Cleopatra viajó a Roma y se instaló en «los jardines de César», el actual palacio Farnesio. Esperaba mucho de esa estancia, decidida a hacerse admitir por los romanos como una gran reina merecedora de respeto. Se rodeó, por lo tanto, de filósofos, poetas y artistas y creó una corte brillante e ilustre. Pero había subestimado la desconfianza de la *intelligentsia* romana hacia una oriental. Su desavenencia con el hipócrita Cicerón la perjudicó. Pronto circularon rumores desfavorables en contra de la egipcia, que cometió la torpeza de erigir una estatua de oro con su imagen en el templo de Venus.

El Senado temía la «orientalización» de César y que la extranjera acabase ocupando un lugar demasiado importante. El 15 de marzo del 44, César moría asesinado. Cleopatra se vio obligada a abandonar Roma y regresar a Egipto.

Muchas ilusiones se disiparon entonces. Por suerte, Tolomeo XIV había muerto —asesinado por Cleopatra, según pretenden las malas lenguas— y el nuevo corregente de la reina, Tolomeo XV, sólo tenía tres años. Cleopatra conservó, por lo tanto, el poder; ahora bien, ¿qué actitud le convenía adoptar ante el triunvirato compuesto por Lépido, Octavio y Marco Antonio, designado nuevo señor de Oriente?

CLEOPATRA, NUEVA ISIS

Con veintisiete años, Cleopatra sabía que podía hacer buen uso de su cultura y de su encanto, unas armas que, sin embargo, podrían no bastarle. En su condición de reina de Egipto no era una mujer común, sino la encarnación de una diosa. De esta idea extrajo la fuerza necesaria para hacer realidad su sueño.

Sin embargo, la partida no se anunciaba fácil, en la medida que el rudo Antonio no estaba especialmente predispuesto en su favor. El vencedor de la batalla de Filipos estaba descontento con la actitud de la egipcia, que no le había prestado el apoyo que él hubiera deseado. La instó a presentarse en Tarso para darle explicaciones.

Pero quien acude ante él es una diosa. Remontó el río Cydnos, nos cuenta Plutarco, «en una nave cuya popa era de oro, las velas de

púrpura, y los remos de plata. El movimiento de los remos acompañaba la cadencia de las flautas, unida a la de las liras y los caramillos. Ella misma, engalanada a imagen de Afrodita, viajaba recostada bajo un pabellón bordado en oro; y unos niños, semejantes a los amorcillos de los cuadros, la rodeaban abanicándola. Sus mujeres, todas de una belleza perfecta, vestidas como nereidas y gracias, se hallaban unas al timón, otras a los cordajes. El olor de los perfumes que se quemaban en el barco embalsamaba las dos orillas del río, donde la multitud se había congregado».

Cleopatra apareció como la viva encarnación de Isis, la madre universal, la esposa perfecta, la figura divina en la que se funden todas las diosas del mundo antiguo. Así se hacía llamar Cleopatra, «la nueva Isis»; intentó persuadir a Antonio para que, transformado en el nuevo Osiris, se uniera a ella y formaran una pareja extraordinaria, capaz de recrear la edad de oro.

Cleopatra, Isis-Hator; Antonio, Osiris-Dionisos.[83] Ella, tierra de Egipto fecundada por el Nilo; él, potencia vivificante y victoriosa. Una pareja real a la egipcia, dispuesta a subir al trono de las Dos Tierras y a resucitar el pasado esplendor. Cleopatra sueña atribuirse los títulos tradicionales, que habían caído en desuso: *«princesa hereditaria, soberana del norte y del sur, regente de la tierra, Horus femenino».*

Antonio se dejó seducir. Olvidó la vida militar, la moral romana, y a la misma Roma, seducido por el lujo de la corte de Cleopatra, por los fastos que desplegó a su alrededor la mujer a la que amaba. En las procesiones rituales que animaron las calles de la ciudad, Antonio, coronado de hiedra, ocupó su lugar en la carroza asumiendo el papel de un dios.

Cleopatra desarrolló una intensa actividad. Reformó el sistema monetario, saneó el comercio, acabó con los monopolios y devolvió a Egipto a la escena internacional. Antonio le proporcionó lo que le faltaba a su progreso: la potencia militar. Pero un adversario temible se interpuso en su camino: el romano Octavio.

Antonio y Octavio negocian y se reparten el mundo. Occidente para Octavio, Oriente para Antonio. Para sellar el pacto, Antonio, en el año 40, debe casarse con Octavia, la hermanastra de Octavio, quien consigue sustraer durante algún tiempo a su marido de la influencia de Cleopatra. Pero ¿cómo resistir por mucho tiempo al mágico encanto de una diosa?

En el año 36 llega el triunfo de Cleopatra. Antonio acepta casarse con ella. Poco importan las voces de protesta que se alzan en Roma. Cleopatra y su esposo se hallan al frente de un imperio helenístico que tiene como foco a Egipto.

EL SUEÑO ROTO

A partir de esa fecha, las nubes se ciernen amenazadoras sobre ellos. Una desastrosa campaña militar contra los partos debilita el ejército de Antonio, mientras el prestigio de Octavio no deja de incrementarse.

---

[83] Véase F. Le Corsu, *BSFE,* 82, 1978, pp. 22-32.

Octavia hace llegar un ultimátum a Antonio, legalmente su marido: que abandone a Cleopatra y deje atrás su existencia disoluta. Antonio se niega a ello y Octavio consigue que sea señalado como enemigo de Roma.

La guerra parece inevitable de forma más o menos inminente.

Cleopatra hace que se proclame la existencia de un imperio de Oriente, en el transcurso de una grandiosa ceremonia en la que Antonio y la reina de Egipto, instalados en tronos de oro, adquieren grandeza faraónica.

En el conflicto que debía enfrentar al ejército de Oriente con las legiones de Octavio se dirimirá el futuro. Cleopatra, animada por una férrea voluntad de victoria, visitó los cuarteles y astilleros, supervisó la construcción de los nuevos barcos de guerra.

Fue Cleopatra y no Antonio quien declaró la guerra.

Actium, 33 a. J.C.

Derrota de la flota egipcia. Antonio se suicida en Alejandría. A los treinta y nueve años, sin grandes esperanzas de éxito, Cleopatra intenta seducir al glacial Octavio. A diferencia de César y Antonio, el futuro emperador Augusto no sucumbe ni a la magia de Egipto ni a la de su reina.

Según la leyenda, Cleopatra se suicidó dejándose picar por una serpiente. La imagen debe interpretarse como un símbolo: el reptil, una evocación del *uraeus* que lucen en la frente los faraones, llevó a su descendiente a otro mundo, donde proseguiría su sueño.[84]

Cleopatra fue enterrada en la tumba que se había hecho construir cerca del templo de Isis, convirtiéndose en la última representante de un extenso linaje de mujeres de Estado que reinaron en el país amado de los dioses.

[84] Sobre el uraeus —y no una víbora— que supuestamente mató a Cleopatra, véase J. A. Josephson, «A Variant Type of the Uraeus in the Late Period», en *JARCE,* 29, 1992, pp. 123-130.

SEGUNDA PARTE: MUJERES ENAMORADAS, ESPOSAS Y MADRES

28. UNA ENAMORADA EN EL JARDÍN

El amor es un valor demasiado importante para abandonarlo en manos de los hombres. Por este motivo, Hator, la soberana de todas las formas de alegría, desde la de las estrellas hasta la del placer físico, vela por la misteriosa atracción que reúne a dos amantes. La diosa del cielo, que derrama sobre la tierra la irresistible fuerza del amor, inflama bruscamente los corazones. Hator, madre e hija del sol a la vez, claridad y oscuridad, fuego ardiente y dulce tranquilidad, tiene todas las caras de la mujer enamorada.[85]

El enamorado se compara con una oca salvaje: desea caer en la trampa de su amada, cuya boca es un capullo de flor y sus pechos tomates. Ella conoce a la perfección el arte de lanzar el lazo; sus cabellos tienden redes en las que le aprisiona. Con su anillo lo marca como con un sello.

La mujer impone a su amante diversas pruebas para averiguar si realmente la ama. Le cierra su puerta; al despuntar el día, él tiene que rogarle y hacerle regalos para que ella consienta en abrirle. Llegar hasta su casa no ha sido fácil, pues la amada habita en la otra orilla del río; el enamorado ha tenido que cruzar el Nilo a nado; un cocodrilo le acechaba desde un banco de arena. Él sólo atendía a su pasión, por eso se ha zambullido y ha conseguido escapar del monstruo. Henchido de valor, ha tenido incluso la sensación de que caminaba sobre las aguas. ¿Acaso su deseo no lo hace invulnerable? En su fuero interno está seguro de que su amada ha pronunciado las fórmulas mágicas, los llamados «encantos de agua» que suprimen todo peligro.

Una vez llegado a casa de la amada, todavía debía escapar a la vigilancia de su madre y recurrir a un mensajero para que haga llegar su carta a la muchacha. El enamorado le cuenta sus sueños: quisiera convertirse en el portero de la mujer que ama, la lavandera de sus vestidos, e incluso en la sirvienta nubia que la peina. También desearía transformarse en el anillo que ella luce en el dedo, para estar en contacto con su piel. Si se les impidiera verse, los amantes tomarían la forma de caballos o de gacelas, y así serían capaces de sortear cualquier obstáculo.

El deseo provoca el despertar de los sentidos. Una mujer enamorada posee el instinto del maquillaje y sabe qué ungüentos y perfumes debe usar. Ha pasado un buen rato acicalándose para su primer encuentro. Va a reunirse con su amante: lleva el cabello perfumado y los brazos cargados de ramas de persea; se parece entonces a Hator, la maravillosa diosa que derrama sobre las Dos Tierras los más suaves aromas. El enamorado desearía capturar el

[85] En el Imperio nuevo se compusieron «cantos de amor», de los que hemos deducido el camino emocional de una mujer enamorada. Sobre esos textos véase S. Schott, *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne,* París, 1956; P. Vernus, *Chants d'amour de l'Égypte antigüe,* París, 1992.

perfume de su bienamada, esa emanación sutil que le arrebata el alma.

Cuando lo ve con mal gesto, ella sabe cómo retenerlo: *«¿Te vas* —pregunta inquieta— *porque quieres comer? ¿Es que sólo escuchas la llamada de tu vientre? ¿Te vas porque quieres taparte? Yo tengo lo que necesitas: las sábanas de mi cama... ¿Te vas a ir porque tienes sed? Toma mi seno, lo que contiene desborda para ti, el amor que siento penetra mi cuerpo como el vino se mezcla en el agua".*

«Cuando mi corazón está en armonía con tu corazón —añade la amada— *no estamos lejos de la felicidad".*

La mujer también es presa del deseo.

«Hoy —le dice a su amante— *no he puesto trampa alguna. Tu amor me convierte en cautiva, no puedo liberarme".* Su corazón late más rápido, se sobresalta, no sabe cómo vestirse, ya no pone color en sus ojos ni se perfuma, y olvida el buen sentido. Es la enfermedad del amor. Lo peor es dejar de ver al amante. Los miembros se vuelven torpes, los médicos ignoran qué remedio puede ser eficaz. «*Mi salvación* —afirma el enamorado, aquejado del mismo mal— *es volver a verla; que abra los ojos y me mire, y estaré curado. Que hable y recuperaré todo mi vigor".*

La muchacha va vestida con una túnica de fino lino transparente, impregnada de aceites perfumados, que deja adivinar la perfección de su cuerpo. Calmosamente entra en el agua, luego se desnuda y nada, divirtiéndose en atrapar un pez rojo que resbala entre sus dedos. «¡Ven —le pide a su amante— y mírame!» Ella lo enlaza con flores de loto y papiros. Qué dulce es luego pasear en barca por el estanque, remando perezosamente, molestando a los patos y saboreando los frutos maduros.

Después de confesarse su mutuo deseo, los enamorados sólo quieren estar a solas en las marismas donde se caza a los pájaros o, todavía mejor, en un jardín desierto. Se esconden entre las matas de papiros o bajo la sombra de un sicómoro que la mujer plantó hace tiempo en honor de la diosa Hator, a la que pidió que le diese a conocer el amor.

El amante dedica a la mujer mil apelativos cariñosos: «gacela», «gatita», «golondrina», «paloma», que todavía hoy son costumbre entre nosotros, mientras otros, como «mi hipopótamo», «mi hiena», «mi mona» o «mi rana», se utilizan realmente muy poco.

Besarse es estar ebrio sin haber bebido. ¿Hay algo más dulce que el amor compartido en este jardín donde hablan el sicómoro, el tamarindo, el granado y la higuera? Sintiendo su corazón extasiado, el amante colmado musita el canto de amor que las hermosas mujeres de Egipto no dejaban de escuchar arrobadas: *«Tú eres la única, la bienamada, la sin par, la más bella del mundo, igual a la estrella brillante del nuevo año, al umbral de un buen año, la que irradia gracia, la de la piel resplandeciente, la de mirada clara y labios dulces, eres la del largo cuello y cabello de lapislázuli, tus dedos son como cálices de loto, tus caderas esbeltas y es noble tu andar".*

29. PLACERES DE AMOR Y AMORES PELIGROSOS

EROTISMO A LA EGIPCIA

El arte egipcio está impregnado de belleza, nobleza y dignidad; en la representación de una pareja no hay asomo de abandono o de vulgaridad. El perfume, es decir, lo más sutil e impalpable, era la principal señal amorosa. Egipto prefiere la evocación al dato crudo, la sensualidad sugerida al erotismo manifiesto.

Besar se dice *sen,* es decir, la misma palabra que «respirar un olor», «fraternizar». La mujer que se suelta su perfumado cabello estaría invitando a su amante a besarla y a compartir su lecho también perfumado. El modesto testimonio de un dibujo realizado por un artesano de la comunidad de Dayr al-Madina nos muestra a una enamorada sonriente, desnuda en su cama, con la cabeza apoyada en su mano izquierda y luciendo un turbante de flores en el pelo; ¿está esperando al hombre que ama o se deleita con los momentos de placer que acaba de vivir? La amante se complace en tocar el arpa para cautivar a su amante y atraerlo hasta ella como haría una maga.

Evocación del placer, perfume de los sentidos, refinamiento del impulso amoroso, poesía de las palabras, elegancia de los gestos... las egipcias conocieron maravillosos placeres de amor.

No obstante, no debemos confundir elegancia con gazmoñería. Los órganos genitales masculinos y femeninos[86] también aparecen representados en los jeroglíficos; la desnudez no estaba proscrita, y así vemos al dios Min con una erección, para sugerir el dinamismo creador que actúa en el cosmos y en la naturaleza. Según una «clave de sueños», si un hombre sueña que hace el amor con su mujer es un buen presagio: algo bueno le llegará.

Las posturas eróticas se reproducían a veces de manera realista en pequeños fragmentos de piedra caliza, los *ostraca*, que servían de borrador a los dibujantes; conocemos también piezas de terracotas más o menos tardías que demuestran, por si fuese necesario, que las egipcias gozaron de las alegrías de la sexualidad.[87] Una sexualidad alegre, libre, que inspiró a un moralista esta fórmula, pronunciada con una ligera sonrisa: *«Gran dama durante el día, mujer de noche".*

No podemos pasar por alto el famoso papiro procedente de Dayr al-Madina, actualmente en el Museo de Turín,[88] un papiro tan picante según los augustos círculos de eruditos que sólo ojos iniciados pueden contemplar. ¿A qué clase de «infierno» da acceso este documento? Se trata, a todas luces, de una sátira: el humorista cuenta una historia cuyo sentido se nos escapa, debido al carácter elíptico del texto que acompaña a los dibujos. Asistimos a unos episodios en los que intervienen animales imitando actitudes

---

[86] A los órganos genitales se les daba un tratamiento especialmente cuidadoso durante la momificación. Durante el Imperio antiguo, vendas y bandas subrayaban las características sexuales de la mujer, senos y órganos genitales, a los que se aplicaba un relleno hecho de ropa empapada de una pasta resinosa.

[87] Véase P. H. Schulze, *Frauen im Alten Ägypten,* pp. 69 y 70.

[88] Véase J. A. Omlin, *Der Papyrus 55001 und seine satirisch-erotische Zeichnungen und Inschriften,* Turín, 1973.

humanas y que hacen burla de la vanidad de los bípedos; luego entramos en una especie de casa de citas donde unos hombres, más bien toscos, mal afeitados y despeinados, hacen el amor con unas jóvenes que no llevan más ropa que un cinturón, collares y brazaletes. Van maquilladas; una de ellas se pinta los labios contemplándose en un espejo. Camas, cojines, jarras de vino y de cerveza e instrumentos de música componen el decorado de una noche muy animada en la que, no obstante, las posturas amatorias clásicas fueron la regla.

Nos hallamos probablemente en una «casa de cerveza», donde ofician mujeres jóvenes a las que se califica de «mujeres alegres». La mayoría debían de parecerse más a las geishas japonesas que a las prostitutas modernas; solían lucir un tatuaje en la pierna, debían saber bailar, tocar algún instrumento y distraer el corazón de los hombres. Muchas de ellas eran extranjeras, sobre todo babilonias.

AMORES PELIGROSOS: ADVERTENCIAS DE LOS SABIOS

Egipto condenaba los excesos en cualquier materia. A los estudiantes que olvidaban el trabajo para abandonarse a los placeres de la bebida y del sexo, los escribas les reservaban severas advertencias. Les reprochaban ir de taberna en taberna, dejarse gobernar por el olor de la cerveza y ensuciarse el alma. El timón de la barca está desorientado. Se parecen a un santuario privado de su dios, a una morada sin alimentos. Instalados en una «casa de cerveza» y rodeados de muchachas dispuestas a satisfacer todos sus deseos no hacían sino comprometerse. Con una guirnalda de flores en torno al cuello y saturados de perfumes, terminan por los suelos, sucios de sus propios vómitos. El exceso de placer deja de ser placer.

El sabio Ptah-hotep advierte contra los peligros de la seducción: *«Si deseas que dure la amistad en una casa en la que has entrado como hermano o como amigo, o en cualquier lugar en el que entres, guárdate de acercarte a las mujeres* (de tocarlas)*. ¡Nunca se es demasiado lúcido! Miles de hombres han caído en las trampas de la seducción. Por un breve instante de placer, parecido a un sueño, ¡cuánta desgracia! Y el que fracasa y continúa cortejando a las mujeres, fracasa en todo".*[89]

El sabio Any añade que el hombre prudente debe mantenerse alejado de la mujer desconocida en su ciudad, pues se parece al agua demasiado profunda, que esconde remolinos imprevisibles y peligrosos. Hay otro peligro, según Ptah-hotep, la mujer-niña, cuyo deseo sexual nunca será «refrescado» y ningún hombre logrará satisfacer.

¿«CONCUBINAS DEL MUERTO»?

En algunas tumbas privadas, la mayoría fechadas en el Imperio medio, se han descubierto curiosas figurillas de cerámica azul de mujeres desnudas con el cuerpo sembrado de pequeños puntos que evocan tatuajes. Llevan joyas y un cinturón y exhiben una pelvis muy

[89] Véase C. Jacq, *L'enseignement du sage Ptah-hotep,* máxima 18.

pronunciada; otras figuras son de marfil o de madera.

¿Son mujeres de mala vida? La imaginación de los sabios se disparó hasta creer en una inquietante pornografía funeraria. Esas mujeres, a menudo privadas de piernas, quizá garantizaban al difunto un inagotable placer sexual.

Se trata de una teoría muy seductora para algunos, pero inexacta, ya que estas «concubinas del muerto», así mal llamadas, también han aparecido en tumbas de mujeres y de jovencitas. Una inscripción nos proporciona la clave más esclarecedora: *«Que a esta mujer le sea concedido el renacimiento”.* Dicho de otra manera, esas figurillas son la encarnación de la gran madre que, más allá de la muerte, concede una vida nueva a los inocentes y los hace renacer en su seno. Su papel consiste en regenerar al difunto o la difunta, concederles una gestación en espíritu para que renazcan en el otro mundo. Pongamos freno a la imaginación: no se trata de concubinaje ni de erotismo, sino de magia simbólica, indispensable para realizar el gran tránsito.

30. EL MATRIMONIO

¿MATRIMONIO? SI LA MUJER QUIERE

La mujer enamorada sueña con el matrimonio. ¿Era un acto obligatorio? No en el antiguo Egipto. Ninguna ley obligaba a la mujer a vivir con un hombre. La mujer soltera poseía autonomía jurídica, bienes propios que administraba ella misma, y nadie la juzgaba irresponsable. Esta independencia chocó mucho a los griegos, que la juzgaron casi inmoral.

El matrimonio, no obstante, tentaba a la mayoría de mujeres enamoradas, a las que no limitaba ninguna edad legal para hacer realidad su sueño. A los quince años, e incluso antes, una egipcia podía convertirse en una mujer casada; y, según los sabios, para traer niños al mundo era bueno ser joven.

Cuando una mujer decidía casarse nada podía impedírselo. Por supuesto, había que hablar con los padres, pero el progenitor no tenía derecho a imponer un pretendiente a su hija. En caso de conflicto prevalecía la opinión de la mujer. En la mayoría de casos, el buen entendimiento familiar fue la regla dominante, tanto más cuanto se recomendaba que el padre valorase a su futuro yerno en función de cualidades propias y no de una eventual posición desahogada.

MATRIMONIO DE PRUEBA

Al contrario de muchas sociedades, antiguas o modernas, que conceden una importancia considerable a la virginidad de la recién casada, el Egipto faraónico no hizo de este asunto una cuestión de honor ni un motivo de preocupación. A las jóvenes egipcias no se les prohibía tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Como una de las bases de éste era la fidelidad, se recomendaba vivir amoríos y relaciones pasajeras antes de un compromiso que se pretendía definitivo y para toda la vida. En documentos tardíos, sin embargo, se menciona un «regalo de la virgen», es decir, bienes materiales que el marido ofrecía a su mujer a cambio del don de su virginidad. Más sorprendentes todavía, y de un liberalismo que nuestra época todavía no ha igualado, son los contratos de matrimonio temporales, es decir, de prueba, por un período de tiempo determinado. En algunas circunstancias se juzgaba preferible probar los sentimientos.

El hijo de un guardián de ocas, por ejemplo, había tomado mujer por nueve meses y le hizo donación de unos bienes depositados en el templo. Si ella rompía el contrato, él conservaría sus bienes. Si, en cambio, él le pedía que abandonase el domicilio, sería ella la que se quedaría con los bienes. Tres textos originarios de la región tebana hablan de una primera fase del matrimonio de siete años de duración, después de los cuales los vínculos que unían a la pareja debían concretarse definitivamente, tanto para establecer los derechos de la esposa como los de los hijos, si los tuvieran.

MATRIMONIO: VIVIR JUNTOS

«Constrúyete una casa —recomienda el sabio Any en su

vigésimo sexta máxima, dedicada al futuro marido—*, verás cómo eso aleja las discordias y el desorden. No creas que puedes vivir en la casa de tus padres".*

En el Egipto faraónico, éste era el aspecto fundamental del matrimonio: que un hombre y una mujer vivieran juntos bajo el mismo techo en una casa propia. Según los textos, casarse es «fundar una casa» *(gereg per),* «vivir juntos» *(hemsi irem),* «entrar en la casa» *(aq r per).* El matrimonio no era un acto jurídico sino social, consistente en la convivencia decidida con entera libertad por un hombre y una mujer.

Ni un ritual religioso ni una obligación administrativa, el matrimonio a la egipcia expresaba la voluntad de la pareja de vivir su propio destino en un lugar en el que deseaban dejar su huella particular. Desde el momento en que un hombre y una mujer vivían juntos, a la vista de todos, estaban casados y tenían que asumir los deberes inherentes a su elección.

Otra palabra, *meni,* se utilizaba también para designar el matrimonio; es un término marino que suele traducirse por «amarrar», sugiriendo la idea de que el barco ha llegado a buen puerto después de un largo viaje. Esta palabra también significa «morir», pues la existencia se considera una travesía que puede acabar en naufragio o en un feliz acostamiento, es decir, en la resurrección.

El matrimonio, en efecto, supone la muerte de una existencia despreocupada; al tomar marido, la mujer egipcia se amarraba al puerto de la vida conyugal, lugar de estabilidad.

CEREMONIA DE MATRIMONIO

Dado que no se lo consideraba como un acto sagrado sino puramente humano, el matrimonio no era objeto de ningún ritual. Ahora bien, ¿se celebraba una fiesta familiar? No estamos seguros de ello. La *novela de Setna,* un texto tardío, hace referencia a un festín organizado por el faraón con motivo del matrimonio de su hija, pero no se ha conservado ningún documento de los tiempos antiguos que relate festividades similares.

Se supone que la recién casada llegaba al domicilio de su esposo con los objetos que ella aportaba como dote, y también traía flores; con toda seguridad, la mujer trenzaba una guirnalda y recibía un vestido especial, una especie de velo. Es posible que los esposos comieran sal para sellar su unión, quizá unían sus manos sobre una tabla en la que figuraba un escarabajo, símbolo de las transformaciones benéficas.

Lo esencial, repitámoslo, era vivir juntos en la misma casa. Así, el matrimonio se hacía oficial en un acto privado en el que no intervenían ni el Estado ni la religión.

LOS CONTRATOS MATRIMONIALES: PROTEGER A LA ESPOSA

«Tú eres mi marido»; «tú eres mi mujer». Estas pocas palabras sellaban el matrimonio. No obstante, también podían tomarse algunas disposiciones jurídicas conforme a una idea fundamental: asegurar la

subsistencia de la mujer en caso de accidente, viudedad o divorcio.[90] Al marido se le pide que adquiera el compromiso formal de garantizar el bienestar material de su esposa si, por iniciativa de uno u otro, el matrimonio fracasa y termina en separación. Si el marido abandonaba a su mujer, le entregaría los bienes, debidamente estipulados por contrato, y un tercio de todo lo adquirido a partir del día que se estableció dicho contrato. Los objetos aportados por la mujer, o el valor correspondiente, le serían restituidos.

Las causas de separación, tal como las conocemos según la documentación, son las mismas que en nuestros días: profundo desacuerdo, adulterio, deseo de vivir con otra persona, conflictos de interés, infertilidad. Los expertos recomendaban al hombre no separarse de una mujer so pretexto de que ella no podía traer hijos al mundo. El texto de un *ostracon* conservado en Praga ilustra una banal situación de divorcio en que los pequeños problemas cotidianos habían terminado convirtiéndose en motivo frecuente de disputas. Una mujer escribía a su hermana: *«Tengo peleas con mi marido. Él decía que iba a repudiarme. Discutía con mi madre por la cantidad de pan que necesitamos y me decía: tu madre no hace nada bueno, tus hermanas y tus hermanos no se preocupan de ti. Cada día tenemos peleas".*

El hombre sabía que no podía divorciarse a la ligera, pues se vería castigado severamente; por ejemplo, podría perder los bienes adquiridos en común. La mujer egipcia se sabía protegida de una separación abusiva e injusta. Un papiro se refiere a una mujer que había perdido un ojo; su marido quería repudiarla después de veinte años de vida en común para vivir con otra mujer, probablemente joven y bonita. *«Me divorcio de ti —*le anuncia*— porque eres tuerta". Su mujer le responde indignada: «¿Ése es el descubrimiento que has hecho durante estos veinte años que he vivido en tu casa?»* La mujer exhibe una justa cólera contra ese pobre diablo, pues no podía temer por su futuro bienestar material. Sabía que semejante causa de separación sería juzgada inaceptable y que un posible divorcio le iba a costar caro al indigno marido.

Cualquier conflicto era regulado por un tribunal, ante el cual comparecían los esposos para explicarse. El marido disponía de un cierto tiempo para reunir el capital del que se beneficiaría la esposa. Cuando era la mujer la que abandonaba el domicilio conyugal, ella le debía una ligera compensación a su marido y conservaba la totalidad de sus bienes privados. En el caso en que el domicilio familiar formase parte del patrimonio de la mujer, el marido estaba obligado a abandonarlo y encontrar uno propio.

La esposa podía establecer ella misma el contrato de matrimonio. El papiro Salt 3078 trata el caso de una mujer que promete a su marido que, si lo echa de casa porque ame a otro hombre, le restituirá los bienes que él le ofrezca por su matrimonio. *«Si me aparto de ti —*añade*—, no podré entablar ningún proceso*

[90] Véase, por ejemplo, S. Allam, «Quelques aspects du mariage dans l'Égypte ancienne», en *JEA,* 67, 1981, pp. 116-135. Los contratos estudiados datan de la XXI dinastía, pero se inspiran en. modelos anteriores.

contra ti por nuestras adquisiciones en común".

Libertad de matrimonio, libertad de divorcio: la independencia de la que gozaba la mujer egipcia era extraordinaria, pues no debía dar cuentas a un Estado o a una Iglesia.

EL MATRIMONIO DE LA DAMA TAIS

En el año *219 a.* J.C., bajo el reinado de Tolomeo IV, la dama Tais estableció un contrato de matrimonio. Los reyes que gobernaban Egipto en esa época eran griegos; la edad de oro ya sólo era un lejano recuerdo, pero las mujeres egipcias luchaban por conservar su autonomía.

En el contrato se hacían constar la fecha, los nombres del marido y de la esposa, los de los padres, la indicación de su origen y profesión, el nombre del escriba que redactaba el acta y los nombres de los testigos, cuyo número, en tales circunstancias, variaba de tres a treinta y seis.

El marido, originario del gran sur, se llamaba Horemheb, como el ilustre faraón de la XVIII dinastía. Como regalo de matrimonio ofrecía a su mujer dos piezas de plata, que le pertenecerían definitivamente.

Horemheb adquiría un compromiso claro: si terminaba odiando a su esposa, si deseaba vivir con otra, estaña obligado a divorciarse, a entregarle dos piezas de plata más y un tercio de los bienes comunes. Por supuesto, restituiría a Tais la totalidad de los bienes que ella aportaba al matrimonio, o su contrapartida monetaria.

Pese a vivir en la época tardía, pese a que reinaban los griegos, pese a la introducción del sistema monetario rechazado por los faraones y pese al creciente dominio masculino en la sociedad, la dama Tais consiguió que se respetara la antigua ley.

LA MUJER CASADA CONSERVA SU APELLIDO

Si una mujer egipcia del tiempo de los faraones volviese para vivir entre nosotros, muchos aspectos de nuestra sociedad la sorprenderían por su rigidez jurídica, pero uno entre ellos le parecería especialmente insoportable y aberrante: que la llamaran, por ejemplo, «señora de Martínez».

Al seguir esta convención eliminamos el nombre propio y el apellido de la esposa, hecho que, desde el punto de vista de una mujer egipcia, significa negar la existencia de la esposa. Al casarse, la mujer egipcia no adoptaba el nombre de su marido, sino que conservaba el propio y recordaba de buen grado su filiación materna.

En un mundo en el que el espíritu comunitario y la jerarquía jugaban un papel preponderante resulta llamativo constatar tal grado de afirmación de la personalidad. El nombre formaba parte de los elementos vitales que le permitían superar la prueba de la muerte. Y, desde luego, no debía ser el matrimonio, un asunto humano, el que lo borrara.

POLIGAMIA O... POLIANDRIA

Entre las numerosas ideas estereotipadas que todavía pesan

sobre el Egipto faraónico, la poligamia ocupa un lugar preferente. En algunos grupos estatuarios vemos al marido en compañía de dos mujeres, a las que califica indistintamente de «esposas». De ahí a concluir que un hombre egipcio podía tener varias mujeres sólo media un paso. Pero es un paso en falso. El examen atento del informe «poligamia»[91] demuestra que esas esposas no eran simultáneas sino sucesivas. Después de quedar viudo, el hombre en cuestión había vuelto a casarse y había deseado asociarse, en el más allá, con las mujeres a las que había amado. Hasta el día de hoy no existe ejemplo probado de poligamia.

¿Hubo, por el contrario, casos de poliandria? De dos mujeres del Imperio medio, Menjet y Ja, se afirmó durante mucho tiempo que tuvieron dos maridos simultáneamente. Pero la egiptología ha demostrado que no era cierto. En realidad se trataba de maridos sucesivos; las dos damas, después de un tiempo de viudedad, habían abandonado su soledad.

MATRIMONIO ENTRE HERMANOS

Otro tópico, debido esta vez a un autor griego, Diodoro de Sicilia: *«Se dice* —escribió— *que los egipcios, de manera contraria a la costumbre, han establecido una ley que permite a los hombres casarse con su hermana porque Isis así lo había hecho; Isis se había casado con Osiris, su hermano, y después de morir éste no quiso aceptar a ningún otro hombre".*

En estas líneas se suman varias confusiones. La más clara es la mezcla de mito y realidad cotidiana; el autor, además, parece ignorar que la mujer llama a su marido «mi hermano», y el marido a su mujer «mi hermana». Una pareja está, por lo tanto, compuesta por un hermano y una hermana, lo que hace casi imposible el trabajo de los genealogistas.

En la época tolemaica, la corte griega de Alejandría quizá celebró auténticos matrimonios entre hermanos para perpetuar la pureza dinástica. En la época romana, este tipo de unión se practicó en algunos pueblos, sin que faltara una buena razón: preservar el patrimonio de las tierras. No existe ningún ejemplo de matrimonio entre hermanos de sangre en la población egipcia de épocas anteriores.

¿Qué ocurría en la corte egipcia? El faraón también era, en su condición de esposo, un «hermano», y la gran esposa real «una hermana». La mayoría de matrimonios que se tenían por consanguíneos aparecen hoy como uniones con una hermanastra. Además, el matrimonio del faraón con su hermana carnal, al igual que con su hija, tenía por regla general un valor simbólico y ritual, sin que se consumara físicamente, como fue el caso de las bodas de Ramsés II con sus hijas. Una vez más, conviene desconfiar de nuestras proyecciones sobre el Egipto faraónico.

---

91 Véase, por ejemplo, W. K. Simpson, *JEA,* 60, 1974, pp. 100-105.

31. EL AMOR DE LA ESPOSA

*«Si eres un hombre de calidad —*escribe el sabio Ptah-hotep en su máxima 21*— funda tu morada, ama a tu esposa con ardor, llena su vientre,*[92] *cubre su espalda; el aceite es un remedio para su cuerpo. Hazla feliz mientras viva. Ella es una tierra fértil, útil para su señor".*

En la relación con la esposa está excluida la violencia, y recurrir a ella sería totalmente condenable; predomina el respeto, sin él, el amor no podría durar. Hay otra cualidad que consolida a la pareja: la alegría de vivir. Así, Ptah-hotep considera que la verdadera felicidad consiste en casarse con una mujer alegre: *«Si te casas con una mujer, que sea de corazón alegre... Una mujer de corazón alegre aporta el equilibrio»* (máxima 37).

El respeto a la esposa pasa por la fidelidad, que reposa sobre la palabra dada, el valor central de la civilización egipcia. No hay que esconderle nada a la esposa ni causarle ninguna pena ni ofenderla ni dejarla desamparada; ésa es la actitud justa de un buen marido. En muchos textos se menciona a la esposa como «la compañera venerada por su marido», «la hermana bienamada cara a su corazón», «ella es rica de vida y trae la felicidad».

¿Cómo evitar las discordias en la pareja? Que el marido reconozca las competencias de su esposa, el valor de su trabajo, y no la importune: *«Es algo bueno y feliz cuando ella coge tu mano»*, afirman los sabios.

Un moralista de la época tardía, que llevaba el nombre de Anjsesongy, asestaba rudos consejos al candidato al matrimonio: no debe casarse con una divorciada ni acostarse con una mujer casada ni debe abandonar a una mujer estéril ni repartir su riqueza ciegamente, y debe ser plenamente consciente de una verdad inalterable: *«Si una mujer vive en paz con su marido, es la voluntad de Dios".*

En los grupos escultóricos que representan a una pareja, la mujer es la igual de su marido; entre ellos reina una profunda complicidad. Ella rodea con su brazo la espalda del esposo estrechándolo con ternura y discreción; la mano apoyada en el hombro del que ama no expresa únicamente su afecto, sino que también manifiesta protección. En estas esculturas el hombre suele aparecer inmutable, quieto, mientras que los gestos casi secretos de la mujer traducen una actividad mágica, necesaria para la supervivencia de la pareja.

A menudo se ve al hombre y a la mujer sentados a cada lado de una mesa de ofrendas y mirándose. Juntos participan en el eterno banquete en el que la mesa está perpetuamente servida.

En la tumba de Amen-najt, en Dayr al-Madina, el difunto y su mujer, arrodillados a la sombra de una palmera, beben agua de un estanque. En el centro del florido jardín del otro mundo disfrutan del divino frescor que ya nunca les faltará. Es una de las numerosas evocaciones en que la mujer vive al lado de su esposo una alegría

---

[92] En el sentido de *alimentarla.*

inmutable mediante un gesto simple, mediante una actividad cotidiana. Jugar con la esposa a un juego de sociedad, pasear con ella por el campo, conversar bajo una pérgola que los protege del ardor del sol, contemplar a su lado las mieses y árboles frutales, navegar por un lago de recreo, escuchar canciones y tocar algún instrumentó son placeres que, vividos en esta tierra, se repetirán en los paraísos celestes si el amor ha sabido crear unos vínculos que el tiempo no podrá romper.

Uno de los textos egipcios más sublimes sobre la felicidad imperecedera de una pareja feliz es obra de una mujer, una sacerdotisa de la diosa Muí, que hizo grabar estas líneas admirables en la estatua dedicada a su marido: *«Nosotros deseamos reposar juntos, y Dios no nos separará. Tan verdad como que tú vives, nunca te abandonaré. Estaremos sentados todos los días, serenos, sin que ningún mal pueda alcanzarnos. Juntos hemos ido al país de la eternidad. Nuestros nombres no se olvidarán. Qué maravilloso es el momento en que se ve la luz del sol, eternamente".*

32. EL SORPRENDENTE MATRIMONIO DE LA DAMA SENET-ITES Y OTRAS UNIONES INSÓLITAS

UN MATRIMONIO INESPERADO

Ella se llamaba Senet-ites, «la hermana de su padre», y vivía en el Imperio antiguo, probablemente durante la IV dinastía, la de los constructores de las tres pirámides de la llanura de Gizeh. La dama Senet-ites era bella, elegante y tenía clase; era sacerdotisa de las diosas Hator y Neith, solía llevar una peluca negra y un vestido ceñido de mangas largas.

¿Cuántos pretendientes le habían pedido matrimonio? Ella era un «buen partido» y podía aspirar a una vida larga y feliz junto a un marido afortunado.

El príncipe encantador no dejó de presentarse ni de conquistar el corazón de la dama. Se llamaba Seneb y desempeñaba altas funciones: jefe del guardarropa real y sacerdote agregado al culto del alma de dos faraones, Keops y Yedefre.

Todo iba a pedir de boca en el mejor de los mundos y los padres de Senet-ites deberían haberse alegrado. Un detalle, sin embargo, podía ser motivo de inquietud y hasta de disconformidad: ¡Seneb era un enano!

Ese impedimento no alteró los planes de la hermosa Senet-ites; la pareja vivió feliz, tuvo hermosos hijos y llevó una existencia apacible.

Se ha conservado una célebre representación de la familia, un grupo escultórico que inmortaliza a la sacerdotisa y a su marido, sentado como escriba, con las piernas cruzadas, al igual que las manos, que mantiene cruzadas a la altura del plexo. El torso se ve musculado e imponente; el rostro, grave y recogido, la mirada perdida en la lejanía. Su esposa sonríe relajada y serena mientras su brazo derecho lo enlaza tiernamente. En el lugar donde deberían haberse esculpido las piernas del padre, de haber estado en pie como Senet-ites, el escultor talló dos niños, un niño y una niña, desnudos y regordetes, con el índice sobre la boca para subrayar que son callados y obedientes. El pelo trenzado les cae a un lado de la cabeza formando el llamado «mechón de la infancia», que probablemente se cortaba en la pubertad.

La escultura, en piedra calcárea pintada,[93] estaba protegida por un pequeño naos, y fue descubierta en la tumba familiar, en Gizeh. El jefe de todos los enanos del palacio, Seneb, era un hombre rico; muchos escribas trabajaban para él, era dueño de barcos, burros, cabras, ovejas y numerosas cabezas de ganado. Se desplazaba en silla de manos y le gustaba pasear en barca por las marismas del Delta en compañía de su mujer y de sus hijos.

Los enanos estaban completamente integrados en la sociedad egipcia, ejercían diversos oficios y, como hemos constatado, podían ocupar un rango elevado en la jerarquía.

---

[93] Museo de El Cairo, DE, 51 280.

Es igualmente conmovedora la estatuilla de madera, de factura muy realista,[94] que representaba a una enana, desnuda, sosteniendo a su bebé contra el pecho izquierdo. La anatomía de la mujer es vigorosa: mentón cuadrado, mejillas llenas, vulva bien marcada y piernas anormalmente cortas. Esta enana fue probablemente una nodriza que contaba con la plena confianza de su señora.

EL MATRIMONIO DE LA HIJA DE LA HERMANA DEL BARBERO

En el año 27 del reinado de Tutmosis III, la tranquila existencia del barbero del rey, Sa-Bastet, el «hijo de Bastet», se vio inesperadamente trastornada.[95] Alcanzar un puesto de tanta importancia no había sido tarea fácil; pero Sa-Bastet se había comportado como un valiente soldado y el faraón lo había destacado en expediciones militares en la región sirio-palestina para pacificar la región en previsión de cualquier tentativa de invasión. Sa-Bastet no había matado a nadie, pero había hecho un prisionero; estaba autorizado a llevarlo consigo a Egipto, donde lo emplearía como servidor. Según declaraba el propio barbero: *«Lo capturé con mis propias manos cuando acompañaba al faraón, y no fue golpeado ni encarcelado".*

Al prisionero de guerra se le dio el nombre egipcio de Ameniu, y se comportó siempre de manera satisfactoria; era tan atractivo que Ta-kamenet, la hija de la hermana del barbero, se enamoró de él. Ésta se mostró firmemente decidida a casarse con un hombre que presentaba el doble inconveniente de ser un extranjero sin fortuna y un servidor sin demasiado futuro. En resumen, un casamiento desigual y un duro golpe para la honorabilidad del barbero Sa-Bastet.

Pidió consejo, solicitando la opinión de personas influyentes, trató asimismo de razonar con Ta-kamenet, pero su sobrina se mostró inflexible: quería casarse con el servidor Ameniu y con ningún otro. Nadie podía hacer vacilar la voluntad de una egipcia, ni siquiera un barbero real. Para convertir este matrimonio en un hecho aceptable no le quedaba otro remedio que hacer del servidor un hombre de posición acomodada, así que le donó una buena parte de sus bienes. Esta donación se oficializó delante de testigos y fue debidamente registrada por un escriba para que nadie pudiera impugnarla. De este modo, el ex servidor trató de igual a igual con el barbero, que deseó incluso transmitirle su cargo.

La dama Ta-kamenet había ganado. Y el barbero afirmó, no sin orgullo: *«He dado a Ta-amenet como mujer a Ameniu, y él sale ahora de mi casa sin que le falte nada".*

EL SOLDADO Y LA EXTRANJERA

El papiro Lansing ha conservado una bonita anécdota, reveladora de la consideración de que disfrutaban las mujeres, incluidas las extranjeras, en el antiguo Egipto. La escena se desarrolló al inicio del Imperio nuevo, poco después de la caída de Avaris, la

[94] Descubierta en Abydos, fechada a finales de la XII dinastía (Museo de la Universidad de Liverpool, E. 7 081).

[95] *Urkunden,* IV, 1 369, 4-16.

capital del ocupante hicso. El ejército de liberación había salido por fin victorioso; los valientes soldados tenían derecho a una parte del botín y también estaban autorizados a llevarse como servidores a prisioneros de guerra que trabajarían durante un período de tiempo a su servicio antes de ser liberados.

El héroe del que habla el papiro se llevó consigo tres mujeres y un hombre. A fuerza de caminar, una de ellas caía desvanecida. Sentía haber colaborado con el enemigo, era demasiado débil para trabajar y quizá merecía morir al borde del camino.

Pero el soldado no compartía su opinión. Dejó sus pertrechos, levantó a la desdichada y la cargó sobre sus hombros para llevarla hasta su casa.

Ignoramos si la aventura terminó en matrimonio; sabemos, en todo caso, que no existían impedimentos a la unión de un egipcio con una extranjera o de una egipcia con un extranjero. Por otra parte fueron muchas las extranjeras que recibieron una educación refinada en Egipto y que aprendieron un oficio, llegando a ocupar puestos importantes.

33. EL TOCADO DE KAUIT

EL ARTE DEL PEINADO

Gracias a las representaciones grabadas en el sarcófago de la princesa Kauit, que datan de los inicios del Imperio medio,[96] tenemos la oportunidad de asistir a un momento privilegiado de la vida de una mujer egipcia: cuando da los últimos toques a su tocado y, concretamente, el delicado momento de peinarse.

El rostro de la princesa Kauit, esposa del faraón Montuhotep-Nebhepet-Ra, no era lo que se dice fácil. Sus rasgos eran serios, austeros o, dicho de otro modo, ingratos. Era sacerdotisa de Hator y había hecho cavar su tumba bajo el templo del faraón, en Dayr al-Bahari; fue en esta sepultura donde se encontró el magnífico sarcófago de piedra calcárea que inmortaliza una escena de gran dignidad.

En un asiento de respaldo alto, ataviada con un largo vestido ceñido que deja al desnudo sus pechos y luciendo en el cuello un collar de perlas, vemos a Kauit sosteniendo delicadamente, entre el pulgar y el índice, una copa de leche que le ha ofrecido su intendente al tiempo que pronunciaba estas palabras esenciales: *«Para tu ka, señora".*

En otra escena asistimos al ordeño de la vaca que ha dado esa leche; de uno de sus ojos cae una lágrima y lleva atado a su pata derecha un ternerillo. El acontecimiento no es tan profano como parece; recordemos que Kauit es sacerdotisa de Hator y ésta se encarnaba en una vaca; su leche era un líquido celeste destinado al *ka,* la energía inmortal del ser.

Detrás de Kauit se encuentra una sirvienta que anuda minuciosamente los rizos de la peluca corta escogida por su señora. La peluca era un adorno indispensable y muy estimado, usada tanto por mujeres como por hombres, que evolucionó a lo largo de las distintas dinastías. Para una mujer, una hermosa peluca era un elemento decisivo de seducción y de elegancia.

Las pelucas se confeccionaban con fibras vegetales, con cabello humano y, raramente, con pelo de animal. En todas las épocas fueron muy apreciados los mechones abundantes y las trenzas múltiples, impregnadas de perfume y de productos capilares. Una peluca lograda desataba la admiración de los poetas, que ensalzaban la belleza de la mujer y el encanto de su rostro. Cuanto más se avanza en la historia, más complicadas son las pelucas, que llegan a ser verdaderos andamios capilares que exigían de los peluqueros una notable destreza y a las elegantes un porte perfecto. A la sencillez del Imperio antiguo se oponía la exuberancia del nuevo; un aderezo de cabello, descubierto en la tumba de una princesa que vivió en la corte de Tutmosis III, no contaba menos de novecientas lazadas de oro que cubrían el conjunto de la peluca.[97]

Es probable que se relacionase el cabello con la sexualidad; por

[96] Museo de El Cairo, DE, 47 397.

[97] Nueva York, Metropolitan Museum of Art, Inventario, núm. 26.8.117.

el poder de seducción que comunicaba, una hermosa peluca hacía a la mujer deseable. Soltarse el cabello o llevar el pelo despeinado se consideraban «signos» eróticos.[98]

Los «conos perfumados» siguen siendo un enigma. Hemos visto extraños dispositivos sobre la cabeza de los nobles tebanos del Imperio nuevo y de sus esposas cuando participan en un banquete, con su doble significación de fiesta celebrada en la tierra y festividad de ultratumba, en compañía de seres de luz. Se supone que el calor fundía lentamente el cono, desprendiéndose de él un suave aroma a medida que avanzaba la velada.

Las egipcias dedicaban especial atención a sus cabellos, temerosas de encanecer o de perderlo. El aceite de ricino era el producto base para evitar semejantes disgustos. Los granos de ricino se trituraban para obtener un aceite con el que se untaba la cabeza. La receta 468 del papiro médico Ebers, que debemos a Shes, reina del Imperio antiguo y madre del faraón Teti, servía para combatir eficazmente la calvicie. Su antigüedad era una prueba de éxito, por más insólitos que nos parezcan los ingredientes empleados: «patas de galga» (sin duda, un nombre de planta), huesos de dátil y un casco de asno, que había que cocinar a fuego vivo en un recipiente con aceite; y a continuación untarse enérgicamente la cabeza con el producto resultante. Para teñir de negro el pelo canoso se utilizaba la sangre de un buey negro cocida en aceite.[99]

EL ARTE DEL TOCADO

Otra escena del sarcófago de Kauit nos la presenta luciendo una peluca redonda de finos rizos, con un *chai* sobre los hombros, mientras sostiene una flor de loto en la mano izquierda; con el índice de la mano derecha recoge un poco de ungüento de un recipiente que le presenta su doncella, que aparece con un abanico en forma de ala de pájaro.

Aparte de la simple e indispensable higiene, las mujeres tenían a su alcance una impresionante cantidad de productos de belleza que utilizaban según las reglas de una alquimia sutil. Los conservaban en el interior de preciosos cofres, de los que, por desgracia, se han conservado muy pocos. Los ejemplares que han sobrevivido están fabricados con la mejor madera, tienen incrustaciones de metal o de marfil y presentan delicados adornos. En el interior descubrimos pequeños casilleros para guardar perfumes, cosméticos, maquillajes, ungüentos, bastoncillos y cucharillas que servían para aplicar los productos sobre la piel, pinzas de depilar, uno o varios espejos, peines y alfileres.

En primera fila de esos lujosos objetos figuran los vasos para ungüentos, que a veces tenían formas insólitas, como un vaso del

---

[98] Sobre el vínculo simbólico de la peluca con la maternidad y la fecundidad véase, por ejemplo, C. Karlshausen, en *Amosiadés. Mélanges Vandersleyen,* 1992, pp. 153-173.

[99] Existía una receta espantosa para estropear el cabello de una rival (los ingredientes no se han especificado), si bien se acompañaba de un remedio para curar a la infortunada.

Imperio nuevo de serpentina[100] que figuraba un mono vaciado en su parte superior y que se usaba para los bastoncillos de maquillaje. No se trata de una simple fantasía decorativa, sino del regalo de un animal familiar encargado de proteger mágicamente la morada. Asociado al signo jeroglífico que significaba «belleza, perfección», y a un doble ojo que alejaba a las fuerzas negativas, este tranquilo y amable mono se convertía en un genio bueno cuyos servicios se aseguraba la dama elegante.

Los objetos de belleza egipcios más célebres son las cucharillas para las pinturas, que chocaron a algunos egiptólogos puritanos; de unos treinta centímetros de longitud, y fabricadas con madera o marfil, a menudo tenían la forma de una nadadora desnuda, extendida sobre su vientre, con la cabeza y el cuello erguidos y sus esbeltas piernas juntas y estiradas. En sus brazos tendidos hacia delante, las nadadoras sostienen en muchos casos una copela que contenía maquillaje o incienso, o bien un pato cuyo cuerpo vaciado formaba el cucharón. Existían algunas variantes: una muchacha de pie sobre una barca navegando entre lotos y papiros, una niña cargada de flores, una muchacha tocando el laúd al borde del agua. En esos maravillosos personajes femeninos llenos de gracia se encarna la diosa Hator.

Algunas de esas pequeñas obras maestras no estaban destinadas al uso doméstico sino que se depositaban en las tumbas para que acompañasen a las resucitadas en el otro mundo y les garantizasen una eterna juventud. La misma lectura simbólica cabe hacer del uso de la peluca que, a veces, señala una de las etapas de la preparación ritual de la sacerdotisa, con motivo de su iniciación en los misterios de Hator.

PERFUMES DE MUJER Y CUIDADO DEL CUERPO

El perfume, tal como lo definimos en la actualidad —aceite etérico en una solución alcohólica—, no parece haber existido en el antiguo Egipto. Los perfumistas fabricaban sus productos a partir de plantas aromáticas maceradas en aceites grasos. Practicaban también la extracción de esencias florales, de las que disponían de una gama bastante variada que algunos textos, como los del laboratorio de Edfú, en el Alto Egipto, han censado parcialmente. Conocemos, es verdad, el nombre de un buen número de productos de belleza, pero todavía somos incapaces de dar la traducción precisa e identificarlos. La preparación de estos perfumes, una parte de los cuales se reservaba para usos litúrgicos, podía exigir varios meses y era confiada a especialistas.

La reina-faraón Hatsepsut envió una expedición al maravilloso país de Punt con objeto de obtener incienso fresco, que sería destinado tanto al culto de Amón como a la fabricación de productos de belleza. No olvidemos que las divinidades señalaban su presencia a los humanos mediante un perfume tan suave que estos últimos caían en éxtasis. El perfume también estaba asociado al aliento vital,

[100] Museo de El Cairo, CG, 18576 = DE, 26046.

a la dulce brisa del norte que vivifica el organismo cuando cae el sol y al final de una calurosa jornada.

Toda la población hacía uso de maquillajes y cosméticos, dispuestos sobre tablillas surcadas de alvéolos. Los más corrientes eran un maquillaje negro, a base de antimonio, y uno verde, a base de malaquita. Se usaban para prolongar la línea de las cejas y acentuar el encanto de la mirada. Estos productos se consideraban tan indispensables que, durante una huelga en tiempos de Ramsés III, los obreros reclamaron lo que se les adeudaba en ungüentos y comida.

Conviene subrayar también el uso médico de estos productos. En ciertos períodos del año, Egipto sufría la agresión de tormentas de arena y, en otros períodos, la de insectos. Los afeites y cosméticos servían para repelerlos, protegiendo la piel y los ojos. Las mujeres egipcias recurrían igualmente a los ungüentos para mantenerse delgadas, prevenir la caída del pecho, reafirmar los músculos y evitar los desagradables granos. A fin de purificar la piel y mantenerla joven y fresca, se trituraba cera, aceite fresco de moringa, goma de terebinto y hierba de Chipre, de forma que resultaba una especie de emplasto vegetal.

Frágil herencia de tantas horas dedicadas a embellecer, la de los pequeños recipientes de maquillaje, fabricados con alabastro o madera, de formas delicadas e insólitas: una vaca recostada en una barca, antílopes, ocas, patos, monos y jóvenes nadadoras. En el caso del pato o de la oca, el cuerpo del animal solía vaciarse para convertirlo en recipiente, mientras las alas fijas servían de tapa.

34. SAT-HATOR, REFLEJO DE UNA MUJER

UN ESPEJO DE VIDA

La princesa Sat-Hator-Iunet, la «hija de Hator y Dandara»,[101] vivía en Illahun, a la entrada de la provincia del Fayum, en un palacio del Imperio medio. Poseía un magnífico espejo[102] en el que se contemplaba cada mañana para constatar su belleza. Era aquél un objeto precioso: el mango consistía en una vaina de papiro coronado por la cabeza de la diosa Hator con orejas de vaca; esta columna vegetal soportaba la bóveda celeste. El espejo propiamente dicho tenía la forma de un disco pulido y plateado. Oro, plata, cuarzo, cristal de roca y lapislázuli eran los materiales más utilizados en la fabricación de espejos, que usaban los iniciados durante la celebración de los ritos secretos de los templos.

El nombre para designar un espejo es *anj,* sinónimo de la palabra que significa «la vida». Para una egipcia, mirarse en el espejo no era sólo un gesto estético, sino que correspondía al deseo de identificarse con Hator, participar en la vida celeste y solar a la que hacía referencia el disco de metal pulido.

EMBELLECIMIENTO

El ideal de belleza es indisociable de la irradiación del ser. La mirada de una bella mujer egipcia es clara, su porte noble, los dedos semejantes a cálices de loto. «La bella», «¡qué bella es su cara!», «la luminosa» son apelativos dedicados a mujeres maravillosas; y cómo no pensar en aquella hija del rey y sacerdotisa de Hator, Mutirdis, dulce de amor, de cabello más oscuro que la noche, las uvas y los frutos de la higuera, la de dientes centelleantes.

La mujer egipcia rendía culto a la belleza, cuyo canon estaba definido de forma precisa desde épocas antiguas: debía estar delgada, tener miembros finos, caderas marcadas pero no llenas, el pecho debía ser redondo y más bien pequeño. No obstante no existía ninguna tiranía al respecto; las estatuas y estatuillas nos muestran mujeres de simpática redondez, mejillas llenas e, incluso, algunas ostensiblemente musculosas. Pero las diosas son eternamente jóvenes y esbeltas. Es el orfebre celeste el creador de la belleza femenina y quien ha dibujado el arco de sus cejas. Él ha inspirado la mano del pintor que, en las tumbas tebanas, ha dibujado admirables retratos femeninos. Grandes damas del brazo de sus dignos esposos, invitadas a un banquete, paseantes en barca, jóvenes criadas, instrumentistas, todas tienen en común un perfil aéreo, ojos mágicos, actitudes graciosas carentes de afectación y una ternura serena en la que reside el secreto del amor más allá de la pasión. La sonrisa de las egipcias, llena de nobleza en las damas de alto rango y una pizca de travesura en sus criadas, es la perfecta expresión de una feminidad

[101] Dandara, localidad del Alto Egipto, era uno de los principales lugares de culto de la diosa Hator; todavía hoy se puede contemplar su templo, edificado en tiempos de los Tolomeos, con las paredes recubiertas de excelentes textos.

[102] Museo de El Cairo, CG, 5 263 = DE, 44 920.

feliz y colmada, tan deslumbrante que uno queda seducido de inmediato.

La convención adoptada por los pintores quiere que la mujer tenga la piel de color amarillo pálido, y rojo oscuro el hombre; sin duda debemos ver en ello un simbolismo relacionado con la luz suave, «hatórica», para la mujer, y la energía roja, «setiana», para el hombre.

DESDE EL VESTIDO HASTA LAS JOYAS

El rey de la moda egipcia es el lino blanco, más o menos transparente, que moldea el cuerpo femenino aportándole un toque de misterio. El vestido tubo de lino, largo hasta los tobillos, con tirantes que cubren los senos o dejan el pecho desnudo, es el vestido característico de las hermosas damas del Imperio antiguo, que llegaría a mantenerse durante siglos. Este vestido confería a las egipcias una inimitable nobleza, un porte orgulloso que no excluía el encanto ni la afabilidad. Ése es también el vestido de las diosas.

Para trabajar, la mujer no se cargaba de ropa: llevaba el pecho desnudo y un paño corto, a veces enrollado por detrás, o bien un vestido sencillo.

El Imperio nuevo, a pesar de su afición por los vestidos más excéntricos, conservó el vestido clásico de los orígenes. Pero las mujeres hermosas de Tebas, de Menfis o de Pi-Ramsés adoptaron el plisado y cubrieron la parte superior de los brazos con mangas cortas. Bajo el vestido llevaban una camisa muy fina. Con frecuencia, esos vestidos eran transparentes, para subrayar la delicadeza del cuerpo. Las túnicas y los vestidos eran tan finos que ponían de relieve la línea del pecho y de las caderas, la delicadeza de la cintura y la gracia de las piernas.

¿Y la ropa interior? Algunas piezas triangulares, equivalentes al taparrabos masculino, y nada más. En cambio disponían de una buena variedad de ropa para combatir el frío, sobre todo chales y abrigos, pues el invierno egipcio puede ser bastante riguroso, sobre todo en el Bajo Egipto. En primavera y en otoño, las noches son frescas; y el que ha vivido en el desierto sabe que, incluso en Nubia, la temperatura llega a ser glacial.

¿El calzado? Aunque era frecuente ir descalzo, existían varios tipos de sandalias, desde la sencilla suela de papiro hasta el calzado de cuero teñido y* adornado.

¿Hay que recordar la importancia de los nudos en este tipo de indumentaria? Atar un taparrabos o un cinturón, fijar los tirantes, exigía cierta habilidad. Ahora bien, la palabra «nudo», *tches,* es idéntica a la palabra que significa «palabra mágica», es decir, una palabra que «anuda» entre sí las energías.

¿Y los aderezos? Pulseras en las muñecas y en los tobillos; collares que a menudo aludían a la difusión de los rayos del sol; diademas y turbantes decorados con motivos florales; anillos, pendientes y colgantes. Oro, plata, turquesa, amatista, cornalina y otras piedras semipreciosas servían para fabricar esas pequeñas maravillas que aumentaban el poder de seducción femenino. Las

grandes damas disponían de verdaderos tesoros, de los que se han conservado muy pocos. El de la princesa Jnumit, «la del dios Jnum (o: la que se une)», hija de Amenemhat III, faraón del Imperio medio, fue encontrado intacto en su tumba de Dahsur. Los símbolos que adornan sus pulseras son muy significativos: le prometen «nacimiento» (en el más allá), «alegría» y «completa protección y vida». Es decir, que las joyas no eran meros adornos, sino que poseían un valor mágico y servían como palabras poderosas en los caminos del más allá.

Como vemos, la belleza inalterable de las mujeres egipcias estaba estrechamente vinculada a Hator, soberana del otro mundo. Cuando una bella mujer, en un gesto de suprema elegancia, aspira una flor de loto está aspirando el perfume de la resurrección. Loto ella misma, renace a cada instante, convertida en la primera mañana del mundo y en el primer rayo de luz.

35. EL EMBARAZO

CONTRACEPCIÓN A LA EGIPCIA

A las reglas se les llamaba «las purificaciones»; gracias a ellas, las mujeres se liberaban de elementos nocivos. Durante el período, a la mujer se la dispensaba de trabajar y no entraban en las salas secretas del templo. Los lavanderas se encargaban de lavar la ropa manchada.

La mujer que no deseaba tener un niño o que quería evitar quedarse embarazada de nuevo tenía la posibilidad de usar anticonceptivos. Los textos médicos señalan algunos, si bien los ingredientes resultan difíciles de identificar. Existía una mixtura de miel y natrón con la que la mujer untaba los labios y la vagina; fumigaciones, bebidas a base de apio y cerveza dulce, y especialmente la receta 783 del papiro Ebers, que recomendaba a la mujer que quería evitar el embarazo durante uno, dos o tres años introducir en su vagina un tapón impregnado de una sustancia compuesta de acacia, coloquinto, dátiles y miel, pues la goma de acacia fermentada produce el ácido láctico que mata a los espermatozoides.

Pero llegaba el día en que la mujer deseaba traer un niño al mundo; prescindiendo ya de anticonceptivos, empezaba entonces la aventura del nacimiento.

AUMENTAR LA FECUNDIDAD

En Dandara, lugar santo de la diosa Hator, se organizaba en el tercer mes de la estación de la inundación una fiesta de «abertura del seno de las mujeres» durante la cual las esposas recientes se reunían para celebrar un rito que les garantizaba una próxima maternidad. En Madinat Habu, en la orilla occidental de Tebas, donde dormían los dioses del origen enterrados en la colina primordial, las mujeres iban a bañarse a un lago sagrado con la esperanza de aumentar su fertilidad. Cuando los escribas evocan un período dramático escriben: *«Las mujeres son estériles, no están encintas, la alegría se ha extinguido”.*

Por suerte, el dios alfarero Jnum continúa creando los seres en su torno; para que una mujer quede encinta es necesario que se instale en el vientre de la futura madre el torno del alfarero divino. Ella, por su parte, deberá pronunciar la fórmula adecuada:

«Dios del torno que crea el huevo en su torno, fija tu actividad creadora en el interior de los órganos femeninos y provee con tu imagen esta matriz”.

Cuando el embarazo ya es un hecho conviene «atar una faja a la mujer encinta» y colocar encima una tela en forma de signo *mes,* tres pieles atadas de animal cuyo significado es «nacer».

Para una egipcia, estar encinta es «realizar un trabajo». La sangre nutricia que circula por el vientre de la madre hace crecer al embrión; curiosamente, los textos indican que la duración del embarazo puede ser de nueve meses o de diez, período en el que no

escasean los peligros; las fuerzas negativas, empeñadas en contrariar el proceso del nacimiento, deben conjurarse mediante fórmulas mágicas y llevando amuletos. El útero queda bajo la protección de una diosa específica, Tjenenet. A estas precauciones se añaden los cuidados médicos constantes; para untar el cuerpo de la mujer encinta con aceites beneficiosos se llegaba hasta el refinamiento de utilizar un frasco en forma de mujer con las manos sobre su vientre redondeado. En esos pequeños vasos se colocaba un tapón que impedía a las potencias destructivas el acceso al vientre de la mujer encinta.

¿QUÉ SEXO TENDRÁ EL NIÑO?

Algunas mujeres egipcias interesadas en averiguar el sexo del niño recurrían a una receta legada a los griegos y que luego pasó a Europa a través de Bizancio. Ha sido muy utilizada por los campesinos de Europa que, sin saberlo, han vivido al estilo del Egipto faraónico.

«Pondrás cebada (palabra masculina en egipcio antiguo, sinónimo de "padre") *y trigo en dos sacos de tela que la mujer regará con su orina cada día, y también pondrás dátiles y arena en los dos sacos. Si la cebada germina primero, será un niño; si el trigo lo hace antes, será una niña. Si no germinan ninguno de los dos, la mujer no dará a luz".*[103] Según Gustave Lefebvre, este diagnóstico no dista de las teorías modernas sobre el papel de las hormonas: *«Se ha constatado* —escribe— *que la foliculina extraída de la orina de las mujeres encintas puede, añadida al agua de riego de algunas plantas, precipitar la aparición de la flor. Son conocidos, por otra parte, los experimentos de Dorn y de Sugarman: la inyección de 10 cm^3 de orina de una mujer encinta en la vena de un conejo macho de dos meses y* medio (edad de la migración testicular) *produce efectos diferentes según la mujer vaya a dar a luz un niño o una niña".* Satisfecha o no la curiosidad de la futura madre, el acontecimiento capital, el parto, se aproximaba.

[103] Papiro de Berlín, núm. 199, traducción de G. Lefebvre, en *La Médecine égyptienne de l'époque pharaonique,* París, 1956. Véase también T. Bardinet, *Les papyrus médicaux de l'Égypte pharaonique.* París, 1995.

36. EL PARTO DE LA DAMA RED-YEDET

NACIMIENTO SOLAR

Uno de los partos más célebres de la historia egipcia es el de la dama Red-yedet, «la que funda lo que debe durar». Según un cuento del papiro Westcar, fue una madre del todo excepcional, pues dio a luz tres faraones de la V dinastía. Red-yedet era la esposa de Ra-user, «Ra es poderoso», y el dios Ra había tomado la apariencia de su esposo para concebir con ella una dinastía solar. A partir de la V dinastía, en efecto, todos los faraones llevaron el nombre de «hijo de Ra (la luz divina)».

Dar a luz, en egipcio antiguo, se decía «quedar liberada», «sacar fuera del cuerpo», «venir a la tierra». Para facilitar este acontecimiento capital se anudaba con cuidado el cabello de la parturienta, se la untaba de aceite con objeto de relajar su cuerpo y se le inyectaban en la vagina líquidos a base de plantas medicinales.

Pese a todas esas precauciones, el parto de Red-yedet se presentaba mal; también Ra apeló a varias divinidades, encargadas de facilitar el nacimiento. Isis, Neftis, Heket (la diosa rana de las metamorfosis) y Mesjenet (la sede del nacimiento) se transformaron en bellas jóvenes, y el dios Jnum se encargó de sus equipajes.

El asunto tenía su importancia, ya que Red-yedet llevaba en su seno trillizos, llamados a ejercer la benéfica función de faraón, construir templos y proveer los altares de los dioses. Cuando las divinidades entraron en la casa de la futura madre encontraron primero al marido, presa de una gran agitación. «*Nobles damas —* declaró*—, mi mujer lo está pasando mal. Su parto se presenta difícil”.* Las diosas hicieron sonar sus instrumentos musicales y pidieron ver a la parturienta. «*Sabemos cómo se practica un parto*», manifestaron ellas, tranquilizadoras.

El PABELLÓN DE NACIMIENTO

El parto debía tener lugar, con preferencia, en un lugar especial, el pabellón de nacimiento, que recordaba la espesura de papiros donde Isis había traído al mundo a Horus, poniéndolo a salvo de las fuerzas maléficas.

Una representación de Dayr al-Madina nos proporciona una idea bastante precisa de cómo era este pabellón; es una construcción ligera en la que las columnas de madera tienen forma de tallos de papiro, símbolos de la marisma primordial. A lo largo de las columnas y en las paredes se ven plantas trepadoras. Otros adornos: Bes, el alegre enano músico, y Thueris, la mujer hipopótamo. Los dos favorecen los partos felices. Además, Thueris tenía la misión de quitar «las aguas del nacimiento».

En este pabellón había una cama, cojines, tapices, taburetes, un espejo, objetos de aseo, marfiles mágicos y el asiento de nacimiento, o bien los cuatro ladrillos que cumplen esa misma función.

La parturienta está desnuda, con el pelo suelto, pues debía estar libre de cualquier nudo que pudiera dificultar el parto.

LAS COMADRONAS Y EL PARTO

Al igual que cualquier otra mujer egipcia, Red-yedet estuvo asistida por comadronas que la ayudaron a ponerse en cuclillas o bien sobre una estera, o bien sobre dos o cuatro ladrillos.[104] En algunos casos se utilizaba un asiento de parto, del que se ha conservado en el Museo de El Cairo un ejemplar procedente de la región tebana. Tiene una altura de unos 0,30 m, es de madera y está pintado de blanco. La diosa Mesjenet encarna ese asiento y contribuye a fijar el destino del recién nacido.

Las comadronas son a la vez «dulces» y «las de pulgares firmes»; facilitan el trabajo ayudando en el parto y recogen al recién nacido «en sus manos». Se las consideraba encarnaciones de la diosa buitre Nejbet, ligada a la maternidad y protectora del faraón; el niño debía ser asido con fuerza por la comadrona, a imagen de las garras del buitre que atrapa su presa para no dejarla caer. Mientras sostenía a la parturienta y le sujetaba la espalda y los brazos, una de las comadronas pronunciaba unas fórmulas encantatorias. Su colega se ocupaba de cortar el cordón umbilical, de lavar al recién nacido y presentarlo a la madre, llevándolo luego a una cama confortable.

En algunos casos, al recién nacido se le hacía tragar, el mismo día de su nacimiento, un trozo de su placenta empapado en leche. Si lo vomitaba, moriría; si lo absorbía, viviría.

Si se presentaba alguna dificultad, las comadronas colocaban cataplasmas y compresas en el bajo vientre de la parturienta. Cuando era imposible la expulsión del niño por vías naturales se recurría a la cirugía que, según parece, alcanzó un nivel notable. El caso más temido era el parto prematuro. Para que éste se desarrollase de la mejor manera se recitaba un hechizo sobre cuarenta perlas redondas, siete piedras preciosas (¿esmeralditas?), siete trozos de oro y siete hilos de lino tejidos por las dos hermanas Isis y Neftis. Del cuello del niño se colgaba un amuleto de siete nudos.

Las comadronas esperaban con impaciencia el primer grito del recién nacido. Si decía *ny,* viviría; pero si decía *emby,* moriría. Otra mala señal era una voz quejumbrosa. Cuando el grito era claro podían dar rienda suelta a su alegría.

El parto de Red-yedet se desarrolló en buenas condiciones. Después de transformar su habitación en pabellón de nacimiento, las diosas cerraron la puerta y se repartieron las tareas. Isis se colocó frente a la parturienta, Neftis detrás de ella. Heket aceleró el proceso de nacimiento. Isis pronunció el nombre de cada uno de los niños que iban a nacer. El primero, Usserkaf, «su *ka* es potente», se deslizó en las manos; medía un codo, es decir, 0,52 m, tenía los huesos duros, los miembros incrustados de oro y cabellos de lapislázuli. Las divinas comadronas le cortaron el cordón umbilical y lo lavaron. *«Será faraón* —predijo Mesjenet— *y reinará sobre el país entero".* Jnum hizo al chico vigoroso y lleno de salud. Los otros dos niños vinieron al mundo felizmente de la misma manera y fueron depositados sobre una

[104] Los cuatro ladrillos son la encarnación de cuatro diosas: la grande (Nut, el cielo), la mayor (Tefnut, la polaridad femenina de la primera pareja), la bella (Isis) y la excelente (Neftis).

alfombra de lino.

Ravi, el marido, ofreció a las hermosas damas un saco de cebada que Jnum se vio obligado a transportar; pero las diosas también traían regalos. Confeccionaron coronas de faraón, las escondieron en el saco y desataron la lluvia y el viento; también esta vez el marido tuvo que guardar ese equipaje en una habitación bien cerrada.

Red-yedet reposó durante catorce días. Cuando necesitó alimento para su familia mandó abrir el saco de cebada y, al hacerlo, descubrió las coronas. Su marido y ella comprendieron que habían traído al mundo a futuros faraones.

LOS MAMMISIS

Cada recién nacido es un Horus resucitado. En él se afirma una voluntad de armonía que su manera de ser podrá o no traicionar. En su condición de niño divino, Horus nace en un templo particular, el mammisi,[105] del que se han conservado varios ejemplos, sobre todo en Dandara y Edfú. Las escenas de esos santuarios nos permiten asistir a los preparativos rituales del nacimiento divino, después de la época tolemaica, de la unión de la reina con un dios que ha tomado la forma de faraón.

Las paredes de esos templos, donde resonaban cantos alegres y música de júbilo, estaban en ocasiones revestidas de hojas de oro pegadas sobre un baño de estuco. El sol hacía eficaces las escenas al iluminarlas.

Un gran lecho esperaba a la parturienta, calificada de «madre del sol divino». Debajo, unas vacas de origen celeste garantizaban fecundidad y buena crianza. Seis mujeres asistían a la futura madre que, después del parto, presentaba su recién nacido al dios Amón. Veintinueve diosas Hator tocaban la pandereta, mientras que siete potencias femeninas (las *hemusef)* aseguraban la formación espiritual y física del niño. El dios Ptah lo esculpe, el dios Jnum lo moldea en su torno de alfarero, mientras la diosa Sechat inscribe los años de su existencia en el árbol de la vida.

El misterio del nacimiento divino es un verdadero drama ritual, que así se cumple eternamente. El niño-dios es llamado a convertirse en faraón y reunir las Dos Tierras. El rito ya está presente en las paredes del templo de Luxor, donde se puede ver el parto de Mutemuia, la madre de Amenhotep III, un rito que se remonta quizá a las más antiguas dinastías.

[105] La palabra mammisi fue creada por Champollion; es una derivación del egipcio antiguo *per-meset,* que significa «lugar del nacimiento».

37. LA NODRIZA

PONER UN NOMBRE

Inmediatamente después del alumbramiento entraba en escena un personaje importante: la nodriza. Es verdad que en muchos casos la madre amamantaba a su hijo,[106] pero la nodriza la asistía para resolver los mil y un pequeños problemas que iban surgiendo.

Primer acto importante: dar nombre al niño. Éste recibía dos nombres: uno era utilizado cotidianamente; el otro definía su ser auténtico y secreto, conocido como «el nombre dado por su madre», y al parecer sólo le era revelado al niño si se mostraba digno de ello.[107]

Los nombres egipcios eran extremadamente variados, y los especialistas en la materia establecieron abundantes repertorios. La madre podía llamar a su hijo «el sirio», «el nubio», aun cuando no fuera originario de estas regiones, sino porque ella estimaba que su existencia estaría en relación con ellas; también podía escoger llamarle «la bella», «el pajarero»... En resumen, el hecho de atribuir un nombre implicaba un don de videncia, practicado ya sea por la madre o por otra mujer a la que se había consultado. Cada nombre tenía un sentido preciso que orientaba la existencia del que lo llevaba.

LA IMPORTANCIA DE LA NODRIZA

Varias nodrizas ocuparon un rango destacado en la corte de Egipto. Pensemos, por ejemplo, en la ilustre Tiy, esposa del dignatario Ay, el futuro faraón; ella fue la que amamantó y educó a Nefertiti. Gran nodriza, se dice de la que criaba al futuro rey, la que ha educado a dios, la del dulce pecho, vigorosa cuando amamanta, la de la piel tocada por Horus. Además de disponer de un servidor, la nodriza real también tenía la posibilidad de que se le cavara una bella tumba.

El sabio Paheri hizo figurar a sus tres nodrizas en las paredes de su morada para la eternidad. Satre, nodriza de la reina-faraón Hatsepsut, tuvo el privilegio de ver su estatua erigida en el interior del recinto del templo de Dayr al-Bahari. Meryt, esposa de un jefe de tesoreros (tumba tebana núm. 63), fue nodriza de la hija del faraón y el mismo rey alabó sus servicios. Amenhotep II, un rey al que se calificaba de «deportivo» por sus hazañas en el tiro con arco y el remo, profesaba un vivo afecto a su nodriza, la madre del alto dignatario Kenamón. En la tumba tebana (núm. 93) de este último, el rey se hizo representar sentado en el regazo de su nodriza, instalada sobre una especie de trono, en el interior de un pabellón con columnas cuyo techo decoraban granadas y flores de loto. Acostado al pie de la nodriza, se ve a un perro. Dos muchachas traían algo de beber mientras una tercera tocaba el laúd.

Algunos contratos con fecha de la Baja época precisaban que, a

[106] Para representaciones de la crianza véase F. Maruéjol, *ASAE,* 69, 1983, pp. 311-319.

[107] Este acto aparece evocado en el papiro Louvre 3 148: «*O de tal, cuando tu madre te trajo al mundo, ella anunció el hermoso nombre que era tuyo”.*

cambio de honorarios, la nodriza se comprometía a amamantar al bebé o a ocuparse de él durante un período determinado. También ejercía una función médica, pues se ocupaba del problema de la incontinencia urinaria del niño haciéndole absorber unas píldoras compuestas de partículas de piedra hervida o un líquido a base de caña.

Lo peor que podía ocurrirle a la nodriza era quedarse sin leche, para lo cual disponía de un remedio eficaz con que paliar este inconveniente: untarse la espalda con un ungüento fabricado con la espina de un pez llamado *lates niloticus,* cocinado en aceite.

Como, según las prescripciones médicas, había que amamantar al niño al menos durante tres años, a las nodrizas no les faltaba trabajo. Se les pagaba mejor que a ciertos terapeutas; así, a cambio de sus servicios, una de ellas recibió tres collares de jaspe, un par de sandalias, un cesto, un bloque de madera, marfil y medio litro de grasa; su colega, dos pares de sandalias, un vaso de cobre, una estera, cestos y un litro de aceite.

La leche, considerada «el líquido sanador», era sometida a un atento examen; debía oler a plantas aromáticas o a harina de algarrobo. Si olía a pescado, no era asimilable. La larga duración de la lactancia explica por qué no hay indicios de raquitismo en los esqueletos de niños egipcios. Esa preciosa leche podía recogerse en recipientes de arcilla en forma de mujer haciendo presión en uno de sus pechos o con un bebé en el regazo.

El cuidado del pecho era para la nodriza una tarea esencial, para evitar pruritos, hemorragias o supuraciones. Los médicos utilizaban productos a base de caña, fibras vegetales y juncos.

UNA NODRIZA EN EL EXILIO

Muy lejos de Egipto, en Adana (Siria), se descubrió una conmovedora estatuilla de diorita, actualmente conservada en el Metropolitan Museum of Art, que representa a Sat-Neferu, una mujer de rostro grave y sonriente, con la mirada levantada al cielo. Está sentada sobre sus talones y apoya su mano izquierda en el seno derecho.

Sat-Neferu era una famosa nodriza, pero su reputación labró su desgracia ya que fue llamada a ejercer sus dotes en un país extranjero, en casa de un embajador o un dignatario con puesto en Siria. Como todo egipcio obligado a residir lejos de las Dos Tierras, sentía una gran añoranza y echaba de menos los días felices pasados a orillas del Nilo. Antes de abandonar su país hizo esculpir esta estatuilla, que debía instalarse en su morada para la eternidad. Una morada en la que ella estaba segura de ser enterrada aunque muriese en el extranjero.

LECHE PARA EL FARAÓN

Vale la pena citar el singular documento de una estela originaria de la XVIII dinastía.[108] En ella vemos a una mujer muy

[108] Museo de El Cairo, CG, 34 125.

digna, tocada con una peluca y sentada en una silla de respaldo bajo. Está dando el pecho a un bebé, probablemente un niño, sentado sobre sus rodillas. Delante de ella, una de sus hijas vierte agua en un vaso, en un rito de purificación. Detrás de ella, otra hija le ofrece una flor de loto, símbolo de la resurrección. Un muchacho sentado aspira el aroma de otra flor de loto. Los tres niños celebran la memoria de su madre difunta, y el carácter excepcional de esta escena de amamantamiento estriba en que se desarrolla en el otro mundo, donde la mujer, eternamente viva, continúa ejerciendo su función nutricia.

La leche da la vida, potencia y una larga existencia. Si Horus logró reconquistar la realeza fue porque Isis lo amamantó. Desde la época de los *Textos de las pirámides,* el más antiguo corpus sagrado, el acto de amamantar forma parte de los ritos de coronación del faraón que, gracias a él, vuelve a ser joven, vigoroso y ve asegurado su crecimiento por la leche celestial.

Se trata, de hecho, de un auténtico proceso de resurrección. El rey amamantado por las diosas vuelve a ser un niño, vuelve a estar vivo, pero ve también reconocida su aptitud para ejercer la función real. Como ha escrito Jean Leclant, *«en el amamantamiento tiene lugar algo más que la absorción de una bebida de eternidad; es más que el gesto de protección mágica o que un simple rito de adopción... Se trata de una especie de iniciación. Al alcanzar su nueva dignidad, el faraón entra en el mundo de los dioses».*[109]

[109] Véase J. Leclant, «El papel de la leche y el amamantamiento según los *Textos de las pirámides»,* en *Journal of Near Eastern Studies,* vol. X, núm. 2, 1951, pp. 123 ss. Existe un triple nacimiento del faraón: alumbramiento (el de todo individuo), nacimiento a la vida eterna (tras la prueba del juicio) y nacimiento a la vida en la realeza (coronación). El amamantamiento de la coronación, «para que haya un rey», aún se practicaba en Roma. Conviene señalar que la expresión «la nodriza de los hombres» designa al propio faraón (Kitchen, *Ramesside Inscriptions,* II, 336, 7-8).

38. QUE LAS DIVINIDADES SALVEN A MI HIJO

EL NACIMIENTO: UN MOMENTO PELIGROSO

La madre que acababa de dar a luz descansaba durante unos quince días.

Señalemos, de paso, que el nacimiento de una niña era tan bien recibido como el de un niño; nunca, a lo largo de la historia faraónica, se mató o abandonó a las niñas, como sí se hizo en Grecia o en Roma.

A la felicidad de un nacimiento sucedía inmediatamente la inquietud. Tomar forma en esta tierra era, para el nuevo ser, salir de lo indiferenciado, particularizarse, realizar una difícil travesía y exponerse a múltiples peligros. Al nacer al mundo de los hombres, el niño era frágil.

Desde el momento en que se le atribuía un nombre se convertía en un ser completo, pero también en una tentadora presa para la muerte, la ladrona que llega entre tinieblas e intenta apoderarse del recién nacido.

Empieza entonces un encarnizado combate entre la madre y la muerte.[110]

MAGIA CONTRA LA MUERTE

La madre disponía de una preciosa colección de fórmulas ya experimentadas con éxito por generaciones de mujeres; éstas le permitían protegerse de los malos espíritus, los aparecidos, las formas errantes y oscuras, y poner a su hijo a salvo de todo el repertorio de fuerzas negativas[111] que intentan abrazar al niño y bailar con él una danza mortal. Tan siniestros fantasmas eran identificables: tenían la cara en la espalda y miraban hacia atrás. La madre debía estar constantemente en guardia para que no se acercasen a la cuna.

La madre proclamaba que cada parte del cuerpo de su hijo correspondía a una divinidad; en consecuencia, ningún demonio podía tocarlo. Hacía un llamamiento solicitando la protección del cielo y de la tierra, de la noche y del día, de Hator y de Ra, de la piedra fundamental, de los siete dioses que ordenaron la tierra cuando estaba desierta. La madre pedía a las divinidades que protegiesen el nombre del niño, el lugar donde se encontrara, la leche que bebiera, el seno en el que se apoyara y la ropa que le vistiera. Las fórmulas debían repetirse mañana y noche sobre una bolita de oro, unos granos de amatista y un sello. «*Que la muerte que llega entre las sombras desaparezca* —exigía la madre—*, que vuelva su rostro, que olvide por qué ha venido; no besará al niño, no se lo llevará".*

Cada mujer egipcia era una Isis para su bebé; también debía acariciarlo a menudo y magnetizarlo, como la gran diosa había hecho con Horus. La mano materna emite una energía positiva,

---

[110] Véase J. Loóse, «Laborious "Ritos de paso": Birth Crisis in this Worls and in the Beyond», *Sesto Congresso Internationale di Egittologia, Atti II* Turín, 1993, pp. 285-289.

[111] Véase A. Erman, *Zaubersprüche für Mutter und Kind, aus dem Papyrus 3 027 des Berliner Museums,* Berlín, 1901.

indispensable para la buena salud del niño.

La madre tenía a su disposición toda una serie de amuletos y talismanes: placas[112] de marfil, medallas y figurines de cerámica, en los que figuraban los genios buenos, capaces de repeler las fuerzas del mal, como Bes, Thueris o Aha «el luchador». En la tumba de Bebí, en el-Kab, y en la de Yehutihotep, en el-Bersheh, se ve a unas nodrizas blandiendo bastones en forma de serpiente para disipar las tinieblas destructivas. Gatos, antílopes, monos y mujeres desnudas, todos ellos discípulos de la diosa Bastet, protegen al niño, para lo cual resulta excelente tocar instrumentos musicales. Los amuletos que llevan al cuello la madre y el niño completaban el dispositivo de protecciones mágicas contra la muerte.

LA MUERTE PREMATURA DE UNA NIÑA

El combate no siempre se resolvió favorablemente para la madre y el niño; la muerte se consideraba parte integrante del proceso cósmico y, pese al sufrimiento que infligía, aparecía como una etapa de la vida que iba mucho más allá del nacimiento y de la muerte físicas.

En la época tardía encontramos algunas manifestaciones de rebeldía contra la muerte. Así, el texto de una estela da voz a una niña muerta a muy corta edad y que considera su suerte una injusticia:[113] «*Venero tu ka, señor de los dioses, aunque sólo soy una niña; la desgracia me ha golpeado cuando sólo era una niña. Un ser que no ha cometido ninguna falta refiere estos hechos. Yo, una niña, yazgo en un lugar desértico, tengo sed y sin embargo cerca de aquí corre el agua. Me han arrebatado la vida muy pronto, apenas en la infancia. Soy demasiado joven para estar sola, yo que estaba contenta cuando veía a mucha gente, a mí que me gustaba estar alegre. Oh, rey de los dioses, señor de la eternidad al que todos acuden, dame pan, leche, incienso, agua de tu altar, pues sólo soy una niña que no ha cometido ninguna falta".*

[112] Véase, por ejemplo, J. Bulté, *Talismans égyptiens d'heureuse maternité,* París, 1991.
[113] Véase M. Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature,* III, pp. 58-59.

39. TA-IMHOTEP Y EL AMOR A LA FAMILIA

EL DRAMA DE UNA GRAN SEÑORA

Antes de la Baja época, los documentos egipcios conceden escaso interés a las fechas de nacimiento y de muerte. En tiempos de los Tolomeos, por influencia griega, la situación cambia y lo anecdótico adquiere relieve sobre lo sagrado. Por esta razón disponemos de testimonios acerca de algunas personalidades, como la dama Ta-Imhotep, «la consagrada a Imhotep», nacida el 17 de diciembre del año 73 a. J.C. Su historia nos la relata una estela[114], fechada en el reinado de Cleopatra; en ella vemos cómo Ta-Imhotep venera a Osiris, el señor del más allá, y a otras divinidades.

A los catorce años, Ta-Imhotep se casó con Pa-seri-en-Ptah, «el hijo menor de Ptah», que se convertiría en el gran sacerdote de ese mismo dios Ptah en Menfis. Ta-Imhotep era una mujer encantadora, de excelente carácter, voz persuasiva y a la que todos amaban; se la solía consultar para recibir sus buenos consejos. En resumen, se trata del retrato clásico de toda gran dama egipcia, muy conocido por la literatura precedente. Hija de un gran sacerdote y de una sacerdotisa instrumentista, manifestaba, pese a su juventud, una auténtica madurez. El marido de Ta-Imhotep fue un gran personaje de Estado; era «escriba del dios en la casa de los libros» y poseía la condición de «ojos y oídos del rey» o, dicho de otro modo, de confidente del faraón.

Ta-Imhotep dio tres hijas a su marido, pero sufría por no haberle podido dar ningún muchacho. ¿Cómo conseguir satisfacción sino dirigiéndose a su protector, Imhotep? Imhotep, el constructor de la pirámide escalonada para el faraón Zoser, el mago, el médico, el modelo de los constructores, escribas y sabios.

Imhotep no permaneció insensible a la angustia de su protegida. Se apareció en sueños al marido de Ta-Imhotep, su gran sacerdote, y le pidió que realizara una buena obra y la depositara en su templo. Seguramente se trataba de la reparación de una antigua capilla, tarea que el sacerdote llevó a cabo.

El 15 de julio del año 46, a la octava hora del día, Ta-Imhotep trajo al mundo un niño. Desdichadamente, la madre murió joven, el 15 de febrero del 42, a la edad de treinta y un años. Su marido realizó en su honor todos los ritos necesarios e hizo construir para ella una magnífica morada de eternidad.

LAS PROTESTAS DE UNA DIFUNTA

En su estela funeraria, Ta-Imhotep pide a las divinidades pan, cerveza, carne de ternera, aves, incienso, ungüentos, vestidos y todo lo bueno procedente del altar de los dioses. Pero, en el texto de esa misma estela, se queja amargamente de su suerte.

Occidente, donde ella se encuentra ya para siempre, es la tierra del sueño y las tinieblas; los difuntos se ven privados de la vista y

[114] Estela British Museum 147; véase M. Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature,* III, pp. 59-65.

terminan perdiendo la memoria. Grandes y pequeños están en manos de la muerte, que, insensible a los lamentos, golpea donde y cuando quiere y puede llevarse al niño que camina al lado de un anciano.

Ta-Imhotep tiene sed del agua de la vida, pero ya no puede bebería. ¡Que su marido se la ofrezca una vez más! Durante los años que le queden de vida, que disfrute de los placeres de la existencia. Y que todos los que acudan a su tumba le hagan una ofrenda de agua e incienso.

Lejos del hombre al que ama, lejos de sus hijos, ¿qué puede esperar?

LA REUNIÓN DE TODA LA FAMILIA EN EL OTRO MUNDO

El marido de Ta-Imhotep murió un año después del fallecimiento de su esposa. Ni uno ni otra, en realidad, podían perder la esperanza, pues sabían que las familias justas a ojos de Maat seguían viviendo en el más allá. En efecto, existía una fórmula muy antigua[115] que permitía que los miembros de una familia se reuniesen para la eternidad: *«Reunir a los miembros de la familia, padre, madre, amigos, compañeros, hijos, mujeres, compañeras, trabajadores, criados... Eso ha sido verdaderamente eficaz millones de veces".*

Atum, Ra, Geb y Nut, es decir, el creador, la luz divina, la tierra y el cielo garantizaban esa dicha; si no se cumplía, los vivos dejarían de llevar panes y viandas a los altares, y dejarían de fabricarse las barcas. Pero si se cumplía, se harían ofrendas y la barca de Ra sería escoltada por una tripulación de estrellas indestructibles e infatigables.

Y así el corazón de Ta-Imhotep, como el de los otros justos, se alegraría y conocería la dicha eterna, ya que vería reunida a su familia en el más allá.

MODERNIDAD DE LA FAMILIA EGIPCIA

La estructura de la familia egipcia en tiempos de los faraones nos parece simple y evidente: un padre y una madre, con los mismos deberes y derechos, y sus hijos. Éste era el núcleo central, que se acompañaba de un profundo respeto a los abuelos.

No obstante, esta estructura no estaba tan extendida como parece; pensemos en las familias africanas y musulmanas, por ejemplo, que funcionan de manera diferente. Además, la antigua familia egipcia no era muy extensa; en el pueblo de Dayr al-Madina, la más extensa tenía tres hijos, y la media era de dos hijos. Había parejas sin hijos y varios solteros. No olvidemos que los sabios recomendaban no hacer reproches a las mujeres que no podían tener hijos.

Los vínculos que unían a una pareja eran muy fuertes. Aunque sentían gran afecto por su progenitura, los egipcios predicaban, como veremos, una educación bastante estricta. Cada miembro de la familia tenía una responsabilidad individual y no podía refugiarse en su clan para sustraerse a una sanción. Ahora bien, los miembros de la

---

[115] *Textos de los sarcófagos,* capítulo 146.

familia intentaban mantener su riqueza colectiva de generación en generación. Era una familia digna de ese nombre, que favorecía el pleno desarrollo de los suyos y la coherencia del núcleo familiar.

40. EL BANQUETE DE LA DAMA ITHUY

Entre los placeres que deparaba la existencia en el antiguo Egipto había uno al que ninguna mujer de calidad deseaba renunciar bajo ningún pretexto: asistir a un banquete. En algunos casos, como en el de la dama Ithuy, se trataba incluso de organizado y preparar la fiesta, para que los huéspedes conservasen un recuerdo excelente de la velada que pasarían en su casa, rebosante de flores y perfumada.

El marido de la dama Ithuy[116] se llamaba Horemheb, era escriba real y escriba de los reclutas. Su ocupación era, por lo tanto, seleccionar entre los voluntarios los que juzgaba aptos para formar parte del ejército profesional.

En las cocinas reina una ruidosa animación: se preparan las carnes, pescados, panes y pasteles. Los criados escancian vino y cerveza en las jarras que llevarán a la mesa del banquete, sobre la cual se ha dispuesto una preciosa vajilla compuesta por copas de oro, de plata y de alabastro, así como varios recipientes de barro. La dama Ithuy debe estar atenta a todo, comprobando que no falte nada, y que no se olvide ningún detalle.

Cuando lleguen los invitados, entre los cuales no faltarán bellas mujeres ricamente vestidas y maquilladas, los anfitriones les darán la bienvenida con cálidas palabras. La dama Ithuy les deseará vida y salud, pidiendo para ellos la protección de las divinidades, gracias a las cuales todos gozarán de buena salud y aprovecharán los felices momentos de la fiesta.

Tras los cumplidos de rigor, las bellas mujeres, vestidas con sus finas y ligeras túnicas transparentes, avanzarán con gracioso caminar hasta el interior de la casa. Han sido necesarias varias horas para elegir el maquillaje apropiado, realizar el peinado de complicadas trenzas, perfumarse y vestirse con el mayor refinamiento.

En la sala del banquete se respeta una jerarquía: la pareja anfitriona preside la mesa y ocupa asientos de madera. Los huéspedes disponen de sillas, taburetes y cojines.

No es usual que las parejas se mezclen. Marido y mujer permanecen juntos durante el banquete y se manifiestan discretamente su ternura con el gesto de la esposa, que pasa un brazo por encima de los hombros de su marido.

Una vez instalados los invitados, empiezan a actuar los criados, en su mayoría muchachas jóvenes, mientras los músicos dejan oír delicadas armonías a cuyo ritmo las bailarinas trazan agradables figuras. Las criadas ofrecen flores de loto a las damas, que éstas aspiran con deleite; adornan su cuello con guirnaldas y colocan sobre su cabeza, así como sobre las de los hombres, conos de grasa perfumada que, al fundirse, desprenden suaves aromas. A los invitados se los perfuma y ofrecen ungüentos y masajes.

El menú de los banquetes solía ser copioso: entrantes, carnes, pescados, dulces, verduras y postres. Los anfitriones se mostraban exigentes con la calidad de los productos, así como sobre su

[116] Resulta difícil precisar el sentido de su nombre: «la soberana» o «la que fascina».

preparación, y seleccionaban con esmero los excelentes vinos, procedentes casi siempre del Delta y de los oasis. Las invitadas participaban con gusto de los placeres de la mesa, al tiempo que escuchaban los versos de las poetisas que celebraban la generosidad de los dioses, la perfección de su obra, agradeciéndoles que hubieran revelado el amor a los seres humanos llevándolo hasta su corazón.

Algunas bailarinas eran profesionales y cobraban un alto precio por animar los banquetes; otras eran muchachas jóvenes que querían probar su talento y hacer admirar sus encantos. Una pintura de una casa de Dayr al-Madina representaba a una mujer joven vestida tan sólo con un velo transparente; se la ve tocando el oboe mientras esboza de puntillas un gracioso paso de danza. La artista lleva un collar y pulseras en las muñecas y tobillos.

Un arpista, con los ojos cerrados, o una mujer tocando el mismo instrumento, con los ojos abiertos, entonaba un canto ritual animando a los invitados a tener un día feliz y a tener plena conciencia de los momentos de felicidad que vivían. Todos sabían que la existencia sobre la tierra es sólo un tránsito. La humanidad debe respetar su principal deber, que consiste en percibir las leyes eternas de la creación, y entonces los acontecimientos terrestres se desarrollarán en armonía, como ese banquete donde la belleza de las damas es una de las más admirables expresiones de la alegría celeste. Que el marido se ocupe de su hermana bienamada ofreciéndole los mejores perfumes y magníficas flores. Que todo el mundo goce de esta alegría compartida preparándose para reunirse, antes o después, en la tierra del silencio.

Y he aquí una espectacular atracción: una bailarina, como símbolo del sur, coloca delicadamente el pie sobre la nuca de su colega, símbolo del norte. A continuación realizan auténticas figuras acrobáticas. Las instrumentistas baten palmas marcando el ritmo de la representación. En la tumba del astrónomo Najt, en Tebas, descubrimos una escena admirable: una muchacha de gran belleza, sin más vestido que un cinturón de perlas alrededor del talle, toca el laúd mientras baila acompañada por una flautista y una arpista.

El repertorio de escenas de banquete evita mostrarnos a los invitados comiendo. En cambio sí los vemos beber. Las sirvientas escancian vino y cerveza en copas que ofrecen indistintamente a los hombres y a las mujeres. Estas bebidas están destinadas a alegrar el *ka,* la potencia energética del ser.

De este modo habló la dama Ithuy dirigiéndose a su marido: *«¡Por tu ka! Que pases un feliz día en tu hermosa morada para la eternidad, con el rostro vuelto hacia Amón-Ra, tu señor; que él te conceda su amor".*

El banquete, no lo olvidemos, es un símbolo de la existencia de ultratumba. No existe mejor evocación de la dicha eterna que este ágape de celebración en común, en el que el invitado descubre una infinita gama de placeres sutiles, desde el afrutado vino hasta el deleite de la conversación. El banquete es un momento privilegiado en el que se entrecruzan todas las formas de vida. La dama Ithuy podía sentirse orgullosa de haber llevado la alegría al corazón de sus

invitados.

41. NEFERU, AMA DE CASA

UNA TAREA ESENCIAL

Fue en el Imperio medio cuando se designó a la mujer con el título de «ama de casa» *(nebet per),* refiriéndose con ello al conjunto de funciones que realizaba desde el origen de la civilización egipcia.

La dama Neferu confirió al título sus cartas de nobleza, pues ella no era otra que una reina, esposa de un Montuhotep. *«El ama de casa —*afirma un texto*— posee un carácter encantador; a ella, el universo entero le dice: Sé bien venida, la bienvenida".*[117]

Al casarse, la mujer no perdía ninguna parcela de su autonomía legal o jurídica, pero adquiría una pesada responsabilidad, la de dirigir una casa más o menos grande. El sabio Any recomendaba a los hombres no importunar a la esposa preguntándole dónde se encuentra tal o cual objeto cuando está colocado en el lugar que le corresponde. «*Admira su labor —*exigía el sabio*— y cállate".* En lugar de rezongar y de criticar, más valía ayudarla según sus deseos; la mujer se siente feliz cuando la mano del marido estrecha la suya. Y concluye: *«Hay mujeres cuya naturaleza consiste en hacer todo lo posible por honrar al gran dios... Una mujer que gobierna bien su casa es una riqueza insustituible".*

LAS DIMENSIONES DEL HOGAR

La palabra egipcia *per,* que nosotros traducimos por «casa», también significa «dominio, propiedad»; el «ama de casa» reina, en realidad, sobre un dominio que no se limita al núcleo familiar propiamente dicho, sino que incluye la servidumbre, animales, tierras cultivables e incluso las actividades artesanales.

Las dimensiones del hogar y el número de habitaciones dependen de la situación económica de la pareja propietaria. Se han hallado pocas huellas de ciudades egipcias; sólo conocemos, y de manera imperfecta, los vestigios de Kahun, ciudad del Imperio medio, de Dayr al-Madina, población tebana del Imperio nuevo, y de Tell al-Amarna, la capital de Ajnatón, en el Egipto Medio. Las dos primeras no eran aglomeraciones ordinarias sino ciudades de artesanos, encerradas en un recinto en el que la población «especializada», como la de las «ciudades de las pirámides», vivía según sus propias leyes. Las casas de artesanos más pequeñas constaban de tres piezas y las mayores de unas diez. Las residencias de los jefes de obra, terratenientes o dignatarios de la corte eran amplias villas con jardines, lagos de recreo y más de setenta piezas. En Dayr al-Madina, por término medio, las casas tenían cuatro piezas principales y un pequeño patio que servía de cocina.

En todas las épocas, las construcciones eran de adobe. Habitualmente constaban de una sola planta y siempre disponían de una terraza orientada al norte. Había pequeñas aberturas en el techo, cuidadosamente calculadas, que dejaban pasar la luz pero no el calor; permitían también la circulación del aire, que aseguraba de ese modo

[117] Véase *ASAE,* VIII, 1907, p. 272.

una ventilación natural. En una habitación de recibir, encomendada a la protección del dios Bes, se erigía un pequeño altar destinado a celebrar la memoria de los antepasados. Los aseos lindaban con los dormitorios.

En el caso de las grandes villas se añadían los silos, talleres, tahonas, bodegas y establos. Un elemento notable del mobiliario era la cama, que tenía el somier fijo sobre un marco de madera. A todo ello se añadían cofres de madera, armarios, taburetes, jarras para el vino y el aceite, los utensilios necesarios para la cocina, entre los que cabe destacar los hornos fijos o móviles, infiernillos y marmitas.

El ama de casa Neferu, cuyo nombre significaba «belleza», «realización», reinaba sobre un amplio dominio que no era otro que la corte real. Era tarea suya dirigir al personal, de manera que ninguna falsa nota introdujese discordancias en la vida cotidiana.

En Dayr al-Madina, las esposas de los artesanos se ocupaban del hogar, pero contaban con la valiosa ayuda de sirvientas que el Estado ponía a su disposición, unas empleadas que tenían como ocupación principal moler el grano.

LA HIGIENE

Neferu, como cualquier otra ama de casa, concedía una gran importancia a la higiene. La casa no sólo se perfumaba sino que también era desinfectada regularmente, con el fin de eliminar insectos y parásitos; la fumigación era la principal técnica utilizada.

El aseo matinal era indispensable y estaba muy extendido el uso de sustancias jabonosas y rascadores para la piel; había aseos y era obligado lavarse manos y pies antes de entrar en una casa; purificarse la boca con natrón; llevar ropa limpia, que los lavanderas frotaban sobre una piedra ancha con natrón antes de ponerla a secar al sol; éstos eran algunos aspectos de la higiene egipcia, practicada en todas las capas sociales. Ésta es la razón principal por la que ninguna epidemia de envergadura diezmó el Egipto de los faraones.

Una anécdota ilustra a las claras la exigencia de limpieza de esta civilización. Al final de la *Historia de Sinuhé,* el héroe consigue por fin volver a casa después de una larga estancia en el extranjero, donde había actuado como agente de información. Al ser recibido en la corte, la reina exclama: *«¡Él! ¡Es imposible que sea él! Éste es un verdadero beduino”.* ¿Cómo convertirlo de nuevo en egipcio? Bañándolo. Un prolongado alto en una estancia destinada al aseo donde, con intervención del peluquero, lo afeitan y depilan. Añádase incienso, ungüentos y ropa de lino limpia: cuando Sinuhé vuelve a presentarse ante la reina sin rastro de suciedad, la soberana lo reconoce.

ALIMENTAR A LA FAMILIA

*«Una mujer excelente, de noble carácter —*escribe el moralista Anjsesongy*— es como el alimento en un período de hambre”.* Con estas palabras subrayaba el papel del ama de casa, encargada de comprar y preparar los alimentos.

Sin duda, Neferu veló por el aprovisionamiento del palacio; las

amas de casa de rango más modesto acudían a los mercados, donde adquirían los productos que ponían a la venta los vendedores ambulantes y los caravaneros.

En su casa, la mujer tenía como labor primordial preparar el alimento de base, el pan-cerveza. Recordemos una célebre estatua, conservada en el Museo de El Cairo,[118] que representa a una robusta ama de casa en plena actividad. Lleva una peluca negra y un collar, el pecho desnudo, va descalza y viste una sencilla falda blanca. Con las manos hundidas en un enorme recipiente, amasa la pasta de pan, mojada en un tamiz colocado sobre una jarra. De este trabajo saldrá el pan que habrá que cocer y la sustancia base de la cerveza, la cebada fermentada en agua y rociada con licor de dátiles.

Es poco probable que la dama Neferu amasara ella misma la pasta, pero sin duda conocía la técnica, que se transmitía de madres a hijas. Tamizar, moler, amasar y majar eran labores tradicionalmente reservadas a las mujeres; en cambio, la cocción era cosa de hombres. A ellos les correspondía también realizar la mayoría de trabajos agrícolas, sobre todo los más penosos, fabricar el vino, salar y secar la carne, preparar el pescado y, muy a menudo, cocinar. Como vemos, el ama de casa no se veía abandonada a su propio esfuerzo.

El azar de las excavaciones llevó al arqueólogo inglés Emery a descubrir en una tumba de mujer de la II dinastía parte de una comida momificada: el menú incluía una especie de gachas a base de cebada, una codorniz asada, dos riñones asados, un guiso de paloma, pescado cocido, costillas de buey, unas hogazas de pan, unos pastelillos redondos, compota de higos y bayas.

AMA DE CASA PARA LA ETERNIDAD

De Neferu, como de toda ama de casa, se esperaba que fuese activa, competente y generosa, dispuesta a acudir en ayuda de cualquiera que se viese aquejado de algún mal, a ofrecer pan al hambriento o a vestir al desnudo. Por esta razón, toda la ciudad la tenía en gran estima y cantaba sus alabanzas.

Un bajorrelieve de la XVIII dinastía, descubierto en Saqqara, cerca de la pirámide de Teti, sitúa al ama de casa en otra perspectiva. Lleva una peluca negra, un cono perfumado sobre la cabeza, un vestido blanco ceñido y anudado bajo el pecho, y por encima del vestido lleva un velo de lino transparente. Aparece adorando a Hator, soberana de Occidente, que la recibe en el otro mundo. A su fiel servidora, que supo ser una perfecta ama de casa, la diosa le ofrece otra morada, el templo del cielo, donde las tareas domésticas se realizan mágicamente y donde será eternamente joven y alabada por su marido como *«su hermana, su amada, digna de confianza, de disposiciones amables, de voz entonada».*[119]

[118] Museo de El Cairo, DE, 66 624 (final de la V dinastía).
[119] Texto de la tumba tebana de Nebamón (núm. 90), dedicado a su esposa Teye.

42. LA DAMA MUT EDUCA A SU HIJA

JUEGOS DE NIÑOS

La dama Mut, cuyo nombre significa «la madre», ha dado a luz una niña. La magia y los cuidados de las comadronas han sido eficaces y el amamantamiento ha sido provechoso. La madre y la niña se encuentran bien. Como ama de casa, Mut debe ocuparse de múltiples tareas, sobre todo de ir al mercado; si no puede dejar al niño al cuidado de algún allegado, lo lleva consigo, en bandolera, de manera que le queden las manos libres, o al brazo, o incluso apoyado sobre su cadera. Las nubias solían llevar a sus bebés en un capazo a la espalda; cuando la mujer egipcia adoptaba esta solución sujetaba al niño con una tela de lino que colgaba en bandolera.

Tan pronto como la niña podía caminar, salía a jugar con los otros niños, desnudos como ella, salvo si la temperatura era demasiado fresca; al cuello llevaba un amuleto protector, casi siempre una perla azul turquesa suspendida de un hilo, que alejaba el mal de ojo. La niña acostumbraba a ir desnuda hasta su primera menstruación y, más adelante, tampoco estorbaba sus movimientos con ropa para bailar o nadar.

Los pequeños egipcios aprendían muy pronto a nadar en el río o en los canales; los de familias más acomodadas disfrutaban de lagos de recreo. Una niña tenía muchos juegos a su alcance: muñecas de trapo, juguetes de madera, algunos incluso articulados, juegos de sociedad, sin hablar de los juegos habituales con animales de compañía, como perros, gatos y monos, de modo que nunca le faltaban ocasiones de cometer travesuras.

Las escenas conservadas en las tumbas de Bani Hasan, en el Egipto Medio, nos revelan cómo se distraían las niñas y muchachas. Lejos de la presencia de los chicos, las niñas jugaban con pelotas para probar su habilidad. Las más hábiles adoptaban una complicada postura, a caballo sobre sus compañeras y con la espalda inclinada. Dos parejas de caballo y jinete intercambiaban la pelota.

La gimnasia era otro de los juegos favoritos. Las mismas escenas nos muestran a unas mujeres contorsionándose hacia atrás, realizando un ejercicio de flexibilidad; otras dan saltos con las piernas dobladas y los brazos extendidos, y aun otras practican una especie de judo. Una muchacha, muy erguida, hace caer a su adversaria levantándola por encima de su hombro mediante una llave impecable.

Estos ejemplos de gran vivacidad demuestran que las muchachas egipcias, lejos de quedarse confinadas en sus casas, tenían la posibilidad de practicar deportes y juegos. No necesitaban la autorización de ningún hombre para reunirse entre amigas. La «liberación del cuerpo» era un hecho en el antiguo Egipto.

EL RESPETO DEBIDO A LA MADRE

Entre los egipcios de la antigüedad no era de rigor tratar a un niño como a un pequeño rey. La dama Mut exigía educación y

respeto. La niña, como cualquier otro pequeño, era un «bastón torcido» que había que enderezar y que se caracterizaba por sus principales defectos: la sordera a las recomendaciones y la ingratitud. El papel de la madre consistía en abrirle los oídos al niño, «las vivas» a través de las cuales le llegaba el conocimiento, es decir hacer que prestara atención a las palabras que los sabios dirigían a los niños: *«Devuelve el doble de pan que tu madre te ha dado, llévala como ella te ha llevado. Tú fuiste una carga para ella y le causaste fatigas, pero ella no se ha despreocupado de ti. Sus preocupaciones no acabaron al nacer tú después de los meses de embarazo. Ella te dio el pecho durante tres años. No mostró disgusto por tus excrementos y se preocupó de darte los mejores cuidados. Ella te llevó a la escuela. Allí aprendiste a escribir y, todos los días, ella estaba cerca de ti, preparándote el pan y la cerveza. Recuerda que es tu madre la que te ha traído al mundo y la que te ha educado con esmero. Procura que nunca pueda censurarte ni levantar las manos al cielo para quejarse de ti".*[120]

Grandes personajes se hicieron representar al lado de su madre, orgullosos de proclamar que eran «hijos de ella», y muchos faraones rindieron homenaje a su progenitura, a la que consideraban encamación de la gran madre.

LA EDUCACIÓN DE UNA HIJA

Escuchar música, aprender a cantar, a tocar un instrumento, a hilar y tejer: la dama Mut procuraba que su hija destacara en estas especialidades, relacionadas con las diosas Hator y Neith, quienes permitirían a la alumna destacada por sus dotes trabajar para un templo.

¿Y la escritura y la lectura? Las niñas tenían acceso a ellas, al igual que los niños, en la escuela del pueblo. Para recibir más instrucción había que acudir a la ciudad, o ser admitida en la escuela de un templo. El núcleo de toda educación, avanzada o no, era el conocimiento y el respeto de Maat, la regla eterna. Para aplicarla en la vida cotidiana, la niña debía amar la verdad y detestar la mentira, evitar los excesos y las pasiones destructivas, no considerarse el centro del mundo, practicar la solidaridad, saber escuchar, disfrutar de las virtudes del silencio y hablar en el momento oportuno, respetar la palabra dada, no reaccionar al mínimo impulso procedente del exterior, reconocer la presencia de lo sagrado y del misterio en todas las cosas y tratar de actuar con rectitud.

Cuando el corazón del ser está abierto, cuando llega a decir y a actuar conforme a la regla, esta práctica es preferible a cualquier saber. Éste era el camino trazado indistintamente para los pequeños de uno u otro sexo.

[120] *Enseñanzas del escriba Any,* máxima 38.

43. NANEFER, ESPOSA ADORADA

«*No reclames contra el que no tiene hijos* —recomienda el sabio Ptah-hotep en su novena máxima—*, no critiques el hecho de no tenerlos, y no te jactes de tenerlos tú; hay muchos padres que viven en la aflicción, y lo mismo le ocurre a muchas madres que han dado a luz, mientras que otra, sin hijos, vive más serena que ellas".* No tener hijos no era en el antiguo Egipto una tara o una maldición; según Ptah-hotep, la falta de descendencia carnal podía incluso facilitar el acceso a una vida espiritual en el interior del templo.

Una pareja estéril y deseosa de educar a un niño tenía la posibilidad de adoptarlo. No conocemos las modalidades detalladas de este procedimiento, pero sí que implicaba una inversión material. Un contrato de adopción procedente de Tebas, con fecha del 536 a. J.C., está redactado en forma de contrato de venta. El padre adoptivo «compra» a su hijo, que hace la siguiente declaración: *«Estoy satisfecho del precio que has pagado para que me convierta en tu hijo. Soy tu hijo, con los niños que traeré al mundo, y todos los bienes que poseo o poseeré. Ninguna otra persona tendrá derecho sobre mí, ni padre ni madre ni amo ni ama".*

En el campo de la adopción se dio un caso extraordinario, el de la dama Nanefer, «la bella».[121] Los acontecimientos tuvieron lugar durante la XX dinastía, bajo el reinado de Ramsés XI. La dama Nanefer era una cantora del dios Set y ejercía sus talentos rituales en la ciudad de Sepermeru, la actual Bahnasa; su marido, Nebnefer, era jefe de caballerizas. Una pareja apacible que gozaba de cierta comodidad material en una tranquila ciudad de provincia.

Nebnefer, sin embargo, estaba angustiado. Temía hallarse enfermo y le obsesionaba el futuro de su esposa. No tenían hijos y le preocupaba que, después de su muerte, algunos miembros de su familia impugnaran de una manera u otra la herencia de Nanefer.

Tomó entonces una sorprendente decisión: adoptó a su mujer, que pasó a convertirse así en... su hija única. «Me he convertido en hija suya», explica la esposa.

Fue necesario un documento escrito, que redactó un escriba delante de testigos; fueron cuatro jefes de caballerizas, dos soldados y varias mujeres, entre ellas otra cantora de Set. Desde entonces, y de manera explícita, Nanefer iba a ser la única legataria de todos los bienes de su marido y nadie podría impugnarle su propiedad.

Sabia decisión, ya que la dama Nanefer sobrevivió mucho tiempo a su marido. Dieciocho años después de la muerte de aquél, ella tuvo un noble comportamiento. Siempre al frente de los bienes que su difunto marido le legó, ella consideró justo que sus allegados se beneficiaran de ellos, ya que la habían tratado bien durante su viudedad.

Nanefer, en efecto, no se había vuelto a casar y no había tenido hijos. Su hermano menor, Padiu, le había demostrado atención y

[121] Véase A. H. Gardiner, «A Dynasty XX deed of Adoption», en *JEA,* 26, 1960, pp. 23 ss.; E. Cruz-Uribe, «A new look at the Adoption Papyrus», en *JEA,* 74, 1988, pp. 220-223; C. J. Eyre, «The Adoption Papyrus in Social Context», en *JEA,* 78, 1992, pp. 207-221.

afecto, al igual que su sirvienta, madre de tres niños, dos muchachos y una niña. Padiu, también él jefe de cuadras, se había enamorado de la mayor. La dama Nanefer facilitó su matrimonio adoptando a su hermano menor y legándole su fortuna, que debería compartir con los tres hijos de la sirvienta. Los había alimentado y se había ocupado de su educación y, a cambio, ellos la habían tratado bien.

Un hermoso ejemplo de generosidad y reconocimiento que le ha valido a la dama Nanefer, mujer e hija de su mando, que se conserve su memoria.

LAMINAS - 2



Mastaba de Idut. La propietaria de la tumba, gran dama del Imperio antiguo, contempla la eternidad.

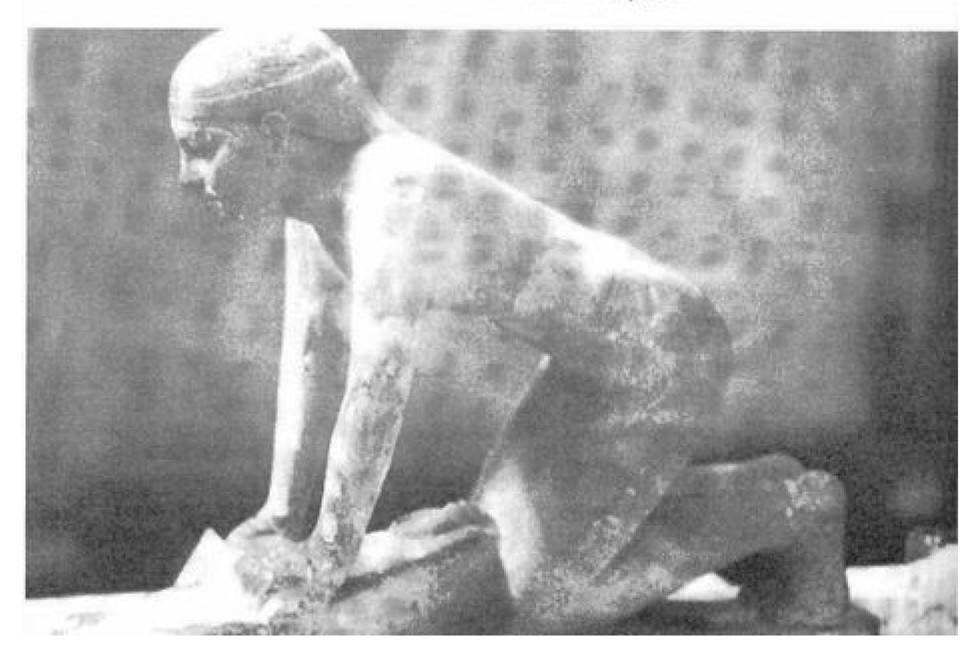


Dandara. Una mujer encarna el campo que ofrece sus productos al templo.

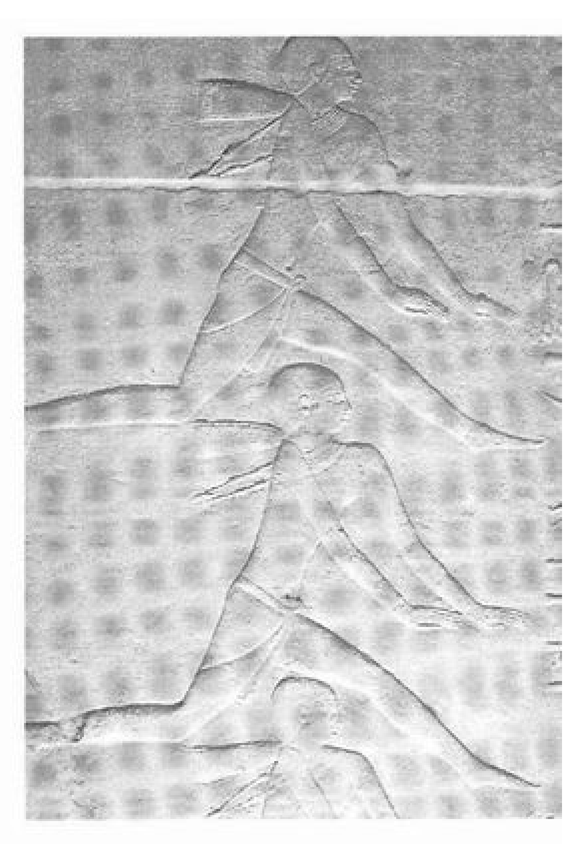


Mastaba de Ti. Una anciana se apoya en un bastón para andar.

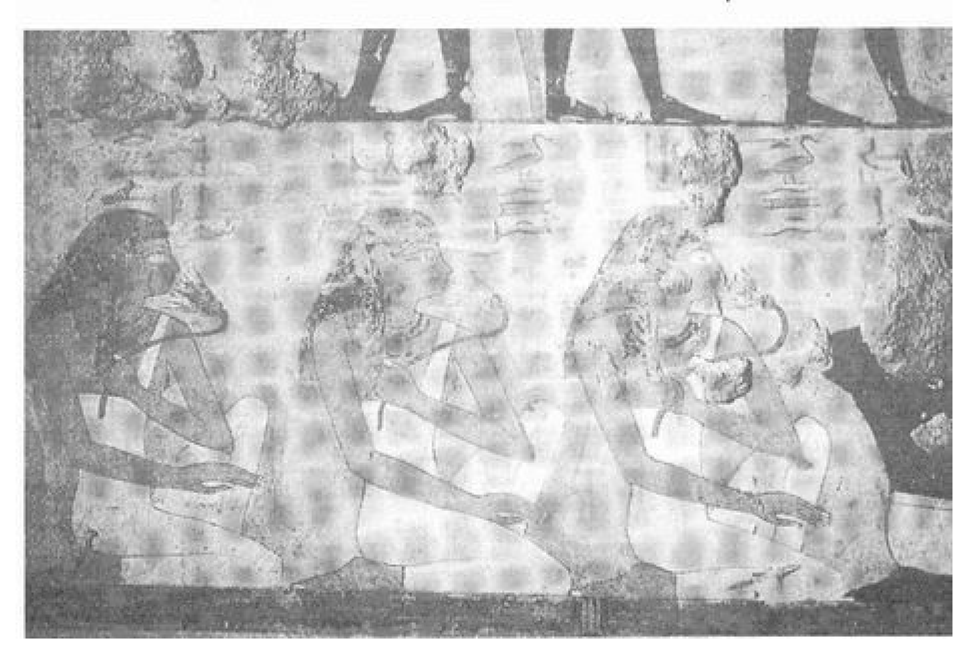
La dueña de casa amasando la pasta.

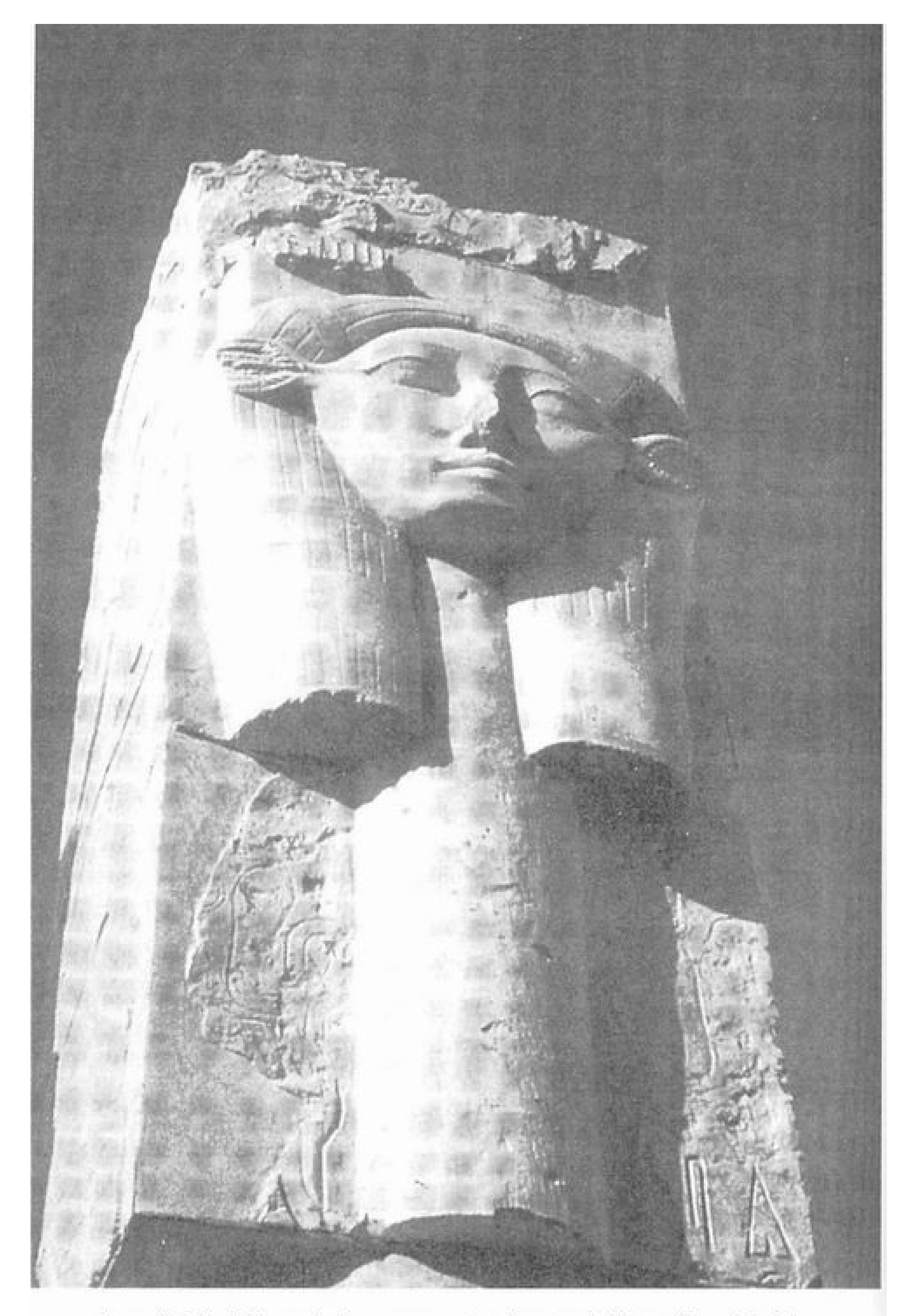


Mastaba de Kagemni.
Bailarinas en postura acrobática.



Tumba tebana de Amenemhat. Una invitada al banquete.





Dayr al-Bahari. Un capitel que representa el rostro de Hator, diosa del cielo.

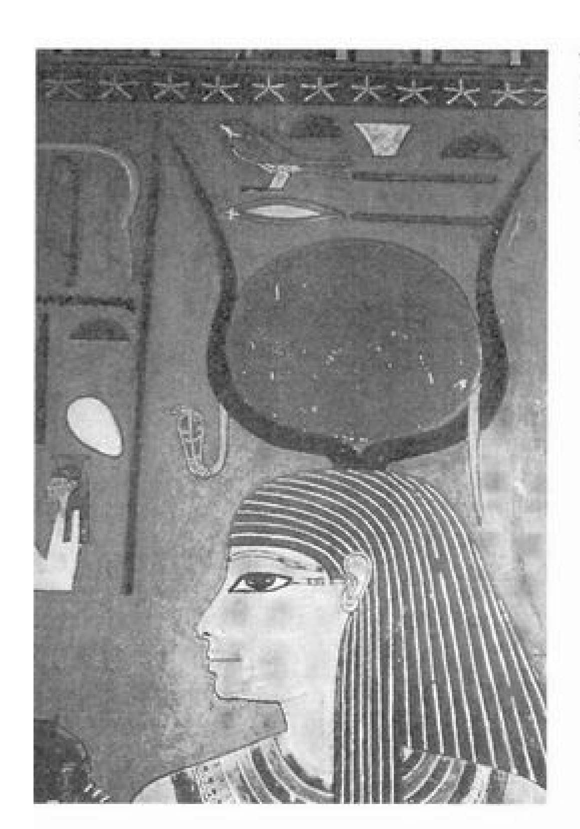


Tumba de Iry-Nefer. Isis extiende sus alas para resucitar a Osiris.



Tumba de Roy. Plañideras en actitud de duelo.





Tumba de Horemheb, Valle de los Reyes. La diosa Hator, soberana de las mujeres y patrona de las iniciadas.



Tumba de Ja-em-hat. La diosa del «hermoso Occidente», apacible más allá prometido a los justos.



Tumba de Ramsés II, Valle de los Reyes. La gran diosa que hace nacer a todos los seres.

44. TRES CASOS DESDICHADOS

UNA ESPOSA RECHAZADA

La dama Iutenheb era la esposa de un importante propietario rural, Hekanajt, y vivió en el Imperio medio durante el reinado de Montuhotep I. De hecho era la segunda esposa de este personaje autoritario, frecuentemente en viaje de negocios.

Lejos de casa, escribía cartas transmitiendo sus instrucciones para que se mantuviese el orden en su propiedad. Desgraciadamente, la dama Iutenheb no contaba con el aprecio de la gente de su casa, es decir, de la madre y los hijos de Hekanajt, y sobre todo de una sirvienta que se las ingeniaba para hacerle mil y una perrerías a la esposa del señor.

Bastante descontento, Hekanajt, muy respetuoso con su madre, se mostró rudo con los hijos y pidió a su intendente que despidiese a la sirvienta, lo que no era tan fácil, pues la sirvienta tenía antigüedad en su trabajo y reclamaba indemnización.

A fin de cuentas, si la atmósfera de la casa le resultaba insoportable a la señora de la casa, que no había sabido sustituir a la difunta esposa en el corazón de los niños, sólo había una solución: que el intendente tomase las medidas necesarias para que se reuniese con Hekanajt allá donde se encontrase. Rechazada por la familia, no sabemos si la desdichada Iutenheb encontró la felicidad junto a su marido.

LA ESPOSA ADÚLTERA

La mayoría de matrimonios, apoyados en el libre compromiso de sus componentes, eran sólidos y duraderos. Pero no todas las mujeres egipcias fueron fieles. En el *Cuento de los dos hermanos* interviene una joven y bella mujer que, casada con el hermano mayor, intenta seducir al más joven, al que veía crecer más vigoroso día a día. Deseando conocerle carnalmente, le propuso que se tendiera a su lado y pasaran juntos una hora agradable.

Cuando una mujer se veía acusada injustamente tenía derecho a un particular procedimiento: en presencia de su marido y delante de testigos juraba no haber tenido relaciones sexuales fuera del matrimonio ni haber conocido carnalmente a otro hombre que a su esposo. Este juramento dejaba a la acusada limpia de toda sospecha. En una sociedad como la nuestra, donde la palabra dada carece de valor, semejante trámite provoca sonrisas; en el antiguo Egipto, por el contrario, prestar juramento y dar su palabra eran actos de extrema gravedad que comprometían enteramente a la persona. Prestar falso juramento implicaba destruirse a sí mismo, pues una falta de ese tipo entrañaba una condena definitiva pronunciada por el tribunal del otro mundo. La mentirosa se veía, por lo tanto, privada de la vida eterna. La esposa no podía afirmar su fidelidad a la ligera; cuando el marido se reconocía culpable de haber acusado injustamente a su mujer le debía una compensación material.

Según las fábulas, el adulterio podía ser castigado con la

muerte. El hermano mayor del *Cuento de los dos hermanos* acaba albergando dudas sobre la fidelidad de su esposa. Consigue que su hermano le confíe la triste verdad. Su venganza es implacable: al volver a casa mata a su mujer y lanza el cadáver a los perros. En el relato titulado *Verdad y mentira* es un hijo el que conoce la infidelidad de su madre. Furioso, la advierte de que convocará un consejo de familia para que la juzgue. En otro cuento, éste del Imperio antiguo, Ubaoné, ritualista y mago, se dirige a la corte de su rey, Nebka. Su mujer aprovecha esta ausencia para retozar con un burgués en el interior mismo de la magnífica finca donde ella pasaba sus apacibles días con Ubaoné. Los amantes gozaron del momento en un pabellón a orillas del agua sin tener en cuenta la presencia del jardinero que, indignado por su comportamiento, avisó del hecho a su señor. Ubaoné mantuvo la calma pero fabricó un cocodrilo de cera de trece centímetros de longitud. Al atardecer de una cálida jornada, el burgués quiso bañarse. Cuando lo vio sumergirse, el jardinero deslizó el cocodrilo de cera, que se transformó en un monstruo de cuatro metros. Ubaoné invitó al faraón a su casa para que viera el prodigio*:* *«Llévate al burgués»*, ordenó el mago al cocodrilo; Ubaoné se agachó, recogió al saurio con una mano y le enseñó al soberano... una figura de cera. *«¿A qué obedece esta demostración?», preguntó el rey. «Para darte fe de mi desgracia»,* respondió el mago, relatándole a continuación su infortunio conyugal. El faraón dio a conocer su sentencia dirigiéndose al saurio: *«Llévate lo que te pertenece".* El cocodrilo volvió a convertirse en monstruo y se llevó al burgués al fondo de la alberca. En cuanto a la mujer adúltera, fue quemada y sus cenizas arrojadas al Nilo. No hay pruebas de que, fuera de estos textos «ejemplares», realmente se castigara con la muerte el adulterio. En cambio sí suponía el fin del matrimonio. Si a un hombre perteneciente a una cofradía profesional se le reconocía culpable de adulterio, se veía excluido de ella y pagaba una multa. La mujer culpable abandonaba la casa. Se tratara de un hombre o de una mujer, el adulterio se consideraba una falta grave y entrañaba la pérdida financiera prevista por el contrato de matrimonio.[122]

DAD PROTECCIÓN A LA VIUDA

La muerte separaba a los esposos trayendo consigo la desesperación. Y qué peor destino para las mujeres, en casi todas las sociedades, que convertirse en viuda. En el antiguo Egipto la viuda no tenía que temer por su situación material. Heredaba los bienes familiares y se encargaba de administrarlos; guardaba para sí misma un tercio mientras repartía el resto entre sus hijos, sin hacer diferencias por su sexo. Incluso en el caso de que contrajese nuevo matrimonio continuaba ocupándose de los haberes obtenidos durante su unión anterior.

En el caso de que la familia dispusiese de modestos recursos, es cierto que la viuda podía temer la miseria; entonces apelaba a las

[122] Véase *JEA,* 70, 1984, pp. 92-105. Un papiro de Dayr al-Madina amenaza al hombre adúltero con mutilaciones y el exilio.

autoridades administrativas, que estaban obligadas a dar de comer al hambriento, agua al que padecía sed, vestir al desnudo y proteger a la viuda.[123] Toda persona notable, en efecto, debía ser «padre del huérfano, marido de la viuda, hermano de la mujer repudiada» o, dicho de otra manera, hacer un buen uso de su fortuna para mitigar la desdicha de los menos favorecidos. Los sabios insisten: hay que proteger a la viuda. ¿Acaso no revive ella los sufrimientos de Isis tras la muerte de Osiris?

La viuda, con los mismos derechos que una mujer casada, era libre de volver a casarse o no. Y es un título de gloria del Egipto faraónico haber manifestado su solidaridad hacia las mujeres que sufrían una prueba tan dura.

[123] Véase D. Franke, *LdÄ,* VI, 1 279-1 289.

45. ANJIRI, UNA MUERTA QUE INFUNDÍA TEMOR

UN MARIDO PERSEGUIDO

Vivió al final del Imperio nuevo y lo tenía todo para ser feliz. Era instructor de oficiales de la caballería en Menfis, contaba con el aprecio de la corte real y había contraído matrimonio con una mujer de calidad, Anjiri, cuya belleza admiraba todo el mundo. Un excelente matrimonio y una brillante carrera, aunque ésta exigía frecuentes desplazamientos; durante su ausencia, el dignatario tomaba las precauciones necesarias para que a su esposa no le faltara nada.

Cuando, con motivo de un ascenso, se vio obligado a abandonar su hogar durante varios meses para residir en un remoto cuartel, envió a su mujer ungüentos, ropas y alimento. De regreso a Menfis, el marido la encontró en mal estado de salud. Llamó de inmediato a un «jefe de médicos». En el transcurso de aquellas horas de angustia le llegó una orden del faraón que le señalaba la necesidad de partir inmediatamente hacia el sur.

La salud de Anjiri decayó, y ésta murió. La trágica noticia le llegó a su marido de camino a su nuevo puesto. Fue tanta su desesperación que rechazó todo alimento. Al regresar a Menfis se dirigió a la tumba de Anjiri y derramó infinitas lágrimas.

Pasaron tres años. El viudo permaneció inconsolable, minado por la tristeza. Se preguntaba por el origen de su consternación y comprendió que la difunta le martirizaba desde el más allá, ejerciendo en su contra una injusta venganza. Por este motivo le escribió una carta, cuyo texto ha llegado hasta nosotros; se trata de una extraordinaria misiva dirigida por un hombre de aquí a una mujer del más allá.[124]

«Al espíritu Anjiri: ¿qué has hecho contra mí para que me encuentre en este penoso estado? ¿Qué acto reprobable he realizado contra ti que justifique que cargues tu mano contra mí sin que yo haya cometido ninguna maldad? Cuando era tu marido, y hasta que moriste, ¿qué daño te hice? ¿Qué te habré escondido para que me trates así? Sí, ahora me quejo de ti y te acuso, con mis propias palabras, ante la Enéada que reside en Occidente. Gracias a esta carta que contiene el motivo de nuestra discrepancia se podrá pronunciar un juicio.

»¿Qué habré hecho contra ti? Te tomé por esposa cuando era joven y viví contigo. Desempeñé varias funciones permaneciendo a tu lado. "Haremos nuestra vida juntos", te prometí. Siempre actué según tu deseo. Pero ahora tú no me das descanso. Es necesario que se emita un juicio sobre tú y yo para que se distinga lo verdadero de lo falso. Cuando era instructor de los oficiales de infantería del faraón, así como de los conductores de los carros, los hacía venir y postrarse ante ti, y te ofrecían regalos. Mientras vivías nunca te oculté nada. No

[124] Véase M. Guilmot, carta a una esposa difunta, en *Zeitschrift für ägyptische Sprache,* 99, 1973, pp. 94-103. La carta estaba atada a una estatuilla de madera, recubierta de yeso y pintada. Sobre las cartas a los difuntos véase A. H. Gardiner y K. Sethe, *Egyptian Letters to the Dead,* Londres, 1980.

permití que te faltara nada ni te hice sufrir de ninguna manera sin renunciar a mi función; no puedes acusarme de haber tenido un comportamiento poco delicado o grosero ni de haber entrado en ninguna otra casa (para cortejar a otra mujer). No puedes hacerme ningún reproche sobre mi comportamiento.

»Cuando tuve que trasladarme a un nuevo puesto, y me fue imposible abandonar mi acantonamiento según mi costumbre, procuré que no te faltaran ni alimento ni vestido, y que recibieses un buen trato. No me reconoces el bien que te hice. Te escribo para que tomes conciencia de la injusticia que cometes.

»Cuando caíste enferma llamé al jefe de los médicos, que se ocupó de ti según todas tus directrices. Cuando me vi obligado a seguir al faraón y marché hacia el sur me llegó la noticia de tu muerte; pasé ocho meses enteros sin alimentarme normalmente. De vuelta a Menfis solicité un permiso al faraón y me dirigí al lugar donde reposas y allí te lloré. Traje telas del sur para tu momificación, hice que te confeccionaran una buena cantidad de hábitos (mortuorios). No he olvidado nada para que nada le falte a tu felicidad.

»Pero ahora hace tres años que vivo sumido en la tristeza, no he vuelto a casarme y, sin embargo, un hombre en mi situación no está obligado a comportarse así. Actúo de este modo por amor a ti. Pero tú no distingues el bien del mal. En ese caso habrá que emitir un juicio sobre nosotros. Mira, yo no he conocido a ninguna otra mujer".

El viudo estaba convencido de que el espíritu maléfico de su esposa difunta «había hecho caer su mano sobre él» y le perseguía sin razón. Sin duda, el tribunal del otro mundo emitió su veredicto.

UNA ESPOSA REAL DEL MÁS ALLÁ

Pineyem II, faraón de la XXI dinastía, tuvo la desgracia de ver morir a su esposa Neschons. Durante los funerales tuvo la precaución de colocar junto a ella un papiro cuyo texto le ofrecía ciertas garantías.

En él, Amón-Ra prometía guiar el corazón de Neschons y no permitir que acortara la existencia de su marido ni que introdujera ningún elemento nefasto en el espíritu de un hombre. El dios inspiró a la difunta: desearía el bien a su esposo durante todo el tiempo que viviese. Le concedería salud, fuerza y potencia.

Aunque como faraón ejercía la más alta función, Pineyem II temía y respetaba los poderes sobrenaturales de su difunta esposa. Vivir en el más allá no significaba la desaparición o la aniquilación, no al menos si el tribunal de Osiris la había reconocido como justa. La reina Neschons, aun en la eternidad, continuaba siendo la esposa del faraón e influía en su destino.

Si las mujeres vivas se revelaban en ocasiones peligrosas, debido a sus encantos, las muertas podían serlo más. Un *ostracon* de Dayr al-Madina evoca una difunta que se dirige a las divinidades dándoles órdenes, exigiendo que su hija la siga como un pastor a su rebaño. De lo contrario ¡ardería la ciudad de Busiris!

UNA MUJER ESCRIBE AL MÁS ALLÁ

Si los hombres se comunicaban con sus difuntas esposas, las mujeres hacían lo propio con sus maridos muertos. Así, un texto grabado en una vasija de arcilla roja[125] nos cuenta que una mujer escribió a su desaparecido esposo porque su hijo tenía graves preocupaciones. Sin embargo, ella se comportaba como una viuda honesta y no había dilapidado los bienes familiares. Dado que había realizado satisfactoriamente las ofrendas funerarias por el alma del difunto, ¿contemplaría las desdichas de los suyos sin reaccionar?

El diálogo permanente entre los vivos y los muertos era en el antiguo Egipto una realidad cotidiana.

[125] Gardiner y Sethe, op. cit., p. 5.

TERCERA PARTE: EL TRABAJO DE LAS MUJERES

46. LA DAMA NEBET, VISIR, Y OTRAS MUJERES DE LA ALTA FUNCIÓN PÚBLICA

EL ÁMBITO PROFESIONAL DE LA MUJER EGIPCIA

Muchas mujeres egipcias tenían una profesión muy absorbente a la que ya nos hemos referido: ama de casa. Pero muchas de ellas tenían un oficio fuera de la vida familiar y ocuparon importantes cargos, empezando por las esposas reales que se hallaban al frente del Estado, junto al faraón.

El brazo derecho de la pareja real era el visir, una especie de primer ministro que desempeñaba múltiples tareas. El término «visir», tomado de las instituciones del Imperio otomano, no es el más correcto. El título verdadero es *tchaty,* «el de la cortina» o, dicho de otro modo, el que conoce los secretos del faraón porque ha sido admitido al otro lado de la cortina y sabe guardar el secreto «corriendo la cortina» o «echando un velo». El visir, encargado de poner en práctica la voluntad del soberano, como Thot-luna, secretario de Ra-sol, prestaba el juramento de cumplir sin fallos con todas sus abrumadoras obligaciones y debía observar una absoluta integridad, so pena de verse forzado a dimitir de sus funciones, las cuales, según precisaba la investidura, podían ser «amargas como la hiel».

Una inscripción del Imperio antiguo[126] nos reserva una bonita sorpresa. El documento conserva la memoria de los títulos de una dama llamada Nebet, «la soberana, la señora», que fue princesa heredera *(repaf),* directora jefe *(haty-hatet),* hija de Geb, hija de Thot, compañera femenina del rey del Alto y Bajo Egipto, hija de Horus, y... juez y visir. Se trata de un caso raro, pues no se conoce más que una mujer visir en la XXVI dinastía, un período que se inspiró deliberadamente en la edad de oro del Imperio antiguo. Sin embargo, el texto no considera excepcional el cargo de Nebet y la inscripción no parece concederle especial énfasis.

¿Quién era la dama Nebet? La esposa de Jui no pertenecía a la familia real, pero tal vez fuera la suegra del faraón Pepi I (VI dinastía) quien le otorgó su confianza; la familia de la dama Nebet, originaria de Abydos, era allegada al soberano. En su condición de hija de Horus, su mirada era clarividente; como hija de Thot, conocía la lengua sagrada; por su condición de hija de Geb, la fuerza: cualidades indispensables para ser visir.

«ALTAS» FUNCIONARIAS

Al azar de la documentación salvada de los estragos del tiempo y la destrucción, descubrimos que una mujer podía dirigir una provincia, una ciudad, un sector administrativo,[127] lo que implicaba un trabajo considerable al frente de numeroso personal. Una mujer podía

[126] Estela de Abydos, Museo de El Cairo, CG, 1 578.
[127] Por ejemplo, la provincia de Neth, la ciudad de Rejty, la hacienda de Serket.

también ocupar los puestos de inspectora del Tesoro, superiora de tejidos y de la casa de confección de tejidos, de cantores y bailarines, de la cámara de las pelucas, etc. En resumen, excepto del ejército, la mujer tenía abiertas la casi totalidad de las puertas de los sectores característicos de la civilización egipcia.

Ningún escriba ha considerado justificado subrayar una realidad que resultaba natural desde el punto de vista egipcio. ¿Cuántas grandes damas, inmortalizadas por la escultura y la pintura, ejercieron una influencia social determinante sin que fuese necesario proclamarla?

Recordemos a Meryt-Teti, «la amada del faraón Teti», representada en silla de manos en la amplia tumba de Mereruka, fechada en el Imperio antiguo; un buen número de sirvientas la acompañan, cargadas con abanicos, cofres y jarras, algunas de las riquezas que la responsable de un sector económico tenía que administrar. Recordemos también a la dama Sennuy, a la que conocemos por una de las escasas estatuas individuales de mujer que se han conservado; está tallada en granito negro, fue descubierta en su tumba de Kerma, en Sudán, y actualmente se halla expuesta en el Museum of Fine Arts de Boston. Aparece sentada con las manos apoyadas sobre las rodillas: es la viva imagen de la serenidad y de la dignidad. Nos preguntamos qué alta función desempeñó, por la que mereció ser inmortalizada de tal manera, sin la compañía de un marido o unos hijos.

47. LA ESCRIBA IDUT Y SUS COLEGAS

LA DAMA IDUT, ESCRIBA Y «JEFE DE DOMINIO»

Su tumba en Saqqara ha conservado el recuerdo de esta gran dama, cuyo nombre significa «la mujer joven».[128] Los bajorrelieves e inscripciones contenidos en esa tumba nos proporcionan interesantes datos.

El título de Idut, «hija del rey, de su cuerpo, [hija] amada», no significa que fuese hija carnal de un faraón; «venerada por Osiris, Anubis, por el gran dios y por el rey», Idut debió de ser muy apreciada por sus excepcionales cualidades como gestora, pues recibió el cargo de «jefe de finca», o dominio, habitualmente asignado a los hombres.

La vemos vestida con un ceñido y transparente vestido blanco que le llega a los tobillos y sujeta a los hombros con tirantes. El cuello aparece adornado por un ancho collar multicolor. Su tocado nos parece bastante sorprendente: consiste en un bonete que deja pasar una trenza de cabellos que cae hasta el cuello. Al extremo del mismo, un disco característico de las bailarinas y músicos. ¿Es un espejo de los que se utilizaban en algunas danzas rituales, durante las cuales las mujeres intentaban captar la luz solar?

En las paredes de su tumba, Idut aparece representada a gran tamaño, dominando cuatro registros en los que se realizan actividades agrícolas y artesanales, juegos, escenas de caza y de pesca. La vemos acompañada de numerosos funcionarios dispuestos a ejecutar sus órdenes.

Un hecho insólito tratándose de una mujer es que se desplaza en barca para asistir a las obras que se están realizando en las marismas. Idut es la señora de ese lugar, que supervisa atentamente al tiempo que aspira el aroma de una flor de loto. La acompaña un servidor; en la orilla, los ayudantes llevan telas y odres. Entre ellos vemos a algunos escribas.

Un detalle esencial: en la barca de Idut también lleva su material de escriba, que incluye la tablilla, cálamos, tintas y papiros. Idut sabe leer y escribir y domina perfectamente la escritura jeroglífica.

El traslado de la estatua de Idut fue motivo de una grandiosa ceremonia. Los artesanos encargados de sirgarla hasta su morada para la eternidad avanzaron lentamente hacia el sur de la pirámide escalonada de Zoser, cerca de la entrada del gigantesco conjunto arquitectónico consagrado a este faraón. Se esparció agua sobre el terreno por el que debía pasar el trineo para facilitar su deslizamiento. Luego se dedicaron ritos de resurrección a la estatua de Idut, ante la cual se había quemado incienso. El rey y Anubis le hicieron ofrendas, para que pudiese circular a su gusto y en paz por los hermosos caminos de Occidente. El supervisor de los escribas, el maestro de éstos y el archivero asistieron a los funerales de la dama a la que habían servido fielmente.

---

[128] Véase la publicación de B. Macramallah, *Le Mastaba d'Idout, fouilles á Saqqarah,* El Cairo, 1935.

Ahora, en el paraíso del otro mundo, la dama Idut, acompañada por su nodriza, respiraba el inefable perfume de las flores inmortales. Contemplaba las hermosas labores de los campos bañados por una eterna luz solar, el producto de las cosechas, las dichosas ciudades del norte y el sur, a los campesinos que traían los ricos productos de la tierra, y disfrutaba de la alegría de las fiestas. Y la eternidad de la dama Idut será una sucesión de días felices.

MUJERES DE LETRAS

La patrona y protectora de la Casa de la Vida, morada del conocimiento y de los escritos, no es otra que una diosa, Sechat. Existe un jeroglífico que muestra a una mujer usando dos pinceles para escribir.[129] Las mujeres de la corte, empezando por las reinas, sabían leer y escribir; en la tumba de Nefertari, por ejemplo, vemos a la gran esposa real recibiendo la tablilla de Thot y el cubilete de agua para diluir la tinta. En su condición de escriba, la reina puede «decir Maat», esto es, transcribir en jeroglíficos la palabra divina.

Para entrar en la administración era indispensable tener práctica en la escritura. A lo largo de la historia de Egipto existieron mujeres escribas, según sabemos por algunos modestos documentos, como el escarabajo del Museo de Berlín que conserva el recuerdo de la escriba Iduy, que vivió en el Imperio medio. Durante este período, una mujer escriba dirigía la secretaría de la reina y otra pertenecía a la comunidad sagrada de las «esposas divinas». En las tumbas tebanas del Imperio nuevo, la cualidad de mujer de letras se señalaba mediante la presencia de una paleta colocada bajo la silla de la dama escriba.[130] Champollion fue el primero en publicar el papiro de la dama Tentamón, que nos la muestra en postura de adoración al dios Thot, bajo la forma de un cinocéfalo, depositario del material del escriba necesario para que el iniciado pueda sortear las pruebas del más allá.

La mayoría de los textos egipcios no estaban firmados, por lo que es difícil, si no imposible, identificar a sus autores; no obstante es cierto que algunas mujeres escribieron varios textos fundamentales, como la dama Nesi-Tanebet-Isheru, discípula de la diosa Mut de Karnak, y la hija del gran sacerdote Pineyem II, designada como «la que trabajaba en los rollos de papiros de Amón-Ra».[131] Esta última compuso rituales y redactó algunos «libros de los muertos».

Admitida la existencia de mujeres de letras en la alta sociedad, ¿qué podemos decir de las demás? Muchos eruditos han afirmado, algo precipitadamente, que el pueblo era analfabeto, como si la instrucción fuese cosa de la época moderna. Los hechos desmienten este juicio apresurado. Entre los más evidentes se halla la correspondencia de las mujeres del pueblo de Dayr al-Madina.[132]

[129] En un texto del templo de Luxor; véase *JEA,* 61, p. 132.

[130] Véase B. M. Bryan, «Evidence for Female Literacy from Theban Tombs of the New Kingdom», en *BES, 6,* 1984, pp. 17-32; «Non-Royal Women's Tilles in the 18th Egyptian Dynasty», en *Newsletter ARCE,* 134, 1986, pp. 13-16. Véanse especialmente las tumbas tebanas núms. 69, 84, 147, 148 y 162.

[131] Véase *KMT,* 5/4, 1994, p. 20.

[132] Véase J. J. Janssen, «Literacy and Letters at Dayr el-Medina», en *Village Volees,* Leiden, 1992,

Estas mujeres, esposas de talladores de piedra, dibujantes, pintores y obreros a destajo, escribían a los hombres y recibían sus cartas, y también mantenían correspondencia entre ellas. ¿De qué trataban esas cartas? De problemas de la vida cotidiana: los mil y un pequeños avalares familiares, transacciones, confidencias. Una mujer intentaba persuadir a su corresponsal de que aceptara un pedazo de terreno a cambio del burro que había tomado prestado y que debía devolverle; otra se lamentaba de un amigo que no le había hecho mucho caso cuando ella estaba enferma; una tercera protestaba porque su corresponsal no tomaba en serio los extravíos de conducta de su esposa. Y luego hay una lista de ropa que lavar y otros tantos detalles que convenía poner por escrito. Modestas escribas, desde luego, pero cuyo testimonio prueba que la lectura y la escritura estaban más extendidas de lo que se suponía.

---

pp. 81-94; D. Sweeney, «Women's Correspondance from Dayr el-Medineh», *Sesto Congresso Internazionale di Egittologia, Atti II,* Turín, 1993, pp. 523-529.

48. LA DAMA PESESHET, MÉDICO-JEFE

La medicina egipcia gozó de una gran reputación en el mundo antiguo; a Egipto acudían terapeutas de diferentes nacionalidades para ampliar sus conocimientos. No sólo las mujeres tenían acceso a las profesiones médicas sino que una, Peseshet, fue nombrada, en la época del Imperio antiguo, superiora de los médicos, lo que la colocaba al frente del servicio de salud del Estado.[133] Este título aparece grabado en su morada de eternidad de Gizeh; su hijo Ajethotep fue «superior de los sacerdotes del *ka* de la madre del rey».

Las mujeres podían ser comadronas, las encargadas de poner las vendas, masajistas, médicos y cirujanos;[134] empezaban su carrera, igual que los hombres, en puestos de especialistas. Sólo los mejores médicos, los que poseían una visión de conjunto, accedían a la medicina general. El recorrido era, pues, el inverso del que conocemos hoy en Occidente.

La patrona de los terapeutas de uno y otro sexo era la diosa-leona Sejmet, «la que ejerce el magisterio», y era quien traía las enfermedades y sus remedios. Lo profano y lo sagrado no estaban separados: un médico, fuera hombre o mujer, vivía una iniciación a la magia de Sejmet y a la ciencia de Thot.

El secreto del médico era el conocimiento de «la marcha del corazón», concebido a la vez como el músculo cardíaco y el centro energético del que partían los «vasos», las vías de circulación que llegaban a todos los miembros del cuerpo y conducían, bajo diversas formas, la vida que irrigaba el organismo. La dama Peseshet sabía tomar el pulso, examinar el estado de la retina del ojo y la pupila, el color y la textura de la piel, apreciar la calidad de la circulación de la energía de los vasos y, en resumidas cuentas, realizar un diagnóstico y concluir con una de las tres frases siguientes: *«Una enfermedad que conozco y que trataré»; «una enfermedad que conozco e intentaré tratar»; «una enfermedad que desconozco y que no podré tratar».*

Peseshet tenía a su alcance numerosos tratados médicos que proporcionaban observaciones clasificadas con rigor, diagnósticos y prescripciones. Los remedios procedían de los tres reinos, animal, vegetal y mineral; la medicina secreta de las plantas proporcionaba al terapeuta numerosas sustancias, muy activas, que debía manipular con precaución, ya fuesen extraídas de la acacia, del sicómoro o del datilero, del enebral, de la persea, de plantas y hierbas comestibles, de los cereales, etc. Los hígados del buey y del asno, las bilis, las grasas, la leche, pescados, serpientes, por tomar algunos ejemplos del reino animal, eran útiles para la preparación de remedios. En cirugía se usaba mucho la miel, por su notable virtud cicatrizante y antiséptica, como han redescubierto recientemente algunos investigadores americanos. Y también hacían uso del cobre, el alabastro, el granito, el sílex, el natrón de la tierra de Nubia, el

---

[133] Véase H. G. Fischer, *Egyptian Studies,* I, pp. 71 ss.; E. B. Harer y Z. el Dawakhly, *Obstetrics and Gynecology,* 74, 1989, pp. 960-961. Peseshet significa «la que reparte, divide, arbitra», quizá «la que diagnostica».

[134] Véase D. Colé, *DE,* 9, 1987, pp. 25-29.

arsénico y muchos otros elementos minerales que entraban en la composición de algunos remedios.

La dama Peseshet había aprendido a preparar pociones, ungüentos y cataplasmas; utilizaba a menudo fumigaciones medicinales y prescribía regímenes alimenticios, según se tratara de tal o cual trastorno de salud. Por ejemplo, para combatir las consecuencias de enfermedades respiratorias recetaba una alimentación rica en sustancias grasas.

Con la llegada del cientificismo se ha despreciado el uso que hacían los antiguos de sustancias repugnantes, como la orina o los excrementos de ciertos animales, como el murciélago.

Sin embargo, cuando la médica Peseshet utilizaba este material natural para transformarlo en un remedio y curar, por ejemplo, un tracoma, hacía intervenir la vitamina A y un antibiótico. Dicho de otro modo, el tratamiento actual.

Entre las especialidades de Peseshet, ocupaba un buen lugar la ginecología,[135] muy desarrollada en el antiguo Egipto. Existían varios tratados dedicados a los «remedios que conviene preparar para las mujeres», según la expresión del *papiro* Ebers. Vale la pena destacar la importancia concedida a la salud de la mujer, lo cual demuestra, por si todavía fuese necesario señalarlo, el papel esencial que ésta ocupaba en la sociedad faraónica. A la mujer que no quería tener niños, Peseshet le proporcionaba un tapón que debía introducir en su vagina, impregnado de una sustancia compuesta de coloquinto, dátiles y espinos de acacia triturados, todo mezclado con miel. Sabía practicar abortos, se ocupaba de reglas anormales por demasiado abundantes o insuficientes, y sabía cómo favorecer la fertilidad. Con inyecciones vaginales curaba la metritis. Si se trataba de un caso complicado, pedía a la paciente que se pusiera en cuclillas sobre un ladrillo calentado al rojo en el cual había vertido un medicamento; la fumigación producida de esta manera a lo largo de varias sesiones terminaba con el mal.

Peseshet prestaba atención a las secreciones vaginales y uterinas, determinando después de examinarlas las huellas de una enfermedad grave. Sabía relacionar una enfermedad del útero con síntomas aparentemente ajenos. Así, cuando una mujer experimentaba fuertes dolores en las piernas y en los pies después de haber caminado, lo atribuía a secreciones anormales del útero y prescribía baños de barro. Cuando una paciente padecía del estómago y los remedios habituales no la aliviaban, Peseshet examinaba la vagina y el útero. Si descubría un coágulo, le daba a beber un vomitivo, a base de aceite, cerveza dulce y plantas, durante cuatro días, para suprimir las náuseas, y masajeaba el bajo vientre de la paciente untándolo con una pomada.

Llama nuestra atención el diagnóstico del cáncer de útero, así como el tratamiento recetado que, como ha señalado Gustave Lefebvre, anuncia la terapia homeopática. *«Instrucciones a seguir cuando una mujer experimenta dolores en el útero mientras camina.*

---

[135] Véase D. Colé, «Obstetrics for the Women of Ancient Egypt», en *DE, 5,* 1986, pp. 27-33.

Tú le preguntarás: "¿A qué hueles?*" Si ella te responde: "*A carne quemada*", entonces diagnosticarás:* "Es un tumor uterino*." Y esto es lo que le recetarás: fumígalo con todo tipo de carne quemada, precisamente a lo que huele".*[136]

Esta terrible enfermedad también se combatía con un preparado a base de dátiles frescos, lauráceas y extractos de conchas marinas; el conjunto de estos productos se trituraba mezclado con agua y se exponía al rocío. Luego se inyectaba el remedio en la vagina.

A los remedios materiales, la dama Peseshet añadía la práctica de la «magia», es decir, la facultad de desviar el efecto de la fatalidad. Nos equivocaríamos al burlarnos de este aspecto de su arte que le permitía captar lo invisible e ir más allá de lo cuantificable y observable.

El útero pertenecía a la esfera de lo sagrado. Estaba vinculado a una diosa, Tjenenet, a la que se comparaba con un rayo de luz. Útero cósmico, Tjenenet favorecía al mismo tiempo los nacimientos materiales y los nacimientos en espíritu. También desempeñaba un papel en la coronación del faraón.[137]

Ésta fue una de las más grandes conquistas de la medicina faraónica, de la que la dama Peseshet extraía lo mejor de su actividad cotidiana: haber comprendido que la materia no era disociable del espíritu y que el cuerpo humano está sometido a diversas fuerzas, unas mensurables y otras más sutiles.

[136] Papiro de Kahun, núm. 2.

[137] Véase M. T. Derchain-Urtel, *Synkretismus in ägyptischer Ikonographie. Die Göttin Tjenenet,* Wiesbaden, 1979.

49. LAS MUJERES DEL HARÉN

LA VERDAD SOBRE LOS HARENES EGIPCIOS

Harén... un nombre evocador de fantasmas, poblado de sultanes libidinosos, de mujeres jóvenes, lascivas e instruidas para satisfacer los deseos del macho. La egiptología ha tenido la desafortunada idea de elegir la palabra «harén» para designar una institución principal del Estado faraónico, ritual a la vez que educativa y económica, sin ninguna relación con las cárceles de mujeres del mundo musulmán.[138]

La confusión deriva del significado de la palabra egipcia j*eneret,* «lugar, sitio cerrado», que algunos eruditos han traducido como «harén», ya que en él se encontraban comunidades femeninas. Pero éstas no estaban formadas por reclusas, y celebraban ritos en favor de la divinidad protectora del harén, por ejemplo Amón, Min, Hator, Isis o Bastet. El carácter cerrado del «harén» egipcio, ya que debemos seguir llamándolo así por costumbre «científica», está relacionado con su aspecto secreto. Además, la palabra *jener* también significa «tocar música, llevar el ritmo», y luego comprobaremos que, en efecto, la enseñanza musical era una de las funciones de los harenes egipcios.

Las sacerdotisas que vivían en los harenes, discípulas de la diosa Hator, aseguraban ritualmente la supervivencia del alma y la irrigación de la tierra mediante la energía celeste. Una «venerable *(shepesef)*» se hallaba al frente del harén, y la superiora de todos los harenes no era otra que la reina. En su condición de «esposa del dios» y soberana de todas las sacerdotisas del reino, dirigía el conjunto de estas instituciones, se ocupaba de los programas educativos, nombraba a los maestros, velaba por la buena salud económica de los establecimientos y el buen desarrollo de los ritos. En cada harén había una encargada de misión en representación de la reina, ya sea como directora delegada, ya como asistente de un director, frecuentemente un jefe de provincia o un gran sacerdote.

Debemos imaginarnos el harén como una pequeña aglomeración, con servicios administrativos y muchos talleres; la institución contaba con los ingresos procedentes de los bienes raíces y las provisiones que le proporcionaban sus propios terrenos. Así, Mer-Ur, el gran harén del Fayum, disponía de una reserva de caza y pesca.

Eran muchos los que aspiraban a formar parte de la administración de un harén, pues abría el camino a brillantes carreras al servicio del Estado. Personajes de gran talla, como el gran sacerdote de Amón, Hapuseneb, o los visires Rejmira y Ramose, dieron sus primeros pasos en los harenes.

Durante el Imperio nuevo, en ocasiones se confió la dirección de los harenes a mujeres, esposas de los grandes sacerdotes de Amón. Las damas del harén ejercieron, según parece, una influencia

[138] Véase B. Byran, *BES, 4,* 1982; D. Nord, *Studies in Ancient Egypt, the Aegean and the Sudan,* Boston, 1981, pp. 137-145.

nada desdeñable en la designación de los altos dignatarios del clero tebano.

En primera línea de las actividades artesanales del harén se hallaba la confección de tejidos, cuyo objeto era proporcionar al templo los hábitos indispensables para el culto e ilustrar el proceso de la creación, relacionado con la diosa Neith. A ella se le atribuía haber tejido el mundo, con la mano y el verbo a la vez. Las mujeres fabricaban también objetos de tocador, como cofrecillos y recipientes para los afeites.

¿Qué clase de personas eran admitidas en el harén? Altos funcionarios, administradores, artesanos, servidores y, en resumen, un conjunto de hombres y mujeres que formaban una microsociedad. Las reinas y esposas «secundarias» solían llevar a sus hijos para que recibiesen una educación de calidad. Moisés, hijo de una dama de la corte, descubrió en el pensionado de un harén la sabiduría de los egipcios. Futuras sacerdotisas se beneficiaron del saber de los profesores. Era un lugar tan apacible que algunas altas personalidades iban a pasar allí sus últimos días; es probable que la reina Tiy muriese en el harén de al-Gurob, un paraíso en la tierra, adonde se había retirado.

Huéspedes privilegiados de los harenes fueron las extranjeras que llegaban a Egipto en calidad de «esposas diplomáticas» del faraón. Garantes de la paz y de la amistad entre Egipto y su país de origen, tenían derecho a un tratamiento de favor: una bella residencia, numerosos criados y una existencia dorada para conseguir que olvidaran su exilio.

Las damas del harén aprendían a tocar diversos instrumentos musicales, laúd, arpa, flauta, lira, etc., sin omitir la iniciación al canto y a la danza. Estas artes tenían una función mágica; mediante la armonía alejaban las fuerzas negativas y reunían las potencias positivas. Con la música, el alma se eleva hasta lo divino y el ser entero se siente sublimado. Aunque todavía no se ha conseguido identificar la notación musical del antiguo Egipto, suponiendo que haya existido, nunca insistiremos bastante en la omnipresencia de la música en los ritos y en la vida cotidiana.

Una inscripción en la tumba de Mereruka, en Saqqara, originaria del antiguo Egipto, desvela «el secreto de las mujeres del harén»: se trataba de una danza ritual en la cual participaban siete mujeres, repartidas en dos grupos, el primero compuesto por tres bailarinas, el segundo por cuatro. Las bailarinas encarnaban en la tierra la danza del universo, en la que tomaba parte el propio faraón, cuando actuaba ante Hator, la patrona de las iniciadas del harén.

¿UN HARÉN EN LUXOR?

Algunos autores han hablado del templo de Luxor como del «harén del sur»; la expresión es tan ambigua que hay quien ha imaginado que este castillo divino albergaba maravillosas muchachas dedicadas a seducir al faraón. Aun a riesgo de decepcionar a los aficionados a las escenas excitantes, señalaremos que el templo de Luxor sólo abría sus puertas a austeras ritualistas, encargadas de

captar la energía divina y hacer que reviviera en la tierra.

La confusión obedece a una mala traducción del término egipcio *ipet,* que no significa «harén», sino «el lugar del número». En Luxor, templo del *ka* real, se desvelaba el misterio de la creación, que se compone de un conjunto de «números», de características propias para cada ser creado. Ipet es también el nombre de una diosa que se encarna en un hipopótamo hembra; era en su santuario de Karnak donde se reconstituyeron los miembros de Osiris y donde resucitó. En Dandara, «la morada de Ipet», se hallaba el templo de Isis donde también se celebraban los grandes misterios de la resurrección de Osiris.

EL COMPLOT DEL HARÉN

Uno de los episodios más sombríos de la historia egipcia se conoce como el «complot del harén», que habría fraguado el asesinato del faraón Ramsés III, el constructor de Madinat Habu y salvador de Egipto, pues repelió a los temibles invasores llamados «los pueblos del mar».

¿A qué se debió este drama? El harén real albergaba a varias princesas extranjeras, algunas de las cuales dedicaban la mayor parte de su tiempo a urdir intrigas. La mayoría, sin embargo, eran inofensivas. Pero una de esas intrigas adquirió tal magnitud que fue registrada en los archivos reales y ha llegado hasta nosotros, con algunos detalles, gracias al papiro jurídico de Turín.

En este documento, Ramsés III se dirige a su sucesor, Ramsés IV, para explicarle las circunstancias del complot que había turbado los últimos años de su reinado y ponerle en guardia para el futuro. La instigadora de la conjura era una concubina real, Tiy, que pretendía llevar al trono a su hijo, el príncipe Pentaur, al que Ramsés III había decidido apartar del trono. Decepcionada y llena de rencor, Tiy tomó la peor decisión: acabar con el faraón reinante utilizando la magia negra. Utilizó como principal cómplice a un hombre llamado «el ciego» (sobrenombre recibido como castigo, durante el proceso, después de suprimir su verdadero nombre), al que le pidió que reuniera el mayor número posible de conjurados. Entre ellos se contaban un general, dos escribas, un mago, un gran sacerdote de Sejmet, un administrador del Tesoro, un intendente real, varios altos funcionarios del harén y seis mujeres que actuaban como agentes de enlace.

Pese a la extensión de las ramificaciones, la maniobra fracasó. Los conjurados fueron identificados y detenidos, y comparecieron ante los jueces. El proceso empezó de manera lamentable, ya que dos magistrados fueron convictos de colusión con los acusados. El segundo proceso, en cambio, permitió que jueces íntegros impartiesen justicia. Aunque la terrible conjura había fracasado consideraron que la intención de suprimir al faraón y la práctica de la magia negra eran crímenes de una gravedad excepcional. Al príncipe Pentaur, cuya complicidad con su madre quedó demostrada, se le reconoció culpable; *«lo dejaron en el lugar donde se encontraba y él*

mismo puso fin a su vida». En cuanto a Tiy, alma del complot, ignoramos cuál fue su suerte.

50. MUJERES DE NEGOCIOS

HEMET-RA, JEFA DE EMPRESA

En la inmensa área arqueológica de Gizeh, las moradas para la eternidad proporcionan una abundante y apasionante información, descubriéndonos numerosas personalidades femeninas de primer orden. Es el caso de la dama Hemet-Ra, «la sirvienta de la luz divina», una auténtica directora de empresa.

Tenía a su servicio un intendente y varios escribas...[139] pero ninguna empleada. Las escenas de su tumba, destinadas a perpetuar su existencia en el otro mundo, celebran la autoridad de esta princesa, que dirigía a varios funcionarios masculinos y, probablemente, gestionaba un sector entero de la administración.

TCHAT, ESPECIALISTA EN FINANZAS

La dama Tchat, «la muchacha», vivía en el Imperio medio durante la XII dinastía, en la magnífica región de Bani Hasan, en el Egipto Medio. En esta época, los jefes de provincia eran ricos terratenientes con una posición importante dentro del reino. La dama Tchat trabajaba como funcionaría[140] en la casa del poderoso Jnum-hotep, gobernador local. Muy estimada y bastante influyente, llevaba los títulos de «tesorera y guardiana de los bienes de su señor»; dicho de otro modo, Tchat era ministra de Economía de un gobierno local.

La dama Tchat, que aparece representada al lado de Jety, la señora de la casa, era la confidente de su patrón; y quizá fuese algo más si es verdad que se casó con él, cuando quedó viudo, y le dio dos hijos.

Tchat es ciertamente una de las gloriosas antepasadas de las mujeres dedicadas a la gestión de las finanzas públicas, preparada para asegurar la prosperidad de una región.

NENÚFAR, PROPIETARIA RURAL

En el antiguo Egipto, mujeres maravillosamente bellas simbolizaban las propiedades agrícolas; en las paredes de los templos y de las tumbas se las puede ver, en procesión, haciendo aportación de sus riquezas a los dioses o al *ka* del difunto. Desde la III dinastía, y sin duda con anterioridad, a una mujer se la reconocía jurídicamente apta para ejercer la propiedad de una gran superficie de tierras, y esta disposición legal no varió bajo el régimen faraónico. Pese a su modesto título de «bailarina», la dama Nenúfar,[141] que vivió en el Imperio nuevo, fue una mujer de negocios muy activa. No sólo se hallaba al frente de una importante explotación agrícola sino que era también la patrona de un equipo de representantes de comercio encargados de vender el producto de sus explotaciones.

Cualquier mujer, aunque fuese soltera o viuda, podía hacerse

[139] Véase H. G. Fischer, *Egyptian Women,* p. 9.

[140] Véase W. A. Ward, «The Case of Mrs. Tchat and her sons at Beni Hassan», en *GM,* 71, 1984, pp. 51-59. Sobre las mujeres tesoreras véase también E. Thompson, *The Bulletin of the Australian Centre for Egyptology, 2,* 1992, pp. 77-83.

[141] Véase *LdÄ,* II, 290.

cargo de una propiedad familiar, y no hemos constatado diferencia alguna de trato social o jurídico con relación a un propietario masculino. Una mujer, como la dama Sebtitis, podía vender, comprar y disponer de sus bienes como juzgara adecuado; y, como la dama Ipit, hacia el 775 a. J.C., tenía derecho a recurrir a un agente comercial para realizar transacciones.[142]

Existen varios ejemplos de mujeres jefas de un dominio; así, la dama Hetepet, a la que contemplamos mientras le sirven de beber y asiste a la cosecha del lino,[143] o bien la dama Ify, sola a bordo de una barca, que ocupa un asiento cúbico de respaldo bajo y aspira el aroma de una flor de loto mientras recorre sus dominios.

HENUT-TAUY, INTERINA

En el año 12 de Ramsés XI, la dama Henut-tauy ejercía la función de cantora de Amón en Tebas, aunque desempeñaba también ocupaciones profanas y administrativas en el harén del dios.[144] Su marido, Nes-Amenipet, escriba de la necrópolis, se vio obligado a salir en viaje oficial cuando tenía previsto supervisar la llegada del cargamento de grano destinado al gremio de Dayr al-Madina. Se trataba de una tarea especialmente importante, pues los constructores y decoradores de las moradas para la eternidad del Valle de los Reyes no toleraban ni el más mínimo retraso en la entrega de los productos que les correspondían.

No pudiendo sustraerse a las órdenes y renunciar a su viaje, el escriba confió en su esposa para que le sustituyera. Henut-tauy, de cualquier modo, no era ninguna novata, pues tenía un escaño en el tribunal local y se ocupaba de la organización de las fiestas.

Cuando los barcos acostaron verificó por sí misma la cantidad de grano anunciada y constató que había un error. Llevó a cabo una investigación con objeto de identificar a los responsables y aseguró de este modo la entrega de sus raciones alimenticias a los artesanos de Dayr al-Madina. Provista de los mismos poderes que su marido, la dama Henut-tauy lo sustituyó con notable eficacia.

EL GANADO DE TAKARA

En la época ramésida, la dama Takara, que llevaba en su nombre la potencia *(ka)* de la luz (Ra), gestionaba la cabaña ganadera de un propietario.[145] Por razones que ignoramos, éste se sintió descontento del trabajo de Takara y llamó a otra mujer para que se ocupara de su ganado.

Resulta fácil imaginar el descontento de la dama Takara, que, no obstante, tuvo al final un buen motivo de satisfacción: su rival la contrató. Sin duda debió de considerar que Takara había sido despedida de manera abusiva, por lo que llegó a aliarse con ella para querellarse contra el propietario. Y su denuncia llegó hasta la más alta instancia jurídica, el tribunal del visir.

---

[142] Papiro Grenfell I, XXVII y XXXII.
[143] Mastaba de Leyde = J. Vandier, *Manuel,* VI, p. 66.
[144] Véase J. Jansen, «A Notable Lady», en *Wepwawet, 2,* 1986, pp. 30-31.
[145] Según el papiro Anastasi V.

La solidaridad femenina no era, como vemos, una mera palabra. Pero una gran dama también podía intervenir en favor de un labrador; así, en una ocasión en que un propietario rescindió el arriendo de uno de sus granjeros, su mujer desaprobó esta decisión y convenció a su marido para que cambiara de opinión. De este modo, aquél se vio obligado a escribir al granjero: *«Te había anunciado que ya no te permitía seguir explotando mis tierras. Pero mi esposa, el ama de la casa, me ha dicho: no le retires ese campo y déjale que siga explotándolo".*

URNERO, ADMINISTRADORA DE BIENES

Hacia el año 1550 a. J.C., el faraón Ahmosis concedió a Neshi, capitán de navío de guerra, un terreno próximo a Menfis a título de bien inalienable e indivisible.[146] Sin embargo, sus herederos impugnaron esta disposición y, bajo el reinado de Horemheb, un tribunal les dio la razón. Pero la batalla jurídica continuó. La situación llegó a ser tan confusa que, en tiempos de Ramsés II, tres siglos después de la donación de Ahmosis, la dama Urnero,[147] administradora de dichos bienes, tuvo serias dificultades por este asunto.

Urnero, descendiente del capitán Neshi, había recibido del tribunal el derecho a cultivar la tierra en nombre de sus cinco hermanos y hermanas; pero una de sus hermanas manifestó su disconformidad y exigió que el terreno se dividiese entre los seis herederos. Urnero y su hijo apelaron, pero fue desahuciada. Su apelación no prosperó.

Sublevado por esta injusticia, su hijo, Mes, no se desanimó e hizo examinar las actas de donación. Cuál no fue su sorpresa al comprobar que algunos documentos habían sido falsificados. Mes tuvo que aportar la prueba de que era descendiente del capitán Neshi, que su padre había cultivado aquellas tierras y pagado las tasas. Aunque no se ha conservado el final del texto, lo cierto es que el animoso Mes ganó el proceso y dio una gran alegría a Urnero, que, como administradora, había actuado satisfactoriamente.

LA ÚLTIMA MUJER DE NEGOCIOS INDEPENDIENTE

Apolonia, de origen griego, vivía en Pathyris, a unos treinta kilómetros al sur de Tebas, en el siglo u a. J.C.[148] Era hija de un soldado y llevaba también un nombre egipcio, Sen-Montu, «la hermana de Montu (dios halcón y guerrero de Tebas)». Sus abuelos, sus padres y otros miembros de su familia llevaban también nombres griegos y egipcios; procedían de Cirene y se habían instalado en Egipto y adoptado sus costumbres.

A la edad de veinte años, Apolonia se casó con Dryton, un cuarentón viudo, oficial de caballería, padre ya de un hijo, al que dio

---

[146] Véase A. H. Gardiner, *The Inscription of Mes,* Leipzig, 1905.

[147] El significado de este nombre, *ur. en r,* es confuso; tal vez alude a la grandeza de la palabra.

[148] Véase S. B. Pomeroy, *Apollonia (also called Senmonthis), wife of Dryton, woman of two cultures: paper delivered at the colloquium on «Social History and the Papyri»,* Columbia University, 9 de abril de 1983.

cinco hijas. En el momento de su matrimonio, Dryton designó como herederos a su hijo, a su esposa y a los hijos que ésta trajera al mundo.

Aunque por entonces reinasen en Egipto soberanos griegos, los Tolomeos, las mujeres egipcias seguían gozando de los derechos reconocidos y aplicados en tiempos de los faraones indígenas. Pero soplaban aires amenazadores, y es que, efectivamente, los griegos eran totalmente contrarios a las libertades que el antiguo derecho egipcio reconocía a las mujeres. Que éstas poseyesen autonomía jurídica y la capacidad de ser propietarias de sus tierras les parecía una abominación. Sin embargo, ningún rey griego se había atrevido a modificar una legislación vigente durante tantos siglos.

Veinticuatro años después de su matrimonio, Dryton quiso desheredar a su mujer. Era éste un acto fácil de llevar a cabo en Grecia, pero imposible en Egipto. Todo lo que Apolonia había adquirido a lo largo de su matrimonio quedaba de su propiedad. La mujer conservaba asimismo, con sus hermanas, las tierras heredadas de su padre; pero tuvieron que sufrir los ataques de su tío-abuelo y de un siniestro personaje llamado Aristón, que no reconocía a las mujeres el derecho de poseer y administrar una propiedad, por modesta que fuese. Apoyándose en el derecho egipcio, Apolonia se mantuvo firme, alquiló tierras, prestó dinero y grano a un veterano y continuó subsistiendo gracias a sus negocios.

Pero bajo el reinado de Tolomeo IV Filopátor (221-205 a. J.C.) se había iniciado la reforma tan deseada por los griegos: desde entonces, la mujer, considerada como un ser infantil e irresponsable, debía tener un tutor, guardián legal de la esposa, que refrendaría cualquier acto jurídico.

Apolonia debió de sentirse muy abatida cuando, para que sus contratos de préstamo y alquiler tuviesen validez, se vio obligada a acudir a Dryton, el marido al que detestaba. A finales del siglo II a. J.C., las mujeres egipcias perdieron independencia y autonomía.

51. MUJERES DEL CAMPO

¿Cuál era el lugar de la mujer en las labores del campo en una civilización agrícola como la egipcia?

En ocasiones, un lugar preeminente, como el de la dama Ashait,[149] «la poseedora de la abundancia», sacerdotisa de Hator y «único adorno real». Disfrutaba de riquezas y consideración, asistía al desfile del ganado sentada sobre una silla con patas de león sin dejar de aspirar el aroma de una flor de loto. Ashait alarga la mano derecha ante sí en un gesto de dominio de la escena y de la situación; dada su condición de señora de dominio agrícola, está dibujada a un tamaño mayor que el resto de personajes representados en su compañía en las paredes de su tumba. Todo el mundo le debía obediencia; por su parte, ella debía proporcionarles bienestar.

Una sirvienta, situada a su espalda, refresca el ambiente con un abanico en forma de ala de pájaro; un servidor le ofrece un pato agarrándolo por el cuello y las alas, al tiempo que pronuncia la fórmula ritual: «Para tu *ka".* Por supuesto, todo un equipo de escrupulosos escribas tomaban nota detallada del número de cabezas de ganado y de la cantidad de grano depositada en los silos.

Una mujer podía poseer, dirigir y administrar una propiedad agrícola, pero se veía dispensada de realizar las tareas penosas que exigían una gran fuerza física.

Limpiar y cribar el grano eran, en cambio, tareas destinadas a las mujeres, que usaban para ello harneros, una especie de palas ovales. Ligeramente inclinadas hacia adelante, a las cribadoras se las ve levantando su instrumento de manera que los granos caigan bastante lejos de donde ellas se encuentran. Cuando se forma un montón intervienen las cernedoras, encargadas de eliminar las impurezas. Las barrenderas limpian el área y quitan de en medio la paja. Es necesario repetir varias veces la operación de criba para completar el trabajo. Aunque existían una especie de corporaciones más o menos formales de cribadoras, tamizadoras y barrenderas, este tipo de trabajo no les estaba estrictamente reservado y también los hombres podían realizarlo.

Las mujeres participaban de manera modesta, aunque activa, en la vendimia; así, las vemos recoger la uva, solas o ayudadas por campesinos;[150] y sabemos, gracias a las escenas de los banquetes, que las damas apreciaban el buen vino.

Existía una función, llamada «guardia del jardín», que era una tarea de vigilancia más que una actividad sobre el terreno; la labor de jardinero se consideraba, efectivamente, una tarea penosa, sobre todo debido a la necesidad de regar continua y repetidamente. Los jardineros se quejaban de tener el cuello roto de tanto transportar palancas de cuyo extremo colgaban pesadas jarras de agua.

Una mujer, representada en la mastaba de Ipi-anj, en

---

[149] Su sarcófago, descubierto en la zona de Dayr al-Bahari, se conserva actualmente en el Museo de El Cairo (DE, 47 267).

[150] Por ejemplo, en la tumba de Paheri, en el-Kab, y en la tumba tebana 165.

Saqqara,[151] se ha hecho célebre pese a no ser más que una sencilla campesina, una espigadora que seguía a los segadores manejando la hoz. Mayor, encorvada y doblada sobre sí misma, la vemos sosteniendo con la mano izquierda un serón de asas en el cual va depositando las espigas que le corresponde recoger. Pero la espigadora es una mujer de carácter y así lo da a entender; ante una reprimenda, cuyo contenido ignoramos, protesta con vehemencia: *«¿Acaso soy una mujer perezosa? Pues cada día soy la primera en llegar al trabajo".* A buen entendedor, salud, con los parabienes de una espigadora que nada tenía que reprocharse.

Una información en apariencia inquietante era la que aseguraba que en el más allá proseguían las labores agrícolas. Así lo atestiguan los *uchebtis,* los «fiadores», unas figurillas mágicas que trabajaban en sustitución de los que conocían las fórmulas capaces de animarlas. En algunos casos, los resucitados seguían manejando el arado, cavando la tierra y segando; pero se los ve sonrientes y serenos, vestidos con blancas e inmaculadas ropas, pues se han disipado todas las penas y fatigas para dejar paso a la belleza del acto cumplido.

Así, en la pequeña pero espléndida tumba de Sennedjem, en Dayr al-Madina, vemos al marido que siega el trigo mientras su esposa recoge las espigas y las coloca en un cesto, Ii-nefer, «llega la hermosa», es una espigadora feliz; para ella, los campos de la eternidad saben a paraíso.

[151] Véase J. Vandier, *Manuel,* VI, p. 117.

52. ARTESANÍA EN CLAVE FEMENINA

MUJERES «JEFES DE OBRAS»

Debido al esfuerzo que exigían, los hombres realizaban la mayoría de las actividades artesanales. No se sabe que hubiera ninguna mujer que tallara la piedra ni se dedicara a la carpintería, a limpiar el limo o a la albañilería. Existió, sin embargo, un caso enigmático en el Imperio antiguo.[152]

Al gran sacerdote del dios Ptah de Menfis se le consideraba jefe de artesanos del reino; la palabra «Ptah», por otra parte, significa «moldear, crear». Ahora bien, dos mujeres, sus «hermanas», llevaron el título cuando menos sorprendente de «directora de obras *(jerpet kat)»;* pero ¿de qué obras se trataba? La inscripción no lo precisa, por lo que nuestra curiosidad queda insatisfecha.

INENU, PELUQUERA

Un bajorrelieve de la XI dinastía, conservado en el Museo de Brooklyn, nos revela la existencia de una peluquera, Inenu, «la que lleva energía», a la que vemos cómo arregla un rizo de pelo y prepara una peluca. Esta actividad artesanal no era sólo profesional sino que estaba también relacionada con el culto de Hator, que exigía que sus fieles luciesen un cabello y una peluca cuidados.[153]

El arte capilar y los cuidados del cuerpo no estaban reservados a las mujeres; los hombres ejercieron este tipo de profesión en la corte, en las ciudades y en el campo, donde solía pasar un barbero. Su sala de espera se trasladaba con él y solía instalarse a la sombra de un árbol.

En la tumba de Psamético, fechada en la XXVI dinastía, aparecen unas graciosas mujeres recolectando flores de lis que luego depositan en unos cestos. Probablemente sean perfumistas, encargadas de preparar ungüentos medicinales y productos de belleza. Cada templo albergaba un taller de fabricación de perfumes, que se utilizaban en el culto diario.

ARTE DEL TEJIDO

El arte del tejido formaba parte de las enseñanzas primordiales impartidas en el harén. Era a la vez una disciplina especulativa, que iluminaba el espíritu de las iniciadas en los misterios de la creación, y una disciplina operativa, que les enseñaba a concretar manualmente lo que habían percibido en abstracto. El acto de tejer y de crear eran concebidos como un único acto.

En el origen de la creación, la diosa Neith utiliza el arte de tejer para organizar el universo. Asexuada, trae el sol al mundo. Isis y Neftis eran artesanas, encargadas de confeccionar la ropa de las divinidades. Isis tejía el hábito llamado «sólido y coherente», mientras Neftis «el [hábito] puro». Las dos diosas tejían juntas las palabras

[152] Véase H. G. Fischer, *Varía,* p. 62.

[153] Para la existencia de peluqueras *(irit-shení)* véase H. G. Fischer, *Egyptian Studies,* I, p. 72, n. 23, y p. 47, fig. 14 y pl. 15.

mágicas, eficaces contra los venenos y enfermedades.

Las iniciadas en los misterios del tejido confeccionaban las ropas blancas destinadas a envolver el cadáver de Osiris con motivo de la celebración de sus misterios. En el taller de tejido, llamado *nayt,* dos sacerdotisas, interpretando los papeles de Isis y Neftis, creaban los hábitos funerarios. La tejedora «Chentayt la venerable» fabricaba las bandas en la Casa de la Vida e hilaba los nudos que servían para juntar los barrotes de la escalera que el rey empleaba para subir al cielo.

Parece ser que en el Imperio antiguo el arte del tejido se confiaba casi exclusivamente a las mujeres; las «superioras de las tejedoras» dirigían talleres de especialistas cuyo trabajo se tenía en alta estima. En el Imperio nuevo se encomendaban los talleres a los hombres, algunos de los cuales llegaron a dirigirlos.

La tejedora, sentada en el suelo, utilizaba una caña curva como lanzadera y trabajaba sobre un bastidor de concepción simple, compuesto por dos piquetes que servían de enjulios y otros dos que fijaban el paso. En el Imperio nuevo aparecieron nuevas técnicas, como un rastrillo para hacer presión. Las hilanderas no usaban ruecas; les bastaba su extraordinaria habilidad en el manejo del huso, como ponen de relieve las escenas representadas en las tumbas de Bani Hasan.

La producción de los talleres era considerable: bandas, sudarios, vestidos, ropa interior, ropa de cama, apósitos, telas, etc. La longitud de las telas podía llegar hasta los veintidós metros. El templo requería un buen número de hábitos rituales, tanto para vestir las estatuas divinas y para los sacerdotes y sacerdotisas. Un relieve del templo de Luxor nos muestra al rey y a una gran sacerdotisa caminando detrás de una procesión de sacerdotes que cargan con algunos cofres. Haciendo uso de un cetro, el rey los consagra cuatro veces. Dentro se guardan los hábitos con que vestirán las estatuas del culto. La gran sacerdotisa recita un himno; el verbo compuesto de palabras tejidas e hiladas hace eficaz el acto de la consagración.

UNA MUJER PILOTO DE BARCO

El Nilo no sólo ofrecía a Egipto el fértil limo, del que actualmente se ve privado debido a la presa de Asuán, sino que también servía de carretera fluvial. Aunque se conocía la rueda desde el Imperio antiguo, el transporte por tierra apenas se había desarrollado; resultaba más cómodo construir barcos, algunos de los cuales debían soportar cargas muy pesadas.

Debemos imaginar una intensa circulación de barcos de diferentes dimensiones, una circulación que exigía una gran pericia por parte de los pilotos. Curiosamente, en una tumba de Saqqara, perteneciente a la V dinastía, aparece representada una mujer al timón de un barco de transporte.[154]

Al marinero que le ofrece un trozo de pan, la capitana le responde de forma algo desabrida: *«No me tapes la vista, estoy*

[154] Véase H. G. Fischer, *Egyptian Women,* p. 20.

acostando". No cabe duda: una mujer con carácter.

53. ¿SIRVIENTAS O ESCLAVAS?

Incluso en obras supuestamente serias se puede leer que en el Egipto faraónico existió la esclavitud. No cabe desdeñar la influencia ejercida al respecto por algunas películas como *Los diez mandamientos;* muchos siguen creyendo que miles de esclavos, azotados con látigos por sádicos capataces, construyeron las pirámides al precio de su sufrimiento y su sangre.

Acabar con esta imagen absurda e inexacta no es cosa fácil. En Grecia y en Roma fueron los esclavos, a los que se podía comprar y vender, los encargados de realizar ciertas obras. En Egipto, la situación era distinta. No se podía considerar a ningún ser humano como un objeto sin alma. ¿Por qué, entonces, algunos egiptólogos siguen utilizando esta terminología? Debido a un error de traducción que ha llegado a convertirse en una «costumbre científica», contra la cual es difícil luchar.

El término egipcio *hem* suele traducirse por «esclavo», un sentido que no ha tenido nunca. *Hem* significa «servidor» y se aplica en primer lugar al faraón, como servidor de las divinidades. Desde el punto de vista egipcio servir es un acto noble, no servil. Por este motivo, en las moradas para la eternidad se erigían estatuillas de servidores y sirvientas, a los que también se representaba en las paredes de la tumba, de este modo quedaban asociados a la resurrección del señor. Pensemos en esas maravillosas portadoras de ofrendas, inmortalizadas en una actitud de dignidad, de gracia y sonriente gravedad; el acto que realizan es esencial: ofrecer es contribuir a mantener aquí abajo la presencia divina.

Las grandes damas reinaban sobre un grupo familiar más o menos numeroso; en su dominio trabajaban sirvientas, algunas de las cuales eran muy jóvenes. Entre ellas, sobre todo a partir del Imperio nuevo, había nubias y asiáticas. Las sirvientas egipcias eran personas responsables que manifestaban su independencia respecto de su señora. Mujeres de condición modesta podían llamar, en caso de necesidad, a profesionales de la limpieza o del mantenimiento, que alquilaban sus servicios por un período de tiempo concreto. Cualquier sirvienta podía poseer bienes y tierras y legarlos libremente a sus hijos.

Merece que dediquemos alguna atención a la aventura de la dama Iri-neferet. Esta ama de casa, perteneciente a la clase media, necesitaba una sirvienta, y no una esclava, como se indica generalmente. Para encontrar una se dirigió a un comerciante, que le propuso los servicios de una siria. Ésta los negoció a un precio bastante alto: seis platos de bronce, varios vestidos de lino, una manta y un tarro de miel... Iri-neferet tuvo que pedir un préstamo a su vecina; un préstamo que no consiguió devolver y que le valió un proceso.

El «trabajo alquilado» era una práctica corriente en Egipto y no puede asimilarse a la esclavitud. La «prestación personal» era una forma de requisa de trabajadores en los grandes talleres o en las

extensas explotaciones agrícolas durante ciertos períodos, no más. Se trataba de una especie de impuesto que había que satisfacer en forma de horas de trabajo. Y las personas que trabajaban como domésticas sabían hacerse pagar; las tarifas eran libres y, en ocasiones, alcanzaban niveles prohibitivos: ¡un buey por cuatro días de trabajo!

Sólo existía un caso de trabajo obligatorio y sin libertad: la condición de doméstico infligida a hombres y mujeres prisioneros de guerra. Pero ya hemos visto que las extranjeras podían casarse con egipcios y las mujeres egipcias con extranjeros. Una vez se les concedía la libertad, muchos ex prisioneros se integraban en la sociedad egipcia.

Los eruditos que persisten en utilizar el término de «esclavos» están obligados a admitir que éstos poseían bienes propios, se casaban con la persona de su elección, legaban sus haberes a sus hijos, abandonaban a su señor o señora cuando así lo deseaban y... ¡hasta tenían criados! ¿Este tipo de «esclavitud» merece realmente ese nombre?

Hasta el final de la civilización faraónica existió una forma particular de «esclavitud» voluntaria: la adhesión al culto de una divinidad y la pertenencia a una comunidad sagrada. Así, en el año 33 de Tolomeo Evergetes III, una mujer formuló el deseo de vivir en el templo del dios Sobek, en Tebtuni, en el Fayum.[155] Rechazó cualquier tipo de independencia profana y se puso bajo la protección de esta divinidad, que le proporcionó equilibrio y salud. A cambio de su aceptación, ella ofreció al templo sus bienes materiales.

El Egipto faraónico no fue una civilización de la esclavitud y la servidumbre, sino que manifestó un profundo respeto al acto de servir, como atestigua la primera máxima de las enseñanzas del sabio Ptah-hotep: *«Una palabra perfecta está más oculta que la piedra verde; se la encuentra sin embargo entre los sirvientes que trabajan en el almiar”.*

[155] Véase H. Thompson, *JEA,* 26, 1940, pp. 68 ss.

54. CASTIGOS Y RECOMPENSAS

ORO POR EL TRABAJO BIEN HECHO

Como hemos podido ver, cualquier mujer podía trabajar fuera de su casa y ni su padre ni su marido, ni ningún otro hombre, tenían la posibilidad de tenerla confinada en su casa. El historiador griego Herodoto se quedó estupefacto al constatar que las mujeres egipcias iban y venían a su antojo, frecuentaban los mercados y desarrollaban actividades comerciales. Cuando ganaban un salario, éste no era inferior al de los hombres a cambio del mismo trabajo.

Tejedoras e hilanderas ejercían una profesión tan importante, a juicio de las autoridades, que sus obras maestras se veían recompensadas de manera extraordinaria. Un bajorrelieve de la Baja época[156] representa a cinco mujeres miembros de una comunidad artesanal. Se hallan en presencia de un gran personaje, «el escriba de los libros divinos», al que asisten un escriba, en cuclillas, y un intendente. Este último llama a una de las mujeres y le entrega un collar y algunas joyas en recompensa por el trabajo bien hecho. Repetido tres veces, un texto precisa que las tejedoras reciben en pago «el don del oro». Estas riquezas procedían de una cámara del Tesoro que el escriba de los libros divinos había aceptado abrir; la cantidad extraída la anotaba luego escrupulosamente el llamado «escriba del oro».

EL DRAMA DE UNA CAMPESINA

Teti era una joven campesina que vivió en el Imperio medio. Cuando se vio a las órdenes de un escriba de los campos se negó a trabajar para él y emprendió la huida. Era ésta una falta muy grave que dio lugar a una investigación policial. Algunos miembros de la familia de Teti, sospechosos de complicidad, fueron detenidos y encarcelados en «la gran cárcel», término utilizado para designar un centro administrativo en el que se establecía un registro de penados y donde se distribuían las obras de utilidad pública en función de las penas asignadas a los condenados. Mantenimiento de diques, limpieza de los canales, tareas agrícolas... El abanico de posibilidades era extenso.

A Teti le llegó información de las catastróficas consecuencias de su huida; su comportamiento fue digno de mención: no soportó que se condenase a inocentes por su causa y se presentó en la gran cárcel.

La anotación «presente» junto a su nombre demuestra que realizó el trabajo que le fue asignado; sin duda se vio obligada a trabajar horas extras en los campos para obtener el perdón definitivo.

Mujeres y hombres eran iguales ante la ley y, por lo tanto, ante el castigo. Dos detalles que conviene destacar: una madre condenada a realizar trabajos de utilidad pública no se veía separada de su hijo. Y la mujer no podía hacerse responsable de las faltas de su marido ni sufrir en su lugar el castigo impuesto.

[156] Relieve neomenfita de Nefersejem-Psamético, Museo de El Cairo, DE, 10978.

LOS CRÍMENES DE LA DAMA HERÍA

Era el año 6 del reinado de Seti II. Un obrero del pueblo de Dayr al-Madina se presentó ante el tribunal local para acusar a la dama Heria de haberle robado un instrumento de valor que él tenía escondido en su casa.

«¿Ha robado usted ese instrumento?», preguntó el presidente del tribunal a Heria. «No», respondió ella. El presidente insistió: *«¿Puede jurar ante el dios Amón y afirmar que ha dicho la verdad?»* Heria juró. Pese a sus declaraciones y al juramento que más o menos balbuceó, el juez albergó algunas dudas. La investigación prosiguió y condujo a la constatación de ciertos hechos graves: no sólo se descubrió en casa de Heria el instrumento robado sino también objetos rituales robados del santuario local.

El caso era importante: robo, sacrilegio y juramento en falso. El tribunal del pueblo no estaba habilitado para emitir una pena grave ni para hacer que se aplicara, de modo que trasladó el asunto a la jurisdicción del visir. Ignoramos cómo se resolvió el asunto, pero los jurados de Dayr al-Madina se encargaron de dejar escrito que, en un caso precedente en el que se había condenado por robo a la mujer de un funcionario, no hubo indulgencia. Ningún privilegio debía obstaculizar el camino de la justicia.

55. LEGATARIAS Y HEREDERAS

LA MUJER LEGA

La mujer egipcia disfrutaba de autonomía jurídica a lo largo de toda su existencia, una autonomía que no quedaba contestada ni siquiera por un segundo matrimonio. Nadie podía despojarla de sus bienes, de los que disponía a su antojo.

La dama Nebsenit, madre del alto funcionario Methen, que vivió en la III dinastía, poseía un importante patrimonio. Sin necesidad de recurrir a la autoridad de su marido, Nebsenit redactó un testamento a favor de sus hijos y especificó el reparto de su fortuna.

Otra mujer del Imperio antiguo, Ibeb, insistió en que había legado sus bienes a su hijo, quien, no obstante, vivía con su padre; el niño así lo reconoció: *«He conseguido riquezas en la residencia de mi padre Iti, pero fue mi madre quien me las legó".*[157] Otra mujer, Jenet, actuó del mismo modo.

En vano multiplicaremos los ejemplos sobre el tema; lo importante es la independencia de la mujer egipcia y su facultad, extraordinaria en relación con las culturas antiguas pero también a algunas de las modernas, de disponer de sus bienes como deseara.

LA MUJER PUEDE HEREDAR

La mujer egipcia, ya fuese en su condición de hija o de esposa, podía recibir la totalidad o una parte de una herencia. Bienes muebles y casas podían ir a parar a manos de una mujer o de un hombre indistintamente; en cualquier caso, el sexo masculino no gozaba de ningún privilegio en particular. En caso de litigio por asuntos sucesorios, una mujer podía hacer valer sus derechos sobre una propiedad de bienes raíces y ganar el pleito.

Idu, sacerdote del alma de los faraones Pepi I, Merenra y Pepi II, señala que ha donado un terreno a Dysnek, «pueda ella darte», su amada esposa, y que esta tierra es desde ese momento de su propiedad. La donación pretende agradecer el comportamiento ejemplar de Dysnek como esposa. Y la heredera declara: *«Fui alguien digna de ser amada, toda la ciudad me quería. Me querellaré contra quien intente arrebatarme esta tierra, con la ayuda del gran dios".*

Un sacerdote de Madinat Habu, en la orilla oeste de Tebas, se había vuelto a casar después de quedar viudo y legó sus bienes a su segunda mujer. Tuvo que resolver previamente problemas jurídicos para legalizar el acto; en el texto aparece esta frase sorprendente: *«Aunque su heredera no fuese su esposa, incluso si fuese una extranjera, una siria o una nubia a la que él amara, a la cual hubiese decidido cederle uno de sus bienes, ¿quién podría nunca anular lo que él ha hecho?»*[158]

Una mujer a la que se pretendiese expoliar no dejaría de actuar al respecto. Tomemos el caso de la dama Tehenut.[159] Su padre había

---

[157] Véase H. G. Fischer, *Egyptian Women,* pp. 4-5.
[158] Papiro Turín, 3, 11-4, 1.
[159] Papiro Brooklyn, 35.1446.

contraído un segundo matrimonio con la dama Senebtisy y había establecido un contrato de herencia para ella y para sus hijos; Tehenut se querelló contra él, y no por esta unión a la que no podía oponerse, sino porque su padre había dispuesto de los bienes que le pertenecían como hija suya. Hizo una lista de estos bienes y exigió que le fuesen restituidos. Puesto que eran su herencia, esos bienes le pertenecían a ella y a nadie más.

EL TESTAMENTO DE LA DAMA NAUNAJTÉ

En el año 3 del reinado de Ramsés V, la dama Naunajté, «la ciudad es poderosa», vivía en el pueblo de Dayr al-Madina.[160]

Ya mayor y dueña de algunas riquezas, pensó en redactar su testamento, pues, según sus propias palabras, era «una mujer libre del país del faraón».

Examinando su pasado, advirtió que había criado a ocho personas, entre hijos y servidores; a todos esos seres queridos les había dado los medios para fundar y equipar un hogar, proporcionándoles los bienes necesarios. Resulta difícil ser más generosa... Pero, qué ingratitud por parte de aquellos a los que ella había colmado de favores. La mayoría la habían abandonado porque era vieja.

Naunajté tomó una decisión espectacular: legó lo que poseía a quien «estrechara su mano», es decir, a quien asistiera a la anciana dama sin esperar nada a cambio. *«Al que se haya ocupado de mí —* declaró ante un testigo*— le legaré una parte de mis bienes; al que no lo haga, no le daré nada".*

Por este motivo, cuatro de sus hijos quedaron desheredados; habrían podido conseguir la parte de herencia de su padre, un escriba, pero es probable que éste secundara la opinión de su mujer y también él desheredara a los hijos ingratos.

Tres artesanos y dos mujeres fueron los beneficiarios de la generosidad de Naunajté; uno de los artesanos recibió un aguamanil de metal que valía diez sacos de trigo. La sentencia del tribunal no daba opción a ninguna ambigüedad: *«En cuanto a los escritos redactados por la dama Naunajté a propósito de sus bienes, se mantendrán tal cual, de manera estricta".*

[160] Véase J. Cerny, «The Will of Naunakhte», en *JEA,* 31, 1945, pp. 29 ss.

CUARTA PARTE: INICIADAS Y SACERDOTISAS

56. EGIPTO, REINO DE LA ESPIRITUALIDAD FEMENINA

Así como no existían desigualdades entre hombres y mujeres sobre el suelo egipcio, tampoco las había en el cielo, en el paraíso del otro mundo ni en el terreno del espíritu. La humanidad ha experimentado un gran retroceso en este aspecto.

En tiempos de los faraones, una mujer podía desempeñar las más altas funciones sagradas. La reina de Egipto era soberana de todos los cultos, celebraba rituales y delegaba sus poderes espirituales y litúrgicos en grandes sacerdotisas que oficiaban en las principales ciudades del país.

A este magnífico despliegue de la espiritualidad femenina, que no ha vuelto a repetirse desde la extinción de la civilización faraónica, se añadía otra dimensión, no menos admirable: la ausencia de rivalidad espiritual e intelectual entre hombres y mujeres, que trabajaban conjuntamente en los templos y formaron comunidades dirigidas indistintamente por un hombre o por una mujer. Si bien existían caminos iniciáticos específicamente masculinos o femeninos, éstos coincidían en lo esencial y era una pareja, formada por el rey y por la gran esposa real, la que celebraba los grandes misterios. Su matrimonio espiritual se proclamaba de forma deslumbrante con motivo de la fiesta en que tenía lugar la unión de Horus de Edfú, el principio masculino, y de Hator de Dandara, el principio femenino.

La mujer egipcia que deseaba comprometerse en una vía espiritual tenía acceso a la enseñanza impartida en los templos y no necesitaba de un intermediario masculino entre ella y el conocimiento. Nekanj, noble del Imperio antiguo y gran sacerdote de Hator, tuvo que repartir su cargo sacerdotal entre sus hijos. Uno de ellos era una muchacha, pero Nekanj no hizo distinciones entre ellos: a su hija se le asignó una función tan importante como la de sus hermanos y, según la regla de rotación del servicio que debía cumplirse en el templo, la ejerció durante el período establecido.

Además, en el ámbito de lo espiritual, no contaban ni la condición social ni el nivel económico; en el templo entraban, participando por igual en los ritos, tanto las damas ricas como mujeres y muchachas de condición modesta, mujeres casadas, viudas y solteras. En relación al universo divino, lo único que contaba era la calidad del *ib,* el corazón-conciencia. Las grandes sacerdotisas[161] recibían diversos tratamientos; por ejemplo, «la esposa *(hebeset,* es decir, Hator, la esposa de Horus)» en Hieracónpolis, capital de la XII provincia del Alto Egipto; «la protectora *(juyt)»* en Athribis; «el trono» en Edfú, o también «la madre de dios» o «la que amamanta».

La reina Hetep-Heres era sacerdotisa de Hator, de Neith y del alma del faraón Keops. Meresanj estaba al servicio de Thot, Nefret, «sacerdotisa pura» del dios Up-Uaut, el artífice de los caminos que guiaba las procesiones. Según una estela, conservada actualmente en

[161] Véase H. G. Fischer, *LdÄ,* IV, 1 100-1 105.

el British Museum, la dama Sement, madre de un escriba, era sacerdotisa pura del dios Jonsu, que cruzaba el cielo como lo hacía la luna. Según una inscripción en la mastaba de Sepsi en Saqqara (V dinastía), Nikau-Hator, «la que está vinculada al poder de Hator», era sacerdotisa de Neith; vestida con un largo y ceñido hábito blanco, protegía mágicamente a su esposo mediante el gesto de rodear con su brazo derecho la espalda del hombre y apoyar la mano derecha en su hombro. Se tienen noticias de la existencia de «vigilantes del dios Min» y de una «esposa de Min»; la princesa Inti, que vivió durante la VI dinastía, fue «compañera de Horus». Como hija del rey que era, disfrutó del privilegio de una tumba próxima a la pirámide del faraón Teti. En cuanto a la dama Rahemet era gran sacerdotisa de la pirámide del faraón Unas y fue reconocida por su «entonada voz» por el gran dios, la diosa Hator, señora de los sicómoros, Anubis, Neith y Up-Uaut.

A partir de la VI dinastía se añadió a los nombres y títulos de la madre del rey, de su esposa y de sus hijas el nombre de la pirámide del soberano reinante. Las sacerdotisas se convertían entonces en «esposa de la pirámide», «madre de la pirámide», cosa que implicaba que ejercían su protección mágica sobre el monumento más esencial de todos.

Durante el Imperio antiguo, la mayoría de las mujeres estaban vinculadas a los cultos y rituales de Hator y de Neith, dos grandes diosas creadoras; pero eran también sacerdotisas de Thot, el dios del conocimiento, de Ptah, de Min, de Sobek y de otras potencias divinas.

Una sacerdotisa que ocupara un rango elevado dentro de la jerarquía no debía preocuparse de las condiciones materiales de existencia en la medida en que se hallaba consagrada al templo, pues a cambio recibía alrededor de una hectárea y media de terreno cultivable y una parte de los donativos destinados a la comunidad que ella dirigía. Era un trabajo pesado, ya que debía velar por que se realizaran los ritos cotidianos, un buen número de fiestas y gobernar un personal compuesto por fijos y temporales. Tanto las mujeres como los hombres quedaban repartidos en cuatro equipos que desempeñaban sucesivamente sus funciones durante un mes.[162]

Durante el Imperio nuevo, muchas damas formaban parte del clero de Amón, en calidad de instrumentistas o cantoras. Durante las fiestas acompañaban a la barca divina que salía del templo.

Estas sacerdotisas eran la expresión de la alegría de una espiritualidad vivida, expansiva, vasta como el cielo y generosa como la tierra; una espiritualidad fundada tanto sobre el afán de conocimiento como sobre la práctica cotidiana del rito.

---

[162] Estos equipos solían designarse con la palabra griega *phyles.* Dentro de la jerarquía femenina se distinguen los siguientes grados: «las purificadas *(uabut)*», «las que velan *(ureshut)*», «las que aman o son amadas *(merut)*» y, en la cima de todas ellas, «las que sirven a la potencia divina *(hemut-neter)*».

57. LAS INICIADAS EN LOS MISTERIOS DE HATOR

¿QUIÉN ES HATOR?

El nombre de la diosa está compuesto por dos palabras, *Hut-Hor,* y se traduce como «el templo de Horus». Hator es el espacio sagrado, la matriz celeste que contiene a Horus, protector de la institución faraónica. Hator es el cielo, y es también la que derrama en las extensiones celestes la esmeralda, la malaquita y la turquesa para fabricar las estrellas. Frecuentemente recibe el nombre de «la dorada», pues ella es el oro de las divinidades, la materia alquímica que forma sus cuerpos.

«Única y sin par en el cielo», Hator se encarnaba en una vaca inmensa, de las dimensiones del cosmos, que ofrecía generosamente su leche para que vivieran las estrellas.

La diosa gozaba de una gran popularidad en todo Egipto; su residencia favorita se encontraba en el Alto Egipto, en Dandara, donde todavía hoy sobrevive un templo tolemaico de extraordinaria belleza y encanto cautivador. Contemplar el campo desde lo alto del santuario, cuando el crepúsculo tiñe el paisaje del oro celeste, nos regala un momento inolvidable. Hator, madre de las madres, engendraba el sol y derramaba en los corazones la alegría de vivir. Ella concedía la belleza, la juventud y el fuego del amor en todas sus formas, desde el deseo físico hasta el amor divino. Favorecía los matrimonios y éstos eran armoniosos cuando el hombre y la mujer oían su voz.

Hator enseñaba el arte de la danza a sus adeptos y les transmitía el sentido de la fiesta; como protectora de los vinos, invitaba a sus fieles a la mesa del banquete divino.

Un sacerdote de Hator que oficiaba en el templo de Dayr al-Bahari hizo grabar en su estatua unos textos en los que recomendaba a las mujeres, ya fuesen ricas o pobres, dirigir sus oraciones a Hator; la diosa escucharía sus invocaciones y les proporcionaría los momentos de felicidad a que aspiraban. Por este motivo, los nombres de las mujeres egipcias solían hacer referencia a Hator; así, se llamaban «estrella de los hombres», «ha llegado la diosa de oro», «ella ha llegado», «la perfección realizada», «la que apareció en el cielo», etcétera.

Con frecuencia, Hator reside en un sicómoro, pues es la protectora y la que asegura la subsistencia del alma de los justos; con la madera de este árbol se fabricaban los sarcófagos, o «los que poseen la vida», según su nombre egipcio. Esta diosa luminosa no era únicamente una madre para los seres vivos sino también para los resucitados. En el núcleo del amor de Hator se desvela el misterio de la muerte y del renacimiento. Hator, «soberana del Hermoso Occidente», recibía a los que emprendían el gran viaje hacia el otro mundo. Sonriente y enigmática, los aguardaba en la linde del desierto sosteniendo en su mano el signo jeroglífico de la vida y el tallo de papiro que simboliza el desarrollo eterno del alma de los justos.

Para superar las pruebas del más allá, un hombre debía

convertirse en un Osiris; lo mismo ocurre con una mujer, que tenía la ventaja de ser a la vez Osiris y Hator. La resucitada, alimentada por la leche de la vaca celeste, recorría eternamente el camino de las estrellas, bailando con ellas, al tiempo que escuchaba la música celeste y saboreaba la esencia sutil de todas las cosas.

LA COFRADÍA DE LAS SIETE HATOR

En la época tolemaica, una comunidad de mujeres que llevaban los títulos de «perfectas, bellas y ensortijadas» eran las encargadas de celebrar los misterios de Hator, que tenían lugar en los mammisis. En realidad, estos ritos se remontaban a la lejana antigüedad, pero, como suele ocurrir, fue el Egipto crepuscular el que los sacó a la luz.

Las Hator tocaban música, cantaban y bailaban, después de un paseo ritual por las marismas, donde habían hecho susurrar los papiros en honor de la diosa, reactualizando de este modo la creación del mundo. La ceremonia terminaba con la ofrenda del vino, líquido soleado que abría el camino a la intuición de lo divino. Las Hator eran siete, número sagrado especialmente vinculado a la espiritualidad femenina.

Esas siete Hator también recibían el nombre de «las venerables»;[163] su función consistía en ahuyentar el mal, mantener la armonía y favorecer todo fenómeno relativo al nacimiento. Con ánimo festivo, tocaban la pandereta y batían palmas. Cogidas de la mano, con expresión de recogimiento y sosiego, formaban una cadena.[164] En la frente portaban un uraeus y el tocado lo coronaban los cuernos de la vaca celeste enmarcando el globo solar.

La superiora de las siete Hator sostenía un cetro cuyo extremo tenía la forma de una umbela de papiro. Sus hermanas iban vestidas, como ella, con largos vestidos y se adornaban con cintas de hilo rojo, con las cuales formaban siete nudos en los que quedaba apresado el mal. Esas siete hijas de la luz divina, Ra, eran responsables de la duración de la vida de los seres humanos y de su destino. Por eso se hallaban simbólicamente presentes en cada nacimiento y visitaban a la mujer en el momento del parto.

Las serpientes uraeus que lucían en la frente lanzaban llamas que podían ser purificaderas o destructoras, dependiendo de la autenticidad del ser que las afrontaba. Saber reconocer la presencia de las siete Hator y suscitar su benevolencia era un arte difícil. Podían conceder longevidad, estabilidad, salud y descendencia, aunque también señalaban las pruebas y el final de un destino. En las hadas de la Europa pagana reconocemos a las herederas de las siete Hator.

En Dandara y Edfú, las siete Hator tocaban la pandereta y el sistro en honor de la diosa y del faraón recién nacido. La superiora de la cofradía pronunciaba unas palabras que se elevaban hasta el cielo: *«Nuestra música es para Hator, bailamos para ella, señora de los cetros, del collar y del sistro; cada día la celebramos, desde la noche*

---

[163] Véase, por ejemplo, Y. Koenig, *Le papyrus Boulaq 6,* El Cairo, 1981, pp. 105-107; K. A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions,* II, 264.5-11.

[164] Estela de La Haya; véase *Zeitschrift für ägyptische Sprache,* 61, pp. 83 ss., y el cubilete para ungüento del Museo del Louvre, núm. E 25 298.

hasta el alba, tocamos la pandereta y cantamos cadenciosamente para la señora de la alegría, la danza y la música, la dama de los hechizos, soberana de la morada de los libros. ¡Qué bella y espléndida es la dorada! Cielo y estrellas dan un concierto en su honor y el sol y la luna le cantan alabanzas".

Las iniciadas en los misterios de Hator utilizaban diez objetos sagrados, que podían fabricarse en miniaturas o con materiales preciosos: éstos eran el collar de la resurrección, cuyos sonidos recrean el mundo; la clepsidra, un reloj de agua relacionado con Thot, señor del tiempo sagrado; los dos sistros, que ahuyentan la violencia y procuran sosiego; el símbolo hatórico real, compuesto por dos alas que protegían a Egipto y el cosmos; el mammisi, lugar de descanso y templo donde tiene lugar el misterio del nacimiento; un recipiente con leche, dulce para el *ka,* alimento celeste que ilumina y rejuvenece; un cántaro, que contiene la bebida de la ebriedad sagrada y desvela lo que se halla oculto; una corona para la frente de Hator, fundida por Ptah, que escogió el oro, carne de los dioses; una puerta monumental fundada por el sol femenino, que cubre de ofrendas al país y da acceso al templo. Esos objetos se hallaban representados en las paredes del templo de la diosa y de ese modo han permanecido vivos.[165]

[165] Véase F. Daumas, «Los objetos sagrados de la diosa Hator en Dandara», en *RdE, 22,* 1970, pp. 63-78. Acerca de la diosa Hator véase S. Allam, *Beiträge zum Hathorkult,* Munich, 1963; C. J. Bleeker, *Hathor und Thot,* Leiden, 1973.

58. CANTORAS, INSTRUMENTISTAS Y BAILARINAS

LA REINA MÚSICO

La reina, al frente de las comunidades femeninas, era la primera instrumentista del reino. En su condición de cantora, sabía salmodiar los textos sagrados; en el palacio o en el harén aprendió a tocar varios instrumentos musicales. En algunas grandes fiestas del Estado, ella daba la pauta de los pasos de danza que imponía el ritual.

Es cierto que el canto y la danza no eran exclusivos de las mujeres; sin embargo, todas las sacerdotisas se iniciaban en estas disciplinas, etapas obligadas en su camino hacia el conocimiento. La música se consideraba como un despertar del espíritu y una aproximación a las fuerzas ocultas de la naturaleza; gracias a ella, como lo afirmaría Mozart en *La flauta mágica,* era posible sortear el obstáculo de la muerte.

Bach practicó durante mucho tiempo el rito de la *ofrenda musical,* pues la sutileza de los sonidos formaba parte de los «alimentos» gratos a las divinidades; a través de la música era posible unirse a lo divino y favorecer un nuevo nacimiento en espíritu.

CANTORAS SAGRADAS

Con motivo de la fiesta que celebraba en Edfú la victoria de Horus sobre las tinieblas intervenía una iniciada que recibía el título de *shemayt,* «la cantora». Desempeñaba el papel principal en el ritual y frecuentemente era la propia reina la que ejercía esta función, asistida por otras cantoras, «las mujeres de Busiris y de Buto», ciudades santas del Delta. Esta *shemayt* era una maga poderosa que encantaba la barca de Horus para hacerla invulnerable. Llamaba a los arponeros para que asistieran a Horus en su combate contra el hipopótamo rojo, encarnación de las fuerzas destructoras, y ofrecía al joven dios la energía del verbo. Al final del ritual, se sacrificaba al hipopótamo representado bajo la forma de un pastel, que se repartía y comía durante un banquete.

Muchas mujeres, algunas de ellas grandes personalidades, fueron cantoras de una u otra divinidad. Meryt, «la amada», esposa de Sennefer, alcalde de Tebas, cuya célebre «tumba de las viñas» está adornada con magníficas pinturas, es un buen ejemplo. Meryt era cantora de Amón, alabada por la diosa Mut, además de ama de casa. Tuvo un papel esencial en el proceso de resurrección de su marido; Meryt le ofreció un collar en el que se incluía el escarabajo, símbolo de las perpetuas metamorfosis en el más allá, ungüentos perfumados y un loto. También tocaba música para su alma, y no olvidaba magnetizarlo con ternura.

Según un papiro fechado en la XXI dinastía, la cantora de Amón, Heruben, disfrutó de un extraordinario rito: fue purificada por Horus y Thot, mientras ella permanecía arrodillada ante ellos sobre un pedestal. De los vasos que sostienen los dioses salen los signos jeroglíficos que simbolizan la vida y la plenitud. Sin embargo, éste era

un rito reservado al faraón, lo que significa que una simple cantora tuvo acceso a unas liturgias propias de los grandes misterios.

La dama Irti-Eru, cantora de Anubis, el guía de las almas en el otro mundo, recomendaba venerar a Hator, señora del sicómoro del sur, soberana de hombres y mujeres, la diosa que escuchaba las plegarias. ¿Y es que no tenía ella que agradecer a Hator haberle dado a conocer a un sabio de perfecto carácter?

Uno de los cantos más antiguos, y que gozaba de un fervor particular, era el de los cuatro vientos, conocido tanto por el capítulo 162 de los *Textos de los sarcófagos* como por las representaciones de las tumbas de Bani Hasan. Dicho canto era interpretado por cinco mujeres, una jefa de coro y cuatro ejecutantes, cubiertas con una mínima pieza de ropa alrededor de la cintura. Llevaban el pelo recogido hacia atrás, de manera que imitaba una mata vegetal. Estas cantoras intervenían en el ritual durante el cual las puertas del cielo se abrían permitiendo el paso del resucitado. Las cuatro bailarinas encarnaban los vientos del cielo. El viento del norte traía la vida y la templanza, después de haber alcanzado los confines del mundo; el viento del este abría los tragaluces del cielo, ofrecía el aliento del Oriente, creaba una buena senda para Ra, que tomaba de la mano a la iniciada y la conducía hasta el paraíso; el viento del oeste tenía su origen en el vientre del dios y existía antes de que Egipto quedase separado en dos tierras; el viento del sur proporcionaba el agua que hacía germinar la vida. El conjunto de los vientos permitía a las que conocían el secreto del canto navegar en barco hacia una escalera de fuego donde se efectuaban la purificación y la resurrección.

Resulta difícil no experimentar una intensa emoción al leer el texto grabado en la peana de la estatua de una «gran cantora» procedente de la ciudad de Mendes: *«Vosotros, los que me veis, de pie, engalanada con mi collar y sosteniendo mi espejo, rogad por mí y ofrecedme flores; acordaos de mi hermoso nombre”.*[166]

INSTRUMENTISTAS DE LO DIVINO

Con el nombre de las «dos mujeres amadas», dos instrumentistas, con un largo y ceñido vestido con tirantes y tocadas de manera muy especial —esto es, con el largo cabello trenzado de forma que sugiriera la espesura y las plantas del Alto y Bajo Egipto—, celebraban el poder del amor que retiene sobre la tierra a las fuerzas divinas. Dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales, dialogaban mágicamente con la totalidad del cosmos. Estas dos Meret,[167] cantoras e instrumentistas, salmodiaban los textos rituales, marcaban el compás y tocaban el arpa. Estaban vinculadas a Hator, la soberana del amor, razón por la cual era relevante su intervención en la *fiesta-sed,* en el transcurso de la cual tenía lugar la regeneración del faraón. Participaban también en la transformación del ser justo en Osiris y colaboraban en el renacimiento del sol. En pie, instaladas en la proa de las barcas del día y de la noche, se identificaban con Maat, la

---

[166] Véase S. Schott, *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne,* p. 99.

[167] Véase W. Guglielmi, *Die Gottin Mr. t. Entstehung und Verehrung einer Personifikation,* Leiden, 1991.

armonía celeste que respiraban las divinidades.

Estas mujeres músico repelían todas las influencias nocivas para que nada impidiera que la estatua ejerciera su influjo; además eran las guardianas del santuario e impedían la entrada de los profanos. Cuando el faraón se acercaba al templo lo recibían con cantos de bienvenida y tocaban música en favor de su *ka.*

Dos instrumentos eran los más utilizados en los misterios de Hator: el sistro y el *menat.* El sistro, aún presente en las cofradías isíacas en los primeros siglos de nuestra era, podía tener varias formas; dos eran las más habituales: un mango prolongado por un marco oval, atravesado por agujeros por los cuales pasaban unas varillas móviles que al sacudirlas producían un ruido metálico; un mango cilíndrico que terminaba en una cabeza de Hator o un naos, o bien en una puerta monumental. Los materiales empleados eran el oro, la plata, el bronce, el esmalte y la madera. Desde el más sencillo hasta el más complicado, las instrumentistas de Hator tocaban los sistros para ahuyentar con su sonido las tinieblas y el mal.

La mañana de la festividad de Año Nuevo, en el templo de Dandara, el rey y la reina conducían la procesión que, después de subir las escalinatas, llegaba hasta la terraza del templo. La reina agitaba dos sistros: el primero era el llamado «el que susurra» *(seshesh),* el segundo «el que ejerce la potencia» *(sejem).* La soberana declaraba que su sonido alejaría cualquier elemento hostil a la señora de los cielos. Hator imprimía su ritmo divino en el sistro que las instrumentistas hacían vibrar cadenciosamente.

El collar llamado *menat,* compuesto por un gran número de perlas pequeñas, llevaba un contrapeso generalmente adornado con una representación de la diosa Hator. La instrumentista podía llevar este collar de manera que el contrapeso colgara de su cuello o bien lo sostenía en la mano para ofrecérselo a la persona a la que deseara transmitirle buenas vibraciones. La instrumentista hacía entrechocar las perlas y marcaba el ritmo de las danzas. El sonido del collar transmitía vida y fuerza a las mujeres jóvenes, atraía hacia ellas el amor y las hacía fecundas; pero era también un símbolo del renacimiento del ser en el más allá. En Karnak, por ejemplo, vemos a la propia Hator dando el pecho al faraón para alimentarlo con la leche celeste y, presentándole el collar *menat,* haciendo gestos con los que el faraón quedaba regenerado. Y es que este collar favorecía el renacimiento en espíritu, confirmaba la coronación real y prolongaba el poder del faraón durante miles de años.[168]

Las sacerdotisas tocaban varios instrumentos: el arpa, la flauta, el oboe, el laúd, la lira, la cítara, la pandereta, percusiones, castañuelas y matracas. Las grandes arpas, cuya caja de resonancia tenía forma cónica, eran magníficas; las instrumentistas sostenían en su hombro las elegantes arpas portátiles de cuatro cuerdas. El laúd, formado por una caja de resonancia oblonga y un mango alargado, se tocaba de pie; «la diosa del bello rostro ha llegado —cantaban,

[168] Véase J. Leclant, *Mélanges Mariette,* 1961, pp. 251 ss. P. Barguet, «El origen y el significado del contrapeso del *collar-menat»,* en *BIFAO,* LII, 1953, pp. 103-515.

tocando el laúd, durante el banquete— para traernos manjares y preparar una bebida en una copa de oro». La música de laúd era alegre; las instrumentistas esbozaban pasos de baile, volviéndose unas hacia otras o echando la cabeza hacia atrás con expresión de éxtasis. Las matracas y castañuelas, decoradas con una cabeza de Hator, ayudaban a marcar el ritmo de los rituales de nacimiento o de renacimiento, durante los cuales la diosa tenía un papel preponderante. Las panderetas, de forma redonda o rectangular, consistían en un bastidor de madera en el que se habían clavado dos pieles. La pandereta rectangular se usaba sobre todo en los banquetes, mientras la redonda parecía reservada a las ceremonias fúnebres o a los ritos de regeneración. Entre éstos, mencionaremos el momento capital de la erección del pilar *djed* (palabra que significa «estabilidad»), que corresponde a la resurrección del dios asesinado; las escenas de la tumba de Jeruef, fechadas en la XVIII dinastía, nos muestran a elegantes princesas tocando unas panderetas redondas durante una procesión bailada.

En el Imperio antiguo, las orquestas casi siempre estaban integradas por hombres. El Imperio nuevo, en cambio, nos ofrece el espectáculo de orquestas femeninas; las instrumentistas llevaban el compás batiendo palmas o tocando, de pie o sentadas, los distintos instrumentos que hemos mencionado.

En ninguna festividad faltaba la presencia de las instrumentistas sagradas, empezando por la fiesta de Hator, celebrada el primer día del cuarto mes de invierno. Esta fiesta aparece descrita en la tumba de Amenenihat, fechada en la XII dinastía, y en la que las mujeres tenían un papel de primer orden: se desplazaban en procesión por las calles de ciudades y pueblos, e iban de casa en casa repartiendo bendiciones entre sus habitantes. Algunas cantaban y bailaban, otras tocaban a la gente con los objetos sagrados de la diosa, el sistro y el collar.

EL RITO DE «AGITAR EL PAPIRO»

En las inmensas extensiones de matas de papiros existentes en el Delta, así como en la región tebana, se celebraba un rito musical consistente en sacudir y recoger tallos de papiro en honor de Hator. El verbo empleado para designar este rito, *seshesh,* corresponde a uno de los nombres del sistro. Esta similitud significa que existía una identidad de naturaleza entre «tocar el sistro» y «recoger el papiro». En ambos casos se producen vibraciones y un zumbido que encantaba el oído de la divinidad que, en contrapartida, llevaba la alegría a la tierra. Este culto ofrecido a Hator, oculta entre la vegetación, hacía que despuntara una vivificante juventud y favorecía la llegada de una nueva vida, concedida por la diosa a las almas acordadas.[169]

Sin duda debemos relacionar con la perfecta ejecución del rito la admirable figura de Ahmés Merit-Amón, la esposa de faraón Amenhotep I. Su sarcófago de cedro, descubierto en la tumba de Dayr

[169] Véase, por ejemplo, Y. M. Harpur, *GM,* 38, 1980, pp. 53-61.

al-Bahari, es una obra maestra de un tamaño impresionante, decorado con plumas pintadas y recubierto de pan de oro. El rostro de esta mujer-pájaro posee una belleza y una juventud pasmosas; es la reina a la que vemos sosteniendo dos cetros en forma de papiro, símbolos de la eterna juventud del alma.

DANZAS SAGRADAS

Seductoras mujeres de cuerpo perfecto, senos firmes, cabello perfumado, a veces desnudas y luciendo pulseras y collares... no debemos olvidar que las bailarinas egipcias, cuya función ritual hay que tener presente, solían ser muy bellas y tenían la posibilidad de expresar sus talentos en numerosas ocasiones, ya fuese en los momentos fundamentales de la vida agrícola, como la recolección o la vendimia, las fiestas en honor de las divinidades o los funerales.[170]

La danza se consideraba una actividad sagrada creada por Hator. En la tumba del visir Kagemni, en Saqqara, fechada en la VI dinastía, vemos cinco jóvenes que componen un ballet cuyas audaces figuras desafían las leyes del equilibrio; de este modo, siguiendo un ritmo alegre que traduce una alegría intensa, celebran la aparición de Hator en Oriente, saludada por los dioses y especialmente por Ra y Horus. En la tumba del escriba Idu, de la misma época, cuatro mujeres jóvenes bailan el himno que declaman tres cantoras, las cuales dirigen un saludo a Hator, la que ama la belleza y permite al *ka,* la potencia vital, alcanzar la plenitud.

«Ven, diosa de oro —le piden a Hator*—, tú que te alimentas de cantos; tú, cuyo corazón se sacia de danzas, tú, a quien las fiestas hacen resplandecer en la hora del reposo y a quien alegran las danzas durante la noche”.* El secreto de las mujeres del harén, como ya hemos mencionado, no era otro que una danza que abría las puertas del cielo. Durante la «danza de los espejos», representada de manera sobresaliente en la mastaba de Mereruka, las iniciadas ahuyentaban los malos espíritus, comulgaban con el sol y la luna, alcanzando un estado de arrebato divino.

En la fiesta del sol femenino, en Medamud, en la región tebana, la diosa del oro colmaba de bailes el corazón de sus fieles servidoras. Durante la noche comulgaban con el espíritu de Hator en el lugar de la ebriedad.

Según las figuras representadas en la tumba de Antefoker, visir y alcalde de Tebas de la XII dinastía, las bailarinas celebraban la unión de Hator con la luz divina. Su resplandor derramaba la felicidad y la fertilidad sobre toda la tierra.

El momento en que Hator abandonaba Egipto para dirigirse al gran sur y adquiría la forma de una leona decidida a exterminar a la humanidad significaba para los egipcios un drama temible. Gracias a la intervención del sabio Thot y de Shu, que era a la vez verbo y aire luminoso, la diosa lejana aceptaba volver a la tierra de los faraones. En File se organizaban grandes festividades para apaciguar la cólera de la diosa e inspirar su deseo de alegrar los corazones. Las iniciadas

[170] Véase H. Wild, *Sources Orientales,* VI, 1963, pp. 37-117.

en los misterios de Hator, cantoras, instrumentistas y bailarinas, ejercían entonces su misión principal: transformar una fuerza peligrosa en energía creadora.

59. LAS ADORATRICES DIVINAS: SACERDOTISAS REINANTES EN TEBAS

LAS «ESPOSAS DEL DIOS»

Durante cerca de medio siglo, desde el año 1000 a. J.C. hasta la invasión persa del año 525, una dinastía de mujeres, «las adoratrices divinas», gobernó la gran ciudad de Tebas. No eran profanas, sino sacerdotisas iniciadas en los misterios de Amón a las que el faraón había concedido un poder espiritual y temporal sobre la principal ciudad santa del Alto Egipto.

Para comprender la naturaleza de este acontecimiento debemos remontarnos a la institución de «la esposa del dios». Todas las reinas ejercían esta función, pero fue una en particular, Iimeret-nebes, «la amada de su señor», la que llevó por primera vez de manera oficial el título de «esposa del dios». Una estatuilla fechada en el Imperio medio, y actualmente conservada en el Museo de Leiden, nos la muestra con un ceñido vestido transparente y calzada con sandalias doradas; los brazos pegados al cuerpo, sus dedos eran finos y largos, el pecho erguido, los senos redondos y la cintura muy fina. Va tocada con una peluca fija y lleva los ojos maquillados, y aparece sonriente. El señor que la desea es el dios que quiere expresar su poder de creación, que ella debe apaciguar para transformarlo en benéfico.

La reina lahmose-Nefertari, como ya hemos visto, creó el dominio temporal de la esposa del dios, al que se le asignaron tierras y un personal que incluía un intendente, escribas, un jefe de graneros, artesanos y campesinos. Entre las más célebres «esposas del dios» —éstas no pertenecían forzosamente a la familia real— figuraban Hatsepsut y Tausert, futuras mujeres de faraones.

En su condición de instrumentistas, sabían manipular las energías vibratorias, alegrar a la divinidad y hacerla propicia. Llenaban el santuario de maravillosos aromas y cantaban con una voz sosegante, reservada a los oídos de la divinidad.

Un bloque de la «capilla roja» de Hatsepsut nos descubre un extraño rito. Un sacerdote, portador del título de «padre divino», alcanza una antorcha a la esposa del dios, que ella emplea para encender un brasero. Luego, el mismo sacerdote le ofrece una especie de broche en el que hay punteado un abanico donde figura una imagen representando al enemigo, el desorden, el mal. La esposa del dios arroja esta imagen al brasero.

Tras purificarse en un estanque antes de entrar en el templo, la esposa del dios lo llamaba a manifestarse, velaba por el suministro de tejidos sagrados y participaba en el mantenimiento de la armonía entre el cielo y la tierra.

Durante la segunda mitad del siglo xi a. J.C., una nueva institución, la de las «adoratrices divinas», asumió el conjunto de estas tareas desde una particular perspectiva.

EL CELIBATO SAGRADO DE LAS ADORATRICES DIVINAS

Graciosa y elegante silueta, un gran tocado ceñido por una tela que imita la piel de un buitre, la serpiente uraeus erguida en la frente, un largo vestido ceñido, collar ancho y brazaletes: estos detalles caracterizaban a las adoratrices divinas, que poseían la facultad de «trabar todos los amuletos», es decir, de activar la magia del Estado, cuyos secretos ellas conocían.

Las adoratrices divinas, esposas de Amón, no pronunciaban voto de castidad, pero, no obstante, tampoco tomaban esposo humano ni tenían hijos, con el fin de consagrarse exclusivamente al servicio de la divinidad. Sin estar recluidas, pasaban la mayor parte de su existencia en el interior del templo dedicado a Amón en Karnak, donde cotidianamente despertaban la potencia del dios y mantenían su presencia sobre la tierra.

Vemos a la adoratriz divina con el brazo izquierdo apoyado en el hombro de Amón, dándole de este modo el espaldarazo mientras la adoratriz divina sostiene en su mano derecha el collar de resurrección y el signo jeroglífico de la vida. En una actitud de mayor intimidad, la adoratriz divina rodea con sus brazos a Amón para abrazarlo. Mientras, en otras escenas, su divino esposo le da a respirar la vida, la sacerdotisa toca la corona de Amón, participando de este modo de su origen celeste. Un pequeño grupo de terracota[171] nos muestra incluso a una adoratriz divina sentada sobre las rodillas de Amón, expresando con ello la unión mística entre el dios y su gran sacerdotisa. *«Mi corazón —*afirma él*— está enormemente satisfecho".*

Amón es quien corona a la adoratriz divina. Ésta se arrodilla, dándole la espalda; Amón le impone las manos, magnetizándola y comunicándole su fuerza. La sacerdotisa ejecuta el acto llamado *dua,* «adorar, venerar», que caracteriza las oraciones de saludo a la luz del alba, signo de la creación renovada.

«La que se une a Dios» es también «la mano del dios». Este título se refiere a la masturbación del creador que, en la soledad del origen, tomó su propia mano por esposa. La adoratriz divina se identificaba con esa mano activa del dios, que extrajo de sí mismo su propia sustancia para modelar el mundo, sin disociar espíritu y materia.

LAS ADORATRICES DIVINAS, REINAS DE TEBAS

La toma de posesión de una adoratriz divina era una auténtica coronación, a la que asistían numerosos sacerdotes y cortesanos de alto rango. La adoratriz divina entraba en el templo guiada por un ritualista. El escriba del libro divino y nueve sacerdotes puros la cubrían de adornos, joyas y amuletos relacionados con su función. Se la proclamaba soberana de la totalidad del circuito celeste que recorría el disco solar. Por último se anunciaba la titularidad de aquella de la que se decía que «dirigía la subsistencia de todos los seres vivos».

Es correcto hablar de titularidad, dado que los nombres de las

[171] Museo de El Cairo, CG, 42 199.

adoratrices divinas, como los de los faraones, se grababan en cartuchos. Formaban una dinastía y gozaban de privilegios reales, llevando títulos propios de reinas, como «dotada de gran encanto», «de amor dulce», etc. Su nombre de coronación era frecuentemente una ocasión de rendir homenaje a Mut.

La adoratriz divina se iniciaba en los misterios de su función a través del rito del «ascenso real» al templo conducida por su esposo divino, Amón. En el secreto de las salas interiores de Karnak recibía las enseñanzas relativas a la función cósmica del faraón. Por este motivo, igual que el señor de las Dos Tierras, la adoratriz divina poseía la facultad de consagrar monumentos, dirigir ritos de fundación, plantar los jalones que delimitaban el área sagrada, proceder al sacrificio de animales, consagrar las ofrendas y ofrecer Maat, la regla eterna, a sí misma.

Por el hecho de recibir «la realeza del doble país», la adoratriz divina podía ser representada en forma de esfinge, otro privilegio faraónico. Además estaba llamada a intervenir en el ritual de regeneración de la *fiesta-sed,* estrictamente reservado al faraón, destinada a vivificar la potencia mágica del rey, agotada al cabo de un cierto número de años de reinado.

No obstante, algunas escenas nos muestran a las adoratrices divinas presidiendo el ritual de la *fiesta-sed,* caracterizada por la presencia de un doble pabellón, símbolo del Alto y el Bajo Egipto. También vemos a las grandes sacerdotisas practicando los ritos reales: dar cuatro vueltas por un espacio sagrado, disparar el arco sobre dianas repartidas por los cuatro puntos cardinales, atar los nudos de la energía creadora relacionada con las cuatro divinidades correspondientes a las direcciones del espacio.

¿Podemos considerar a las adoratrices divinas como faraones? No, ya que sus años de reinado se inscriben en los del faraón reinante; además no practicaban el conjunto de ritos reales, como, por ejemplo, la gran ofrenda al Nilo, destinada a propiciar una buena crecida. Tampoco edificaban grandes templos, sino capillas de pequeño tamaño, y esto sólo en Tebas. Las grandes construcciones de la época llamada «etíope», en la XXV dinastía, que conoció el apogeo del poder de las adoratrices divinas, son obra exclusiva de los faraones.

Por lo tanto conviene hablar de una realeza más espiritual que temporal, cuya irradiación quedaba limitada a la ciudad tebana. No obstante, las adoratrices divinas participaron de la eternidad estelar y solar de los faraones, y sus monumentos fúnebres, aunque poco estudiados, poseen un gran interés.

Podemos mencionar sus capillas de Madinat Habu, en cuyas paredes se desarrolla un ritual revelado por unos textos a los que aún nadie ha dedicado un estudio en profundidad; lo mismo ocurre con las capillas de Karnak dedicadas a «Osiris, señor de la vida», a «Osiris, de corazón de persea» y a «Osiris, regente de la eternidad». Esta última capilla es un excepcional edificio situado cerca de la gran puerta de Oriente y uno de los lugares más impresionantes de Karnak. El nombre completo del monumento es «la gran puerta de la esposa del

dios, la adoratriz divina Amenardis, a la que veneran quienes han alcanzado el conocimiento en la morada de su padre, Osiris, regente de la eternidad». La adoratriz divina celebra en él su propia fiesta de regeneración, que le abre las puertas del más allá. Después de consagrar el edificio a Osiris, toca el sistro ante Amón-Ra, recibe de Isis el collar de resurrección, es coronada y realiza la ofrenda a Maat.

Más allá de la puerta de Oriente, más allá del último templo de las adoratrices divinas, no hay nada. Nada más que el sol de otro mundo.

UN DISPOSITIVO TEMPORAL

Las adoratrices divinas disponían de servicios administrativos dirigidos por un gran intendente, «verdadero conocido del rey, un hombre al que él aprecia», o, dicho de otro modo, un consejero allegado al faraón. Este gran intendente debía administrar una considerable cantidad de bienes, consistentes en metales preciosos, ropas y productos comestibles, sin contar los campos y el ganado.

Los particulares podían consagrar sus estatuas a una adoratriz divina y pedir su protección. Se conoce el caso de estatuas en cuyos hombros hizo grabar el propietario el nombre del faraón y el de la adoratriz divina, manifestando con ello su apego a esta doble expresión de la realeza. Al menos, un texto jurídico prueba que se podía invocar la persona de la adoratriz divina como testigo sagrado de un acto legal.

Una adoratriz divina aseguraba su sucesión mediante adopción. La elección se realizaba después de concertarla con el faraón reinante, quien proponía a una princesa miembro de su familia. A la titular se la llamaba «madre» y a la llamada a sucedería, «hija». La madre educaba a la hija y le revelaba los secretos de la alta función que debería asumir. Las dos mujeres reinaban conjuntamente hasta el «eclipse» voluntario de la «madre» o su desaparición.

En la época tolemaica, muchos siglos después de la muerte de la última adoratriz divina, este título todavía designaba a la sacerdotisa de Tebas, último vestigio de la dinastía femenina que había reinado en aquella gran ciudad.

LA DIOSA TEFNUT Y LAS ADORATRICES DIVINAS

Atum, que es a la vez el ser y el no ser, creó la primera pareja, Shu y Tefnut. Shu es la vida, el aire luminoso y el aliento; Tefnut es Maat, la regla universal. Las polaridades masculina y femenina son indisociables e interactúan: la vida engendra la regla, la regla engendra la vida.

Ahora bien, la adoratriz divina era, igual que la reina, asimilada a Tefnut,[172] y todos los ritos que le correspondían se realizaban «como hacia Tefnut, por primera vez». La adoratriz divina, ocupando el lugar de Tefnut, encarnaba a Maat y consolidaba el torno de alfarero que crea a todos los seres.

---

[172] Véase J. Leclant, «Tefnout et les divines adoratrices thébaines», en *MDIAK,* XV, pp. 166-171.

60. LA DINASTÍA DE LAS ADORATRICES DIVINAS

MAAT-KA-RA

La hija del faraón Psusenas I (1040-993 a. J.C.), Maat-ka-Ra, «la potencia creadora de la luz divina es la regla», fue la primera adoratriz divina. Ella inauguró una especie de dinastía de la que formaron parte doce mujeres.[173]

Al acceder a su cargo se produjo un cambio evidente en relación a las «esposas del dios» que la precedieron, pues el nombre de Maat-ka-Ra aparece grabado en un cartucho. Su sarcófago de madera[174] fue descubierto en 1875 en el famoso escondrijo de Dayr al-Bahari. El rostro de la primera adoratriz divina, grabado en pan de oro, posee una belleza soberana. La vemos tocada con una peluca de largas mechas que ciñe una diadema con el uraeus, el cuerpo cubierto de símbolos y divinidades protectoras; su mirada es al mismo tiempo viva y profunda. El egiptólogo francés Daressy acertó al afirmar que esta hija del rey y de la gran esposa real había observado un celibato sagrado, casándose sólo con el dios Amón. Esta afirmación fue puesta en duda por su colega Maspero, quien había constatado en el ataúd de Maat-ka-Ra la presencia de la momia de un bebé, lo que parecía probar que esta gran dama había muerto durante el parto. Sin embargo existía bastante información que certificaba la existencia de un gran intendente de esta adoratriz divina, de una administración y de una institución que exigía que la gran sacerdotisa no se desposara con ningún mortal ni tuviera hijos. El bebé de Maat-ka-Ra introducía dudas sobre lo que se tenía por seguro acerca de su función.

La radiografía acudió en ayuda de la egiptología y restableció la verdad. Unos universitarios americanos demostraron que la molesta momia correspondía a... un mono. La adoratriz divina no había querido separarse de su animal preferido para realizar el que sería su último viaje.

KAROMAMA

Sabemos muy poco acerca de la segunda adoratriz divina, Henut-Tauy, «la soberana de las Dos Tierras», que desempeñó el cargo durante la primera mitad del siglo x a. J.C.; sobre la tercera, Mehyt-usejet, «la poderosa diosa Mehyt», amada de Mut, que ofició durante la segunda mitad del mismo siglo, apenas sabemos nada.

Por el contrario, Karomama,[175] «amada de Mut, Mut es la primordial», adoratriz divina durante la primera mitad del siglo IX, ha adquirido cierta celebridad gracias a una estatuilla de bronce que la inmortaliza. En una carta escrita el 27 de diciembre de 1829, Jean-François Champollion la describe en estos términos: *«Traigo al Louvre el bronce más bello descubierto en Egipto. Es una estatuilla... totalmente incrustada de oro, de la cabeza a los pies. Es una pequeña*

[173] Para la lista de esposas del dios y de las adoratrices divinas véase *LdÄ,* II, 792 ss.
[174] Museo de El Cairo, CG, 61 028.
[175] Se desconoce el sentido del nombre *ka-ro-mama.*

obra maestra desde el punto de vista artístico y una maravilla en cuanto a su ejecución. Estoy seguro de que besaréis las mejillas de la princesa, a pesar del óxido que la oculta un poco y que se manifiesta en forma de protuberancia entre sus hombros. Se trata de una pieza capital".

Karomama, vestida con una túnica plisada, luce un gran collar y delicadas joyas; las grandes alas que envuelven la parte inferior de su cuerpo la convierten en una mujer-pájaro. La estatuilla tiene incrustaciones de oro, cobre y plata. Tanto los brazos como las manos, los pies y los pliegues del vestido están cubiertos de pan de oro, pues ésta era la materia de la que estaba hecha la carne de los dioses; «la esposa del dios de las manos puras, la soberana de las Dos Tierras, la adoratriz divina de Amón, la dama de las dos coronas, Karomama, amada de Mut, la amada de Amón-Ra» quedaba inmortalizada de este modo en su aspecto divino.

Una inscripción nos informa que fue el director del Tesoro y unos chambelanes quienes erigieron la estatua de su soberana, Karomama, en el interior del templo de Karnak para que fuese objeto de piadosos homenajes. La joven extiende sus brazos hacia adelante y ejecuta el rito consistente en hacer zumbar dos sistros de oro, que han desaparecido. Este tipo de estatuilla, que nos muestra a la adoratriz divina atrayendo hacia la tierra la influencia benéfica de las divinidades, era sacada en procesión.

La reputación de Karomama, «la de hermosa actuación en la casa de Amón», era tal que se construyó para ella una capilla fúnebre en el recinto del Ramesseum, el templo de los millones de años de Ramsés II.[176]

SAPENUPET I

A la quinta adoratriz divina, Kedemerut, de la que apenas tenemos referencias históricas, le sucedió Sapenupet I, «el don de Upet»; la diosa Upet era, probablemente, la encarnación de la fecundidad espiritual.

Sapenupet, hija del faraón libio Osorkon III, todavía vivía en el año 700 a. J.C.; su figura fue representada en la capilla de Osiris, regente de la eternidad, en Karnak. La capilla que le fue dedicada en Madinat Habu resultó, desdichadamente, destruida.

Durante su reinado, Pianjy llegó desde el lejano Sudán para restablecer el orden en Egipto y terminar con la división entre el norte y el sur. Pianjy, muy apegado a las antiguas tradiciones, veló por el restablecimiento de los cultos, el mantenimiento de su rigor y magnificencia característicos, y conservó la institución sagrada de las adoratrices divinas.

Con la conformidad del nuevo faraón, Sapenupet adoptó como hija espiritual a Amenardis, «Amón la ha concedido».

AMENARDIS LA ANCIANA

El reinado de la hija del rey etíope Kasta, Amenardis, cuyo

---

[176] Sobre Karomama véase J. Yoyotte, *BSFE,* 64, 1972, pp. 31 ss.

nombre iba seguido del epíteto «la perfección de Mut resplandece», fue muy largo. En 1858, Mariette descubrió en Karnak una estatuilla en la que aparecía representada sobre las rodillas de Amón, en un estado de abandono amoroso que ilustraba la unión metafísica con el principio creador.

Esta adoratriz divina dejó huellas de su actividad arquitectónica en el área de Karnak y Madinat Habu, donde se encuentra su hermosa capilla, que cuenta con una interesante bóveda de piedra. Las paredes están adornadas con numerosas escenas rituales. La capilla recibió en su tiempo abundante material fúnebre, entre el que destaca una mesa de ofrendas y estatuas de Osiris con el nombre de Amenardis.

Ésta participó en ritos de fundación y dirigió una corte que se hallaba bajo la responsabilidad del gran intendente Harwa, quien, en su condición de sacerdote de Anubis, organizó los funerales de Amenardis la anciana y su culto fúnebre.

Gracias a Mariette, libretista de ópera ocasional, la memoria de esta adoratriz divina ha sobrevivido, aunque algo distorsionada, en *Aída,* la ópera de Verdi.

SAPENUPET II

A partir del año 700 a. J.C., y durante unos cincuenta años, la hija del conquistador Pianjy, Sapenupet II, fue la octava adoratriz divina, que conoció el reinado de tres faraones.

Algunos retratos la pintan como una africana de pómulos prominentes y caderas y piernas marcadas. Su reinado ejerció una poderosa influencia en la región tebana; fue jefa de obras de varias capillas fúnebres, en Karnak y en Medamud. Se la suele representar en solitario, lejos de la presencia del faraón, quien le había otorgado plena confianza en la administración de la región.

Sapenupet II dirigió el culto y celebró una fiesta de regeneración, en el transcurso de la cual fue calificada de «soberana del Doble País». En Madinat Habu hizo construir y decorar la capilla fúnebre de su «madre» Amenardis. Llegado el momento de elegir a su sucesora, adoptó a su sobrina Amenardis II, llamada «la joven», hija del faraón etíope Taharka.

Sapenupet II ejercía su función cuando los etíopes abandonaron Egipto y vivió el inicio de la XXVI dinastía, que tuvo a Psamético I como primer faraón.

Amenardis la joven, «amada de Tefnut», vivió a la sombra de su poderosa «madre». La sucedió la hija del rey Psamético I (664-610), Nitokris I, llamada «la mayor».

NITOKRIS LA MAYOR

La décima adoratriz divina inaugura el período llamado «saíta», durante el cual los faraones originarios de la ciudad de Sais, situada en el Delta, adoptaron como modelo el Imperio antiguo y rescataron los valores de la edad de oro, inspirándose sobre todo en los *Textos de las pirámides.*

¿Fue éste el motivo por el cual esta mujer de fuerte

personalidad adoptó el nombre de Nitokris, una reina-faraón de las lejanas épocas?

La «estela de adopción» de Nitokris, erigida en Karnak, nos permite conocer las circunstancias del acontecimiento. En el año 9 del reinado de Psamético I, en el 655 a. J.C., Nitokris abandonó la residencia real de Sais, la ciudad de la diosa Neith. A bordo de un barco oficial, y acompañada de una numerosa flotilla, tomó la dirección de Tebas, adonde llegó al cabo de dieciséis días.

Nitokris viajó desde el desembarcadero hasta el templo en una silla de manos nueva, chapada de oro y de plata. Sapenupet II recibió a la que iba a sucederle acompañada por numerosos dignatarios y ritualistas. Previamente hubo que convencer a Montuemhat, el rico e influyente gobernador de Tebas, que se plegó a las exigencias del faraón y participó en las ceremonias de investidura.

Cuando Sapenupet hizo la donación ritual de todas sus posesiones a Nitokris, Tebas reconoció la autoridad del rey saíta. Al hacerse cargo de su función, la nueva adoratriz divina encarnaba la unión del norte y el sur, del Bajo y Alto Egipto. Su entronización era, en consecuencia, un acto político de primer orden destinado a recrear un reinado coherente y fuerte después de un período de sobresaltos.

Nitokris restauró el palacio de las adoratrices divinas; se reconstruyeron los altares, el suelo de piedra y la cocina. Novecientas hectáreas, pertenecientes a siete provincias del Alto y cuatro del Bajo Egipto, conformaron su dominio. Cada día, el clero de Amón ofrecía al personal de la adoratriz divina 190 kilos de pan, seis litros de vino, leche, verduras, pasteles, grano y hierbas. Cada mes, tres bueyes, cinco ocas, veinte jarras de cerveza y otros alimentos. En cuanto al gran intendente, se le comparaba al *ka* del rey; dicho de otro modo, debía aportar a la adoratriz divina la energía indispensable para que cumpliera con su tarea.

Una admirable estatua de pizarra verde, de una altura de 96 cm, representa a la diosa Thueris, el hipopótamo hembra, de pie, provista de brazos y apoyada en el signo jeroglífico de la protección mágica;[177] la obra se encontraba en el interior de un naos en piedra caliza, en el que había perforada una abertura a través de la cual la diosa miraba hacia el exterior. En ese naos figura Nitokris, que realiza la ofrenda del sistro a la diosa acompañada por la cofradía de las siete Hator, a las que vemos tocando la pandereta. De este modo, Thueris, «la gran madre», y la adoratriz divina se hacían indisociables. En el año 594 a. J.C., después de un largo reinado, la «madre» Nitokris la grande adoptó como «hija» a Anjnes-neferibre. Le reveló los secretos de su función, le enseñó a gobernar y murió en el cuarto año del faraón Apries, en el 585, al cabo de nueve años de reinado conjunto con la undécima adoratriz divina.

ANJNES-NEFERIBRE

Anjnes-neferibre, hija del rey Psamético II, fue acogida en Tebas por Nitokris. Ésta le abrió las puertas de la morada de Amón y la

[177] Museo de El Cairo, CG, 39 194.

condujo a presencia del dios oculto. Como faraón, Anjnes-neferibre cumplió con el rito de la «ascensión al templo».

Fue coronada en el secreto del santuario, ataviada con las ropas y adornos rituales. Su titularidad la convertía en «gran cantora, la que lleva flores, la que está al frente del linaje de Amón», y también en «el primer profeta de Amón».

Dicho de otro modo, Anjnes-neferibre se hallaba a la cabeza de la jerarquía tebana y se convertía en la superiora de todos los sacerdotes de Karnak. El escriba del libro divino registró los detalles de la ceremonia, haciendo constar que la adoratriz divina, digna de todas las alabanzas, de amor dulce, reinaba sobre el circuito del disco solar. Para hacer manifiesta su alegría tocó los sistros y salmodió con su hermosa voz un canto sagrado.

El nombre de la undécima adoratriz divina significa «que el faraón viva por ella, perfecto es el corazón de la luz divina». Amada de Mut, regente de la perfección, Anjnes-neferibre asumió plenamente su función doce días después de la muerte de Nitokris la grande.

Hizo construir una puerta de jubileo en Karnak-norte, dos pequeñas capillas en la avenida que llevaba al templo de Ptah y una capilla de Osiris; fue el suyo un largo reinado que duró cerca de setenta años. Cuando sintió que sus fuerzas declinaban escogió como «hija» a Nitokris II, hija del faraón Amasis, a la que transmitió su cargo de primer profeta de Amón.

NITOKRIS II

La duodécima adoratriz divina fue la última representante de este extraordinario linaje de grandes sacerdotisas.

En efecto, en el año 525, los persas invadieron Egipto y devastaron Tebas. De su jefe, Cambises, se dice incluso que violó la tumba de Anjnes-neferibre, en Dayr al-Madina, y quemó su momia. El sarcófago de esta gran dama, por suerte, se salvó de la destrucción; la expedición francesa de 1832 lo encontró, pero los poderes públicos no lo juzgaron suficientemente interesante para comprarlo. Más perspicaces, los ingleses se apoderaron de esta obra maestra, que actualmente se halla expuesta en el British Museum. Está cubierto de textos de capital importancia que describen el destino espiritual de la adoratriz divina.

¿Cuál fue la suerte que los bárbaros persas reservaron a la última adoratriz divina? Lo ignoramos.

LA LLAMADA DE LAS ADORATRICES DIVINAS

Entre las riquezas arquitectónicas del gran templo de Madinat Habu, en la orilla oeste de Tebas, se cuentan las capillas de las adoratrices divinas. En uno de los dinteles puede leerse este «llamamiento a los vivos»:

«Seres vivos que estáis en la tierra y que pasáis por esta morada de la energía creadora *(ka)* que Sapenupet II construyó para su padre, el dios Anubis, que preside el pabellón divino, y que construyó asimismo para la adoratriz divina Amenardis, de la voz

entonada; igual que amáis a vuestros hijos y quisierais que os sucediesen en vuestras funciones y conservasen vuestros hogares, estanques y canales, conforme a lo que se os deseó cuando los construisteis y vosotros mismos los cavasteis, igual que respiráis el dulce aire perfumado de la gran avenida y acompañáis al dios venerable, de gran poder, en cada una de sus magníficas procesiones; igual que celebráis las fiestas del gran dios que está en Madinat Habu y que vuestras esposas cumplen con los ritos de Hator, soberana de Occidente, la que les permite traer varones y hembras sin enfermedades ni dolor, yo os ruego que pronunciéis la fórmula "Ofrenda que da el faraón"“.

61. LAS PLAÑIDERAS

UNA COFRADÍA SAGRADA

Se ha presentado la muerte. Después de preparar la momia, ésta es introducida en un sarcófago colocado sobre un trineo tirado por bueyes. Se organiza entonces el cortejo fúnebre. Aparecen las «plañideras»,[178] ataviadas con un vestido blanco sin adornos. Llevan los senos descubiertos, avanzan golpeándose el pecho y cubriéndose de polvo la cabeza.

Desconsoladas, dejan oír sus lamentos y profieren gritos de dolor, recordando al buen pastor que se ha marchado al país de la eternidad o, dicho de otro modo, al difunto o a la difunta asimilados con el dios resucitado que sabe conducir al rebaño de hombres hasta los paraísos del más allá.

«Tú que tenías una familia numerosa —recitan las plañideras— *te hallas ahora en un paraje solitario. El que gustaba de mover las piernas para caminar está hoy inmóvil, encerrado entre vendas".*

Las plañideras disponían de un repertorio de textos y cantos fúnebres que no dejaban lugar a la improvisación. «Que se ofrezca agua al que desea beber», imploraban evocando al muerto, que debía sortear difíciles pruebas antes de conocer la regeneración.

Las plañideras, que eran cantoras de la diosa Hator, intervenían en los rituales fúnebres y se encargaban, además, como vemos en la tumba de Ramose, de realizar el gesto del *ka* destinado a mantener la energía creadora que habrá de sobrevivir a la nada.

ISIS Y NEFTIS, LOS DOS MILANOS HEMBRA

Las dos plañideras principales recibían el nombre de *djeryt,*[179] es decir, «milanos hembra», las rapaces que se colocaban a la cabeza del sarcófago y lo protegían. También se las puede ver a bordo del barco que transporta el ataúd hasta el paraíso de los justos.

Esos dos pájaros son Isis y Neftis, «de la voz entonada»; durante los ritos, algunas mujeres, como la dama Ny-anj-Hator, «la que pertenece a la vida, Hator», que vivió en la VI dinastía, se encargaban de encarnar a las diosas. Estas iniciadas vestían una larga túnica con tirantes que dejaba los pechos desnudos; un turbante ceñía la peluca corta que lucían. Llevaban cofres de madera en cuyo interior guardaban tejidos y hábitos de resurrección.

Isis es «la gran plañidera», Neftis «la plañidera menor»; de vez en cuando tocaban el sarcófago para transmitirle la energía de la que eran depositarías. Cuando interpretaban el papel de Isis y Neftis, las iniciadas debían purificarse cuatro veces, cada siete días, antes de presentarse ante la puerta de la gran sala, donde eran fumigadas por los ritualistas. A primera hora de la noche pronunciaban la fórmula: *«Soy pura, clara y he recibido el incienso".*

Se recitaban entonces las lamentaciones de Isis y Neftis[180] en

---

[178] Véase M. Werbrouck, *Les pleureuses dans l'ancienne Égypte,* 1938.
[179] Véase H. G. Fischer, *Varía,* pp. 39-50.
[180] Véase H. Junker, *Die Stundemvachen in den Osirismysterien,* Viena, 1910; R. O. Faulkner,

favor de Osiris, es decir, de todo aquel al que el tribunal del otro mundo hubiese reconocido como justo.

Durante la fiesta de las plañideras se purificaban los locales en los que oficiaban. Isis y Neftis, depiladas y tocadas con pelucas rizadas, llevaban sus nombres escritos en el brazo. En cuatro ocasiones realizaban el acto de venerar a Osiris, recibiendo esta respuesta de un ritualista: *«El cielo se ha reconciliado con la tierra”.*

Para purificar la boca, las plañideras mascaban natrón, luego eran incensadas. El ojo de Horus, sinónimo de la ofrenda, derramaba su perfume sobre ellas. Se elevaban cantos y se hacía sonar la música, anunciando la transformación de Osiris muerto en Osiris vivo. El cielo y la tierra expresaban su alegría y la dicha, pues ya no se temía por el destino de Osiris. El señor estaba presente en su morada de resurrección, ya no estaba perdido o desorientado.

«Ven hacia mí —imploraba Isis—, ya no tienes enemigos. Ven hacia mí para contemplarme. Soy tu esposa, la que te ama. No te alejes de mí. Te deseo. ¡Qué maravilloso sería verte! Acércate a la que te ama, tu esposa, la señora de tu casa. Soy tu amada hermana. Dioses y hombres se han vuelto hacia ti y te contemplan, ellos saben de mi dolor. Yo te llamo y mis lamentos llegan a lo alto del cielo. ¿No oyes tú mi voz? Soy tu esposa amada en la tierra, y no amas a ninguna otra mujer. Aquí, la oscuridad reina para mí, aunque brille el sol en el cielo. Cielo y tierra son uno, y la oscuridad ha invadido la tierra. Las ciudades viven en el dolor, los caminos ya no llevan a ningún lado. Mi corazón sufre, pues la desgracia se te ha llevado. Echo de menos tu amor. ¡No sigas aislado, no sigas alejado de mí!»

La intervención de la plañidera y la intensidad de su amor llevan a un resultado feliz. El esposo de Isis volvía a sus brazos. Ella sentía primero su presencia, anunciada por su perfume, el del maravilloso país de Punt, luego lo veía. Al resucitar, Osiris esparcía la vida a su alrededor. Las plañideras habían contribuido al milagro.

«The Lamentations of Isis and Nephtys», en *Mélanges Maspero,* I, 1934, pp. 337 ss., y «The Songs of Isis and Nephtys», en *JEA,* 22, 1936, pp. 121 ss.

62. LAS «SERVIDORAS DEL KA»

El *ka* es la energía creativa que anima todo tipo de vida. Se halla en el ser humano, cuya supervivencia depende de las relaciones que mantiene con su *ka;* del mismo modo, es esencial que los ritualistas, a la muerte del individuo, realicen los gestos indispensables para el mantenimiento de esta potencia invisible e inmaterial.

Ahora bien, así como existían «servidores del *ka»,* también, desde tiempos remotos, había mujeres que ejercían esta función, llamadas «servidoras del *ka».* Oficiaban en las capillas de las tumbas, quemando incienso y perfumes, presentaban las ofrendas líquidas y sólidas, cuya eficacia resultaba del acto de «sacarlas hasta la voz», esto es, de enunciarlas. De ese modo se transformaba la materia en espíritu.

«Servidora del *ka»* era una profesión; a cambio de los servicios prestados, la ritualista recibía un salario en especie. Poseía la facultad de consagrar el monumento fúnebre de un hombre, ya fuese éste su marido, un pariente o un amigo.

Hombre y mujer eran idénticos ante el más allá. Ambos podían aspirar al estado espiritual más elevado, el *aj,* palabra que significa «ser útil, ser luminoso». La mujer iniciada era un «ser venerado *(imaj)»,* «la venerada por el gran dios». Así, la dama Juensu, «yo lo he protegido», era «sacerdotisa de Hator, señora del sicómoro, la sacerdotisa de la que abre los caminos, Neith del norte del muro, la sacerdotisa de la señora de Dandara en todos sus lugares, la venerada por el gran dios, la conocida del rey, el adorno del rey».[181]

Lo mismo que el hombre, la mujer deseaba tener una buena sepultura en Occidente, ascender hasta el gran dios y recibir ofrendas. La princesa Ni-sedjer-kai, que vivió en la V dinastía y murió a una edad avanzada, fue inhumada en una gran mastaba en Gizeh; era hija del rey, sacerdotisa de Hator y del alma de Keops. El faraón y Anubis le concedieron reposo en Occidente y ofrendas en cada fiesta; de este modo pudo emprender en paz el viaje por los hermosos senderos de la eternidad, por los que transitan los justos.

«Que puedas viajar y cruzar el cielo —es el deseo comunicado a Hedui, sacerdotisa de Hator, enterrada en la necrópolis de Naga ed-Dayr—*; que el gran dios, señor del cielo, tome su mano y la guíe hasta el lugar puro".*

La dama Neferet-iabet, «la bella oriental», era una personalidad excepcional. En su estela,[182] descubierta en Gizeh y que data del reinado de Keops, aparece sentada sobre un taburete con pies de toro; tocada con una larga peluca estriada y vestida con piel de pantera, la mano izquierda sobre el pecho, alarga la derecha hacia una mesa de ofrendas. Con este gesto consagra mil panes, mil cántaros de cerveza, mil cabezas de ganado, mil piezas de caza, mil vasos de alabastro, mil piezas de ropa, incienso, aceite, afeites de

[181] Estela falsa puerta de Kanefer, Museo del Louvre, E. 11. 286.
[182] Estela Louvre, E 15 591.

color verde y negro, frutas, vino y otras cosas buenas y puras que nunca faltan en las fiestas y banquetes del más allá. Ante el rostro de Neferet-iabet, actuando como animadora del *ka,* hay un jeroglífico con el significado de «agua fresca, agua de regeneración». Al consagrar los alimentos y productos rituales, los convertía en vivos para siempre.

El bajorrelieve de la dama Ketisen y de su marido Huti[183] revela la importancia que se concedía a la mujer como servidora del *ka,* y por tanto a su facultad para sacralizar la materia. Los esposos se hallan frente a frente. Ante ellos se extiende una mesa de ofrendas en la que se han dispuesto unos panes. Ambos personajes tienen la misma altura. La expresión de Huti es de severa dignidad; su esposa Ketisen nos parece extraordinariamente bella. Un detalle capital: todos los jeroglíficos van dirigidos a la mujer y no a su marido. El verbo y la magia de que son portadores están destinados a Ketisen, reconocida como la inspiradora de esta escena y, por así decirlo, «propietaria» de la ofrenda grabada en la piedra para la eternidad. Los diversos productos enumerados le pertenecen y ella dispone de ellos a su gusto. Su marido, Huti, aparece en una postura de veneración a su esposa quien, por lo demás, subraya su preeminencia alargando sus manos hacia la mesa de ofrendas. Huti es el invitado de la dama Ketisen, a la que dirige un discurso prometiéndole innumerables ofrendas para que nada le falte en el otro mundo.

[183] Museo de El Cairo, CG 1392 (procedente de la mastaba núm. 88 de Saqqara).

63. LAS RECLUSAS

Las «reclusas» *(jeneruf)* formaban una categoría de iniciadas que podían residir durante un largo período, o de manera definitiva, en el interior de un templo. La reina de Egipto era la superiora de las reclusas, colocadas bajo la protección del faraón, de Amón, de Min, de Jonsu, de Sobek, de Osiris, de Jnum, de Up-Uaut, de Isis, de Mut, de Bastet, de Neftis y, en resumen, de la mayoría de dioses y diosas.

No se les exigía que fuesen vírgenes ni célibes, pero debían practicar varias purificaciones antes de entrar en el templo y participar en los ritos. Las iniciadas debían bañarse en un estanque y luego se las depilaba y fumigaba con incienso.

Las ropas y adornos característicos de las reclusas, que tenían como función atraer a la tierra la energía divina y concentrarla en el santuario, eran un vestido ceñido, largo hasta los tobillos, un paño corto o semilargo, que a veces sujetaban con dos largas bandas cruzadas sobre el pecho y a la espalda, un cinturón con dos largas bandas en la parte delantera, joyas y brazaletes en las muñecas y tobillos.

Además de las actividades musicales, las reclusas velaban los objetos sagrados y pronunciaban las palabras de poder contenidas en los himnos con que apaciguaban a las fuerzas cósmicas, cuya intensidad podía llegar a ser devastadora.

A esta categoría de iniciadas, acostumbradas a vivir los misterios del templo, se les confiaba la tarea de encarnar a las diosas durante la representación secreta de los mitos. Las plañideras, a las que ya nos hemos referido, estaban relacionadas con una comunidad de reclusas, «las de la morada de la acacia».[184] Actuaban bajo la dirección de una «superiora de la morada de la acacia», capaz de utilizar la formidable potencia de la leona Sejmet y permitir a sus hermanas que derrotaran a la muerte.

La reina Tiaa, esposa del faraón Amenhotep II, fue «directora de los carniceros de la casa de la acacia»;[185] al lado del santuario donde oficiaban estas iniciadas se hallaba, en efecto, el sector económico encargado de asegurar su bienestar material.

Un bajorrelieve de la mastaba de Mereruka muestra a tres reclusas de la morada de la acacia vestidas con una pieza similar a un taparrabos corto, los brazos en alto formando un arco por encima de sus cabezas, bailando un ritmo lento. Las acompañan dos hermanas. Lo esencial de su canto ritual reside en estas palabras: *«Que su cuerpo permanezca intacto»* o, dicho de otro modo, que Osiris quede a salvo de la muerte. Las reclusas de la morada de la acacia participaban en los misterios de la resurrección de Osiris y se hallaban bajo la protección de Hator, «dama de la acacia».

TUY Y HUY

A la dama Tuy, que vivió durante el reinado de Amenhotep III,

[184] Véase E. Edel, *Das Akazienhaus,* Munich, 1970.
[185] Véase *Mélanges Mokhtar,* El Cairo, 1985, pp. 389 ss.

se la conoce gracias a una estatuilla de madera de una altura de 33,4 cm.[186] Es una mujer mayor, de rostro severo y porte austero, que sostiene un collar de resurrección, el *menat,* en la mano izquierda. Fue ama de casa, «gran cantora» y «gran reclusa de Min», títulos indicativos de una posición elevada en la jerarquía sagrada.

Al igual que la ilustre Tuya, gran esposa real de Seti I y madre de Ramsés II, la dama Huy había sido «superiora de las reclusas de Amón» en la época de Tutmosis III. Una estatua[187] la representa sentada en el trono y especifica sus otros títulos: «superiora de las reclusas en la morada de Ra, adoradora del dios, adoradora en el templo de Atum». Un personaje de primer rango, por lo tanto, a la que vemos con una niña desnuda en brazos, su hija, la gran esposa real.

Según las inscripciones, al *ka* de Huy se le hacían ofrendas de pan, cerveza, carne, aves, vino y leche durante las fiestas del cielo y de la tierra. El dios Amón y la diosa Mut intervinieron para que conociese la alegría y todos los días se desplazara libremente por el templo, tuviese acceso a todos los lugares secretos y disfrutase de buena salud.

[186] Museo del Louvre, E 10 655.
[187] British Museum, 1 280; véase M. Gitton, *Les Divines Épouses de la XVIII dynastie,* pp. 79 ss.

64. LA MUJER SABIA Y MAGA

Según nos revelan los archivos de Dayr al-Madina, existía en todas las comunidades grandes o pequeñas una «mujer sabia, conocedora» a la que los vecinos acudían para resolver mil y un problemas. Era vidente y poseía la facultad de poner nombre a un niño, nombre en el cual estaría contenido su destino; era curandera, predecía el futuro, aliviaba los males físicos y psíquicos, sabía encontrar objetos perdidos y distinguía la verdad de la mentira. Como guardiana de las tradiciones, transmitía oralmente los mitos, leyendas y cuentos. A las personas que acudían a esta mujer sabia, ella podía decirles si estaban habitadas por fuerzas positivas o negativas[188] y, en este caso, cómo librarse de ellas.

Estas «sabias» ejercieron una considerable influencia en la vida cotidiana de los antiguos egipcios; la dama Horsedjem, llamada «Osiris, a la que se hacen alabanzas», título poco frecuente, era sin duda una de ellas. La vemos arrodillada ante Thot, que escucha, en forma de ibis, a la que había sido admitida en la morada del dios.[189] Instruida en los secretos del dios del conocimiento, podía afirmar: *«Soy la mujer que ilumina las tinieblas”.*[190]

La magia, como ciencia que daba acceso a las leyes universales, estaba presente en todo el universo egipcio, donde la frontera entre vida y muerte era sólo aparente. Las divinidades han elegido domicilio en la tierra y la mínima actividad humana está impregnada de su potencia, reclamando del campesino, del artesano y de la mujer de su casa que tengan conciencia de lo sagrado. También utilizan algunos «grandes medios de comunicación» cargados de magia, como escarabajos o amuletos.

El conocimiento es también una magia. La expresión «grande, rica en magia» designa a la vez la corona real, la serpiente uraeus erguida sobre la frente del faraón y varias diosas, entre ellas Isis. Cuando salió a los caminos y apareció ante los humanos bajo la apariencia de una mujer, a Isis la acompañaban siete escorpiones que la obedecían puntualmente y la protegían de cualquier agresor. Una vez llegó a un pueblo situado en el límite de las tierras y el linde de las marismas del Delta. Isis formuló el deseo de entrar en la casa de una mujer, que la rechazó cerrándole la puerta. Isis insistió y consiguió que le abrieran, pero uno de sus escorpiones picó al hijo de la dueña de la casa. Isis se apiadó y salvó al desdichado imponiéndole las manos y ordenando al veneno que abandonara el cuerpo del muchacho y se escurriera hasta el suelo.

La maga sabía todo lo que había que saber sobre maleficios y virtudes de los seres peligrosos, como los escorpiones y las serpientes. Sabía cómo provocar la llegada de la cobra Renenutet, con cabeza de mujer, que protegía las cosechas y las hacía abundantes; con el rostro cubierto por una máscara con orejas de león, sostenía una serpiente en cada mano y pronunciaba los conjuros

[188] Véase KMT 4/2, 1993, p. 35.
[189] Estela 22 120 de Ajmin.
[190] *Libro de los muertos,* capítulo 30.

que impedían a la cobra ser dañina.

Identificada con los cuatro vientos, la maga abría las puertas del cielo, llevaba su mirada hasta los límites de la tierra, recorría el camino de la luz y el agua, y vivía en la unidad que existía antes del nacimiento de la multiplicidad.

La dama Nestayerre, que vivió en Tebas durante el Imperio nuevo, temía, como cualquiera, las calamidades que podían abatirse sobre ella, desde un mal constipado hasta el derrumbamiento de una pared. Las desdichas, pequeñas o grandes, eran obra de las divinidades, que las enviaban cuando no se consideraban correctamente honradas. Había una buena manera de ponerse a salvo: llevar encima un papiro cuyo texto afirmaba que preservaba de las catástrofes a su propietario. Los grandes dioses de Tebas prometieron a la dama Nestayerre que protegerían su buena salud y le concederían hermosos sueños.[191] *«La mantendré a salvo del cocodrilo, de la serpiente, de los escorpiones, de la enfermedad, de la maledicencia, de la injusticia y de los demonios* —afirma el dios Jonsu *—. Haré que prosperen sus tierras, su personal, su ganado, sus cabras, todos sus bienes en el país, de manera que ninguna divinidad en el sur o en el norte actúe contra ella. La protegeré en todos sus viajes, ya tome un barco o viaje en carro. Evitaré que padezca migraña, sufrimientos en la lengua o en los ojos. Mantendré la buena salud de su corazón, sus pulmones, su hígado, sus riñones y su vientre".* En la conclusión se especifica que los males no mencionados también quedaban conjurados y que los buenos acontecimientos no mencionados se producirían.

Las divinidades concedieron una hermosa carrera de sacerdotisa a la dama Mutuales e intervinieron concediéndole una larga vida, cuyos últimos días pasó en la paz del templo. Un texto, contenido en un pequeño cilindro que ella lleva colgado del cuello, le garantizaba la bienvenida de Amón en el más allá, que le tenía reservada una gran fiesta.

[191] Véase Edwards, *Amuletic Decrees of the Late New Kingdom,* 1960, pp. 81-84, y C. Ziegler, *Naissance de l'écriture* (catálogo), p. 301.

65. FIGURAS DE INICIADAS

TANIY, INICIADA EN LOS MISTERIOS DE ABYDOS

En 1880, Auguste Mariette descubrió en Abydos una estela del Imperio medio a nombre de la dama Taniy; le faltaba la parte superior, recientemente identificada como tal, de manera que actualmente se dispone del monumento completo.[192] Resulta difícil saber en qué reinado vivió exactamente, tal vez en el de Amenemhat II, pero lo fundamental es el extraordinario texto de la estela.

Extraordinario porque se refiere a la participación de una mujer en los misterios de Osiris, sobre los que se tiene escasa información.

Taniy era venerada *(imajet)* por Osiris, poseía el estado de venerable *(imaj)* y había sido reconocida como «de voz entonada»; podía comparecer ante Osiris, el gran dios, señor de Abydos, su esposa Isis y su hijo Horus. Ataviada con un largo vestido de tirantes anudados por debajo de sus desnudos pechos, tocada con una peluca corta y un ancho collar, la vemos sosteniendo una flor de loto en la mano izquierda y escanciando una libación en una mesa de ofrendas. En la eternidad dispondría de miles de panes, cántaros de cerveza, bueyes, aves, perfumes e incienso. La dama Taniy hacía un llamamiento a los sacerdotes puros y a los servidores del dios que tenían acceso al templo de Osiris, pidiéndoles que hiciesen ofrendas cada día y en todas las fiestas.

Luego Taniy nos revelaba cuál había sido su experiencia:

«Tengo carácter, estoy al frente de los que conocen; una venerable, alabada por mi señor, perfecta por lo que sale de su boca, a la que el rey ha distinguido por su equidad. Me ha recompensado con presentes cada día; he entrado entre alabanzas y he salido como una mujer amada; soy alguien cuya mención revela sus cualidades, que formula los ritos que por ella se cumplen,[193] una venerable ante la gran esposa real, que se une a la corona blanca".

Taniy era, por lo tanto, un personaje familiar en la corte real o, cuando menos, bastante conocida para que se apreciasen sus cualidades. Continúa revelándonos algunos episodios de los misterios de Abydos:

«La conocida del rey, Taniy, ha ido a Abydos en ese día del que no se habla; después de entrar en la tienda divina ha visto los ritos secretos".

Esta tienda era una especie de capilla que albergaba un símbolo de Osiris, sin duda una estatuilla que lo representaba bajo la forma de una momia que servía de soporte a los ritos de resurrección.

«Después de haber subido a la barca (neshemef) —Taniy continúa hablando de sí misma—*, ha cruzado el río en la barca divina. La conocida del rey, Taniy, ha salido a la llanura de Ra con las plantas llamadas "la vida que hay en ti" en sus ojos, nariz y orejas, y el producto llamado "los hermanos del cielo" sobre sus miembros. Tayt*

---

[192] Véase H. de Meulenaer, «Hallazgo de la dama Taniy», en *Pyramid Studies,* 1988, pp. 68-72. El nombre «Taniy» es difícil de interpretar; quizá signifique «liberada del mal».

[193] La expresión utilizada aquí suele reservarse a las reinas.

(la diosa de los tejidos) la vistió, y sus ropas fueron un regalo de Horus el mayor en el día en que tomó la gran corona".

Y el texto concluye:

«Que tu nariz[194] te pertenezca, y que tus ojos vean, oh verdadera conocida del rey, Taniy, de voz entonada, dama venerada".

HENUT-UDJEBU, AMADA DEL CIELO

Henut-udjebu, «la señora de la esplendidez (o de los tejidos)» fue inhumada en un magnífico ataúd de madera dorada y pintada depositado en la tumba de Hatiay, en Tebas.[195] Ama de casa y cantora de Amón, la dama Henut-udjebu se había convertido en un Osiris. Su cara, de oro estucado, se ve luminosa y serena; el vidrio negro utilizado para fabricar las pupilas y el blanco para la córnea reproducen una mirada brillante. El collar de perlas termina en capullos dorados de flores de loto.

Vale la pena que nos detengamos a leer atentamente el texto de la tapa que cubre el sarcófago:

«Palabras pronunciadas por el Osiris Henut-udjebu, de la voz entonada: "Oh mi madre Nut (el cielo), extiéndete sobre mí, para que yo tenga un lugar entre las estrellas imperecederas que están en ti y no mueren."»

Henut-udjebu, amada por la diosa del cielo, se unía a ella para vivir la inmortalidad estelar, tal como la conocían los faraones del Imperio antiguo.

LA DAMA TAUAU SE IDENTIFICA CON LOS DIOSES

Tauau, instrumentista del sistro de Amón-Ra, vivió en la época tolemaica; un papiro, afortunadamente conservado,[196] revela las etapas de su iniciación y las notables consecuencias que se derivaron.

Después de ser reconocida como «de voz entonada» por el tribunal divino, Tauau obtuvo la maestría del verbo y de su corazón; también realizó tres votos: «refrescar» su corazón, es decir, regenerarlo ininterrumpidamente, obtener una fuerza idéntica a la de Sejmet, y disfrutar de una vejez feliz en el más allá, como Osiris resucitado. Como ser de luz, la dama Tauau se convirtió en Atum, el creador; Ptah, el hacedor; Thot, el conocedor; Amón, el rey de los dioses; Osiris, el señor del otro mundo, y Hator, el oro del cielo. Ella se identificó con todas las divinidades, convirtiéndose en el padre y señor de todas las fuerzas divinas.

Esta identificación explica que no muriera una segunda vez y disfrutara de una completa libertad de movimientos en los espacios del más allá.

La estatua de la dama Takushit, procedente de la XXV dinastía,

---

[194] A saber, su capacidad de respirar en la eternidad.

[195] Ataúd conservado en la Washington Gallery of Art, St. Louis; véase *Amenuphis III, le pharaon Soleil,* París, 1993, p. 270.

[196] Véase J.-C. Goyon, *Le papyrus du Louvre n.° 3279,* El Cairo. El nombre Tauau podría significar «la lejana».

expresa una simbología similar; sobre su cuerpo de piedra se evocan las divinidades de Heliópolis, de Menfis, de Mendes y otros lugares sagrados. Todo el panteón la hace revivir para la eternidad, ya que su ser resucitado está formado por el conjunto de fuerzas de creación.

En la colección arqueológica de la Universidad de Liverpool se encuentra una modesta sepultura bastante estropeada, pues faltan las cabezas y los pies.[197] Está claro, sin embargo, que se trata de dos mujeres. En la estatuaria, este tema resulta excepcional; nos preguntamos si representa a dos iniciadas, dos hermanas miembros de una comunidad de reclusas, que compartían el mismo misterio y deseaban permanecer juntas para siempre.

[197] Véase S. Snape, *GM,* 39, 1986, pp. 61-64.

CONCLUSIÓN

Fue Tolomeo Filopátor (221-205 a. J.C.) quien rebajó a la mujer egipcia al rango de la mujer griega, imponiéndole un tutor para cualquier actuación jurídica o comercial. La igualdad entre hombres y mujeres, uno de los valores esenciales de la civilización faraónica, desapareció.

El cristianismo dio un paso más en ese terreno. Mientras que Clemente de Alejandría, uno de los primeros padres de la Iglesia, consideraba, hacia el 180 d. J.C., que «no había ni varón ni hembra en Cristo», su contemporáneo Tertuliano adoptó una posición radicalmente hostil a la mujer, a la cual «no le está permitido hablar en la iglesia, enseñar, bautizar, hacer ofrendas ni reclamar para sí una parte de cualquier función masculina ni recitar ningún oficio del sacerdocio». Cristianismo, judaísmo e islam abundaron en este sentido, confinando a las mujeres a un estado de inferioridad espiritual.

En tiempos de los faraones, la situación era distinta, y justamente se ha hecho hincapié en que hasta la primera guerra mundial ningún país consiguió igualar la amplitud de los derechos que poseyeron las mujeres egipcias. Y aún hay que restringir esta reconquista moderna a algunos países y únicamente al terreno social y económico.

En el campo espiritual, en efecto, desde que se extinguiera la civilización faraónica no se han vuelto a repetir los logros de las mujeres egipcias; esos valores eran demasiado amplios, demasiado libres y creativos para quedar presos de las religiones dogmáticas.

Una de las grandes figuras femeninas de la historia egipcia, la esposa del sabio Petosiris, encarnaba el modelo de mujer realizada según la antigua sabiduría. En los años 350-330, la antigua ciudad santa de Hermópolis la grande, donde se encontraban la primera loma surgida de la creación y el huevo del mundo, ya sólo era una pequeña ciudad empobrecida. En el año 333, Alejandro Magno liberó a Egipto del yugo de los persas para imponerle el de los griegos; el país no volvería a ser gobernado por un faraón originario de las Dos Tierras. No obstante, en Hermópolis, el gran sacerdote Petosiris pretendió olvidar la fatalidad de la historia.[198]

El jefe de los sacerdotes de Sejmet y gran sacerdote de Thot veía al dios en su naos y recomendaba a los hombres que respetaran la regla de Maat siguiendo la senda de Dios. Petosiris restauró el templo de Thot, restableció los horarios de trabajo y veló por el mantenimiento de los jardines y árboles frutales.

Cuando reconstruyó las capillas de las esposas divinas y la de Hator hizo el elogio de su esposa, describiéndola en estos términos:

«Su mujer, su amada, soberana de gracia, amorosa y dulce, persuasiva y agradable cuando habla, la que da útiles consejos en todos sus escritos; todo lo que pasa por sus labios es a imagen de Maat; mujer perfecta que goza del favor de su ciudad, que a todos

[198] Para los textos de la tumba de Petosiris véase G. Lefebvre, *ASAE,* XX, XXI y XXII.

tiende su mano, diciendo lo que está bien, repitiendo lo que uno gusta de oír, agradando a todos; escuchándola nadie conoce el mal, ella, a la que todos aman, ella es la que llaman Renpet-Neferet, "el año perfecto"“.[199]

Petosiris y su esposa, «el año perfecto», fueron inhumados juntos en una magnífica tumba; según las palabras del sabio, como hayamos actuado, así seremos tratados, y dejar tras de sí palabras hermosas equivale a erigir un monumento. Para hallar la felicidad y alcanzar el hermoso Occidente hay que actuar rectamente y practicar la justicia.

Las egipcias conocieron un mundo en el que la mujer no era ni la adversaria ni la rival del hombre. Un mundo que les permitía vivir la plenitud como esposas, como madres, en el trabajo o como iniciadas en los misterios del templo, sin renunciar a su identidad en favor del varón. Un mundo en el que tenían pleno acceso a lo sagrado.

Una mujer inmensa, la diosa Nut, engulle al sol poniente y lo trae al mundo por levante. En ella se reproduce todas las noches la alquimia de la creación; y cada mañana ella alumbra una nueva luz. Con ella aparecen todos los seres vivos y en ella se realizan.

Esta percepción del papel de la mujer celeste, de las diosas, de la polaridad femenina durante la creación, está en la raíz del respeto que la civilización faraónica manifestó a las mujeres y del papel que les atribuyó en la sociedad, desde gran esposa real hasta ama de casa, desde adoratriz divina hasta sirvienta.

Sin duda habría sido interesante evocar otras muchas mujeres egipcias, trazar muchos retratos más, pero, desafortunadamente, el azar de los documentos conservados nos ha privado de mucha información; la mayoría de veces hay que realizar exhaustivas investigaciones para obtener indicios dignos de confianza. Aun con sus imperfecciones, esta obra es un homenaje a las deslumbrantes e inmortales mujeres egipcias.

«Que el que me vea tocada con mi collar niegue por mí y me ofrezca flores —pedía una bella dama, originaria de la ciudad de Mendes*—; que mi bello nombre sea recordado”.* Sí, el historiador debería hacer revivir los «bellos nombres», la aventura y el ejemplo de las mujeres egipcias.

Cuando se ha contemplado a Isis magnetizando «el proveedor de vida» (tan mal llamado sarcófago), a Nefertiti contemplando el sol, a una invitada a un banquete tebano, a una portadora de ofrendas del Imperio antiguo, la serenidad luminosa de Nefertari y la sonrisa de Maat, ¿cómo se podría olvidar, siquiera por un instante, a las mujeres egipcias?

---

[199] Inscripciones en la tumba de Petosiris, 58, 8-11.a.

REFERENCIAS CRONOLÓGICAS

ÉPOCA PREDINÁSTICA: Hacia 3300-3150.

ÉPOCA ARCAICA (dinastías I-II): Hacia 3150-2690.

IMPERIO ANTIGUO (dinastías III-VI): Hacia 2690-2181.

Dinastía III (2690-2613)
Nebka-Sanjt (2690-2670)
Zoser (2670-2650)
Sejemjet (2650-2643)
Sejes (Jaba) (2643-2637)
Neferkare
Huni (2637-2613)

Dinastía IV (2613-2498)
Snefru (2613-2589)
Keops (2589-2566) Yedefre (2566-2558)
Kefrén (2558-2532) Baka (?)
Mikerinos (2532-2504)
Sepseskaf (2504-2500)

Dinastía V (2500-2345)
Userkaf (2500-2491)
Sahura (2491-2477)
Neferirakara (2477-2467)
Sepseskara (?)
Nefererra (2460-2453)
Niuserra (2453-2422)
Menkahuher (2422-2414)
Dedkara-Isesi (2414-2375)
Unas (2375-2345)

Dinastía VI (2345-2181)
Teti (2345-2333)
Userkara (?)
Pepi I (2332-2283)
Merenra I (2283-2278)
Pepi II (2278-2184)
Merenra II (?)
Nitokris (2184-2181)

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO (de la VII dinastía a la primera parte de la XI dinastía)

Dinastía VII-X
Faraones desconocidos

Dinastía XI
Montuhotep I (2133-?)
Antef I
Antef II (2188-2069)
Antef III (2069-2060)

IMPERIO MEDIO (dinastías XI-XII): hacia 2060-1785

Dinastía XI (continuación)
Montuhotep II (2060-2010)
Montuhotep III (2009-1997)
Montuhotep IV (1997-1991) (y otros faraones no clasificados)

Dinastía XII (1991-1785)
Amenemhat I (1991-1962)
Sesostris I (1962-1928)
Amenemhat II (1928-1895)
Sesostris II (1895-1878)
Sesostris III (1878-1842)
Amenemhat III (1842-1797)
Amenemhat IV (1797-1790)
Sobek-Neferu (1790-1785)

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO (dinastías XIII-XVII) 1785-1570 (ocupación hicsos)

IMPERIO NUEVO (dinastías XVIII-XX): 1570-1069

Dinastía XVIII (1570-1293)[200]
Ahmosis (1570-1546)
Amenhotep I (1551-1524)
Tutmosis I (1524-1518)
Tutmosis II (1518-1504)
Hatsepsut (1498-1483)
Tutmosis III (1504-1450)
Amenhotep II (1453-1419)
Tutmosis IV (1419-1386)
Amenhotep III (1386-1349)
Amenhotep IV /Ajnatón (1350-1334)
Semenjara (1334-1325) Ay (1325-1321)
Horemheb (1321-1293)

Dinastía XIX (1293-1188)
Ramsés I (1293-1291)
Seti I (1291-1278)
Ramsés II (1279-1212)

[200] Para las fechas y duración de reinados diferentes, véase C. Vandersleyes, *L'Égypte et la vallée du Nil,* tomo 2, p. 663.

Meneptah (1212-1202)
Seti II (1202-1196)
Amenmose (1202-1199)
Siptah (1196-1188)
Tausert (1196-1188)

Dinastía XX (1188-1069)
Setnajt (1188-1186)
Ramsés III (1186-1154)
Ramsés IV (1154-1148)
Ramsés V (1148-1144)
Ramsés VI (1144-1136)
Ramsés VII (1136-1128)
Ramsés VIII (1128-1125)
Ramsés IX (1125-1107)
Ramsés X (1107-1098)
Ramsés XI (1098-1069)

TERCER PERÍODO INTERMEDIO (dinastías XXI-XXV): 1069-672

Dinastía XXI (1069-945)
Dinastías XXII-XXIII (945-715), llamadas «libias»
Dinastía XXIV (730-715), en el Delta
Dinastía XXV (750-656), llamada «etíope»

BAJA ÉPOCA (dinastía XXVI hasta la conquista de Alejandro): 672-333.

Dinastía XXVI, llamada «saíta» (672-525)
Nekau I (672-664)
Psamético I (664-610)
Nekau II (610-595)
Psamético II (595-589)
Apries (589-570)
Amasis (570-526)
Psamético III (526-525)

Dinastía XXVII: Primera ocupación persa: 525-405
Dinastía XXVIII Amirteo (405-399)
Dinastía XXIX (399-380)
Neferites I (399-393)
Psamutis (393)
Achoris (393-380)
Neferites II (380)

Dinastía XXX (380-342)
Nectanebo I (380-362)
Teos (362-360)
Nectanebo II (360-342)

342-333: SEGUNDA OCUPACIÓN PERSA (a veces llamada XXXI dinastía)

333-30: reinos tolomeos
30 a. J.C.- 395 d. J.C.: Egipto, provincia romana
395-639: Egipto bizantino y copto
639: invasión árabe

BIBLIOGRAFÍA

ALLAM, S., *Beitrage zum Hathorkult (bis zum Ende des Mittleren Reiches),* Munich, 1963.

— «Ehe», en *LdA,* I, 1162-1181.

— «Familie», en *LdA,* II, 101-113.

— «Geschwisterehe», en *LdA,* II, 568-570.

— «Quelques aspects du mariage dans l'Égypte ancienne», en *JEA,*67, 1981, pp. 116-135.

— «Die Stelleung der Frau im alten Ägypten», en *Bibliotheca Orientalis,* 26, 1969, pp. 155-159.

ALTENMÜLLER, H., «Bemerkungen zu den neu gefundenen Daten im Grab der Königin Twosre (KV 14) im Tal der Könige von Theben», en *After Tutankhamun,* Londres-Nueva York, 1992.

— «Das Grab der Königin Tausret im Tal der Könige von Theben», en *SAK,* 10, 1983, pp. 1-24 y en *GM,* 84, 1985, pp. 107-115.

ASSAAD, F., «Á propos de Hatchepsout. Mythe et Histoire». *VI Congresso Internazionale di Egittologia, Atti* I, 1992, Turín, pp. 23-27.

ASSMANN, J., *Maât. Gerechttigkeit und Unsterblichkeit im Alten Ägypten,* Munich, 1990.

— «Muttergattin», en *LdA,* IV, 264-266.

— «Muttergottheit», en *LdA,* IV, 266-271.

BLACKMANN, A. M., «On the Position of Women in the Ancient Egyptian Hierarchy», en *JEA,* 7, 1921, pp. 8 ss.

BRINGMANN, L., *Die Frau im ptolemaisch-kaiserlichen Ägypten,* 1939.

BRUNNER-TRAUT, E., «Liebe», en *LdA,* III, 1034-1048.

— «Die Stellung der Frau im Alten Ägypten», en *Saeculum,* 38, 1987, pp. 312-335.

— *Der Tanz im Alten Ägypten nach bildlichen und inschriftlichen Zeugnissen,* Glückstadt, 1992.

— «Die Wochenlaube», en *Mitteilungen des Instituís für Orient-forschung,* III, 1955, pp. 11 ss.

BRYAN, B. M., «Evidence for Female Literacy from Theban Tombs of the New Kingdom», en *BES,* 6, 1984, pp. 17-32.

BUTTLES, J. R., *The Queens of Egypt,* 1908. COLÉ, D., «The Role of Women in the Medical Practice of Ancient Egypt», en *DE,* 9, 1987, pp. 25-29.

DESROCHES-NOBLECOURT, *La Femme au temps des pharaons,* París, 1986.

DRIOTON, E., «La Femme dans l'Égypte antique», en *La Femme nouvelle,* El Cairo, 1950, pp. 8-38.

DUNHAM, D., SIMPSON, W., *The Mastaba of Queen Mersyankh III, G 7530-7540,*

Giza Mastabas I, Boston, 1974. *La Femme au temps des pharaons,* Musées Royaux d'Art et d'Histoire de Bruxelles, Mayence, 1985.

FEUCHT, E., «Kind», en *LdA,* III, 424-437.

— «Mütter», en *LdA,* IV, 253-263.

FISCHER, H. G., «Administrative Titles of Women in the Old and Middle Kingdom», en *Varia (Egyptian Studies, I)* The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1976, pp. 69-79.

—*Egyptian Women of the Oíd Kingdom and of the Heracleopolitan Period,* The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1989.

GALVIN, M., *The Priestesses of Hathor in the Oíd Kingdom and the 1st Intermedíate Period.* Brandéis University Ph. D. 1981 = University Microfilms International Order núm. 8126877.

GAUTHIER-LAURENT, M., «Les Scénes de coiffure féminine dans l'ancienne Égypte», en *Mélanges Maspéro,* u, 1935-1938, pp. 673 ss.

GITTON, M., *L'Épouse du dieu Ahmes Néfertary,* 1975.

— *Les Divines Épouses de la 18e dynastie,* Besaron, 1984.

— «Le Role des femmes dans le clergé d'Amon a la 18e dynastie», en *BSFE,* 75, 1976, pp. 31-46.

GITTON, M., LECLANT, J., «Gottesgemahlin», en *LdA,* II, 792-812.

GOYON, J.-C, «Isis-Scorpion et Isis au Scorpion», en *BIFAO,* 78, 1978, pp. 439-458.

GRAEFE, E., *Untersuchungen zur Verwaltung und Geschichte der Institution der Gottesgemahlin des Amun von Beginn des Neuen Reiches bis zur Spatzeit,* Wiesbaden, 1981.

HABACHI, L., «La Reine Touy, femme de Séthy ler., et ses proches parents inconnus», en *RdE,* 21, 1969, pp. 27-47.

HARARI, I., «La Capacité juridique de la femme au Nouvel Empire», en *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité,* Bruselas, 30 (1983), pp. 41-54.

HATCHEPSOUT, Femme Pharaon. Les Dossiers d'Archéologie, Dijon, 1993.

HELCK, W., «Beischláferin», en *LdA,* I, 684-686.

— «Scheidung», en *LdA,* V, 559-560.

HOPKINS, K., «Brother-Sister Marriage», en *Román Egypt, Comparatives Studies in Society and History,* Cambridge 22, 1980, pp. 303-354.

JÁNOSI, P., «The Queens of the Oíd Kingdom and their Tombs», en *BACE,* 3, 1992, pp. 51-57.

JÉQUIER, G., «Les femmes de Pépi II», en *Studies presentend to F. Ll. Griffith,* 1932, pp. 9-12.

JUNGE, F., «Isis und die ágyptischen Mysterien», en *Aspekte der spatagyptischen Religión,* 1979, pp. 93-115.

KANAWATI, N., «Polygamy in the Oíd Kingdom of Egypt», en *SAK,* 4, 1976, pp. 149-160. KMT, volumen 5/4, 1994-1995, *Goddesses and Women.*

KUCHMAN, L., «The Titles of Queenship», en *Newletter* SSEA, 7, núm. 3, 1977, pp. 9-12; núm. 9, 1978-1979, pp. 21-25.

LECLANT, J., «Gottesgemahlin», en *LdA,* II, 792-815.

— «Tefnout et les divines adoratrices thébaines», en *MDIAK,* XV, 1966, pp. 166-171.

LE CORSU, F., *Isis, mythes et mystéres,* París, 1977.

LESKO, B., ed., *Women 's Earliest Records from Ancient Egypt and Western Asia,* Atlanta, 1989.

LÜDDECKENS, E., «Eheurkunde», en *LdA,* I, 1181-1183.

MACRAMALLAH, B., *Le Mastaba d'ldout,* El Cairo, 1935.

MALAISE, M., «La Position des femmes sur les stéles du Moyen Empire», en *SAK,* 5, 1977, pp. 183-198.

MANNICHE, L., *Sexual Life in Ancient Egypt,* Londres, 1987.

MARUÉJOL, F., «La Nourrice: un théme iconographique», en *ASAE,*69, 1983, pp. 311-319.

MONTET, P., «Reines et pyramides», en *Kémi,* XIV, 1957, pp. 92-101. MORENZ, S., *Die Stellung der Frau im Alten Ágypten,* 1967.

MÜLLER, D., «Gottesharim», en *LdÁ,* II, 815.

MÜNSTER, M., *Untersuchungen zur Gottin Isis vom Alten Reich bis zurn Ende des Neuen Reiches,* Munich, 1968.

MYSLIWIEC, K., «La Mere, la femme, la filie et la variante féminine du dieu Atoum», en *Études et Travaux,* 13, Varsovia, 1983, pp. 297-304.

NAGUIB, S.-A., *Le Clergé féminin d'Amón thébain,* Lovaina, 1990.

— «Hija de dios», «esposa de dios», «madre de dios» o la metáfora femenina, en: *The Intellectual Heritage of Egypt. Studies Kákosy,* Budapest, 1992, pp. 437-447.

Nofret - Die Schóne. Die Frau im Alten Ágypten, Hildesheim, 1985.

PESTMAN, P., *Marriage and Matrimonial Property in Ancient Egypt,*Leiden, 1961.

PIRENNE, J., «Le Statut de la femme dans l'ancienne Égypte», en *Recueils de la Saciete Jean Bodin, XI: La femme,* Bruselas, 1959, pp. 63-77.

POMEROY, S. B., *Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra,* Nueva York, 1984.

QUAGEBEUR, J., «Reines ptolémai'ques et traditions égyptiennes», en *Das ptolemaische Ágypten,* 1978, pp. 245-262.

RATIÉ, S., *La Reine Hatchepsout. Sources et problémes,* Leiden, 1979.

REISER, E., *Der konigliche Harim im alten Ágypten und seine Verwaltung,* Viena, 1972.

REISNER, G. A., KA *History of the Giza Necrópolis,* vol. II, completada y revisada por W. Stevenson Smith.

—*The Tomb of Hetep-Heres, the Mother of Cheops,* Cambridge (Massachusets), 1955.

REVILLOUT, E., *La Femme dans l'Antiquité égyptienne (l'ancienne Égypte d'aprés le papyrus et les monuments),* tomo segundo, 1909.

SAMSON, J., *Nefertiti and Cleopatra. Queen-Monarchs of Ancient Egypt,* Londres, 1985.

SANDER-ÜANSEN, C. E., *Das Gottesweib des Amun,* Copenhague, 1940.

SCHMIDT, H. C., WILLEITNER, J., *Nefertarí, Gemahlin Ramses II,*Mainz, 1994.

SCHOTT, S., *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne,* París, 1956.

SCHULMAN, A. R., «Diplomatic Marriage in the Egyptian New Kingdom», *JNES,* 38, 1979, pp. 177-193.

SCHULZE, P. H., *Frauen im Alten Ágypten. Selbstandigkeit und Gleichberechtigung im hauslichen und offentlichen Leben,* Ber-gisch Galdbach, 1987.

SEIPEL, W., «Harim, Harimsdame», en *LdÁ,* II, 982-987.

— «Hatschepsut I», en *LdÁ,* II, 1045-1051.

— «Konigin», en *LdÁ,* III, 464-468.

— «Konigsmutter», en *LdÁ,* III, 538-540.

— *Untersuchungen zu den agyptischen Koninginnen der Frühzeit und des Alten Reiches,* Hamburgo, 1980.

SIMPSON, W. K., «Polygamy in Egypt in the Middle Kigndom?», en *JEA,* 60, 1974, pp. 100-105.

STROUHAL, E., CALLENDER, G., «A Profile of Queen Mutnodjmet», en *The Bulletin of the Australian Center for Egyptology,* 3, 1992, pp. 67-75.

TANNER, R., «Untersuchungen zur Rechstellung der Frau in pharaonischen Ágypten», en *Klio,* 45, 1966 y 46, 1967.

— «Untersuchungen zur Ehe - und erbrechtlichen Stellung der Frau in pharaonischen Ágypten», en *Klio,* 49, 1967, pp. 5-37.

TEFNIN, R., *La Statuaire d'Hatshepsout, portrait royal et politique sous la 18e. dynastie,* Bruselas, 1979.

THAUSING, G., GOEDICKE, H., *Nofretari. A Documentation of the Tomb and its Decoration,* Graz, 1971.

THEODORIDES, A., «Frau», en *LdÁ,* II, 280-295.

TROY, L., *Patterns of Queenship in Ancient Egyptian Myth and History,* Uppsala, 1986.

TYLDESLEY, J., *Daughters of Isis, Women of Ancient Egypt,* Harmondsworth, 1994.

VERCOUTTER, J., «La femme en Égypte ancienne», en *Histoire mondiale de la*

femme, I, 1965, pp. 65-152.

VERNER, M., «Die Konigsmutter Chentkaus von Abusir und einige Bemerkungen zur Geschichte der 5. Dynastie», en *SAK,* 8 (1980), pp. 243-268.

VANDERSLEYEN, C., «Les Deux Ahhotep», en *SAK,* 8, 1980, pp. 237-241.

WARD, W. A., *Essays on Féminine Tilles of the Middle Kingdom and related Subjects,* Beirut, 1986.

WATTERSON, B., *Women in Ancient Egypt,* Nueva York, 1991.

WENIG, S., *La Femme dans l'ancienne Égypte,* París-Ginebra, 1967.

WERBROUCK, M., *Les pleureuses dans l'ancienne Égypte,* 1938.

WILDUNG, D., «Nouveaux aspects de la femme en Égypte pharaonique», en *BSFE,* 102, 1985, pp. 9-25.

YOYOTTE, J., «Les Vierges consacrées d'Amon thébain», en *Compte rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres,* 1961, pp. 43-52.

— «Les Adoratrices de la Trosiéme Période intermédiaire», en *BSFE,* 64, 1972, pp. 31-52.

ZABKAR, L. V., *Hymns to Isis in Her Temple at Philae,* Hannover-Londres, 1988.

ZIEGLER, C., «Notes sur la reine Tyi», en *Hommages á lean Leclant,* I, 1994, pp. 531-548.

ZIVIE, C. M., «Nitokris», en *LdÁ,* IV, 513-514.